

RECLAMADA POR SUS JEFES Alfa

AVA GRAY

CORAZONES DE HARÉN

RECLAMADA POR SUS JEFES ALFA

UN ROMANCE DE OFICINA Y HARÉN INVERSO
CON UN EMBARAZO SECRETO

AVA GRAY

Copyright © 2025 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR AVA GRAY

El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi || Off Limits (SPANISH Edition)

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen || Reclamada por Sus Jefes Alfa

ÍNDICE

Sinopsis

1. Callie
2. Callie
3. Callie
4. Callie
5. Callie
6. Callie
7. Sawyer
8. Callie
9. Callie
10. Callie
11. Kane
12. Callie
13. Callie
14. Callie
15. Liam
16. Callie
17. Callie
18. Kane
19. Callie
20. Callie
21. Callie
22. Callie
23. Sawyer
24. Callie
25. Callie
26. Callie
27. Callie
28. Liam
29. Sawyer
30. Callie
31. Kane
32. Callie
33. Callie

34. Callie

SINOPSIS

Ella hará cualquier cosa para proteger a su familia.
Ellos harán cualquier cosa para que sea suya…

La vida no me lo ha puesto fácil. Estoy decidida a tomar mejores decisiones por mi madre enferma… Pero eso no incluye acostarme con mis atractivos jefes.

Ups... demasiado tarde.

Sawyer Crane es mi jefe, atractivo y despiadado, que no exige nada que no sea lo mejor. Llevo mucho tiempo colada por él, y todo desemboca en un encuentro tórrido. Ahora no puedo dejar de pensar en él…

Pero entonces aparecen otros dos hombres.

Kane Lewis, un hombre atractivo de familia adinerada, suele usar su influencia para hacer el bien… Pero eso no siempre les sienta bien a otras personas del sector médico.

Y **Liam Hall**, un apasionado de ofrecer asistencia sanitaria a todo el mundo, tiene un pasado turbulento que me preocupa… Pero también tiene una hija adorable de la que es imposible no enamorarse.

Sin embargo, cuando traiciono a mis tres jefes para intentar proteger a mi madre, se desata el infierno y me encuentro con que me están chantajeando y no tengo a quién recurrir… salvo a los tres hombres que, a estas alturas, seguro que me odian.

Reclamada por Sus Jefes Alfa es un romance «why choose» picante con clichés tórridos como el romance de oficina, el embarazo secreto y el secuestro. ¡Devóralo ya en Kindle Unlimited!

1

CALLIE

Si cerraba los ojos y rezaba con todas mis fuerzas, ¿había alguna posibilidad de que el mundo abriera un agujero gigante y me tragara?

Tumbada boca arriba, todos los papeles que había llevado cuidadosamente en mis brazos llovieron a mi alrededor a cámara lenta. Los documentos perfectamente grapados, los informes de gastos pulcramente apilados y los folletos que mi jefe me había pedido se convirtieron en poco más que confeti.

Había entrado aquí sintiéndome completamente orgullosa y segura del trabajo que había hecho, solo para tropezar con la pata de una silla inoportunamente fuera de lugar y estamparme de cara contra el suelo del despacho de mi jefe.

Mi jefe, increíblemente *atractivo*.

Los papeles caían a mi alrededor mientras forzaba una respiración lenta. Mis mejillas ardían y, cuando encogí los dedos de los pies, una suave alfombra se alzó para recibirlos. Había perdido un zapato en algún momento de la caída. Mientras el calor se extendía desde la punta de mis orejas hasta el hueco de mi cuello, sopesé cómo podía salir de esta.

Quizá no se había dado cuenta. Quizá estaba tan concentrado en una llamada de negocios o en algún trato importante que no me

había visto entrar ni había oído el chillido poco digno que se me escapó en el momento en que perdí el equilibrio.

Esa era la opción uno.

La opción dos era la desesperada esperanza de que, por algún motivo, estuviera del mejor humor posible y le viera el lado gracioso al asunto. Sawyer Crane tenía fama de ser un hueso duro de roer. La mayor parte del tiempo, parecía a punto de echarle la bronca a alguien y, a pesar de su increíble atractivo, había una severidad en sus facciones que nunca se suavizaba.

Jamás.

Los rumores siempre corren sobre los ricos y famosos, pero incluso dentro del propio edificio de Sawyer, la gente cotilleaba sobre cómo solo ansiaba el poder y estaba tan obsesionado con el dinero que dormía sobre billetes de un dólar.

Yo sabía que no era así. Como su asistente personal, veía el lado que nadie más veía. Veía al hombre que le dio a Linda, de contabilidad, un mes libre —pagado— después de que su madre falleciera. Veía al jefe que se asegura de que el aparcamiento de enfrente sea gratuito para los empleados y de que nadie haga horas extra; si las hacen, se les debe pagar el doble.

Pequeños detalles que pasaban desapercibidos para la mayoría de la gente, buenas acciones que nadie repetía. Sinceramente, así fue como empezó a atraerme, aparte del hecho de que estaba increíblemente bueno y era guapísimo de infarto.

Hablando de lo cual, finalmente abrí los ojos con un leve gemido y miré hacia arriba, a través del confeti de papel, al hombre que a menudo ocupaba mis pensamientos y que ahora estaba de pie sobre mí.

—Callie —dijo Sawyer con su voz grave, profunda y ronca—. ¿Qué demonios está haciendo?

Desde este ángulo, unos suaves mechones de pelo castaño se le escapan del resto de su cabellera. Le rozan la frente por un momento, distrayéndome casi tanto como sus preciosos ojos azules. No fue hasta que se aclaró la garganta bruscamente que su pregunta caló en mi mente.

—Eh… —No se me ocurría nada. Ninguna excusa. Ninguna razón —. La pata de la silla. Simplemente, eh…

Sawyer me tendió la mano mientras yo hablaba, pero cuando cogí su cálida mano, no estaba en absoluto preparada para la repentina demostración de fuerza. Siempre he sido una mujer con curvas, pero Sawyer me ayudó a levantarme tan rápidamente que podría haber pesado menos que una hoja de papel de arroz.

De nuevo en pie, me alisé apresuradamente la falda de tubo y me metí los mechones de pelo sueltos que pude atrapar de nuevo en mi recogido.

—¿Se ha hecho daño? —Sawyer me sostuvo la mirada y la mano durante unos largos instantes.

Esbozándole una sonrisa, continué sacudiéndome. —Sí, sí, estoy bien. Siento mucho el desastre.

Sawyer me soltó la mano y se alejó con los faldones de la chaqueta del traje ondeando a su alrededor mientras se movía. Se acomodó en el asiento de cuero junto a su escritorio mientras yo recuperaba mi zapato perdido. Había rodado debajo de la silla, así que tuve que ponerme a cuatro patas para recuperarlo, pero estar fuera del campo de visión de Sawyer me dio unos segundos de tregua.

No podía creer que hubiera hecho eso.

Me había caído *de cara* justo delante de él. La facilidad con la que me había levantado casi hizo que la humillación mereciera la pena. De rodillas, recuperé mi zapato y varios de los papeles caídos, luego me puse de pie y metí la silla contra la mesa para que no se repitiera.

—Si ya está lista —la voz de Sawyer rayaba en el aburrimiento, una señal de que se estaba impacientando y, si no tenía cuidado, me despediría. Entonces mi bandeja de entrada se inundaría con innumerables correos electrónicos dos horas después.

—Sí. Lo siento.

La mirada de Sawyer descendió lentamente sobre mí cuando me acerqué a su escritorio, arrastrando consigo el calor de mi bochorno. Me miré una vez más por si se me había pasado algo, una pelusa del suelo, tal vez. No había nada.

Ignorando mis mejillas en llamas, dejé los papeles desordenados sobre su escritorio y puse mi mejor sonrisa.

—Kane llegará pronto —dijo Sawyer, y su atención se desvió hacia el archivador negro que tenía delante—. ¿Está todo preparado?

—Sí —respondí de inmediato.

Kane Lewis era el director ejecutivo de Golden Dove. Llevaba semanas investigándolos desde que Sawyer me dijo que quería contactar con ellos para hacerles una oferta. Teniendo en cuenta que Golden Dove era una empresa rival de Crane Enterprises, me sorprendió el deseo de Sawyer de contactarlos, pero aún más su petición de mantenerlo en el más estricto secreto. No era mi función tomar ese tipo de decisiones, pero dado que nada parecía permanecer en secreto por mucho tiempo, sabía que tenía que ser importante.

—¿Está segura? —Sawyer miró significativamente los papeles desordenados y luego volvió a su archivador.

—Kane llegará para su reunión a las cuatro y media. Les envié un correo electrónico a ambos anoche y les mandé los dosieres informativos como me pidió, y me he asegurado de que no solo su agenda esté libre, sino que elegí las cuatro y media porque cualquier cotilla estará en la tercera planta para el sorteo del bingo.

Sawyer alzó la mirada y clavó esos ardientes ojos azules en los míos.

—¿Bingo?

—Sí, señor. Yo… sabía que esta reunión era importante, así que me puse en contacto con Recursos Humanos y organizamos un evento de bingo la semana pasada. Los ganadores se anuncian hoy en la tercera planta a las cuatro y media. —Era la forma más fácil de asegurarse de que los cotillas estuvieran ocupados. Kane no pasaría desapercibido, pero así deberían dejarlo en paz.

Sawyer asintió. —Debo recalcar que no se me puede molestar durante esta reunión. La necesito al pie del cañón. ¿Entendido? Nada que no sea la más absoluta profesionalidad.

—Sí. Como ya he dicho, he despejado su agenda e incluso he enviado algunos correos electrónicos para que los accionistas y otras personas al tanto de la reunión sepan que no deben molestarlo.

Esta vez no levantó la vista, pero yo no necesitaba que me diera las gracias.

Por un lado, simplemente estaba haciendo mi trabajo, pero, por otro, rezaba para que esta reunión fuera bien. Ya corrían los rumores de que a Crane Enterprises se le estaba acabando el dinero y que la reunión con Kane no era más que el comienzo de una fusión.

No conocía los detalles, but sabía que no era así. La lealtad me mantenía la boca cerrada, así que me veía obligada a escuchar en silencio.

—Está todo controlado —le aseguré una vez más—. Aunque sí que necesito que me diga qué café quiere. He estado investigando sobre Kane, ¿sabe?, y le gusta el té verde con galletas de jengibre. Lo tengo todo preparado para su llegada.

—Café. —Sawyer levantó la vista y, esta vez, me sostuvo la mirada—. Solo.

—¿Ni un té para romper el hielo? —pregunté, aferrándome a los últimos vestigios de nuestras insulsas bromas habituales en un intento de aplastar mi humillación.

—No.

Puse los ojos en blanco ligeramente. —Vale. Qué soso.

Dando media vuelta, salí furiosa de su despacho con los jirones de dignidad que no habían quedado esparcidos por el suelo y cerré la puerta al salir. En el momento en que ese muro se levantó entre Sawyer y yo, me desinflé un poco y gemí.

No me puedo creer que me haya caído de bruces como una idiota torpe.

Delante de *Sawyer*.

He fantaseado con estar de rodillas para él, pero no hasta este punto.

Normalmente implicaba que los dos estuviéramos sudorosos y desnudos.

Aferrándome a ese pensamiento, corrí al baño para arreglarme el pelo y recomponerme de una forma mucho más presentable. Por suerte, la planta estaba bastante vacía y las pocas personas con las que me crucé de camino al baño estaban demasiado ocupadas para levantar la vista de su trabajo.

El aire fresco del baño fue un alivio bienvenido contra mi piel sonrojada. Al llegar al lavabo, abrí el grifo y recogí un poco de agua en el hueco de las manos. El frío me congeló las yemas de los dedos durante los pocos segundos que las mantuve bajo el chorro. Luego me llevé las manos húmedas al cuello y las apreté desesperadamente contra la piel febril antes de mirarme al espejo.

—Ay, Dios mío.

Las horquillas del lado izquierdo de la cabeza se me habían soltado con la caída, y la blusa estaba tan arrugada que el chaleco negro se me había enganchado torpemente en un botón. Había estado delante de Sawyer así.

Del guapo y sexi Sawyer.

No sería tan grave si no llevara colada por él desde el día que empecé a trabajar aquí. Se suponía que el tiempo aliviaba los flechazos, pero después de seis meses siendo su asistente personal, estaba segura de que eso era una sarta de mentiras. Mi flechazo había aumentado cada día.

Hinchando las mejillas, seguí echándome agua fría en el cuello hasta que el rubor carmesí se desvaneció lentamente de mis mejillas. Then, con dedos ágiles, me puse a arreglar el nido de pájaros en que se había convertido mi pelo. Unas cuantas horquillas cambiaron de posición, y los rizos que antes estaban recogidos cayeron alrededor de mis orejas de forma sedosa y suave. Sin un cepillo, no había mucho que pudiera hacer, así que me conformé con rociarme el pelo con agua y ahuecarlo lo justo para que quedara en el lado sexi de lo despeinado.

No es que Sawyer se fijara nunca en nada de lo que me ponía. O en nada de lo que hacía.

Con el pelo medio arreglado, me acerqué al secador de manos e incliné el chorro de aire caliente hacia arriba para secarlo. Luego, saqué el móvil del lugar seguro donde lo guardaba: en la cinturilla de la falda. Bianca debería estar en su descanso más o menos a esta hora.

Marqué su número con dos toques.

—Hola, tía —contestó Bianca al tercer tono—. Tengo treinta segundos.

—He entrado en el despacho de Sawyer como si fuera la puta reina, luego me he tropezado con la pata de una silla y me he caído de bruces.

Hubo una pausa de silencio cristalino, luego Bianca estalló en carcajadas.

—Oh, no. Ay, cielo, lo siento mucho. Es genial, pero chica, sé por lo que estás pasando.

—¿Qué hago? —gemí, cambiando el secador a aire frío para mantener el calor al mínimo—. Hoy es uno de los días más importantes y he hecho el ridículo, por no hablar de todo el trabajo que he hecho para intentar que se fije en mí, y ¿cómo lo consigo? Cayendo a sus pies.

—A los tíos ricos les encanta que una chica caiga a sus pies —señaló Bianca con dulzura—. Has tardado seis meses en causar impresión, y has ido a por todas.

—No lo creo. Me preguntó si estaba bien, pero después apenas le dio importancia.—Sácale partido, haz una broma o algo. Escucha, tengo que irme, pero te quiero, y ya curaremos tu ego herido más tarde, ¿vale?

—Vale, gracias.

—¡Te quiero!

Oír la voz de Bianca fue suficiente para calmar el calor ardiente que se extendía por mi piel. Apagué el secador, me miré una vez más en el espejo y me ahuequé ligeramente el pelo. Tendría que valer. Ya había pasado demasiado tiempo aquí dentro de todas formas.

Salí corriendo del baño, distraída. Bianca tenía razón. Sí, había hecho el ridículo, pero bromear sobre ello con Sawyer podría ser una buena forma de resolverlo, si es que tenía alguna oportunidad con él.

Me estaba cansando un poco de suspirar por un hombre que ni siquiera me miraba.

—¡Uf…!

Todos mis pensamientos se detuvieron cuando doblé la esquina a toda prisa y me choqué de lleno con alguien alto y corpulento. Fue como chocar contra una pared y, por segunda vez hoy, acabé de

culo en el suelo, con la cabeza dándome vueltas y las palmas de las manos palpitando.

—Cielo santo —dijo una voz grave como la miel.

—Ay —gemí, y luego levanté la vista hacia el hombre, dispuesta a cantarle las cuarenta por no mirar por dónde iba. Ese fuego se extinguió rápidamente cuando me encontré con un par de ojos de color miel sobre una piel oscura y una sonrisa deslumbrante y preocupada que me miraba desde arriba.

Ay, Dios mío.

¡Me había chocado con Kane Lewis!

2

CALLIE

Kane era *guapísimo*.

Había visto fotos suyas, por supuesto que sí. Había estado investigando sobre él desde que Sawyer lo mencionó. Sin embargo, eran fotos de posado y no le hacían justicia en absoluto.

Estaba de pie, sobre mí, con el ceño oscuro fruncido por la preocupación. La camisa azul cielo que lucía sobre los hombros hacía destacar el rastro dorado de su iris, y su piel oscura se volvía de un cobre intenso bajo el sol de última hora de la tarde. Llevaba rastas negras y había tanta preocupación en su rostro que estuve segura de que esta vez tenía que haberme golpeado la cabeza.

¿Seguro que no me había muerto y había ido al cielo?

—He dicho —repitió Kane; sus palabras por fin lograron atravesar mi conmoción—. ¿Estás bien? Siento muchísimo no haberte visto. Has aparecido por la esquina tan rápido que no me ha dado tiempo a reaccionar.

¿Me estaba preguntando si estaba bien?

Parpadeé, mirándolo, sin saber cómo conseguir que mi boca obedeciera a los pensamientos que se agolpaban en mi mente.

Kane se acercó, se agachó, me puso las manos en el brazo y, con un suave tirón, me ayudó a ponerme de pie.

—De nuevo, lo siento muchísimo. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—No —respondí, encontrando por fin mi voz. Su contacto me abrasó a través de la fina tela de la blusa, quemándome tanto como si me estuviera tocando la piel—. No me he hecho daño. Solo parece que hoy estoy terriblemente, *terriblemente* torpe.

—Todos tenemos días así —rio Kane entre dientes. Su mano se deslizó desde la parte superior de mi brazo hasta el codo y, aunque dio un paso atrás, el contacto se mantuvo. Resultaba extrañamente reconfortante, teniendo en cuenta que éramos desconocidos, y me alisé rápidamente la falda mientras recuperaba el equilibrio.

—Lo siento. Debería haber mirado por dónde iba, pero tenía mucha prisa.

—¿Tenías que ir a algún sitio? —Las comisuras de los ojos de Kane se arrugaron al sonreír y solo cuando le devolví la sonrisa apartó la mano de mi codo.

—Sí, la verdad es que sí —reí mientras el calor volvía a mis mejillas. Ahora que la conmoción se desvanecía, la vergüenza hacía acto de presencia—. A verte a ti.

—¿A mí?

Extendiendo una mano, sonreí con energía. —Kane Lewis, bienvenido a Crane Enterprises. Soy Callie Everheart, la ayudante del señor Crane.

El reconocimiento afloró ligeramente en el rostro de Kane y asintió; luego, cogió con delicadeza la mano que le ofrecía y se la estrechó.

—Si así es como Sawyer presenta a la gente, ¿debería prepararme para un placaje de rugby cuando lleguemos a su despacho? —Enarcó una ceja y sus labios esbozaron una sonrisita.

—Quizá —sonreí—. Será mejor que te pongas las protecciones, por si acaso.

—Entendido.

—Por aquí. —Con una suave risa, empecé a guiarlo hacia el despacho de Sawyer, pero Kane me detuvo de inmediato con un toque.

—¿Seguro que no te has hecho daño?

Le dediqué una sonrisa más cálida y genuina y asentí. —Créeme, no es el primer trompazo que me doy hoy.

—¿Pero qué clase de trabajo se hace aquí? —reflexionó Kane con una leve risa, hablando sobre todo en voz baja mientras me seguía por la oficina.

Su presencia a mi espalda era extrañamente reconfortante, aunque no sabía si era porque había sido muy amable o si simplemente estaba volviendo a mi papel y aceptando la familiaridad de la situación. En cualquier caso, el paseo fue corto y, después de indicarle con un gesto la zona de espera, me apresuré a entrar en el despacho de Sawyer tras un breve toque en la puerta.

—¿Qué? —ladró Sawyer, sin levantar la cabeza de su escritorio.

—El señor Lewis está aquí —anuncié.

La cabeza de Sawyer se alzó de golpe, luego sus ojos se entrecerraron ligeramente y podría haber jurado que vi algo parecido a la preocupación brillar en ellos.

—¿Por qué pareces tan… alterada?

—¿Yo? —Me erguí y me pasé una mano por el abdomen, cohibida—. Bueno, verá, me he chocado con el señor Lewis en el pasillo. Por accidente, claro, pero ha llegado antes y yo ya estaba un poco descolocada por lo que ha pasado…

—¿Está bien?

Me detuve, y una sensación de incertidumbre floreció en mi pecho. Era la segunda vez que me hacía esa pregunta, pero esta vez era diferente. Interpretar a Sawyer era como hacer equilibrios sobre el filo de una navaja, pero definitivamente había una sombra de preocupación en sus ojos.

—Estoy bien —le aseguré, reprimiendo una pequeña sonrisa—. Me he caído, pero ya ha visto lo mal que tengo el equilibrio hoy.

Los ojos de Sawyer me recorrieron lentamente de arriba abajo y luego asintió.

—Como sea. Kane está aquí, señor.

—Hágale pasar. —Sawyer se levantó y clavó la mirada en Kane a través del cristal de doble espejo que revestía la pared entre su despacho y la planta principal.

Vacilé un poco al ser interrumpida, pero era habitual que mis divagaciones se me fueran de las manos. Con un asentimiento, volví a la zona de espera.

—El señor Crane está listo para recibirle —sonreí, señalando el interior del despacho.

Kane se puso de pie y, al entrar en el despacho, una sombra cayó sobre su rostro. El caballero con el que me había chocado se había encerrado bajo una armadura mientras se preparaba para enfrentarse al único otro director general del país capaz de plantarle cara.

Si no recordaba mal, estaba segura de que tenían otra historia más allá de sus empresas, pero mi ajetreado día había borrado de mi mente todos los detalles no importantes.

—Señor Lewis. —Sawyer rodeó su escritorio como un felino, acercándose a Kane, que se detuvo en medio de la sala.

—Señor Crane.

Tanta formalidad me provocó un cosquilleo por la espalda y apreté los labios, observando cómo Kane extendía la mano para estrechársela. Él fue el primero en dar el paso. Eso tenía que ser bueno, ¿no? ¿O era solo otra muestra de confianza?

El funcionamiento interno de los hombres silenciosos era un misterio para mí.

Se produjo una pausa dolorosamente larga durante la cual el tiempo se ralentizó, e incluso los pájaros que se veían a través de los ventanales que rodeaban el exterior del despacho parecían suspendidos en el aire, a la espera.

Finalmente, Sawyer aceptó y le estrechó la mano a Kane con la suficiente firmeza como para que la palidez se extendiera por sus nudillos.

Dos de los hombres más poderosos de la ciudad de Nueva York se encontraban y se daban la mano como amigos, no como rivales de negocios. A mi parecer, era un buen comienzo. A pesar de lo mucho que me fastidiaba dejarlos, ahora estaba segura de que no intentarían matarse el uno al otro, así que me retiré.

Me apresuré hacia la sala de descanso, donde habían preparado la mayoría de los aperitivos durante mi propio descanso de la

mañana. Alejarme de aquel despacho, y de aquellos dos hombres, me hizo respirar como si me hubieran estado asfixiando hasta ese momento.

Ambos eran sexis y una parte egoísta de mí esperaba que el trato saliera adelante para poder volver a ver a Kane. Si decidían trabajar juntos, el hecho de que fueran un regalo para la vista era un plus para mí, sobre todo si yo era prácticamente invisible.

Y, sin embargo, el contacto de Kane persistía como una suave marca candente en mi codo, e incluso el atisbo de preocupación de Sawyer daba vueltas en mi cabeza. ¿Me estaba engañando a mí misma? ¿Buscaba cosas que no existían?

Quizá mi mente simplemente buscaba algo que justificara la vergüenza paralizante de haberme caído —literalmente— a los pies de ambos. Un temblor recorrió mi cuerpo, seguido de una oleada de piel de gallina mientras servía el café de Sawyer.

—Cálmate —me reñí a mí misma cuando necesité tres intentos para colar el té verde. La adrenalina que se disipaba tras dos encontronazos con el suelo y el contacto del brazo de Kane hacían que me temblaran los dedos. Me estaba costando todas mis fuerzas no quemarme con el líquido caliente.

Todo lo que tenía que hacer era llevarles las bebidas; luego podría volver a mi mesa y terminar el resto de mi turno sin más complicaciones.

Fácil.

Coloqué las tazas en la bandeja, llené un platito con galletas de jengibre y volví al despacho. Cuando entré, el ambiente seguía cargado de tensión, pero Kane y Sawyer se habían sentado en los sofás cercanos a los ventanales con vistas a la ciudad. Sawyer estaba a la izquierda, con el brazo sobre el respaldo y un tobillo cruzado sobre la rodilla, una postura de poder que, sin embargo, parecía abierta. Kane estaba sentado frente a él, con las piernas muy separadas y un brazo sobre el reposabrazos.

—¡El té! —anuncié, haciendo una mueca cuando mi voz sonó más aguda de lo que pretendía. Dejé la bandeja, le di a Sawyer su taza de café y luego le ofrecí a Kane su té y el plato de galletas.

—¿Galletas de jengibre? —enarcó una ceja Kane.

—He leído que son tus favoritas —expliqué. Eso no me hacía parecer una acosadora, ¿verdad?

—¿Has estado informándote sobre mí? —Me lanzó una mirada con aquellos cálidos ojos marrones y el corazón me dio un vuelco.

—Investigación —respondí, enderezándome.

—¿Es un requisito? —Había un ligero deje burlón en su voz que estaba segura de que no era producto de mi imaginación.

Creo.

—Tengo que saber quiénes son ustedes y a qué se dedican, sobre todo si van a trabajar con mi jefe. Además, quería saber todo lo posible sobre lo que hace su empresa.

—¿Golden Dove? —Kane se reclinó con el té en la mano—. Eso depende. ¿Qué opinas de la sanidad asequible?

Semejante pregunta me pareció extraña cuando la respuesta era tan obvia, pero, vista la forma en que se regía el mundo, no todo el mundo tenía tanta suerte.

—Creo que es importante —respondí—. Mi madre, de hecho..., no se encuentra bien y el coste de conseguirle los cuidados que necesita es desorbitado en un buen día. Los días malos son cuando me planteo vender un riñón.

Kane resopló suavemente, divertido. —Quizá deberías pedir un aumento.

Miré a Sawyer, que me observaba con atención. —¿Qué me dice, jefe? —sonreí.

Sawyer no dijo ni una palabra y mi corazón dio otro vuelco nervioso.

—Bueno —me volví hacia Kane, preparándome para excusarme —. Los costes te pillan por sorpresa. Creo que ese es el mayor problema. Y el mayor susto también, porque nadie te prepara para ello. Quieres hacer todo lo que puedes por la gente a la que quieres, pero cuando te ves limitada por facturas que no puedes pagar y medicamentos que no te puedes permitir...

Me contuve antes de divagar demasiado sobre mis sentimientos y luego junté las manos.

—Por favor, disfruten.

—Deberías quedarte. —Kane bebió un buen sorbo, observándome por encima del borde de su taza.

—¿Disculpe? —intervino por fin Sawyer desde atrás y me giré para poder verlos a los dos. El aire se espesó a mi alrededor y, de repente, sentí como si estuviera en medio de una batalla invisible.

—Seguro que no le importa —dijo Kane con suavidad—. Sería de gran ayuda, al menos para mí, contar con alguien imparcial a la parte empresarial. Después de todo, ¿quién podría ofrecer una mejor perspectiva que alguien de nuestro público objetivo?

3

CALLIE

¿Kane me quería a *mí* en la reunión?

Aparte de lo que le había sonsacado a Sawyer a lo largo de los meses, desde luego no estaba lo bastante cualificada para asistir a una reunión tan importante como esta para otra cosa que no fuera tomar notas, y Sawyer a menudo estaba en contra de que quedara constancia por escrito.

Mientras forzaba una sonrisa educada, lista para negarme, Sawyer se me adelantó.

—De acuerdo —dijo—. Puede quedarse.

¿Que podía quedarme?

Le lancé una mirada, intentando adivinar lo que pensaba, pero su rostro permaneció tan impasible como siempre, y su atención estaba centrada por completo en Kane. Parecía que estaban manteniendo una conversación secreta de la que yo no era partícipe. Si por mí fuera, habría vuelto a mi mesa a rastras para aguantar como pudiera el resto del turno antes de irme a casa a ahogarme en vino, pero estaba claro que ellos tenían otros planes.

—¿Quieres que anote algo? —le pregunté a Sawyer, sin estar segura de qué otro valor podía aportar a algo así.

—Solo escuche —fue su única respuesta.

Genial. Excelentes indicaciones, jefe.

Ocupé la única silla individual disponible junto a la pequeña mesa de centro, me acomodé para observar lo que fuera para lo que Kane había decidido que necesitaba mi opinión, y me preparé para lo que sin duda sería una aburrida lucha de gallitos entre dos machos alfa que no estaban dispuestos a ceder ni un ápice ante el otro.

Resultó que me llevé una grata sorpresa.

Sawyer fue directo al grano y empezó a detallar el nuevo y asequible medicamento para el alzhéimer que había estado ayudando a desarrollar. Se había enterado de su existencia hacía más o menos un año y había estado invirtiendo mucho dinero porque, aunque no era una cura, podía proporcionar muchos días «mejores» a los afectados. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, no tenía los medios para hacer llegar este fármaco a los pacientes sin aumentar los costes.

Kane se quedó totalmente absorto durante todo el discurso de Sawyer, y entonces una sonrisa de complicidad se dibujó en su rostro. El problema de la distribución requería la intervención de su empresa, Golden Dove. Golden Dove llevaba años destacando por su labor social y, si alguien sabía cómo absorber los costes como empresa en lugar de repercutirlos en el cliente, ese era Kane Lewis.

Me quedé asombrada viéndolos hablar, discutiendo cifras de dinero con las que yo solo podía soñar. El deseo de Kane de conocer mi opinión quedó claro cuando quiso saber las cifras aproximadas de lo que yo me estaba gastando en facturas, médicas y de otro tipo. Guardándome las cifras reales para mí —no quería soltarle ese tipo de información a un hombre al que apenas conocía—, le di algunas estimaciones.

Incluso cuando Kane explicó por qué los costes eran tan altos, en realidad todo se reducía a la codicia empresarial, porque los que tenían dinero eran más que capaces de absorber parte de la carga monetaria si eso significaba salvar vidas. Esa parecía ser la única cosa en la que tanto él como Sawyer estaban de acuerdo, y se convirtió en la base para el resto de sus conversaciones. Trabajando juntos, podían hacer cosas increíbles para mantener este fármaco lo más barato posible mientras ayudaban a más y más gente.

Era la primera vez que veía a Sawyer hablar de su trabajo con algún tipo de pasión. Cuando se hizo cargo de Crane Enterprises de manos de su padre hacía unos años, se había producido un rápido cambio de rumbo, y parecía que Sawyer estaba comprometido, en el fondo, a hacer lo correcto con la empresa que ahora dirigía.

—No te lo creerías —le expliqué a Bianca unas horas más tarde en el autobús de vuelta a casa—. Estaban sentados uno frente al otro como gladiadores y ninguno se movía a menos que el otro lo hiciera. Era como si se imitaran mientras buscaban algún tipo de amenaza.

—Hombres —rio Bianca al otro lado de la línea—. ¿Qué tiene de amenazante un hombre con traje?

—Nunca seremos lo bastante ricas para saberlo —suspire, mirando la ciudad que pasaba a través de la ventanilla empañada. Contuve la respiración para no inhalar el olor a rancio del autobús, mientras mi mente repasaba la reunión una y otra vez.

—No me digas —gruñó Bianca.

—¡Pero, Dios mío! —Me removí en mi asiento y un impulso de emoción se abrió paso por mi cuerpo—. No me quejaré por tener que mirar a dos hombres que están buenos de narices. Puede que Sawyer tenga ese atractivo sexi y ardiente, pero ¿Kane? —gemí y me recosté en el asiento—. Es como uno de esos modelos de ropa interior que te convences de que no son de verdad porque, ¿cómo puede un hombre ser tan guapo?

—Qué envidia —se quejó Bianca por teléfono—. Te pasas el día mirando a hombres sexis y yo solo veo perros.

—Pero los perros son monos —señalé—. Te pasas el día con animales, que es infinitamente mejor que con personas.

—Puede. Aunque… —Bianca ronroneó ligeramente y pude oír la sonrisita en su voz—. Kane debe de estar coladito por ti si te pidió de inmediato que te quedaras en la reunión.

—Normalmente me reiría y diría que probablemente fue una demostración de poder por parte de Kane para demostrar que podía darme órdenes, pero cuando la reunión terminó… me guiñó un ojo al irse.

—¡Lo ves! —chilló Bianca—. Aunque solo sea para tomarle el pelo a Sawyer, a lo mejor sacas un buen y jugoso filete de hombre de todo esto.

—Anda ya —me reí, olvidándome de bajar la voz y ganándome una mirada de irritación de otro pasajero cercano—. Aunque parece tan inflexible como Sawyer. Hablaban igual, sin decir nunca lo que querían, pero ¿la forma en que me ayudó a levantarme después de caerme? ¿La forma en que *Sawyer* me ayudó a levantarme?

Hinché las mejillas mientras un calor me subía por la garganta.

—Quizá sea cosa de jefes. —Bianca se movió ligeramente—. El dinero y el poder convierten a la gente en unos capullos y ayudarte a levantarte los libra de alguna demanda.

—Me lo creería si creyese lo que dicen los demás, pero no creo que sea eso. Le he visto el lado tierno a Sawyer. Lo esconde muy bien.

—¿Y Kane?

—Bueno —me reí—. Su mano se quedó en mi codo *mucho* más tiempo del necesario. Soñar es gratis.

—Si eso es todo lo que vas a hacer, al menos tienes que conseguirme una foto para que pueda entender por qué hombres te mueres —se rio.

Morirme por ellos me parecía un poco exagerado. En el fondo, sabía que no iba a pasar nada, pero podía fantasear un poco. Lo suficiente para que mis días no fueran tan completamente sombríos.

—Vale, basta de hablar de mí —declaré—. Cuéntame tu día.

De inmediato, Bianca se lanzó a una larga perorata sobre un cliente que se había olvidado de recoger a su perro durante tres días. Tuvo que sacar la artillería pesada al explicarle que una clínica veterinaria no era un refugio para perros y que, si no podían hacerse cargo de su animal, habría consecuencias. Su despotrique nos llevó a desahogar nuestras frustraciones con su jefe y su negativa a darle más horas, pero con un nuevo gran cliente asegurado, existía la posibilidad de una bonificación mayor.

Terminé la llamada cuando el autobús llegó a mi parada y, tras comprobar lo tarde que era, crucé la calle a toda prisa hacia el centro de cuidados paliativos que atendía a mi madre.

Cada día era una lotería. ¿Me reconocería? ¿O sería uno de esos días en los que yo no existo?

Obtuve la respuesta en cuanto crucé las puertas y el enfermero me dedicó una sonrisa compasiva.

—¿Cómo está? —pregunté, deteniéndome en el umbral de la sala de estar.

—Ha sido un día duro —respondió el enfermero—. Un día tranquilo puede ser bueno, pero esta mañana no ha reconocido a su enfermera y eso ha causado algunos problemas.

—¿Está bien? —La preocupación me invadió el pecho y di un paso adelante, pero, cuando los ojos de mi madre pasaron lánguidamente sobre mí sin un ápice de entendimiento, dudé.

Que mi propia madre me mire como si fuera una extraña es un dolor profundo y único que no estoy preparada para asumir hoy.

—Está bien —me aseguró el enfermero—. Aunque ahora que está aquí, debo recordarle que su factura tiene un retraso de dos semanas. Su periodo de carencia está a punto de terminar y entiendo que estas cosas pueden ser difíciles, pero tengo que insistir.

A pesar de la amabilidad en la voz del enfermero, había un toque de irritación en sus ojos. Normalmente, empatizaría con lo difícil que es reclamar los pagos a la gente, pero un simple vistazo a mi madre hace que se me encoja el corazón.

—Me encargaré de ello —respondí bruscamente—. Ha sido un mes difícil. Le expliqué todo esto a su jefa. ¿Creía que había accedido a darme una prórroga?

—Lo hizo —replicó con una sonrisa forzada—. Pero esa prórroga termina la semana que viene y tengo que recordárselo. Lo siento, es la política del centro.

Por supuesto que lo era.

—De acuerdo, lo entiendo. Tendrá su dinero para el final de la semana que viene.

Sin embargo, cómo iba a conseguir ese dinero no tenía ni idea. Parecía que mi tarde de relax se iba a convertir en una búsqueda de otro banco dispuesto a darme un préstamo.

Pero por mi madre merecería la pena. Se merecía los mejores cuidados.

Cuando llegó la hora de dormir, estaba agotada. Para mi propia tranquilidad, escribí todo lo que recordaba de la reunión y luego pasé dos horas con una botella de vino y mi portátil rellenando incontables solicitudes de préstamo.

Esto no sería un problema si fuera tan rica como Sawyer o Kane. Sé que hacían todo lo posible por ayudar a los menos afortunados. Kane era incluso famoso por ser un hombre nacido en la riqueza que había donado más de lo que jamás había ganado, pero no podía reprimir los celos que sentía.

Si tuviera esa clase de dinero, mi madre estaría en el mejor centro del país.

De camino a mi cuarto, imaginé una escena en mi cabeza en la que le pedía un aumento a Sawyer. Nunca lo había hecho, pero, dada mi ruinosa situación financiera y el inestable acceso que tenía a los préstamos, quizá era un camino que debía considerar.

Nuestra conversación se desarrolló de varias maneras diferentes en mi cabeza hasta que Sawyer se cansó de rechazarme y prometió darme una lección por pedírselo tan a menudo. Me daba la impresión de que era el tipo de hombre al que no le gustaba que le cuestionaran o desobedecieran. El cansancio alimentó la fantasía cuando entré en la ducha y mi deseo de un salario mayor se fundió con el deseo de atención.

Que Sawyer se fijara en mí como Kane se había fijado en mí. Sentir esos fuertes brazos zarandeándome con la misma facilidad con la que me levantó del suelo. Seguro que podría arrojarme sobre la cama y poseerme sin despeinarse.

Lo anhelaba cuando entré en la ducha. Cada gota de agua sobre mi piel era un indicio de cómo podría sentirse su tacto sobre mi piel desnuda. Quería que la presión de sus dedos me dejara moratones en los brazos, quería que mi garganta cantara con la marca de su boca. Quería sus manos en mi pelo y sus labios contra mi oído diciéndome lo orgulloso que está de mí. Que solo me ascendió para poder acercarse lo suficiente como para joderme.

En cuestión de minutos, estaba apretada contra la pared de la ducha con los dedos hundidos en mi coño. En mi mente, esos dedos eran los suyos mientras me apretaba contra los archivadores y jadeaba desesperado por no poder mantenerse alejado de mí. Estaba celoso de que Kane me hubiera tocado, de que me hubiera mirado, y quería recordarme a quién pertenecía.

Joder, quería que me *poseyeran*.

Mis gemidos se fundieron con el agua que caía a mi alrededor mientras hundía los dedos con fuerza, jodiéndome con la misma agresividad con la que estaba segura de que él lo haría. Era un hombre de poder, se comprometía, y yo sabía que se comprometería conmigo si tuviera la oportunidad. Apreté el talón de mi mano hacia arriba contra mi clítoris e imaginé a Sawyer besando todo mi cuerpo. Separaría mis muslos, me miraría, me exhibiría y luego me comería el coño como si fuera una especie de manjar.

Y durante todo el proceso, su intensa mirada atravesaría la niebla de la lujuria y me mantendría anclada en el momento, centrada en el placer.

De repente, mientras la boca fantasma de Sawyer lamía mi coño y besaba mi clítoris, Kane apareció a mi lado y deslizó su mano suavemente alrededor de mi garganta. Sonrió y, justo cuando se inclinaba para besarme con aquellos labios carnosos, me corrí.

Mi grito rebotó en las paredes y me deslicé por los azulejos, envuelta en placer durante unos largos instantes con Kane y Sawyer en mi mente, observándome desmoronarme con sonrisas cómplices.

Mierda.

Desplomada bajo el chorro, jadeaba mientras mi cuerpo hormigueaba y se estremecía con las palpitantes olas de placer.

Kane y Sawyer.

Juntos.

Bueno, esa fantasía iba a hacer que verles la cara en el trabajo fuera un poco más difícil.

Ha merecido la pena.

4

CALLIE

—...y ¿lo has visto?

Mavis, de pie a mi lado con una taza de café humeante en una mano, negó con la cabeza tan rápido que sus apretados rizos castaños de la permanente casi se le deshicieron.

—Kane se ha ido con aire de suficiencia. ¡Con aire de suficiencia, te lo digo yo! ¿Estás segura de que no has oído nada? Si esto se va a ir al garete, deberían tener la decencia de avisarnos.

Curiosamente, el parloteo de Mavis era una agradable distracción de los pensamientos que daban vueltas en mi cabeza. Me habían denegado dos préstamos esta semana y, como solo quedaban unos días para asegurar el siguiente pago de la residencia de cuidados paliativos de mi madre, las cosas no pintaban bien. Sin embargo, escuchar cotilleos sin importancia era una forma extrañamente agradable de distraerme mientras removía mi propio té.

—No he oído nada, Mavis. Lo siento. —Levanté la cabeza y le dediqué una sonrisita—. Pero, en cuanto sepa algo, serás la primera en saberlo.

—Gracias, cielo. A mi edad, buscar un trabajo nuevo no es moco de pavo, ¿sabes? —Dio un sorbo ruidoso y luego me puso una mano arrugada en el hombro—. Aunque para ti será pan comido, estoy segura. Te pondrás a buscar en cuanto lo sepas.

—Mavis. —Dejé la cuchara en el fregadero, me volví hacia ella y me fijé un momento en la cadenita de perlas que le colgaba de las gafas—. ¿Alguna vez has considerado que Kane estaba aquí porque somos nosotros los que vamos a hacer la fusión? Quizá necesite ayuda.

—¿Un hombre tan rico como ese? —La risa de Mavis fue un sonido suave y tintineante—. No seas tonta, querida...

—Callie. —La grave voz de Sawyer interrumpió de repente la conversación y el ambiente de la sala de descanso cambió por completo. El director general no solía venir por aquí, salvo para saludar de pasada en el cumpleaños de algún empleado.

Me volví hacia él y noté cómo se me calentaban las puntas de las orejas.

—¿Señor?

—Necesito verla casi al final de su turno, si no le importa.

—Por supuesto. —Asentí rápidamente. ¿Por qué no me lo había pedido cuando estaba en mi mesa? ¿Por qué hacerlo delante de Mavis y de los otros empleados que andaban por la sala de descanso?

Sawyer paseó la mirada por la sala y se fue. Un silencio tenso llenó el aire tras él mientras el personal esperaba a ver si volvía. Pasado un tiempo prudencial, la conversación se reanudó y yo solté el aire que había contenido en el pecho.

—No estarás metida en un lío, ¿verdad, cielo? —preguntó Mavis, con sus pobladas cejas fruncidas por la preocupación.

—No, claro que no —le aseguré, cogiendo mi té—. Solo tenemos que repasar los informes de gastos de siempre. Supongo que este mes lo haremos antes.

A pesar de la preocupación en su rostro, le dediqué una cálida sonrisa y salí a toda prisa de la sala de descanso con los pensamientos dándome vueltas sobre los últimos días. No estaba metida en ningún lío..., ¿o sí?

Por suerte, el final de la jornada llegó rápidamente y, media hora antes de que terminara mi turno, me dirigí al despacho de Sawyer y llamé suavemente a la puerta. Estaba sentado detrás de su

escritorio, frotándose la barba con una mano, sumido en sus pensamientos.

—¿Señor?

Sawyer levantó la cabeza de golpe y me clavó una mirada inquebrantable. La misma mirada que se había colado en mi mente durante mi fantasía de la otra noche.

—¿Quería verme?

—Ah. Sí. —Sawyer se levantó rápidamente y, mientras se dirigía a la mesa de reuniones del centro de su despacho, el sol del atardecer que entraba por las ventanas confirió a su camisa blanca un aspecto fugazmente transparente. Me obligué a mantener la mirada en su rostro, aunque por el rabillo del ojo fuera consciente de las curvas de sus músculos.

—Quería repasar los informes de gastos. Sé que es pronto, pero con el... ¿podría cerrar la puerta?

Lo hice de inmediato.

—Con este próximo acuerdo con Kane, necesito asegurarme de que todo está en perfecto orden.

—¡Por supuesto! —Fue imposible reprimir el alivio en mi voz. Estar sentada en mi mesa toda la tarde le había dado tiempo a mi mente para llenarse de ideas angustiosas sobre el lío en que podría haberme metido con mi jefe. Por suerte, solo estaba siendo previsor.

—¿Tiene las cifras del mes pasado?

—De hecho —dije, acercándome a toda prisa—, todas las cifras se pueden ver en las cuentas a través del sistema. —Tomé asiento en la mesa, acerqué la tableta y entré rápidamente en las cuentas. Sawyer se sentó a mi lado, tan cerca que el calor de su presencia me envolvió tan de repente que introduje mal mi contraseña.

Dos veces.

Por suerte, no hizo ningún comentario y se limitó a gruñir cuando le deslicé la tableta.

—¿Aquí está todo?

—Sí. —Mi atención saltaba de él a la tableta mientras me inclinaba en su dirección—. Cualquier cosa que quiera ver se mostrará aquí, y también puede ver las cosas del mes anterior ahí.

Hay algunas predicciones para el mes que viene y el siguiente, por si cree que las estimaciones ayudarán con Kane.

La siguiente hora la pasamos estudiando minuciosamente los gastos de toda la empresa, desde los costes de personal y los beneficios, hasta el margen que teníamos para absorber costes. Sawyer me encargó que recopilara todas las cifras importantes en un documento seguro que pudiera compartirse con Kane; después de que los abogados le echaran un vistazo, por supuesto.

Durante todo el proceso, la presencia de Sawyer a mi lado era sofocante de la manera más agradable. El calor emanaba de él en oleadas, y cada vez que respiraba me llenaba del aroma especiado y reconfortante de su colonia. Chispas me recorrían los antebrazos cada vez que nuestros dedos se rozaban accidentalmente; no es que Sawyer pareciera darse cuenta, pero fue suficiente para que un calor se acumulara entre mis piernas.

Estaba deseando llegar a casa.

—¿Qué opina de Kane? —preguntó Sawyer de repente, descarrilando mis pensamientos sobre los gastos de horas extra.

—¿Eh? —Levanté la cabeza y miré a Sawyer a través de unos mechones de pelo sueltos.

—¿Qué opina de él?

—¿Qué..., qué quiere decir?

Sawyer enarcó una ceja y jugueteó con la manga de la camisa mientras se la arremangaba hasta el codo. —¿Creo que la pregunta está perfectamente clara.

¿Quería saber mi opinión? ¿Pero por qué?

—Creo que… creo que parece una persona decente. Por lo que he leído sobre él, procede de una familia adinerada de toda la vida y hace todo lo posible por asegurarse de hacer algo bueno con lo que tiene. Claro que podría ser una estrategia de prensa muy astuta, pero si nos guiamos por la reunión que hemos tenido, creo que simplemente está deseando ayudar.

Sawyer permaneció en silencio, así que yo seguí hablando.

—Estoy segura de que tendrá sus propias razones. Pero cuando usted le detalló su plan para garantizar que el medicamento siguiera siendo asequible, pareció animarse mucho. —Hice una pausa,

intentando pensar en una forma mejor de expresarlo, pero al final no se me ocurrió ninguna—. Sinceramente, me recordó a un niño que encuentra por primera vez a alguien que comparte su peculiar interés.

La comisura de los labios de Sawyer se crispó brevemente con el más leve atisbo de diversión.

—Solo necesita asegurarse primero la patente, ¿verdad?

Sawyer asintió, sin apartar los ojos de mí. No podía apartar la mirada, y tampoco es que quisiera. Podría perderme en esos ojos de océano y no querer que me encontraran nunca.

—¿Por qué le importa?

Sawyer entrecerró los ojos. —¿Disculpe?

—Quiero decir, ¿por qué importa lo que yo piense? —pregunté de nuevo, reformulando mi sorpresa a toda prisa.

—Valoro su opinión —respondió Sawyer.

¿En serio? No creía que le importara mucho mi opinión, y mucho menos que se hubiera fijado en mí más allá de mi capacidad para hacer volar papeles por los aires.

—Creo que tiene usted buen olfato para la gente, porque desde luego no habló tan bien de Eli Talbot, y eso que él es *famoso* por ser encantador.

Arrugué la nariz de inmediato al oír el nombre de ese hombre, y un sabor agrio me invadió la boca. Eli Talbot. El director ejecutivo de PRISM era uno de los principales competidores de Sawyer. Eran los líderes en el sector médico antes de que Sawyer se hiciera cargo de Crane Enterprises y reorientara el enfoque de la empresa de la inversión a la medicina.

—La cena de negocios en la que nos conocimos fue encantadora, pero lo único que apestaba era Eli y su obsesión por encontrar la siguiente manera horrible de ganar más dinero sin importarle a quién pudiera afectar. —No podía arrugar la nariz con más fuerza y finalmente aparté la mirada de Sawyer, poniendo los ojos en blanco —. No le tengo ningún respeto a un hombre así.

—¿A qué clase de hombre respeta?

Su pregunta me pilló desprevenida y, una vez más, sentí que me ardían las puntas de las orejas. Cuando volví a mirarlo, el calor me

bajó por la nuca.

—Bueno… Respeto a un hombre que no teme hacer lo correcto. Que no teme cuidar de la gente y, en el caso de Eli, respeto a un hombre que no está dispuesto a ganar su próximo millón a costa de gente que ya lo está pasando mal.

Los ojos de Sawyer se apartaron lentamente de los míos y recorrieron mi cuerpo. El calor siguió extendiéndose por mis hombros y tragué saliva.

¿Era esa la respuesta correcta? ¿Esperaba que dijera otra cosa?

—¿Lo ve? —Los ojos de Sawyer volvieron a clavarse en los míos —. Sabe juzgar bien a las personas. Si se hubiera sentado ahí y hubiera expresado una sola duda sobre Kane, por pequeña que fuera, habría cancelado el trato.

—No, no lo habría hecho —me mofé sin pensar—. Ese trato es demasiado importante.

—Lo habría hecho. —Sawyer sonaba completamente serio y nada pudo evitar que el calor se extendiera a mis mejillas.

Lo decía en serio. De verdad que habría cambiado sus planes basándose en mi opinión. Imposible que crea que mi opinión es tan importante.

¿O sí?

Sawyer finalmente apartó la vista y volvió a su tableta.

Quería preguntar más. Quería indagar un poco más sobre por qué le importaba lo que yo pensaba cuando la mitad de las veces parecía que ni siquiera se fijaba en mí. Pero cuando abrí la boca, el teléfono de la oficina cobró vida con un sonido estridente.

Estiré el brazo por encima de la mesa, cogí el auricular y me lo llevé a la oreja.

—Buenas tardes. Despacho del señor Crane, habla Callie. ¿En qué puedo ayudarle?

Por el rabillo del ojo, vi cómo Sawyer accedía rápidamente a los expedientes de los empleados y ampliaba la baja de maternidad remunerada de Amelie, de contabilidad.

Qué blandengue.

—¿Callie? —La voz desconocida al otro lado de la línea parecía alegre y cálida.

—Sí, correcto.

Sawyer no me sustituyó mientras se ponía de pie, así que supe que había hecho lo correcto.

—¿Ni para un viejo amigo?

—¿A nombre de quién digo que llama?

—¡Soy yo, Liam! Liam Hall.

Liam. Ese nombre me sonaba.

Un momento, ¿Liam, el director de operaciones de Crane Enterprises? Girando sobre mí misma, abrí la boca para decírselo a Sawyer, pero las palabras murieron en mi garganta. Sawyer estaba de pie junto a su escritorio, hablando intensamente con un hombre mayor que ni siquiera había oído entrar en el despacho.

Lo reconocí al instante. Era el padre de Sawyer, Marcus.

—Si busca al señor Crane, lo siento, pero no está disponible en este momento.

—Es que no quiere hablar conmigo, ¿eh? —rio Liam—. No te preocupes. Dile a Sawyer que le devuelvo la llamada y que estaré de vuelta en Estados Unidos a principios de la semana que viene.

—No hay problema, se lo haré saber.

—¡Genial! Gracias, Callie.

—De nada, señor.

La línea se cortó y bajé lentamente el auricular, hiperconsciente de la presencia de Marcus.

Sabía muy poco del padre de Sawyer, más allá de la propia reputación de Marcus. Dejó su puesto de director ejecutivo tras la muerte de su esposa, la madre de Sawyer, pero lo visitaba con la frecuencia suficiente para expresar su desaprobación por la decisión de Sawyer de orientar la empresa hacia el sector médico. A sus ojos, Sawyer se estaba burlando del apellido Crane y de la reputación que Marcus había construido en el sector de las inversiones.

Hoy no parecía ser diferente.

—¿Kane Lewis? —siseó Marcus con amargura—. ¿De verdad creías que podías celebrar una reunión así sin mi conocimiento?

—Papá —dijo Sawyer con tensión—. Como ya te he dicho antes, la forma en que llevo los negocios no es asunto tuyo.

—¡Sí que es asunto mío! —espetó Marcus, golpeando la mesa con la palma de la mano, lo que me hizo dar un respingo—. ¿Tienes idea de la vergüenza que me veo obligado a soportar porque decidiste coger el huevo de oro en el que trabajé durante años para preparártelo y hacerlo pedazos? ¡Todo lo que tenías que hacer era sentarte en esa maldita silla durante los próximos treinta años y dejar que el dinero entrara a raudales!

No parecía el mejor momento para contarle a Sawyer lo de Liam, así que, con movimientos lentos, me levanté de la silla y me aparté… solo para que la falda se me enganchara en el borde del asiento y lo volcara hacia atrás. Me abalancé y sujeté la silla antes de que pudiera caer al suelo. Tras enderezarla, mi alivio fue breve cuando me giré y vi que Marcus me fulminaba con la mirada y la cara de Sawyer se contraía en una expresión indescifrable.

Parecía molesto de que yo estuviera allí, como si se hubiera olvidado de mi propia presencia.

—¿Qué hacéis aquí dentro? —bramó Marcus con tanta fuerza que di un respingo ante su repentino cambio de tono—. ¡Fuera!

—Estábamos trabajando —respondí mientras un temblor me recorría los brazos.

De repente, Sawyer avanzó con decisión y me cogió del brazo. Me sujetaba con firmeza, pero sin hacerme daño, mientras me guiaba hacia la puerta. Era obvio que quería que me fuera rápido, pero quizá pudiera darle el recado a toda prisa.

—Era Liam al teléfono —dije apresuradamente—. Llega la semana que viene...

—Ni siquiera se puede tener una conversación privada —me interrumpió Marcus con un gruñido—. ¿Este es el chiringuito que montas aquí? En menuda desgracia te estás convirtiendo, Sawyer. ¡Si tu madre pudiera verte ahora, se revolvería en su tumba!

Sawyer me soltó con una mirada furibunda justo delante de la puerta de su despacho y luego me la cerró en las narices.

Se me subió el corazón a la garganta.

Auch.

5

CALLIE

El portazo en mis narices provocó un silencio absoluto en mi mente, y una oleada de emociones complejas me recorrió por dentro.

¿De verdad acababa de hacer eso? ¿Echarme como si fuera culpa mía estar allí y luego darme con la puerta en las narices?

La rabia me palpitó en el pecho, ardiente y viva durante unos segundos, y entonces empezaron los gritos ahogados dentro del despacho. Ese ruido apagó de inmediato mi enfado y lo sustituyó por compasión. La presencia de Marcus siempre sacaba a relucir un lado más arisco de Sawyer, un lado que estaba constantemente a la defensiva, así que no podía culparlo por no querer discutir con público.

Volví a mi ordenador, le envié un correo rápido a Sawyer con los detalles de la llamada con Liam y luego di por terminada la jornada.

Aunque la compasión se convirtió en la sensación predominante en mi pecho mientras le contaba la historia a mi mejor amiga, Bianca, una hora más tarde, mientras paseábamos a algunos de los perros de su clínica, la rabia bullía a flor de piel.

—¡Es que es muy estúpido! —apreté con más fuerza las cuatro correas que llevaba en las manos—. Aparece aquí como si el sitio fuera suyo y se pone a lanzar insultos. ¿Cómo puedes sermonear a

alguien sobre cómo dirigir una empresa cuando te comportas como un niño malcriado, cabreado porque no te sales con la tuya?

Bianca carraspeó en señal de acuerdo, sabiendo que era mejor no interrumpirme en mitad de mi despotrique.

—Y la forma en la que me ha echado… Podría habérmelo pedido, ¿sabes? Habrían bastado cinco palabras y me habría ido, pero no, ha tenido que arrastrarme fuera. Sé que tener a Marcus cerca es desagradable y no puedo ni imaginarme cómo es crecer con un hombre así como padre. O perder a tu madre tan de repente, pero joder.

—¿Estás segura de que no estás enfadada con él? —Bianca soltó una risita, caminando a mi lado—. Suenas enfadada.

—No estoy enfadada —insistí—. Es que es… exasperante.

—Porque estabais a solas, sentados muy juntitos y a gusto —bromeó Bianca, dándome un codazo con una amplia sonrisa—. Y él lo ha fastidiado.

—¡No es por eso! —Aunque al mirarla, supe que no era verdad—. Vale, puede que un poco sí, pero la cuestión no es esa. Sí que parecía que estábamos teniendo un momento. Un momento agradable. Solo nosotros dos. Le importaba lo que le estaba diciendo y entonces…

Interrumpiéndome, suspiré profundamente y volví el rostro hacia el último rayo de sol que danzaba en el cielo.

—¿Y entonces querías que te tirara sobre el escritorio y te hiciera suya, pero apareció su padre y te cortó todo el rollo? —Bianca estalló en una risa suave y el sonido fue lo bastante musical como para que una pizca de calidez asomara a mis propios labios.

—Supongo que sí. Creo que… en realidad no estoy enfadada con él; estoy enfadada con la situación y con el hecho de que no puedo ayudar.

—No puedes arreglarle las cosas a todo el mundo, aunque quieras.

—Claro. Lo sé. Pero ¿cómo consuelas a alguien con quien ni siquiera tienes confianza y con quien sería tremendamente inapropiado?

Bianca se encogió de hombros y se agachó para revolver el pelo de uno de los perros mientras esperábamos para cruzar la calle.

—¿Sinceramente? No puedes. Así que céntrate en lo que sí puedes controlar.

—El trabajo. Porque es mi jefe —gemí.

—Exacto. Consuélalo en tus fantasías. Ahora en serio, probablemente esté acostumbrado a que su padre lo haga pedazos. No es la primera vez ni será la última. Sawyer parece un tío duro, así que a lo mejor simplemente agradece las cosas sencillas, como una agenda llena y los informes entregados a tiempo.

Resoplé divertida y reanudamos el paseo. Podía entender por qué la gente pensaba que Sawyer era un tío duro. No veían las cosas buenas que hacía por la gente, y aquellos por los que las hacía a menudo daban por sentado que era para cumplir alguna cuota. Yo sabía que no era así. Veía todo lo que elegía hacer por los demás sin pedir nunca las gracias.

—No sé —reflexioné, juntando todas las correas en una mano cuando mi móvil vibró en el bolsillo—. Es que me pareció muy triste… ¡oh!

—¿Qué pasa?

Miré el móvil. Sawyer por fin había respondido a mi correo sobre Liam.

—Me dice que me tome el fin de semana libre. Pagado.

—¿No sueles tener el fin de semana libre? —preguntó Bianca.

—Sí. Pero esta vez es pagado como agradecimiento por ayudar con Kane. —Esto también tiene que ser una disculpa, ¿no?

—O le remuerde la conciencia —comentó ella, siguiendo el mismo hilo de pensamiento, pero con un resultado diferente.

—No sé. Creo que podría ser una disculpa por echarme de su despacho —dije, tecleando rápidamente mi agradecimiento.

—Los hombres como él no saben cómo disculparse ni ser decentes.

—No sé. Creo que solo tienes que verlos en el momento adecuado, ¿sabes? —Era difícil expresar exactamente por qué sin que pareciera que estaba justificando las cosas por el hecho de que me gustara.

—Callie —Bianca me lanzó una mirada—. La gente amable no esconde que es amable.

—Los hombres sí —repliqué. Además, cada vez que Marcus estaba cerca era dolorosamente evidente la dura educación que Sawyer había tenido. Era fácil entender que crecer con un padre tan iracundo diera como resultado un caparazón frío. Los actos de bondad, sin duda alguna, se ocultaban.

—Estás cegada —se rio Bianca—. Tienes tantas ganas de su polla que no puedes verlo con claridad.

—Que te den —me reí suavemente, dándole un codazo—. Soy la única que lo ve con claridad.

Bianca puso los ojos en blanco con tanta fuerza que casi perdió el equilibrio y continuamos nuestro paseo juntas, riendo y bromeando.

Era refrescante pasar tiempo en el mundo de Bianca, donde los perros eran los protagonistas. A veces envidiaba que, mientras yo lidiaba con informes de empresa, facturas y cuentas, Bianca estuviera aquí cuidando de perros que necesitaban tratamiento o cuidados mientras sus dueños estaban ocupados.

No es que quisiera dejar mi trabajo, pero debía de ser agradable. Aunque, por otro lado, Bianca a menudo decía que envidiaba la seguridad de mi puesto, así que lo achaqué a la típica envidia laboral. Desde luego, no me hacía ninguna gracia tener que lavar a todos estos perros.

—¿Qué te parece si meto a estos pequeños en sus jaulas y luego vamos a cenar? —sugirió Bianca cuando llegamos de vuelta a su clínica.

—Me parece bien —sonreí, apoyándome en el mostrador de recepción. Luego llamé al veterinario que estaba en la trastienda—: ¡Hola, Fred!

—¡Callie! —Asomó la cabeza por la puerta y me dedicó una sonrisa, ladeando la cabeza para verme mejor a través de sus gafas torcidas—. ¿Qué tal el paseo?

—Genial, gracias.

—Ya sabes, si alguna vez buscas un trabajo extra, siempre nos faltan paseadores de perros.

—Lo siento, Fred. Solo he venido por Bianca.

La cara de Fred se descompuso con una decepción fingida. —Los jóvenes de hoy en día. —Me guiñó un ojo y desapareció de nuevo tras la puerta.

—Vaya, qué decepción —dijo una voz que me encogió el corazón.

Conocía esa voz.

Mientras Bianca forcejeaba con el último perro para meterlo por las puertas que daban a la parte trasera de la clínica, me di la vuelta lentamente y me encontré cara a cara con Eli Talbot.

De todos los lugares del mundo en los que podría habérmelo encontrado, una clínica veterinaria familiar ni siquiera estaba en la lista.

—Eli.

Su rostro, largo y estrecho, se estiró en una amplia sonrisa de oreja a oreja, y sus finas cejas oscuras se elevaron hasta la línea de su cabello, cada vez más rala.

—Se acuerda de mí.

—Es usted un hombre difícil de olvidar.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Tómeselo como quiera. —El asco se me instaló en la garganta y me costó un gran esfuerzo mantener el rostro tan impasible como pude. Todo en Eli, desde su voz viscosa hasta su camisa impecable y su chaleco, rezumaba desesperación. Quería que la gente supiera que era rico, que sus gemelos y su reloj costaban más de lo que cualquiera podría ganar en toda una vida.

—¿Qué hace usted aquí? —¿Me había seguido hasta aquí? ¿Buscaba algo relacionado con Sawyer?

—Yo también he venido por Bianca.

—¿Cómo? —mi voz se agudizó ligeramente por la alarma. Bianca no había mencionado que estuviera saliendo con nadie, pero ¿seguro que tenía mejor gusto que este?

—Mi perra —dijo Eli, acercándose para apoyarse en el mostrador a mi lado.

Mis pulmones se obstruyeron de inmediato con el hedor de su loción para después del afeitado, un pesado olor floral con un matiz ácido, y esta vez no disimulé la tos.

—¿Tiene a su perra aquí?

—¡Señor Talbot! —Bianca apareció de repente con un formulario en la mano.

—Bianca, querida, ¿cómo está Filly?

—Está mucho mejor. Fred le ha recetado una medicación y la estamos vigilando de cerca, pero parece que lo que le causó la enfermedad ya ha pasado. Puede llevársela a casa hoy mismo si quiere. —Bianca le tendió el formulario que tenía en la mano, pero Eli negó con la cabeza.

—Agradezco todo lo que han hecho por ella, pero en realidad, me gustaría dejarla aquí un tiempo más. He tenido un… aumento de trabajo inesperado, así que saber que está bien cuidada me da tranquilidad. ¿Le parece bien?

—Por supuesto —respondió Bianca radiante, retirando el formulario—. Se lo diré a Fred.

Ver a Bianca tan sonriente ante la amabilidad de Eli fue extrañamente repugnante y tomé nota mental de recordarle a Bianca quién era él. No me sorprendería que hubiera envenenado a su propia perra para meterla en una residencia.

—Con todo lo que presume —comenté cuando Eli volvió al mostrador a mi lado—, nunca lo habría imaginado en un sitio como este.

—¿Por qué no? —La sonrisa de Eli se convirtió en una mueca—. Me gusta la intimidad del lugar. —Mientras hablaba, se inclinó más y sus ojos empezaron a deslizarse lentamente hacia mi pecho—. Es la ayudantita de Sawyer Crane, ¿verdad? Me acuerdo de usted.

—Sí —respondí—. ¿Y?

Eli se lamió lentamente sus finos labios y luego sus ojos se clavaron en los míos. —¿Supongo que nos veremos más a menudo, no?

Quería saber a qué se refería con eso, pero antes de que pudiera preguntar, dejó un cheque sobre el mostrador y salió del edificio demasiado rápido. Saber que estaba aquí y que volvería hizo que se me erizara la piel y me estremecí.

—¿Lista? —Bianca apareció a mi lado unos minutos más tarde, toda sonrisas—. Me muero de hambre.

—Totalmente. No me puedo creer que dejes que Eli Talbot tenga a su perra aquí.

—¿Se supone que tengo que saber quién es? —preguntó después de despedirse de Fred.

—¿El baboso de la cena de negocios? —le recordé mientras salíamos.

Bianca negó con la cabeza y frunció el ceño. —Tendrás que ponerme al día durante la cena —reflexionó—. Pero primero, prométeme una cosa.

—¿Claro?

—Mímate este fin de semana. No pienses en Sawyer, no te preocupes por tu madre, solo céntrate en ti. Mímate hasta la saciedad y luego, cuando vuelvas al trabajo el lunes, Sawyer podría sentirse mal al ver lo sexi que estás.

—Me lo pensaré —me reí, cogiéndola del brazo mientras caminábamos—. Pero primero, lo de Eli.



El lunes por la mañana fue más fácil de afrontar después de un fin de semana de masajes con aceite caliente, mi comida favorita y un baño caliente que me dejó como nueva. Seguir el consejo de Bianca de mimarme había sido una buena idea y estaba lista para enfrentarme a cualquier humor en el que estuviera Sawyer después de un fin de semana seguramente estresante con su padre.

Al llegar temprano a la oficina, mi plan de tenerle preparado el café, junto con unos buenos bollos para desayunar, se desbarató de inmediato cuando llegué a mi escritorio y me detuve en seco.

Sentada en mi silla, dando vueltas y más vueltas, había una niña con el pelo castaño y unos enormes ojos verdes. Una gran sonrisa adornaba su cara de manzana y movía las piernas, intentando ir más rápido hasta que agarré el respaldo de mi silla y la detuve.

—¿Hola?

6

CALLIE

La niña me miraba con unos enormes ojos verdes; luego se llevó una mano a la boca y empezó a juguetear con el labio inferior.

—Hola.

—Hola —repetí. Levanté la cabeza y miré a mi alrededor, pero no había nadie en la sala ni en el pasillo. ¿Cómo había acabado una niña cualquiera en mi cubículo?

—¿Quién eres? —pregunté, poniéndome nerviosa ante la posibilidad de vivir mi propio momento a lo *El resplandor*—. ¿Están tus padres por aquí?

—¡Soy Marie! —Me dedicó una sonrisa que enseñaba todos los dientes, luego se puso de rodillas y se agarró al respaldo de mi silla mientras gritaba—: ¡Papá!

—¿Qué pasa, cariño?

Del despacho de Sawyer salió un hombre increíblemente guapo y, por un momento, se me cortó la respiración. Con la piel dorada, el pelo negro y espeso y unos llamativos ojos verdes, el hombre se apresuró hacia Marie y me dedicó una deslumbrante sonrisa de dientes blancos que le arrugaba suavemente las comisuras de los ojos. Unos cuantos mechones de pelo le caían sobre la frente mientras alzaba a Marie en brazos, arrugando su camisa gris en el proceso.

—Lo siento mucho. No pensaba que habría nadie tan temprano.

Oír su voz cálida y ligeramente rasposa me sacó de mi estupor de *«oh, no, está bueno»* y sonreí. —¿Es usted Liam, verdad? ¿Liam Hall?

Estaba *increíble*. Muy diferente de la última vez que lo vi, hacía más de un año. Entonces estaba un poco más delgado, más demacrado por una vida desenfrenada de fiestas y alcohol, sin preocuparse por los que lo rodeaban. Lo último que había oído era que estaba intentando enderezar su vida y, por lo que parecía, lo había conseguido.

—Sí, así es —respondió Liam, recorriéndome descaradamente con la mirada de arriba abajo con una sonrisa de aprobación—. ¿Y usted es?

Un calor me inundó las mejillas y me erguí ligeramente mientras me quitaba el abrigo. —Callie...

—¡Callie! —exclamó Liam—. ¡Claro! Me alegro mucho de verla. Está fantástica.

No había forma de ocultar el rubor de mis mejillas, no cuando me bajaba por el cuello, y tan temprano por la mañana ni siquiera podía echarle la culpa al calor de la oficina.

—Gracias. Usted también. —Y era verdad.

—He venido a ver a Sawyer. Me mandó un correo para revisar unos papeles y firmar unas cosas, así que, por supuesto, volé de vuelta en cuanto pude. Y esta monada viene conmigo a todas partes. —La atención de Liam se desvió hacia Marie, que permanecía en silencio en sus brazos, mirándome con curiosidad.

—Es adorable —sonreí—. ¿Cuántos años tiene?

—Tengo ocho —respondió Marie de inmediato, pillándome por sorpresa. Dada su altura, había supuesto que era mucho más pequeña, y la sorpresa debió de ser evidente en mi cara, a juzgar por cómo se rio Liam.

—Sí, nos lo dicen mucho. A veces se aprovecha de ello. La de veces que hemos conseguido comidas gratis para menores de cinco años es una locura.

—Disfrútelo mientras pueda —me reí—. Yo también fui una niña menuda durante años, y en cuanto me convertí en adolescente,

pegué el estirón.

—Se nota —comentó Liam con una mirada de aprobación—. La pubertad fue generosa con usted.

Las mejillas me ardieron ante ese comentario, así que me giré rápidamente hacia mi escritorio. No es que sirviera de mucho. La mirada de Liam ardía en mi espalda incluso aunque estuviera de espaldas.

—Me temo que Sawyer no llegará hasta dentro de otros veinte minutos, ¿a no ser que hayan quedado antes?

—No, simplemente me he presentado —respondió Liam—. El guardia de seguridad de la entrada no se creía que fuera yo, así que he tenido que pasar por cien controles de seguridad solo para entrar. ¿Esto siempre ha sido tan intenso?

Pulsé un par de botones y mi ordenador cobró vida. —Se ha reforzado en los últimos meses, pero es que su aspecto es muy diferente al de la última vez que estuvo aquí. —Me volví y sonreí—. Probablemente solo quería tener cuidado.

—Le preguntó a papá si era un espía —se rio Marie mientras Liam la dejaba de nuevo en la silla.

—¿Era Walt? —pregunté—. ¿Un tipo mayor con bigote?

—Sí —sonrió Liam—. ¿Es un obseso de la seguridad?

—Se podría decir que sí. Las Navidades pasadas, alguien envió un regalo del amigo invisible, pero se había caído la etiqueta, así que Walt nos hizo evacuar por motivos de seguridad, y resultó ser solo una caja de galletas de jengibre. Creo que desde entonces ha estado intentando compensarlo siendo *extremadamente* seguro.

—Sabe, los Walt del mundo son los verdaderos héroes —dijo Liam, deslizándose a mi lado.

—Es verdad —asentí, encontrándome con su mirada mientras el dulce aroma a vainilla mezclado con café calmaba mis sentidos—. ¿Qué haríamos sin ellos?

—Bueno, Sawyer. ¿Qué tipo de humor debo esperar?

—Eso depende. —Lo examiné de arriba abajo, desde el pelo alborotado hasta la sombra de barba que adornaba su afilada mandíbula—. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Liam hinchó los carrillos y miró a Marie, que se encogió de hombros. —Hace siglos que el tío Sawyer no viene a vernos.

—Es verdad —reflexionó Liam—. Pero la fusión va bien, ¿no?

—¿Estás interrogando a mi ayudanta para poder fingir que te has leído el informe que te envié? —El tono cortante de Sawyer interrumpió la conversación. Liam y yo nos enderezamos desde donde estábamos apoyados y nos giramos para mirarlo mientras se acercaba a grandes zancadas. La chaqueta de su traje estaba abrochada con un solo botón y llevaba un maletín en la mano izquierda.

—Señor.

—Eh —se rio Liam—. Solo estoy conociendo a la gente que trabaja aquí.

La afilada mirada de Sawyer iba y venía entre nosotros dos, deteniéndose en el pequeño espacio que quedaba entre nuestros hombros. Si no lo conociera, pensaría que le molestaba que Liam estuviera a mi lado, pero en cuanto se me pasó por la cabeza, oí la voz de Bianca en mi oído.

Puras ilusiones.

Sawyer soltó un gruñido al pasar y, mientras lo seguíamos, me detuve y miré a Marie.

—¿Has comido? —le pregunté.

Marie negó con la cabeza.

Volví a dirigirle mi atención a Liam. —¿Si quiere, puedo llevarla a desayunar mientras ustedes dos hablan de negocios?

—Perfecto —sonrió Liam, y luego le pasó el brazo por los hombros a Sawyer con un gesto tan informal que por un momento esperé que Sawyer lo partiera en dos—. ¡Es alérgica a los frutos secos! —Resultaba bastante extraño ver que trataran a Sawyer con tanta informalidad.

—Sin problema. —Mientras Liam casi arrastraba a Sawyer a su propio despacho, me volví hacia Marie y le tendí la mano—. ¿Tienes hambre?

—¡Sí! —Asintió rápidamente y me cogió la mano en cuanto se bajó de la silla—. ¿Podemos tomar chocolate?

—No estoy muy segura de que tengamos algo así tan temprano, pero vamos a ver, ¿vale?

Abajo, en la cafetería, solo los más madrugadores andaban por allí, despertándose con el desayuno y el café. Mientras esperaba en la cola, vi unos cruasanes de chocolate preenvasados y repasé la lista de ingredientes para asegurarme de que no tuvieran ni rastro de frutos secos. Marie se entretuvo cogiendo un zumo de naranja y, una vez que estuve segura de que podía comerlos sin peligro, la llevé a una mesa y le ofrecí el desayuno.

—¿Así que trabajas para el tío Sawyer? —preguntó Marie, mirándome con sus grandes ojos por encima del borde del vaso.

Sosteniendo mi propia taza de té, asentí. —Sí.

—¿Qué haces?

—Soy su asistente personal, así que, principalmente, soy su primera línea de defensa contra llamadas y visitas no deseadas —me reí—. Luego le ayudo a mantener en orden gran parte de su trabajo. Me aseguro de que esté todo ordenado y sea fácil de encontrar, y de que si necesita algo cuando está ocupado, yo sea quien pueda encontrarlo.

—¿Te gusta? —preguntó, esparciendo un puñado de migas por la mesa.

—Sí —asentí—. Es divertido y, aunque pueda sonar aburrido, no hay dos días iguales.

—Yo quiero trabajar en un edificio grande como este algún día. —Marie masticó rápidamente—. Papá dice que aquí solo trabaja gente aburrida, pero yo quiero un despacho grande, una mesa grande y muchas plantas para esconder cosas.

Solté una risa cálida, enternecida por su entusiasmo. —¿Así es como trabaja tu madre? —le pregunté, con curiosidad por saber cuál era su inspiración para ese futuro.

—No, mi madre está muerta.

Oh.

La tensión me golpeó en el pecho con la fuerza de un puñetazo, y me ardió la garganta mientras luchaba por no atragantarme con el sorbo de té que estaba a punto de tragar.

—Oh —jadeé con voz ronca—. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada —se encogió Marie de hombros con naturalidad —. Estaba enferma.

El recuerdo me atravesó la mente como una lanza. Claro. ¿Cómo había podido olvidarlo? La razón por la que Liam se había alejado de la empresa no era porque estuviera intentando encauzar su vida. No exactamente. Era por Marie.

Un lío de una noche había aparecido hacía unos dos años, acribillada por el cáncer y con una niña del brazo. Su hija. Había tardado todo ese tiempo en encontrarlo. Liam había cesado de inmediato toda actividad fiestera y se había vuelto sobrio para ayudarla. El día que apareció en la oficina había sido tenso y Sawyer casi la había acusado de ser una cazafortunas hasta que ella presentó las pruebas.

Liam no se echó atrás y, si no recordaba mal, se entristeció bastante al saber que había tenido una hija por ahí todo ese tiempo. Cuando ella falleció, él se tomó inmediatamente una temporada para cuidar y conocer a su hija.

Sawyer había hecho horas extras para mantenerlo todo lo más privado posible; tan privado, de hecho, que se me había olvidado por completo.

Nunca había visto a nadie estar a la altura tan rápida o diligentemente. Su hija se convirtió en su único objetivo, así que no me extrañaría que Liam estuviera aquí solo para firmar en la línea de puntos de inmediato. Tras la lucha de la madre de Marie, se había formado opiniones muy firmes sobre el hecho de asegurarse de que la gente tuviera asistencia sanitaria independientemente de su salario.

—¿He dicho algo malo? —Marie dejó de comer al notar mi silencio.

—No —le aseguré rápidamente—. Para nada. Solo estaba pensando en ti y en tu padre.

—Es divertido, ¿verdad? —La calidez llenó sus ojos mientras volvía a comer y se me encogió el corazón por ella. Ver sufrir a mi propia madre fue terrible y yo era una adulta. No podía imaginar cómo debió de haber sido para una niña.

—Sí. ¿Te cae bien?

—Es el mejor —sonrió Marie, limpiándose rápidamente un resto de chocolate de la comisura de los labios—. No grita como hacía mamá, y me deja entrar en el despacho todo el tiempo.

—Parece que os lleváis bien. —Al menos, a los ojos de una niña de ocho años.

—Claro que sí, tonta. Es mi padre.

Oír una visión tan inocente sobre el tema cuando tres días antes había oído a Sawyer ser reprendido por su propio padre fue un poco chocante, pero mantuve esas emociones ocultas y sonreí cálidamente.

—Claro. Y ahora estáis aquí de vacaciones.

—Me gusta la ciudad —dijo Marie—. Todo es tan brillante y colorido. Papá decía que la ciudad era lo que más le gustaba, pero cuando mamá se fue, dijo que era mejor fuera de la ciudad porque así podíamos hacer cosas mejores, como ir al colegio. —Marie sacó la lengua y se bebió el zumo de naranja de un trago.

—El colegio es importante —dije con una sonrisa—. Sobre todo si quieres trabajar en un edificio grande como este.

Marie frunció el ceño. —Eso no es bueno —murmuró para sus adentros.

Me reí en voz baja y una calidez me inundó el pecho. Menuda niña.

El resto del desayuno transcurrió sin problemas, y llevé a Marie a hacer un recorrido por algunos de los despachos para matar el tiempo. De vuelta al despacho de Sawyer, nos topamos con Liam, cuyo rostro se iluminó con una enorme sonrisa en el momento en que vio a Marie.

—Hola, renacuaja —se rio, cogiéndola en brazos cuando ella corrió hacia él.

—¡Papi!

—Espero que no le haya dado muchos problemas.

—Ha sido un encanto —sonreí.

—Bien. —Liam me examinó de arriba abajo una vez más y se mordisqueó el labio inferior—. Gracias por cuidarla.

—Cuando quiera.

—Conserve esa buena sensación.

—¿Por qué? —Inmediatamente, la calidez de mi pecho se desvaneció.

Liam me dedicó una sonrisa compasiva. —Sawyer quiere hablar con usted.

7

SAWYER

No era mía.

Sabía que no era mía y, sin embargo, en el momento en que vi a Liam demasiado cerca de ella, quise apartarlo de un empujón y follarme a Callie delante de él solo para marcar mi territorio.

Un derecho que no era mío porque Callie no me pertenecía.

Pero deseaba que así fuera.

Cada segundo que estaba cerca de mí, la deseaba con locura. La suavidad de su piel, la dulzura de su sonrisa. Quería enrollar su larga melena castaña en mi puño y tirar lo justo para que esos ojos castaños color miel se abrieran de par en par con deleite. Quería pasar el pulgar por su carnoso labio inferior e incitarla a que se abriera a mí de todas las formas que deseara.

Era una adicción que bullía bajo la superficie, un agradable picor que sabía que nunca podría rascar porque era mi asistenta y había unas normas. Demasiada burocracia para que pudiera acercarme tanto a ella.

Hasta que vi a Kane coquetear con ella. Y luego a Liam.

¿Es que mi presencia no era suficiente para ahuyentarlos? ¿O pensaban que era una especie de juego?

No lograba decidirme, y ver a Liam guiñarle un ojo fue la gota que colmó el vaso. Las cadenas que aún me mantenían sujeto se rompieron y el hambre que sentía por Callie Everheart alcanzó nuevas cotas.

Era mía e iba a recordárselo a todo el mundo.

—¿Señor? —Llamó suavemente a mi puerta y se asomó, buscándome con la mirada por el despacho, desde el escritorio hasta la ventana donde yo estaba, observando a medias la ciudad.

—Entre.

Aunque sus pasos eran seguros al entrar y cerrar la puerta tras de sí, había un aire de cautela en ella. No sabía qué le había dicho Liam, pero sus ojos iban de un lado a otro como si esperara que yo me abalanzara sobre ella y le gritara.

Nunca lo haría. En todos los años que llevaba aquí, nunca le había levantado la voz a nadie que no fuera mi padre. Mi infancia me enseñó que gritarle a alguien en la cara servía de muy poco para motivarlo a obedecer y no podía someter a Callie a eso.

No es que no me gustara verla un poco nerviosa. Me recordaba lo bien que se veía tumbada boca arriba debajo de mí la otra semana, con las mejillas sonrosadas y el pelo revuelto y sexi.

—¿Liam le ha dicho que quería verme? —Callie se acercó a mi escritorio y se quedó rondando cerca de su sitio habitual—. ¿Ocurre algo?

—Se podría decir que sí —repliqué, girándome lentamente para quedar frente a ella.

En el fondo, sabía que no era buena idea desdibujar los límites, pero ya no podía resistirme a ella. Veía cómo me miraba por debajo de las pestañas cuando creía que no le prestaba atención o cómo se esforzaba al máximo para asegurarse de que cada detalle de mi día —incluido mi almuerzo— estuviera exactamente como a mí me gustaba.

Mis avances no serían rechazados. Estaba seguro.

Desdibujar los límites era peligroso y un camino directo a los tribunales.

Ahora mismo, me daba igual.

Me acerqué a Callie lentamente.

Acostarme con mi asistenta. Impensable.

Qué pensamiento tan embriagador.

—Pocas cosas se me escapan. —Cada paso era como el de un león acechando a su presa y, cuanto más me acercaba, menos capaz era Callie de mirarme directamente a los ojos—. Veo más de lo que la gente cree, pero si hay algo que no tolero es una conducta inapropiada en el lugar de trabajo. Cruzar la línea es peligroso, por muy buena que sea la recompensa.

Callie frunció sus cuidadas cejas, formando una arruga de preocupación que se acentuó a medida que me acercaba.

—¿Ha ocurrido algo?

—Se podría decir que sí. ¿Es demasiado esperar que la gente se mantenga profesional en todo momento, incluso ante la tentación? Exijo un alto nivel a quienes trabajan para mí, por lo que resulta más que decepcionante que no puedan mantener el decoro que se espera.

Los celos tiñeron mis palabras, haciéndolas más afiladas.

Al detenerme justo detrás de ella, Callie se quedó de espaldas con una mano apoyada sobre las yemas de sus dedos en mi escritorio. Al inspirar, el aroma afrutado de su perfume se adentró en mi alma, mezclándose con la menta de su champú y, por medio segundo, me permití simplemente empaparme de ella.

Era una cabeza entera más baja que yo y todas sus curvas estaban pulcramente recogidas en una falda lápiz negra, una blusa blanca y un chaleco negro. Eso nunca impidió que mi imaginación se desbocara.

—¿Necesita que me ponga en contacto con Recursos Humanos? Si ha presenciado algo, puedo redactar un informe. —Su voz se le quebró ligeramente en la garganta.

¿Podía sentir lo cerca que estaba de ella? Quizá podía ver mi sombra en el reflejo del cristal, aunque yo esperaba que pudiera sentirme de la misma manera que yo siempre la sentía a ella. Como una luz en la oscuridad.

—¿Siquiera se le permite escribir un informe sobre usted misma?

Callie se giró para mirarme, con las cejas arqueadas y los ojos muy abiertos. —¿Yo? —Un rubor carmesí le recorrió las mejillas y le

bajó por su estrecha garganta mientras el dolor asomaba en sus preciosos ojos. Semejante visión provocó que una punzada de culpa me atravesara el pecho. Quise tranquilizarla de inmediato.

—Sí.

—Pero yo… no he roto ninguna norma. —La incertidumbre en su voz sería adorable si no fuera por la preocupación que rebosaba en sus pestañas.

Basta de juegos.

Di un paso más, colocándome apenas a unos centímetros de ella, y le sostuve la mirada.

—La vi con Kane. Cómo la devoraba con la mirada como si fuera el primer vaso de agua que veía después de cruzar el maldito desierto.

El rubor de las mejillas de Callie se intensificó.

—¿Y ahora también Liam? Se desvive por salir a verla una última vez —dije, enarcando una ceja—. Esa atracción magnética que la rodea parece estar atrayendo a algunos perros callejeros.

—¿P-Perros callejeros, señor? —La voz de Callie tembló ligeramente y la preocupación de sus ojos se disolvió en una leve confusión.

—¿Acaso no saben que usted me pertenece? ¿No he reclamado mi territorio lo suficiente? —Eran palabras atrevidas que se balanceaban en el filo de una navaja. Podría haberlo interpretado todo mal. Podría ser un deseo unilateral, en cuyo caso tendría que encajar el golpe y sufrir la consiguiente ausencia de Callie en mi vida.

Aunque estaba bastante seguro de que tenía razón.

Toqué con suavidad el hombro de Callie y el contacto fue eléctrico, incluso mientras ella temblaba bajo la punta de mis dedos y no apartaba la mirada de mis ojos.

—No le pertenezco a nadie, señor —responde Callie con voz ronca. Su pecho subió bruscamente, y la forma en que sus labios carnosos se curvaron en torno a ese *señor* envió una lanza de deseo directa a mi polla. Jamás en mi vida había deseado a nadie tanto como la deseaba a ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Asintió, y las ondas de su pelo ondularon.

Le sostuve la mirada durante unos largos segundos, retándola a dar cualquier señal de que no estaba ansiosa por que la tomara. Callie no se echó atrás ni apartó la mirada.

Bastó con agarrarla por la cintura para que un jadeo suave y necesitado se escapara de sus labios. La hice girar para que quedara de nuevo de cara al escritorio, luego me pegué a su cuerpo curvilíneo y le rodeé el talle con un brazo.

—¿Está *absolutamente* segura de eso? —Me incliné y le susurré mis palabras contra el pabellón de su oreja. Un escalofrío recorrió a Callie de pies a cabeza y entonces ella se apretó contra mí. Cuando habló, su voz era un susurro tembloroso.

—Oh, estoy cien por cien segura.

Manteniendo una mano alrededor de la cintura de Callie para que su cuerpo permaneciera firmemente pegado al mío, mi otra mano se deslizó por debajo de la cinturilla de su falda y todo mi cuerpo la inmovilizó contra el escritorio. Era mía. En ese momento, no había nada que pudiera hacer sin mi permiso.

—Creo que podría habérsele olvidado —murmuré en voz baja, con un tono ligeramente más profundo y grave mientras la punta de mis dedos tocaba la calidez suave y sedosa de su vientre. Era tan suave como había soñado.

—Nunca nadie me ha reclamado —jadeó Callie, y otro escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies.

—Cuidado —le advertí, dibujando la palabra en el pabellón de su oreja con mis labios mientras mi mano se hundía en la calidez de sus bragas—. Podría sentirme ofendido.

—¿Qué haría? —Apoyó su cabeza en la mía—. ¿Si se sintiera ofendido?

—La ataría como a una bonita muñequita y la escondería debajo de mi escritorio. Luego la follaría a mi antojo hasta que mi corrida fuera lo único que pudiera saborear, lo único en lo que pudiera pensar. —Más abajo, mi mano viajó hasta presionar entre la calidez sedosa y ardiente de sus muslos.

Callie separó un poco más las piernas, concediéndome acceso.

Al deslizarme entre sus piernas, mis dedos quedaron instantáneamente empapados en su humedad y un gemido tembloroso brotó de Callie. Apoyó ambas manos en el escritorio y levantó los nudillos, presionando con fuerza la punta de los dedos contra el cristal.

—Después de todo, no voy a encajar una ofensa sin más. ¿Acaso el trato especial que le doy pasa desapercibido? ¿No ha visto cómo la acecho, desesperado por probarla pero respetando la línea que existe entre nosotros?

Irónico, considerando que mi mano estaba ahora en sus bragas y no había hecho nada para que me detuviera.

—Una ofensa como esa —continué, acariciando con los dedos sus pliegues empapados con un ritmo rápido—, bueno, es suficiente para hacerme pensar que quizá necesita un enfoque más directo. ¿Y qué hay más directo que tenerla ahogándose con mi polla mientras atiendo mis reuniones matutinas? ¿Puede imaginárselo?

Callie ladeó la cabeza y mis labios se deslizaron hasta su garganta. Su piel ardiente se encendió carmesí tras cada roce de mis dientes, y hundí mis dedos profundamente en su centro, arrancándole un gemido contenido.

—Usted, bien colocadita, retorciéndose y desesperada mientras unos juguetes la hacen llegar al orgasmo una y otra vez, recordándole quién tiene poder sobre usted y su cuerpo. Me suplicaría que parara, pero yo solo aumentaría la intensidad hasta que la única súplica, la única y *desesperada* petición de sus labios fuera por mi polla…

—¡Ahh! —Callie se abalanzó hacia adelante con un fuerte grito y se tapó la boca con una mano. El pelo le cayó en cascada sobre la cara y su cuerpo tembló sin control mientras su coño se contraía rítmicamente sobre mis dedos.

Se había corrido.

¿Solo con unos cuantos tocamientos y guarrerías?

—¿Hasta qué punto *es* usted sensible? —pregunté con una risita, lamiéndole la garganta justo donde su pulso latía con violencia.

—Oh, Dios… —jadeó Callie. Cada aliento suyo estaba teñido de un dulce gemido, y apenas había hecho nada. ¿La había excitado

Liam antes de que llegara o era todo cosa mía?

—Se ha corrido. ¿Sin permiso? De verdad quería que me sintiera ofendido, ¿no es así?

—¡Yo…! —El débil intento de explicación de Callie se extinguió cuando saqué la mano de sus bragas y me llevé los dedos empapados a los labios. Girando la cabeza, me observó con los ojos muy abiertos mientras chupaba lentamente el dulce jugo de mis dedos. El rubor de sus mejillas era tan intenso que era casi morado, un marcado contraste con el resto de su cuerpo, a excepción del sonrojo que le bajaba por la garganta.

—Mi turno.

Subiéndole la falda hasta la cintura, no perdí tiempo en apartarle las bragas de un tirón y bajarme la cremallera. Alinear mi polla y penetrar su coño empapado fue un único y suave movimiento. En el momento en que nuestras caderas chocaron, Callie se sacudió hacia adelante sobre mi escritorio y soltó un chillido, para luego silenciarse una vez más con la mano sobre la boca.

No hubo resistencia cuando la empujé sobre mi escritorio, haciendo que el material de oficina y los papeles se esparcieran por la superficie y cayeran con estrépito al suelo. Empecé a follársela de inmediato. Callie gemía abiertamente, sus manos recorriendo la mesa en busca de algo a lo que agarrarse. Al final, escondió la cara en el hueco del codo para ahogar sus gemidos mientras su otra mano se aferraba al soporte de mi monitor.

—Eso es —gruñí mientras su coño suave y sedoso me apresaba a la perfección—. Sabía que quería probarlo. Quizá debería añadirlo a su contrato, si necesita que sea así de obvio.

Callie se quedó sin palabras, comunicándose solo con gimoteos y gemidos que brotaban de ella como una cascada. Quería ser su codo. Quería engullir cada uno de esos sonidos, pero desde este ángulo, era imposible.

Mis caderas se movían con fuerza y rapidez, con embestidas poco profundas que la empujaban contra mi escritorio con cada golpe. Las patas metálicas de mi escritorio crujían como si fueran la percusión del choque de la piel. Agarrándole la cadera con una mano, con la

otra le acariciaba la espalda sin parar hasta que el dolor inequívoco en mis pelotas se hizo notar.

Entonces la agarré del pelo y tiré de ella hasta pegarla contra mi pecho, lo que provocó que a Callie se le escapara un fuerte gemido al abrir la boca. Respetando su deseo de guardar silencio, le tapé la boca con la mano. Se aferró a mi antebrazo mientras mis embestidas se intensificaban, desesperado por llegar más adentro de ella.

—¿Me cree ahora? —jadeé contra su mejilla. Mi ritmo flaqueó y, durante los últimos segundos, no hubo nada más que la follada caliente y desesperada para llegar a mi fin.

—Usted, Callie, puede que no me pertenezca —dije sin aliento mientras el orgasmo me arrollaba y me corría en lo más profundo de su interior—. Pero su coño sí.

8

CALLIE

—¿Qué has hecho QUÉ?

Un ruido metálico lejano siguió a la sorpresa de Bianca y me arrancó una risa mientras me repantigaba en la cama y jugueteaba con el cinturón de mi bata. Recién duchada después de llegar a casa, estaba sumida en la extraña y nueva paz que se había instalado en mi alma desde aquella mañana con Sawyer.

—Me lo he follado —dije, y una oleada infantil de emoción me subió por el pecho como si todavía fuera una adolescente—. O él me ha follado a mí. No estoy muy segura de dónde está el límite. Y no quería contártelo en el restaurante porque no es una conversación para la cena.

—Ah, pues claro que lo es —declaró Bianca—. ¡Pero no pienso esperar, así que desembucha! ¡Cuéntamelo *todo*!

—Me invitó a su despacho y me habló de que había habido algunas conductas poco profesionales entre su personal, hasta el punto de que pensé que quería llamar a Recursos Humanos. Pero en realidad estaba hablando de mí, o de él con respecto a mí, y, antes de darme cuenta, estaba de pie detrás de mí como una sombra sensual y ardiente.

Un escalofrío me recorrió la espalda al revivir el momento en mi mente. Su presencia me dejaba sin aliento y yo ansiaba esa

sensación.

—Parecía tan celoso y mi cerebro no funcionaba, porque no sabía que se hubiera fijado en mí o que le interesara. Luego se pegó a mí y, joder, Bianca, las guarradas que decía.

—¡Detalles! —exigió Bianca.

—Bueno… —Un calor me subió por la garganta y apreté los muslos, deleitándome en el agradable dolor que surgió—. Dijo que quería follarme donde le diera la gana. Tenerme debajo de su escritorio y emborracharme con su polla.

—Menudo vicioso.

—¡Exacto! Pero me puso cachondísima, y muy rápido. Y entonces me metió la mano en los pantalones y ya te puedes imaginar el resto. —Estaba tan absorta en la imagen que estaba describiendo que, cuando empezó a tocarme con los dedos, estuve segura de que era un sueño. Un sueño jodidamente bueno.

—No me lo puedo creer. Cuando a ti te joden en el trabajo, te llevas un orgasmo —rio Bianca con ganas—. A mí, cuando me joden, solo me llevo un montón de facturas de mierda y sacos de comida para perros reventados.

—Oh, lo siento. ¿Te sentirías mejor o peor si te dijera que solo me folló después de que me corriera?

—Ah, o sea que te cuidó como es debido, ¿eh? —dijo Bianca, y se oyó otro ruido metálico—. ¿Ese tío tiene amigos?

—Sí —reflexioné, pensando en Liam, e incluso Kane me vino a la mente—. Pero creo que Sawyer piensa que estaban ligando conmigo. Parecía muy celoso, y eso que Liam ha sido bastante coqueto esta mañana, pero no le he dado importancia. Más allá de un «*joder, qué bueno está*».

—Una de las ventajas de estar soltera y sin compromiso es que no tienes que elegir, ¿verdad? —bromeó Bianca.

—No soy tan creída como para pensar que más de un hombre está interesado —me reí, enrollándome el cinturón en los dedos—. Pero, desde luego, puedo soñar con ello.

—Y, sin embargo, parece que Sawyer opina lo contrario.

—Es un hombre —señalé, incorporándome por fin—. Lo ven todo de otra manera.

—Y que lo digas.

—Bueno, tengo que vestirme —dije—. Ya me puedes preguntar todo lo demás cuando llegue al restaurante, ¿vale?

—¡Entendido, hasta ahora!

La llamada terminó. Me puse de pie, pensando en qué ponerme para cenar con mi mejor amiga, cuando un correo electrónico apareció en mi pantalla. Leer que era del centro de cuidados paliativos de mi madre hizo que el corazón se me parara en seco.

¡Joder!

Me había olvidado por completo de la factura. Había estado totalmente distraída por Sawyer todo el día. Al abrir el correo, mi corazón, aún detenido, se me cayó a los pies.

Era un recibo del pago que cubría mis facturas pendientes.

¿Qué pago? Yo no había hecho ningún pago.

Marqué el número del centro de cuidados paliativos y empecé a embutirme en algo de ropa mientras esperaba que alguien respondiera. Para cuando alguien lo *hizo*, ya estaba casi completamente vestida con un vestido por la rodilla y un corsé.

—¿Diga?

—Hola, sí. Me llamo Callie Everheart. Llamo por un correo electrónico que acabo de recibir sobre mi factura pendiente.

El traqueteo de las teclas sonó por la línea mientras yo buscaba a toda prisa las llaves y el bolso.

—Everheart… Everheart… ¡Ah, sí! Su factura pendiente ha sido pagada.

—¿Por quién? Hoy no les he enviado nada.

—Déjeme ver. —Más traqueteo mientras localizaba mis llaves junto a la puerta y me echaba el bolso al hombro.

—La factura fue pagada por un tal Eli Talbot.

Me detuve en seco en mitad del pasillo.

¿Qué demonios hacía Eli Talbot pagando la factura del centro de cuidados paliativos?

--

—¿A qué coño está jugando? —exigí, abriendo la puerta del despacho con tanta fuerza que chocó contra la pared y rebotó hacia

mí. La detuve con una mano mientras la secretaria de Eli se escabullía por debajo de mi brazo.

—Lo siento, señor. He intentado detenerla.

—No pasa nada. —Eli, sentado en el borde de su escritorio, levantó una mano y la despidió con un gesto—. Callie. Qué agradable sorpresa.

—Esta no es una visita de cortesía —espeté, avanzando. Había tardado veinte minutos en llegar, impulsada por la rabia y el apoyo de Bianca, que nos guardaba la mesa en el restaurante.

—Al contrario. —Eli levantó la vista del periódico que tenía en la mano y me recorrió con la mirada—. ¿Toda arreglada para mí? No debería haberse molestado.

Ignoré ese comentario y me centré en la razón por la que estaba allí. —¿Qué demonios pretende pagando las facturas del centro de cuidados paliativos? No éramos amigos y, desde luego, no nos conocemos lo suficiente para algo así.

Sentí una oleada de calor en la piel, que se avivaba cada vez que la ira candente en mi pecho se retorcía y echaba chispas. Estaba tan enfadada que sabía que estallaría si me detenía un solo instante.

—Qué forma más rara de dar las gracias.

—¡No le estoy *dando* las gracias, le estoy preguntando qué demonios pasa!

Eli suspiró de forma teatral y dobló el periódico. —Un «gracias» la llevaría mucho más lejos.

—¡Dígame por qué! —grité, pero entonces me contuve y di un paso atrás. Lo último que necesitaba era pasarme de la raya, por mucho que deseara borrarle esa sonrisa de suficiencia de su cara de cretino.

—Es sencillo. Paseó usted a mi perro y Bianca había hablado de usted con tanto cariño que, cuando me enteré de que tenía problemas con una o dos facturas, intervine para ayudar. —Eli se levantó de su escritorio y lo rodeó para sentarse en su silla—. Eso es todo.

—Pura mierda —espeté—. Las cosas nunca son tan sencillas con hombres como usted. ¿Cómo se *enteró* siquiera de mi situación económica?

—¿Hombres como yo? —Eli enarcó una ceja y se sentó lentamente. Ignoró la mayor parte de mi frase—. ¿Diría lo mismo si su jefe, el señor Crane, hubiera pagado esa factura? Aunque imagino que él nunca lo haría, ya que está claro que, para empezar, no le paga lo suficiente. Si lo hiciera, no tendría una factura pendiente, ¿verdad?

Por alguna razón, su comentario sobre Sawyer me molestó todavía más, y reprimí un profundo gruñido de furia. Sawyer me pagaba lo suficiente, pero las facturas médicas, de todo tipo, eran de escándalo.

—Lo que me pagan… de hecho, cualquier aspecto de mi vida no es en absoluto asunto suyo, asqueroso. ¿Se ha despertado esta mañana y se ha puesto a pensar de cuántas maneras podría propasarse con alguien a quien no conoce? —¿Qué clase de locura era esta?

—Lo único que digo es que quizá deba reconsiderar su reacción cuando alguien hace una buena obra —sonrió Eli con aire de suficiencia, juntando las yemas de los dedos—. Qué mujer tan temperamental es usted.

La rabia me invadió como una ola de calor y di un paso al frente, dispuesta a gritar hasta quedarme afónica. Por suerte, la sensatez se impuso.

—Aléjese de mí y aléjese de mi madre, ¿entendido? Llévese su buena obra a otra parte.

--

—Eso sí que da mal rollo —se quejó Bianca, pinchando un trozo de pimiento con el tenedor—. Lo siento mucho. ¿Qué vas a hacer?

Jugueteando con mi propio pollo, me encogí de hombros y pinché la pasta distraídamente. —No tengo ni idea. Voy a cancelar el pago y a devolverlo, eso seguro, pero es que no entiendo el porqué. No me creo esa chorrada de que es una buena obra.

—¿Estás segura? —Bianca ladeó la cabeza mientras comía—. Siempre ha sido muy agradable cuando nos hemos visto. A lo mejor solo tuviste una mala experiencia que te ha predispuesto en su contra y en realidad solo es un rico intentando hacer algo bueno.

—¿De parte de quién estás? —espeté.

—De la tuya —replicó Bianca en el mismo tono, y luego levantó una mano con la palma hacia arriba—. Solo digo que él pagó una factura y, viendo los apuros que pasabas, a lo mejor no es tan malo, ¿sabes? Te da un respiro y no ha pedido nada a cambio. Quizá deberías aceptarlo.

Apuró su copa de vino y me dedicó una sonrisa de apoyo.

—Lo que digo es que no está de más que contemples todas tus opciones ahora que has tenido tiempo de asimilar lo que ha hecho. No negaré que es jodidamente raro, pero es que es rico. Los ricos juegan con otras reglas.

En medio del bullicio del restaurante y con mi apetito menguante, tuve que admitir que quizá Bianca tuviera razón. A pesar de la naturaleza rastrera que estaba segura de que se ocultaba tras sus intenciones, había pagado una factura que yo no tenía esperanzas de poder pagar todavía. Quizá este era el respiro que había estado buscando.

—Quizá —suspire al fin, abandonando mi comida y apoyando los codos en la mesa—. De todas formas, voy a cancelar el pago. O a ahorrar para devolvérselo, por si acaso.

—Lo que te haga sentir mejor —asintió Bianca—. Pero, por ahora, esa factura está pagada y el tratamiento de tu madre está asegurado. Ese es el lado bueno, ¿no?

Tenía razón. El resto de la cena pasó rápido y, a medida que nuestro apetito se transformó de comida en alcohol, surgieron las ganas de ir a otro sitio a tomar una copa de verdad. Sobre todo, quería olvidar lo justo para que Eli se desvaneciera de mi mente, pero conservando el delicioso recuerdo de mi mañana con Sawyer.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Bianca cuando salimos a la calle mientras peleaba con el bolso, que se le había enredado en la correa.

—A ver, te ayudo —me reí, cogiendo la correa y ayudándola a deshacer el lío—. ¿Qué tal el Joey's? Deberían tener dos por uno, ¿no? Nos gusta lo bueno, bonito y barato.

—¡Me parece bien!

—¿Callie? —Una voz que reconocí me llamó la atención. Cuando terminé con lo de Bianca, me giré y me encontré cara a cara con

Kane. Se me hizo extraño verlo allí, en medio de la calle como una persona normal, cuando era multimillonario.

—¡Kane! Qué alegría verte.

—Igualmente. —Kane se inclinó hacia delante y me dio una palmadita en el hombro, y luego le dedicó a Bianca una cálida sonrisa—. Siento interrumpir. Soy Kane.

—Bianca —sonrió ella—. Encantada. —Su mirada recorrió a Kane incluso cuando él se volvió hacia mí, y no fue nada sutil al respecto.

—¿Pasando una buena noche? —preguntó él.

—Desde luego está siendo una noche *peculiar* —me reí—. Íbamos a tomar unas copas, de hecho.

—¡Vente con nosotras! —intervino Bianca, cogiéndome de la mano y enlazando su brazo con el de Kane—. ¡Cuantos más, mejor!

—Oh, seguro que tiene cosas que… —empecé a decir, pero Bianca ya había empezado a andar, arrastrándonos a los dos con ella. Crucé una mirada con Kane por encima de su cabeza, y él sonrió.

—Puedo sacar un rato para tomar una copa.

9

CALLIE

Cambiar el bar por una discoteca fue la decisión correcta.

No había mejor distracción que el ritmo atronador de la música alta, el mar de gente dejándose llevar por la corriente y el regusto intenso que dejaba cada sorbo de alcohol.

No era el sitio al que solía ir cuando tenía que trabajar al día siguiente, pero, teniendo en cuenta todo lo que había pasado hoy, era justo lo que necesitaba. Tener a Kane con nosotras fue un giro inesperado. A pesar de la incomodidad inicial, el ambiente se relajó muy rápido. Ayudó que el portero nos dejara entrar en la discoteca con solo echarle un vistazo a Kane. Nunca habíamos pasado una cola tan rápido, y Bianca le plantó un beso de agradecimiento en la mejilla a Kane antes de desaparecer hacia la barra.

—Siento si tenías planes esta noche —grité por encima del estruendo de la música—. Si necesitas una excusa para escaparte, dímelo.

—En realidad —dijo Kane mientras me abría paso entre la multitud, manteniendo su cuerpo en ángulo hacia mí—, no tenía planes. Acabo de terminar una reunión de negocios y, normalmente, después me gusta pasear por la ciudad.

—¿Y ahora estás aquí? —le sonreí, mirándolo—. Vaya diferencia.

—Me gusta la gente de la ciudad, la vida y la energía. Es lo mismo aquí que ahí fuera, así que no veo ninguna diferencia.

—Vale, pero no quiero que Sawyer me llame porque mañana firmes donde no debes por culpa de la resaca.

—¡Anotado! —La mano de Kane se posó en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba a través del último y denso reducto de gente hasta la barra, donde Bianca ya estaba en brazos de un hombre atractivo. Le di un golpecito en el hombro, nuestra señal para hacerle saber que estaba allí sin molestarla mientras se liaba con el hombre que había encontrado.

—Bueno —sonreí y me apoyé en la barra, ignorando lo pegajosa que estaba la superficie—, parece que me vas a salvar de hacer de sujetavelas.

—¿Ves? —Kane me dio un empujoncito con el hombro—. El verdadero motivo por el que estoy aquí.

—Gracias.

—Entonces, ¿qué bebes?

Había algo tan cautivador en los ojos de Kane que le sostuve la mirada unos instantes antes de pedir un cóctel. Al igual que con el portero de la entrada, le sirvieron rápidamente, y mi cóctel de fresa sabía tan fresco que costaba creer que no hubieran ido a recoger fresas para él en ese mismo instante.

—¿Bueno? —me gritó Kane por encima de la música. Sus ojos oscuros brillaban bajo las luces de neón del techo.

—¡Buenísimo! —le respondí—. Tengo que traerte conmigo más a menudo si te sirven así de rápido.

—¿A que sería divertido? —La sonrisa de Kane se tornó un poco seductora y me guiñó un ojo, enviando un escalofrío de calor por mis brazos y piernas.

Joder.

Parecía que los hombres increíblemente atractivos eran mi debilidad.

Cuando terminamos la primera copa, arrastré a Kane a la pista de baile, pero me quedé cerca de la barra para poder vigilar a Bianca. Para ser un hombre más mayor, Kane tenía unos movimientos increíbles escondidos tras esa camisa de seda suya.

Aunque empezamos a bailar con distancia entre nosotros, esa fue desapareciendo a medida que avanzaba la noche.

Dos copas se convirtieron en tres, y ambos nos soltamos. Bailar separados se convirtió en bailar uno al lado del otro y, antes de darme cuenta de lo que hacía, estábamos restregándonos como un par de adolescentes salidos. Quizá fue el alcohol, aunque mis pensamientos seguían siendo agudos y claros, con solo un buen puntillo. Quizá fue la energía de la discoteca o simplemente mi deseo de poner la mayor distancia posible entre Eli y yo. Fuera como fuese, cuando los brazos de Kane me rodearon la cintura y sus caderas se apretaron con fuerza contra las mías, no me quejé.

Mi cuerpo estaba haciendo exactamente lo mismo. El calor se acumuló entre mis muslos y, con cada canción que pasaba, los labios de Kane parecían cada vez más apetecibles. Su mirada se demoraba mucho más, y sus manos, que antes se habían mantenido en mis caderas, empezaron a subir por mi cuerpo. Me acarició la espalda y el abdomen y, cuando le di la espalda, sus dos manos se deslizaron hacia arriba para agarrarme los pechos y usó ese agarre para tirar de mí hacia él.

—No quiero pasarme de la raya —dijo Kane en voz baja junto a mi oído, sus labios rozándome la mejilla para que pudiera oírlo por encima de la música—. Y puede que sea el alcohol, pero joder, Callie. Eres preciosa.

El calor se me hinchó en el pecho y moví las caderas hacia atrás contra él mientras un pensamiento atrevido me venía a la mente.

—Eres multimillonario, ¿verdad?

—Mmm —ronroneó.

—¿Has follado alguna vez en los asquerosos baños de una discoteca?

Nunca sabré cómo llegamos al baño de una pieza. En el segundo en que los dientes de Kane me rozaron el hombro, sentí un hambre insaciable de él y el ansia de estar lo más cerca posible de él era sofocante. Por suerte, el baño estaba vacío cuando entramos estrepitosamente por la puerta, besándonos atropelladamente y pasándonos los dedos por el pelo y la ropa.

No me di cuenta de si habíamos acabado en el de hombres o en el de mujeres. Todo se desvaneció excepto los carnosos labios de Kane entrelazándose con los míos, sus grandes manos sobando y tocando todo lo que podía alcanzar, y el empuje de su cuerpo mientras me guiaba hacia un cubículo y cerraba la puerta.

En un movimiento rápido, me levantó del suelo y me empujó contra la pared con un gruñido. Las débiles bisagras traquetearon y crujieron, pero, por suerte, aguantaron. Nuestras lenguas danzaban juntas, apenas dejando espacio para respirar. Le acaricié el cuello y deslicé una mano por su pelo, enroscando algunas de sus rastas entre mis dedos. Kane me besó profundamente, luego rompió el beso para hundir la cara en mi cuello mientras una de sus manos se abría paso bajo mi vestido.

Por segunda vez ese día, apartaron mis bragas. La corona aterciopelada de la verga de Kane presionó contra mi coño, haciendo que mi centro palpitara, y apreté los brazos alrededor de sus hombros.

—Por favor —jadeé, ansiosa por el potente estiramiento que sabía que se avecinaba. Ya podía sentir lo grueso que era, pero la corona no era nada comparada con el grosor que me abrió por completo mientras me bajaba sobre su polla.

Un gemido desesperado se me escapó de los labios, pero Kane lo silenció besándome con fuerza y tragándose ese sonido. Con las piernas enrolladas en sus caderas y los tobillos entrelazados, temblé con fuerza mientras su grosor me dilataba más de lo que jamás había sentido. Con cada respiración, su polla rozaba lo que parecía la base de mis costillas cuando tocaba fondo, y me aferré a él, jadeando contra sus labios.

—¿Estás bien? —preguntó Kane, cubriéndome la cara de besos y apartándome el pelo de los ojos con la mano.

—Fóllame —exigí con voz ronca—. ¡Ahora!

Kane no necesitó que se lo dijeran dos veces. Apoyó un brazo en la pared y mantuvo el otro alrededor de mi cintura, sujetándome en mi sitio. Entonces empezó a follarme. Penetraciones largas y lentas me dieron unos instantes para acostumbrarme a su tamaño y, cuando mis gemidos empezaron a fluir con más facilidad, aumentó

el ritmo. Cada embestida enviaba ondas de placer por todo mi cuerpo. Era como si el grosor de su polla significara que estaba tocando cada uno de los nervios escondidos dentro de mí. Entre la presión constante contra mi punto G y el impacto de sus caderas, que me daba algo contra lo que frotarme, estaba en el paraíso.

—Joder —jadeé, mis palabras entrecortadas con cada embestida —. Joder, joder, sí. ¡Sigue! ¡Dios mío, sigue!

La boca de Kane reclamó la mía con pasión, tragándose mis súplicas para que nadie más pudiera oírlas. Eran para él y solo para él. Le clavé las uñas en los hombros a medida que el placer crecía y, cuanto más fuerte me follaba, más débiles sentía las piernas. Se convirtió en un reto mantenerlas alrededor de sus caderas, pero justo cuando estaba considerando decírselo, Kane deslizó su brazo desde mi cintura hasta mi muslo y me sostuvo.

Esto era el paraíso.

Embestida tras embestida, beso tras beso, cada mordisquito en mi labio inferior y cada palpitación de su polla me precipitaron hacia un orgasmo potente y, cuando me corrí, apenas pude contener el grito. La emoción del sexo, de su polla y de la posibilidad de que nos pillaran me llevó a tal clímax que, durante los primeros segundos del orgasmo, no podía pensar ni respirar.

Estaba suspendida en el éxtasis. Entonces, los dientes de Kane se hundieron en la carne de mi hombro y él se corrió con un gruñido que vibró a través de mí. Me derrumbé en sus brazos, temblando y gimiendo con cada ola de placer que me recorría.

Joder. *Mierda*.

Para cuando bajé de mi nube y tuve fuerzas para volver a ponerme en pie, la polla de Kane se había ablandado. Se deslizó fuera de mí mientras me cubría la mandíbula de suaves besos.

—Joder —gemí suavemente—. Ha sido increíble.

—¿A que sí? —sonrió Kane con suficiencia, dándome un beso en todos los labios—. Me quedo con esto.

Al echarme hacia atrás, me di cuenta de que tenía mis bragas arrugadas en la palma de la mano y abrí los ojos como platos. Quería quedárselas.

—Claro —respondí con una sonrisa. Aquello era inesperadamente excitante. ¿Estaba tan enamorado de mi coño que tenía que quedarse con mis bragas, o sería una excusa para otro polvo?

Fuera como fuese, me apuntaba.

—Tengo que encontrar a Bianca —me di cuenta, alisándome el vestido. Salimos juntos a trompicones del baño, pero al girar la esquina, choqué con alguien que extendió una mano para cogerme y evitar que me cayera. Kane hizo lo mismo, y su mano se cerró sobre mi otro hombro mientras yo tropezaba.

—¡Lo siento muchísimo!

—No pasa nada —dijo una voz cálida. Levanté la vista y los preciosos ojos de Liam me miraron con un brillo especial. Me miró a mí y luego a Kane. La sonrisa de su cara se convirtió en una sonrisita de complicidad. Con un guiño, pasó a nuestro lado hacia el baño mientras el calor me inundaba las mejillas.

—¿Ese era Liam Hall? —preguntó Kane mientras nos veíamos engullidos por la multitud.

No respondí, distraída por la mano de Kane que permanecía en la parte baja de mi espalda mientras salíamos de nuevo del bar. Que Liam me pillara saliendo a trompicones del baño con Kane había sido terriblemente inesperado y, a medida que la realidad se imponía, la culpa se me instaló bajo las costillas como una burbuja de estática.

¿Esto contaba como poner los cuernos? Sawyer y yo no estábamos juntos, pero eso no significaba que las cosas estuvieran bien.

Localizamos a Bianca en la barra y Kane se apartó con la promesa de traernos agua. Sin perderlo de vista para que no me oyera, me agarré a Bianca, que se apartó inmediatamente de su nueva cita.

—¿Tía? ¿Qué pasa?

—Acabo… acabo de follar con Kane.

—¿Qué? —chilló Bianca, radiante—. ¡Mírate!

—¡No! —dije apresuradamente—. Estoy… ha sido increíble, pero ahora me siento muy culpable por lo de esta mañana con Sawyer.

—¿Por qué? —Bianca frunció el ceño y me cogió la cara entre las manos, sonriendo—. Cariño, no sois pareja. Eres joven, sexy y

soltera. Has echado un polvo rápido con un tío bueno en un bar. Así es la vida. ¡Disfrútalo!

Sorprendentemente, sus palabras aliviaron la mayor parte de la culpa que amenazaba con ahogarme y asentí.

Estoy soltera. Y como le dije a Sawyer, no le pertenezco a nadie.

—Te lo mereces —sonrió Bianca—. ¡Disfruta!

10

CALLIE

El ambiente se estaba volviendo tenso.

A medida que pasaban los días, Kane y Sawyer se enfrascaron en negociaciones sobre todo, desde el precio hasta el nombre de la patente, y no estaban de acuerdo en *la mayoría* de los detalles. Mis jornadas laborales estaban constantemente llenas de llamadas que atender, reuniones y citas que reprogramar, e incluso de ignorar algunas llamadas de la prensa, que se había percatado de los recurrentes viajes de Kane hasta aquí.

A pesar de sus intentos por mantenerlo todo en secreto, siempre se escapaba algún hilo. Durante la comida, les sugerí que montaran una pelea bien pública para que pareciera que seguían siendo enemigos. Kane estaba dispuesto, pero Sawyer me miró como si le acabara de escupir a la colección de flores de cristal de su madre.

No era un pendenciero. Entendido.

Sin embargo, cerca del final de la semana surgió otro detalle que paralizó todos los demás asuntos. El abogado de Sawyer había encontrado un conflicto con una de las patentes propuestas, pero aparte de organizar una reunión y servir el té, todo aquello escapaba a mi comprensión. A juzgar por el hecho de que Sawyer y Kane ya no bromeaban entre ellos, solo sabía que era importante. En lugar

de eso, se convirtieron en uña y carne, centrados en encontrar una solución.

Sería increíble de ver si no me sintiera culpable cada vez que les echaba un vistazo a cualquiera de los dos. Follarme a Kane poco después de haberme follado a Sawyer me parecía una traición, aunque Bianca tuviera razón. Era soltera y no estaba atada a ningún hombre.

Joder, si fuera un hombre, me alabarían por acostarme con unos y con otros de esa manera.

El problema era que nunca antes había hecho algo así, y nunca había tenido a varias personas fijándose en mí. El interés de Kane me parecía una traición aún mayor al tiempo que llevaba deseando a Sawyer.

Y cada vez que les llevaba té o les recordaba que ya había acabado la jornada y que debían *descansar* un poco, coqueteaban conmigo. Pequeños guiños, roces persistentes y miradas no tan sutiles que recorrían mi cuerpo creaban un anhelo en mi interior que intentaba calmar en casa con mis propios dedos.

Era inútil.

Quería a Sawyer dentro de mí otra vez. Deseaba desesperadamente que Kane me follara tan fuerte que le rompiera la camisa.

Ambas cosas parecían imposibles, dado lo liados que estaban todos. Para cuando llegó el viernes, estaba cachonda y frustrada, y no tenía con qué desahogarme. Sawyer y Kane no habían salido de su despacho en todo el día y ahora Liam estaba aquí para dar su opinión sobre el último problema con la patente.

Cada vez parecía más probable que fuera a trabajar este fin de semana, lo que significaba que incluso mi ligera fantasía de darme un festín con el vibrador también tendría que esperar.

De pie junto a mi mesa, miré por el resquicio de la puerta y vi a Sawyer pasarse una mano por el pelo mientras hinchaba las mejillas. Parecía frustrado y, al estirarse, el bajo de su camisa se levantó lo justo para dejar al descubierto una franja de piel dorada.

El corazón me dio un vuelco.

Joder.

Cuanto más tiempo ocupaban ellos dos mis pensamientos, más me preguntaba si lo que sentía no era culpabilidad, sino codicia. Codicia por otro roce, otro beso, otra probada.

Poniendo los ojos en blanco para mis adentros, recogí los archivos que Sawyer necesitaba que llevara a Recursos Humanos sobre las horas extras y me dirigí al ascensor. Unas horas más y, con un poco de suerte, saldría de aquí. Un poco de tiempo libre, aunque solo fuera el fin de semana, seguro que me vendría bien; al menos, lo suficiente para controlar mis pensamientos lujuriosos.

Entré en el ascensor y pulsé el botón de la decimocuarta planta, pero justo cuando las puertas se cerraban, una mano apareció en el hueco y se volvieron a abrir con un siseo.

Liam entró con una sonrisa cálida y descarada. En cuanto nuestras miradas se encontraron, me guiñó un ojo.

—Bueno, hola, desconocida.

—¿Desconocida? —enarqueé una ceja—. Te he servido café hace literalmente dos horas.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Se inclinó a mi alrededor y pulsó un botón, pero yo estaba demasiado distraída por lo bien que olía para darme cuenta de cuál—. Llevamos una eternidad sin hablar.

Las puertas se cerraron en silencio.

—Bueno, todo el mundo ha estado muy ocupado —señalé. Dando medio paso hacia un lado, intenté poner distancia entre nosotros porque Liam no solo olía de maravilla, sino que hoy llevaba el pelo más alborotado. Suaves mechones danzaban sobre su frente mientras hablaba y su camisa azul claro estaba lo suficientemente desabrochada como para que vislumbrara unos suaves rizos de vello en el pecho.

La imagen hizo que se me hiciera la boca agua y que se me contrajera el vientre; estaba claro que era insaciable.

—Sí. —Liam suspiró profundamente y encogió los hombros—. Es una época de mucho trabajo.

—¿Qué tal está Marie? —pregunté, buscando una conversación más inocente antes de que mis pensamientos se desbocaran.

—Está bien. —Se giró para mirarme y una sonrisa despreocupada asomó a sus labios—. Está encantada de estar en la ciudad, pero

quiere volver a pasar tiempo con su nueva amiga Callie. La dejaría si no estuviera seguro de que a Sawyer le reventaría una vena.

Ambos nos reímos entre dientes, y entonces Liam se pasó lentamente la lengua por el labio inferior.

—No es la única que ha estado deseando pasar un rato a solas contigo.

El aire del ascensor se espesó de repente y mi siguiente aliento fue fatigoso. Un calor me recorrió el cuello y el esternón mientras nos mirábamos a los ojos.

—¿Ah, sí? —pregunté, siguiéndole un poco el juego con la seguridad de saber que el ascensor llegaría a mi planta en cualquier momento.

—Por supuesto.

Liam se acercó un paso más; entonces, de repente, salimos despedidos hacia atrás contra la pared cuando el ascensor dio un fuerte traqueteo. Los engranajes chirriaron y el aire se llenó del ensordecedor sonido de metal contra metal. Las luces parpadearon y, a continuación, el ascensor se detuvo en seco.

Entre dos plantas.

—Eh… —El corazón empezó a acelerárseme y me abalancé hacia el intercomunicador de emergencia, que parpadeaba en rojo, creando un aura carmesí en las paredes.

—Joder —gruñó Liam a mi espalda.

Pulsé el botón y esperé, conteniendo el aliento, a que alguien respondiera. Al cabo de un rato, una voz se oyó entre la estática.

—Diga.

—Hola, eh…, disculpe, soy Callie. Callie Everheart. Estoy en el ascensor con Liam. Liam Hall. Y parece que el ascensor se ha estropeado porque…, bueno, porque no nos movemos.

—Ah, lo siento —respondió la voz, con un crepitar de estática—. Ha habido un corte de luz, pero enviaré a alguien para que os saque de ahí lo antes posible. No os mováis.

La línea carraspeó y luego se silenció.

¿Que no nos movamos? ¿En serio? ¿Adónde se supone que vamos a ir?

—Mierda. —Me sequé la frente húmeda, me aparté el pelo de la cara y me apoyé en la pared.

—¿Estás bien? —Liam tenía las manos en las caderas y me observaba con preocupación.

—Estoy bien. Los espacios pequeños no me agobian —le aseguré —. Es que tengo muchísimo trabajo. —Señalé con la cabeza los expedientes que llevaba en brazos y finalmente los dejé en el suelo, en una esquina. No tenía sentido seguir sujetándolos si estábamos atrapados aquí.

A medida que pasaba el tiempo, los dos acabamos sentados en el suelo esperando el rescate.

—Lo único que digo —bromeó Liam con ligereza— es que, de todos los sitios en los que esperaba encontrarme contigo, una discoteca con Kane Lewis pisándote los talones ni siquiera estaba en la lista.

Se me sonrojaron las mejillas. —No fue planeado. Simplemente… surgió.

—Ah, porque eres tan irresistible, ¿eh? —Liam me dio un codazo con el hombro.

Me sonrojé aún más. —No es eso. Habíamos estado bebiendo y había sido un día largo.

—Ah, ¿así que solo fue un polvo de borrachos? ¿Eso que oigo es arrepentimiento?

—¡No! —respondí, quizá demasiado rápido—. No me arrepiento en absoluto.

—No te estoy juzgando. —Liam levantó ambas manos y luego se desabrochó unos cuantos botones de la camisa. Sin el aire acondicionado, la temperatura en el ascensor estaba subiendo. Aunque el tema de conversación tampoco me estaba ayudando a mantener la calma.

—En todo caso —continuó—, quien más me sorprende es Kane. Pensaba que era demasiado mojigato para follarse a alguien en el baño, pero está claro que ese tío esconde más de lo que parece.

—Te sorprenderías. —Apoyé la cabeza en la pared, miré a Liam y me mordí el interior de la mejilla para intentar controlar mis repentinos y desenfrenados pensamientos sobre su mandíbula.

—Bueno, pues lamento haber perdido la oportunidad. Si hubiera llegado antes, quizá habría sido yo quien te llevara a los baños.

—No la perdiste —dije con audacia y sin pensarlo mucho.

Liam me miró, girando el cuerpo en mi dirección. —¿El qué no perdí?

—Tu oportunidad. No le pertenezco a nadie. No estoy saliendo con nadie. Soy un espíritu libre así que… así que no, no perdiste tu oportunidad.

Callie, ¿qué estás haciendo?

¿De verdad estoy tan cachonda como para que flirtear tan abiertamente con Liam sea una buena idea?

Liam parpadeó, y al instante siguiente estaba sobre mí, reclamando mi boca en un beso casi a mordiscos. Le sujeté la mandíbula, maravillándome de su fuerza, y lo atraje hacia mí con un gemido. Cualquier pensamiento cuerdo huyó de mi mente.

Quizá era el calor del ascensor o el hecho de que estuviéramos atrapados juntos. Quizá era porque llevaba toda la semana excitada y estaba llegando al borde de la locura. No podía señalar el motivo y, francamente, no quería hacerlo.

Liam me besó con avidez, deslizando su lengua en mi boca y tragándose mis suaves gemidos. Gruñó en voz baja mientras sus manos recorrían mi cuerpo. Me manoseó los pechos por encima de la camisa y luego tiró de mi falda de tubo. Sus uñas rozaron mis muslos desnudos y le agarré un puñado de pelo. En el momento en que tiré, gimió con voz grave y mi centro *palpitó* de necesidad.

Necesitaba algo. Lo que fuera.

—¿Crees que podrás conmigo? —preguntó Liam con voz ronca, escribiendo las palabras sobre mi mejilla con sus labios.

—Fácilmente.

Me besó con fuerza, haciendo que me dolieran los labios, y luego desapareció entre mis piernas. Me deslicé por la pared hasta caer al suelo mientras Liam me bajaba las bragas y reemplazaba la tela con su boca en mi coño.

—Joder, ya estás empapada.

Me sonrojé tanto que mis mejillas parecían el sol. No tenía palabras, no cuando la lengua de Liam se hundía en mí con tal

entusiasmo que lo único que podía hacer era gemir. Me llevé una mano a la boca y me mordí los dedos para que el sonido que se me escapaba fuera mínimo. No sabía cómo de insonorizados estaban los ascensores y no iba a correr ningún riesgo.

Aparte de este.

—Joder —jadeé, con las palabras ahogadas.

La lengua de Liam presionó con fuerza contra mí en largas y planas pasadas; luego se convirtió en una punta dura que se deslizó entre mis labios exteriores hasta mi clítoris. Escribió poesía contra mi piel, acercándome cada vez más al orgasmo, pero justo cuando mis muslos se tensaron alrededor de su cabeza y mis caderas se arquearon, se apartó con una risita.

Cuando lo miré, tenía la cara sonrojada y mis jugos daban un suave brillo a su barba incipiente.

—Estoy a punto —me quejé, buscándole la mano—. ¿Por qué has parado?

—Porque quiero que te corras en mi polla —respondió Liam, arrastrándose sobre mí.

Vislumbré el bulto en sus pantalones y le busqué el cinturón para ayudarle a liberar su polla de los confines de sus pantalones de vestir. Nuestras bocas chocaron y gemimos al unísono, y luego él mordisqueó el recorrido de mi mandíbula hasta mi cuello. Desde allí, lamió y besó hasta mi clavícula y, mientras su lengua se hundía en el hueco de mi garganta, su gruesa polla se deslizó dentro de mí en dos embestidas.

Empecé a gemir con fuerza y Liam se rio entre dientes antes de taparme la boca con una mano. Levantó la cabeza, me miró fijamente a los ojos y empezó a follarme.

Aquello era surrealista. Estaba tumbada en el suelo de un ascensor averiado, follándome a Liam con el calentón de una adolescente, cuando cualquiera podría forzar las puertas y vernos. Sin embargo, la idea de que nos pillaran era excitante. Un hormigueo recorrió todo mi cuerpo y se instaló en mis muslos cuando enrosqué las piernas alrededor de las caderas de Liam. Le agarré la muñeca con una mano y le busqué la cara con la otra.

Sus suaves jadeos rozaron mi palma. Entonces, giró la cara hacia mi mano y me besó las yemas de los dedos. Ahogada en mis propios gemidos, puse los ojos en blanco mientras cada embestida potente y frenética me acercaba más y más al orgasmo.

A juzgar por los gruñidos de Liam, él no andaba muy lejos.

—Joder, Callie —gimió. Se soltó de mi mano, inclinó la cabeza hacia la luz que teníamos encima y sus caderas perdieron el ritmo de repente.

Estaba a punto, joder, a punto. Liam se encorvó sobre mí y sus caderas se volvieron un borrón, embistiéndome tan rápido y con tanta fuerza que la fricción parecía una vibración.

Me corrí con el grito atrapado tras la palma de Liam. El placer me inundó, seguido de un calor como de lava fundida, y rompí a sudar mientras se me erizaba la piel. Oleada tras oleada de *deseo* me recorrió el cuerpo y mi intimidad palpitaba. El orgasmo de Liam llegó tres embestidas después y su calor se mezcló con el mío en mi interior.

Solo entonces retiró la mano y mi pintalabios dejó una huella roja en su piel.

—Preciosa —murmuró Liam, besándome con suavidad en los labios—. Eres jodidamente fantástica.

—Tú tampoco estás nada mal —respondí sin aliento, devolviéndole cada ligero beso con otro feliz de mi parte.

Liam, sin saberlo, había calmado aquel picor insaciable que sentía por dentro y, por primera vez en toda la semana, noté la mente despejada.

De repente, el ascensor dio una sacudida y nos separamos a toda prisa. Nos apresuramos a arreglarnos y, en el frenético intento de asegurarnos de que la ropa estuviera en su sitio y el pelo arreglado, no me di cuenta de que Liam tenía mis bragas hasta que las puertas se abrieron y me las enseñó fugazmente. Terminaron en su bolsillo justo cuando uno de los hombres de mantenimiento asomó la cabeza por las puertas.

—¿La señorita Everheart?

—Sí —jadeé, abanicándome mientras un calor bochornoso me recorría la piel como si me estuvieran marcando a fuego.

—Siento la espera.

Le resté importancia, acepté su mano y salí del ascensor. Fuera, el aire era mucho más fresco. Liam me siguió, sosteniéndome la mirada mientras me entregaba los expedientes que me había dejado dentro.

—Hasta la próxima —dijo con una sonrisa socarrona.

Un sudor ardiente me recorrió la espalda. Cogí las carpetas y me alejé a toda prisa, rezando para que nadie pudiera adivinar lo que acabábamos de hacer. Sin embargo, a pesar de la vergüenza, una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios.

Había sido uno de los mejores polvos de mi vida.

Seguí en una nube hasta después de mi reunión con Recursos Humanos. Fue bastante sencilla y directa, pero al salir de su despacho y revisar si tenía alguna notificación en el móvil, un correo electrónico en particular me llamó la atención.

Se me cayó el alma a los pies.

Era un segundo recibo de un pago por adelantado para mi madre.

—¡Joder!

Esta semana había sido tan ajetreada que se me había olvidado por completo cancelar el pago de Eli. ¿Y ahora iba y hacía un segundo pago?

¿A qué coño estaba jugando?

11

KANE

«He cancelado su cita de las once de mañana, y los de la gala benéfica de la semana que viene preguntan si puede grabar un mensaje en caso de que no pueda asistir en persona».

Mi asistente, Hannah, estaba de pie ante mí, repasando la lista de tareas que tenía en las manos.

—Creo que eso es todo. ¿Necesita algo más de mí?

—No, Hannah. Eso es todo, gracias. —La despedí con un gesto y luego esperé a que saliera de mi despacho antes de darme la vuelta y coger el móvil.

Desde que empecé este proyecto con Sawyer, todo lo demás ha pasado a un segundo plano, pero era lo mejor. Lo que Sawyer intentaba hacer era admirable y era exactamente el tipo de cosa que yo estaba más que encantado de financiar. El único problema era que, cuanto más tiempo trabajábamos en ello, más gente se enteraba.

Y uno de ellos probablemente iba a ser un problema. La llamada que había recibido esa mañana también me había demostrado que gran parte de la fricción vendría del mismo lado.

Así que llamé a Sawyer.

El teléfono sonó tres veces antes de que respondiera.

—¿Qué?

—Vaya, hola a ti también.

—Lo siento, ha sido un día largo.

—Quería ver si tu abogado había encontrado ya una solución al problema de la patente.

Sawyer suspiró.

—No. De hecho, creo que lo mejor que podemos hacer es cambiar de enfoque. Lo que tenemos es bueno, y no quiero que esto se vea envuelto en batallas legales durante años y que luego nunca llegue a las tiendas. No sé qué tenemos que cambiar, pero tiene que ser algo.

—¿Volver a empezar de cero? —Me pellizqué el puente de la nariz—. Uno nuevo, quizás. Y, desde luego, un nombre nuevo.

Sawyer resopló.

—Desde luego.

—En realidad, quería comentar una cosa más.

—¿Mmm?

—He recibido una llamada esta mañana. De Marcus Crane.

—¿Qué? —El tono de Sawyer pasó inmediatamente de afable a cortante.

—Sí. Tenía unas cuantas lindezas que decirme.

—No deberíamos hablar de esto por teléfono. Puedo hacerte un hueco y estar ahí esta tarde.

—No, iré yo. —Ya estaba de pie—. El paisaje es mucho más agradable.

Era cierto que Sawyer tenía mejores vistas desde su despacho que yo, pero Callie era el único paisaje que me interesaba. Había llegado a mi vida como un torbellino —literalmente— de belleza, y no había podido quitármela de la cabeza desde nuestra aventura de la semana pasada en los baños. Había sido lo más imprudente que había hecho en mi vida, y fue increíble.

Normalmente, tengo mucho más control, pero había algo tan dulce e irresistible en Callie… Era una fruta prohibida que yo ansiaba.

Al llegar al despacho de Sawyer, se me encogió el corazón al ver la mesa de Callie vacía. Mis visitas de la última semana habían estado motivadas principalmente por mi egoísta deseo de verla, así

que cada vez que aparecía y ella no estaba, mi mundo se volvía un poco más gris.

—¿Sawyer? —Llamé suavemente a la puerta de su despacho. Me hizo un gesto para que entrara sin levantar la vista.

—No está.

—¿Perdona?

Sawyer señaló con el bolígrafo el papel que tenía delante y luego levantó la cabeza.

—He mandado a Callie a comer fuera como un detalle, pero si tienes tantas ganas de verla, puedes esperar en la otra sala y posponemos esta conversación.

Por supuesto que se había dado cuenta. Pocas cosas se le escapaban a Sawyer Crane y, mientras una ligera sonrisa burlona asomaba a sus labios, recordé nuestra juventud. Las cosas funcionaban igual entonces y, como siempre, Sawyer sabía las cosas sin que yo tuviera que decir ni una palabra.

—Estoy bien —dije, avanzando hacia su mesa—. Ya he visto a Callie de *sobra*. Puedo aguantar sin verla.

La insinuación estaba ahí, atreviéndose a dar a entender que me había acostado con ella, pero donde esperaba ver sorpresa en el rostro de Sawyer, él simplemente sonrió con sorna.

—¿Y quién no?

De verdad que era como en los viejos tiempos.

—Y bien… —suspiró Sawyer mientras me sentaba frente a él—. ¿Qué quería Marcus?

Por su tono, estaba claro que la relación de Sawyer con su padre era tan mala como siempre, y me compadecí un poco de él. Yo también había tenido mi buena dosis de presión parental, pero a Sawyer siempre parecía tocarle la peor parte en ese aspecto.

—Sus habituales intromisiones. Quería que le diera toda la información sobre lo que tramábamos. Me negué e incluso cité algunas razones legales, pero le dio exactamente igual.

El rostro de Sawyer se contrajo con desagrado.

—No le gustó nada y entonces me dijo que el trato se cancelaba. Que recogiera mis cosas y me largara porque los Crane no necesitan

limosnas. También tuvo unas cuantas lindezas sobre tu capacidad para tomar decisiones.

Sawyer bufó y dejó caer el bolígrafo sobre la mesa. Luego se reclinó en la silla con un gemido fruto de años de enfrentarse a un hombre tan agresivo.

—Ahí es donde siempre se queda corto —dijo Sawyer, frotándose los ojos para reprimir un bostezo—. Ese viejo cabrón se pasó demasiado tiempo partiéndose el lomo para ganar un duro, pero nunca aceptó ni una pizca de ayuda. Quería hacerlo todo con su propio dinero, literalmente. No me extraña que acabáramos aislados del sector y marcados con la reputación de que solo nos importa el dinero.

Sawyer se inclinó hacia delante, apoyando un codo en el escritorio.

—¿Sabes que todavía recibo llamadas de organizaciones que piden donativos? Normalmente, lo haría sin pensármelo dos veces, pero estas organizaciones son de las que nunca apoyaría. Una de ellas es la responsable del daño en el mundo que las que *sí* apoyo intentan arreglar. Pero ven el apellido Crane y piensan que el dinero es lo único que importa.

—A todos nos importa el dinero —comenté—. Lo que cuenta es lo que hacemos con él. Puedo empatizar un poco. Hay muchísima gente que me mira por encima del hombro por ser más joven que la mayoría o por usar el dinero de la familia para condonar deudas a gente que lo necesita. Esas personas, las que salvo de deudas aplastantes, son las que importan. No los gilipollas que creen que debería invertir ese dinero en otra cosa.

Era la misma discusión de siempre. Usar mi herencia multimillonaria para ayudar a los más necesitados era mi principal objetivo. A lo largo de los años, he pagado las deudas de más gente de la que podría contar para que pudieran recibir tratamiento médico sin deudas o, por fin, tener un techo bajo el que cobijarse. A los trajeados con más corbatas que sentido común solían darles infartos al ver mis métodos, pero funcionaban.

¿Qué mejor inversión había que las personas?

—Curar las cicatrices que nuestros padres dejaron en el mundo es una tarea imposible —asintió Sawyer, levantándose de su asiento —. Pero lo intentamos.

Me sirvió una copa y cambiamos de tema para hablar de la mejor manera de abordar los problemas con la patente. Lo que intentábamos hacer era algo bueno, pero varios de nuestros conceptos entraban en conflicto con algo que ya estaba en el mercado. Las similitudes eran lo suficientemente pequeñas como para que *quizás* pudiéramos salirnos con la nuestra, pero el riesgo era demasiado grande. Sawyer tenía razón. Que este medicamento se viera envuelto en una batalla legal de patentes durante años no ayudaría a nadie.

Así que necesitábamos un nuevo enfoque.

Hablamos hasta bien entrada la tarde y solo lo dejamos cuando Callie volvió a su mesa después de comer. Enseguida captó mi atención y mis pensamientos flaquearon mientras la observaba a través del espejo unidireccional. Estaba sentada en su escritorio, jugueteando con las puntas de su pelo mientras hablaba por teléfono. Tenía las piernas cruzadas bajo la mesa, lo que hacía que la falda se le subiera, dejando al descubierto parte de la cara interna del muslo.

—Es una cosita vibrante y preciosa, ¿verdad? —dijo Sawyer, devolviéndome al presente.

—Sí. Desde luego que lo es.

—¿Va a ser un problema?

Le lancé una mirada de confusión y luego di un sorbo a mi copa. —¿En absoluto. A menos que vaya a ser un problema para ti?

Sawyer enarcó una ceja. —¿En qué sentido?

—Nunca has sabido llevar bien un poco de competencia.

—De ti, tal vez no —comentó Sawyer—. Pero también estás compitiendo con Liam.

—¿En serio? —No debería haberme sorprendido. Siempre habíamos tenido el mismo gusto para las mujeres y, en el pasado, eso había dado lugar a alguna competencia emocionante; pero al final, no había nada por lo que mereciera la pena arriesgar nuestra amistad.

De eso ya se encargaba la vida.

—A Liam le falta sustancia —decidí—. Es pura fachada, y Callie se merece un hombre de verdad.

—Me tiene a mí —Sawyer inclinó su vaso, haciendo que los hielos chocaran entre sí—. Y Liam ha cambiado.

—¿De verdad? ¿El famoso fiestero ha cambiado?

—Ya has visto cómo es con Marie. Cambió toda su vida por ella. Tiene una nueva perspectiva y eso ayuda con Callie. Ya la ha probado.

—Como todos —reflexioné, dividiendo mi atención entre Sawyer y Callie—. Tiene dónde elegir.

—Es *mi* asistente.

No fue difícil detectar el matiz de posesividad en el tono de Sawyer y sonreí con suficiencia.

—Puede que lo sea, pero está interesada. Puedes fingir que no, pero ambos sabemos que es mentira.

Por un momento, las bromas y las puyas hicieron que me sintiera como si estuviéramos de nuevo en la universidad, tomándonos el pelo y pasándolo bien. Los viejos tiempos, antes de que la vida y las responsabilidades nos llevaran por caminos opuestos. Pasamos de ser los mejores amigos a rivales de negocios casi de la noche a la mañana.

No podía negar que disfrutaba de esto y la sonrisa de Sawyer tenía una nueva ligereza que sugería lo mismo.

—Aun así, es mi asistente y eso significa que yo tengo el poder aquí.

—Excepto que has olvidado un detalle importante.

—¿Cuál?

—No nos pertenece a ninguno de los dos —señalé—. Como en los viejos tiempos.

Sawyer rio entre dientes.

—¿A no ser que hayas olvidado cómo compartir?

12

CALLIE

—Bianca, lo siento muchísimo. ¡Voy tardísimo!

—Eh, tía, no te preocupes. Voy a ir pidiendo algo de comer porque me muero de hambre.

El tono comprensivo de Bianca solo hizo que la culpa creciera aún más en mi pecho. —¡Sí, claro! Lo siento de verdad. Estaré allí en cuanto consiga parar un taxi.

—Vale. Mantenme informada.

—Lo haré. ¡Te quiero!

Tras colgar, levanté el brazo hacia el tráfico e intenté llamar la atención del taxi que pasaba, pero el coche pasó de largo a toda velocidad sin tan siquiera mirarme. Gruñí y me desinflé.

Estas últimas dos semanas habían sido una locura tal que apenas había tenido tiempo para respirar. Sawyer y Kane por fin habían solucionado su problema con la patente y, como todo empezaba a ponerse en marcha, también habían anunciado públicamente su asociación. Como era de esperar, los medios de comunicación se habían vuelto locos publicando historias sobre por qué *Crane Enterprises* se asociaba con *Golden Dove*, si había una razón de fondo o algo más siniestro detrás.

Casi me asombraba cómo la gente se empeñaba en buscarle tres pies al gato. Varios artículos pintaban a Sawyer como un tirano

incapaz de liderar un proyecto como este porque no había dinero que ganar. Las propias palabras de Sawyer se usaron en su contra y, cuando los periódicos empezaron a sacar declaraciones de su padre, ya no hubo nada más que pudiéramos hacer.

Lo único que Sawyer podía controlar era la información dentro de su propia empresa, y la junta de accionistas había sido un éxito rotundo cuando les presenté las cifras reales. Era inevitable que Crane Enterprises ganara dinero con esto, pero todos los beneficios se reinvertirían en gastos de explotación por consejo de Kane.

Solo que esa parte aún no la había revelado.

A nivel interno, a la gente le preocupaba más que Kane, Liam y Sawyer trabajaran juntos. Por lo visto, tenían un pasado en común y todo el mundo estaba esperando a que la tensión volviera a surgir, aunque yo no había visto nada por el estilo. Más bien me recordaban a viejos amigos que se reencuentran después de unos años.

Nos habíamos volcado en este proyecto, y la desventaja para mí era que apenas tenía tiempo para nada fuera del trabajo. No tenía tiempo para mi vida ni para mi mejor amiga, por eso esta cena era tan importante para mí. Necesitaba verla, saber de su vida y recordar lo que existía más allá de las reuniones de la junta, las llamadas de la prensa y los abogados.

—¡Taxi! —grité hasta quedarme afónica y, finalmente, uno se apiadó de mí. El conductor aparcó cerca y, mientras me apresuraba a acercarme, mi móvil volvió a sonar. Pegándomelo a la oreja, me metí en el taxi y recité de carrerilla la dirección del restaurante.

—¿Señorita Everheart?

—¿Sí?

—Hola. La llamo del centro de cuidados paliativos. Nos preguntábamos cuándo iba a llegar.

Se me cayó el alma a los pies.

¿Se suponía que tenía que ir hoy? No, no me esperaban. ¿Lo había olvidado?

—¿Perdón?

—¿Hoy trasladan a su madre? —La cuidadora sonaba exasperada —. Se supone que debe estar usted aquí.

—¡¿Trasladan?! —Jamás había aceptado algo así. El corazón empezó a latirme con fuerza y el sudor me brotó en la frente—. ¿Es porque intenté anular los pagos de Eli sin tener fondos en mi cuenta? El director con el que hablé me había asegurado que no pasaba nada y yo estaba juntando mis ahorros para pagar la cuota.

¿Había llegado demasiado tarde?

—No haga nada —ladré al teléfono—. ¡No hasta que yo llegue!

_____

Llegué al centro y salí disparada del taxi, lanzándole al conductor más billetes de los que podía contar. Al otro lado de la calle, vi a mi madre en una silla de ruedas mientras tres hombres la metían en una furgoneta blanca. La furgoneta estaba aparcada en un ángulo que no me permitía ver bien el logotipo del lateral.

—¡Esperen! —grité, corriendo hacia ellos—. ¡¿Qué están haciendo?!

Antes de que pudiera acercarme lo suficiente, uno de los hombres se giró y me detuve en seco.

—¿Eli?

¿Qué demonios estaba pasando?

Esta vez me acerqué más despacio y observé cómo Eli le dedicaba a la enfermera más cercana una sonrisa repugnantemente encantadora. Fuera lo que fuese que hubiera hecho, lo que hubiese dicho, estaba claro que los había convencido, porque en cuanto estuve lo bastante cerca para oír, la enfermera me lanzó una mirada fulminante y se alejó en dirección al edificio.

—¿Eli? —espeté sin aliento mientras las puertas de la furgoneta se cerraban de golpe—. ¿Qué coño te crees que haces con mi madre?

—¿Qué parece que hago? —La expresión de Eli era de aburrimiento y sonaba irritado, como si tuviera algún derecho a estarlo—. He estado pagando tus facturas y, como has estado aceptando mi dinero, he decidido hacer algo con respecto a los cuidados que recibe.

—¿Qué?

—La traslado a otro centro. Uno con más… *experiencia* en el tipo de cuidados que tu madre necesita.

—¿Qué coño dices? No puedes hacer eso… ¡Mamá! —Intenté pasar por su lado para llegar a la furgoneta, pero me lo impidió con su cuerpo y luego me agarró del brazo con fuerza, haciéndome daño. Uno de los celadores de la furgoneta miró con curiosidad, pero Eli me sujetó en un ángulo tal que parecía más que me estaba abrazando para consolarme que otra cosa.

—Cogiste más dinero del que te ofrecí y más del que merecías. Soy un hombre generoso, Callie, pero no tanto.

—Eso es culpa tuya por pagar dos veces —repliqué bruscamente, intentando liberar mi brazo sin éxito—. Intenté anular tu primer pago, pero no pude porque… —vacilé.

—Porque no tenías suficiente dinero en tu propia cuenta para cubrir la factura —dijo Eli con desdén, manteniendo esa sonrisa repugnantemente encantadora en su cara—. El dinero es poder, Callie, y tú no tienes ni lo uno ni lo otro. Tienes suerte de que permitiera un doble pago. Pensé: «No hay manera de que se aproveche de mí de esa forma», pero como no llamaste para *darme las gracias*, decidí recordártelo.

—¡Es usted un farsante! ¡No puede llevarse a mi madre así como así solo porque no pude pagar una factura!

—Dos —corrigió él con aire de suficiencia, y entrecerró los ojos.

No podía estar pasando. El aire parecía enrarecido y sentía que el corazón se me iba a salir del pecho de lo fuerte que latía.

—Sinceramente, esperaba más gratitud.

—¡Esto no puede ser legal! —jadeé, luchando por respirar. Una banda de hierro me oprimió el pecho y la vista se me nubló.

—El dinero es poder —repitió Eli. Luego se inclinó y me dio un casto beso en la mejilla—. Vaya, ¿qué haría Sawyer si se enterara de que nos estamos ayudando mutuamente?

—Esto no es ayudar —espeté sin aliento—. ¡Me está obligando! ¡Esto no es nada!

Finalmente logré zafarme de su agarre justo cuando la furgoneta arrancó con un rugido y se alejó por la calle. El pánico me invadió y el corazón me dio un vuelco.

—¡No se me acerque, joder!

—Al contrario, puede que quieras ser un poco más amable si quieres saber el nombre del nuevo centro.

Me di la vuelta y entré corriendo en el centro de cuidados paliativos, sin detenerme hasta que llegué a la recepción, donde golpeé la madera con las manos. La recepcionista casi dio un salto en la silla.

—¿Adónde demonios se llevan a mi madre?

—Adonde usted solicitó —dijo, girando el monitor hacia mí para que pudiera ver toda la información sobre el nuevo centro. El lugar, por sí solo, parecía desorbitadamente caro.

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¡Yo nunca he pedido esto, nunca he estado de acuerdo y, desde luego, no he firmado nada! Voy a denunciaros, ¿me oís? ¡Voy a llevar a juicio hasta al-!

—De hecho, señora, su marido lo firmó todo.

Las palabras murieron en mi garganta y un escalofrío extrañamente tranquilo me recorrió.

—¿Mi... marido? Yo no *tengo* marido —incluso mientras lo decía, tuve la terrible sensación de que Eli era el responsable.

—Puede verlo aquí. —La recepcionista abrió otra ventana—. Cuando se tramitó el papeleo para el cambio de pagador, se especificó que él era su marido y que el motivo del cambio era una cuenta conjunta. Dada nuestra política con el pagador de las facturas, está en su pleno derecho de trasladar a su madre de este centro.

—¡Pero si no… no estamos casados!

No me creyeron. No había nada que pudiera decir para convencerlos de lo contrario, ya que el papeleo era todo lo que necesitaban. Lo único que les importaba. Al final, lo único que pude hacer fue anotar la información sobre el nuevo centro y salir del edificio arrastrando los pies.

El aparcamiento estaba vacío. Eli se había ido.

Y mi madre también.

¿Qué iba a hacer? Lo primero que pensé fue en llamar a Sawyer para que me ayudara, pero mi pulgar se detuvo sobre el botón. No pude pulsarlo porque las palabras de Eli de antes daban vueltas en mi cabeza.

¿Cómo iba a explicarle esto? Era una locura, más que una locura. ¿Le importaría siquiera? ¿O solo vería que me había enredado con Eli, un rival de negocios y un hombre que yo había dicho que no soportaba? Nada de esto parecía real.

El viento se levantó a mi alrededor, tirándome del pelo y enfriando el sudor que se adhería a mi piel desnuda. Una búsqueda rápida en Google del nuevo centro me indicó que nunca podría pagar esas facturas ni en un millón de años, pero, todo sea dicho, el tratamiento era innovador.

Sería una amabilidad por parte de cualquier otra persona. Viniendo de Eli, era una manipulación retorcida y yo no tenía ni la más remota idea de cómo proceder. Mi pobre madre no se merecía que la transportaran de un lado a otro como si fuera una cerda de concurso.

La desesperanza me invadió y me dolió el corazón. Las lágrimas brotaron en las comisuras de mis ojos y mis pies se tropezaron entre sí mientras me costaba caminar por la calle.

Estaba completa y absolutamente perdida.

Entonces, mi teléfono vibró en mi mano. No le hice caso, esperando que fuera otro mensaje de Bianca preocupada por dónde me había metido, hasta que llegó otro justo después.

Bajé la mirada entre lágrimas y parpadeé, haciendo que rodaran por mis mejillas y cayeran sobre la pantalla del teléfono. Las palabras se deformaron y burbujearon bajo las gotas mientras una náusea me recorría al leer el mensaje.

De Eli.

«No te separes del teléfono. Te llamaré más tarde para hablar de la devolución del pago».

13

CALLIE

—¿Qué crees que quiere? —me preguntó Bianca mientras me ponía la gran copa de vino en la mano temblorosa y se sentaba a mi lado en el sofá.

—No tengo ni idea —murmuré, escuchando a medias la música de espera que sonaba en el teléfono que tenía pegado a la oreja—. No puedo ni pensar con claridad. ¿Una persona normal nunca haría algo así, verdad?

—Desde luego que no —convino, dándole un buen trago a su propia copa.

Me quedé mirando el líquido carmesí, observando cómo los leves temblores danzaban por la superficie a causa de mis sacudidas.

Había estado temblando desde que salí de aquel viejo centro y, ahora que estaba con Bianca, el miedo no había desaparecido. En todo caso, había empeorado, ya que llevaba los últimos veinte minutos al teléfono con la policía intentando que alguien me ayudara. El problema era que no me estaban tomando en serio.

—Disculpe la espera —dijo una voz al volver a la llamada—. A ver, si lo he entendido bien, con la información que me ha proporcionado hoy...

—Sí —asentí.

—¿Quiere presentar una denuncia sobre un hombre que dice ser su marido por trasladar a su madre a un hospicio mejor para darle mejores cuidados y pagar las facturas médicas?

Cuando lo enumeró así, sonaba ridículo y se me hizo un nudo en el estómago.

—No es tan bonito como usted lo pinta —repliqué—. Lo ha hecho en contra de mis deseos. Se ha llevado a mi madre a un centro diferente, ¡y no me importa que sea mejor! ¡También ha mentido y ha dicho que estábamos casados, pero no es verdad!

—Ah, sí. Me he puesto en contacto con el otro centro y me han dicho que el papeleo se ha tramitado sin ninguna queja ni modificación por su parte. Así que... ¿no se dio cuenta de que figuraba como su cónyuge?

—Yo... no me fijé. Me quedé sin tiempo y se tramitó automáticamente. No estoy casada, así que ni se me ocurriría mirar ahí.

—Claro —La incredulidad teñida de fastidio en su voz solo sirvió para aumentar mi frustración.

—¡Tiene que detenerlo o algo! ¡No puede llevarse a mi madre así como así!

—¿Desconoce su paradero?

—No, sé dónde está, ¡pero esa no es la cuestión! ¿Cómo puede tomárselo con tanta calma?

—Señora, por favor, no me levante la voz. Estoy intentando entender la situación para poder ayudarla lo mejor posible.

—No me está ayudando en absoluto. ¿El puto de Eli Talbot ha secuestrado a mi madre y a usted lo único que le importa es la casilla del matrimonio en un formulario?

—Señora...

—¡No! Se supone que tiene que ayudarme. Se han llevado a mi madre, nada de esto se ha hecho con mi permiso y no entiendo cómo puede actuar como si fuera culpa mía o como si no pasara nada malo.

—Señora, no estoy diciendo eso, y no la estoy juzgando. Solo intento obtener toda la información que pueda para que podamos

tomar las medidas adecuadas. Por ahora, parece que esto no es un asunto policial, sino más bien una disputa conyugal.

—¡Pero si ni siquiera estamos casados!

Mi frustración llegó al límite y, al final, colgué y lancé el móvil contra el cojín con un fuerte gruñido de irritación.

La mano de Bianca se posó en mi espalda, pero me la quité de encima como si su contacto me quemara.

¿Cómo podían no tomarme en serio? Sabía qué aspecto tenía todo. Sabía que, en parte, era culpa mía por estar tan desbordada de trabajo, pero se me había pasado por alto una sola vez. Y por lo visto, con una vez había bastado. Se me llenaron los ojos de lágrimas e intenté ahogarlas bebiéndome de un trago toda la copa de vino que tenía en la mano.

En el fondo, parte de mi dolor provenía de saber que, si la policía no me creía, no había ninguna posibilidad de que Sawyer lo hiciera. Realmente no tenía a nadie a quien recurrir, lo cual era mucho más angustioso de lo que podía soportar.

—No sé qué hacer —gemí, dejando la copa vacía en la mesa.

Bianca apareció con la botella para servirme más. —¿Y si intentamos averiguar por qué está haciendo esto? Quizá así las cosas tengan más sentido.

—No se me ocurre ninguna razón —sorbí por la nariz, secándome las lágrimas—. ¿Caridad, quizá? Parece más bien un retorcido juego mental. Lo hace porque puede, sin más.

—Lo siento mucho, tía.

—O a lo mejor solo es un pervertido que se pone cachondo jugando a sus juegos retorcidos con una pobre mujer. —Otro sorbo de vino ahogó ese pensamiento.

—Qué asco —dijo Bianca con una mueca—. Aunque, por esa cantidad de dinero, un poco de sexo no parece tan mala idea.

—¡Bianca!

—Vale, lo siento —rió sin ganas—. Solo intento que te sientas mejor.

Lo estaba intentando, y se lo agradecía enormemente, pero en ese momento no era consuelo lo que necesitaba, sino una solución.

Pero no había solución.

—Siempre parecía tan dulce cada vez que dejaba a su perro. No paraba de decirme que valoraba los sitios más pequeños y familiares porque le parecían muy personales. Que sentía que de verdad cuidábamos de su perro y que no era un número más. Era tan encantador...

—Es una víbora —mascullé con amargura, dejándome caer contra el cojín—. Tiene una reputación malísima por usar a la gente. Solo le importa el dinero, pero yo no tengo. Eso es lo que no entiendo.

—¿Y tu jefe? —Bianca me lanzó una mirada comprensiva—. Sawyer, ¿no? Es rico y poderoso, como Eli. A lo mejor él puede ayudar.

—No —gemí, y la desesperanza volvió a invadirme—. La policía se ha reído de mí. ¿Qué esperanza tengo de que Sawyer me crea? Eli es un rival y, además de eso, es un capullo. Ni siquiera puedo justificar cómo ha pasado esto porque todo es culpa mía.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas y la cara de Bianca se volvió borrosa.

—Además, no quiero meterle en este tipo de líos. Me he acostado con él, con su socio y con su amigo. Eli tiene razón. No tengo muchos argumentos a mi favor, aunque no por las razones que él cree.

—Ay, cariño —me dijo Bianca, apretándome el muslo—. ¿Estás segura de que no hay ninguna forma de que lo entienda?

Negué con la cabeza lentamente. —Aunque me ayudara, entonces estaría en deuda con él o me despediría por haberlo traicionado. Además, con todo lo que está pasando ahora en el trabajo, ¿qué imagen daré si aparezco con quejas sobre el único hombre que lleva años enfrentado a Sawyer? ¿Relacionándome con el enemigo? Entonces estaría peor que al principio. No, tendré que…

Me incorporo, me seco las mejillas y respiro hondo.

—Iré a la nueva residencia y lo cancelaré todo. Soy su hija. Puedo hacerlo.

—No quiero ser una aguafiestas —dijo Bianca—, pero como tu voz de la razón, ¿qué pasa con las facturas? Eli podría meterte en un pozo de deudas.

—Bueno, ¿y qué diablos se supone que haga? —me giré hacia ella, con la frustración a flor de piel una vez más, pero al ver la compasión en su rostro, me derrumbé de nuevo. Mi enfado estaba mal dirigido y ella no se lo merecía.

—No lo sé, cielo. De verdad que no.

Después de otra copa de vino, llamé a la nueva residencia y me sorprendió un poco encontrar a una mujer de voz agradable que parecía más que dispuesta a hablar conmigo.

—Su madre se está adaptando muy bien —dijo con dulzura—. Puede venir a visitarla cuando quiera, aunque le recomendamos que nos avise con antelación para que podamos asegurarnos de que sus visitas no coincidan con ninguna de las actividades que su madre elija.

—Lo entiendo. —Le tendí la copa y Bianca me la rellenó mientras yo hablaba—. Quería hablar del pago porque no quiero que se quede ahí.

—Bueno, como le he dicho, su cuenta figura como la pagadora principal, y aunque un tercero se hizo cargo del primer mes, la segunda factura será más cara debido al mantenimiento y demás. Sobre todo si está pensando en cambiar de residencia tan pronto.

—¿Y si quiero que se vaya inmediatamente?

—No es aconsejable tan pronto. Volver a cambiar de residencia tan pronto será perjudicial para la salud de su madre.

—Pero ¿cuánto *costaría*?

—Dado el funcionamiento de las plazas aquí, necesitaremos el pago de tres meses, así como la tasa de salida. —El tono de voz se volvió un poco más brusco—. Estoy segura de que lo entiende, dado que esta residencia es para cuidados a largo plazo, no un complejo vacacional.

La llamada terminó y las lágrimas volvieron a brotar. Bianca estuvo a mi lado para abrazarme mientras marcaba el número de la antigua residencia para ver si estarían dispuestos a readmitir a mi madre.

Reaccionaron de forma similar a mis preguntas y me dijeron que lo hablara con mi marido antes de que estuvieran dispuestos siquiera a considerar la posibilidad de permitir que mi madre volviera.

Estaba completamente perdida.

No había esperanza.

Por suerte, mi copa ya estaba vacía para cuando me hundí en los brazos de Bianca y lloré a lágrima viva. Ninguno de mis planes tenía fundamento y, por más vueltas que le daba, no tenía ni el dinero ni el apoyo para salir de esta.

Eli tenía razón: el dinero y el poder lo eran todo. Y yo no tenía nada.

Una vez más, me planteé hablar con Sawyer, pero en el fondo sabía que no podía enfrentarme a él. No quería perder lo único bueno que tenía en mi vida en ese momento, ni a él, ni a Liam, ni a Kane. Tenía que resolver esto yo sola, y hasta que Eli no revelara lo que quería a cambio, tendría que aguantarme.

Bianca me abrazó hasta que las lágrimas se secaron y no quedó nada dentro de mí, salvo algún que otro sollozo seco y ahogado. Me sirvió otra copa de vino y me colocó el pelo detrás de la oreja.

—Sé que parece que no hay esperanza, pero estoy aquí para ti, ¿vale? Joder, incluso me traería a tu madre aquí y la cuidaría yo misma.

—Jamás podría. —Negué con la cabeza—. No podría pedirte eso. Tú tienes tu propia vida. Este es mi lío.

—Puede que sí, pero no estás sola, ¿vale? Vamos a arreglarlo.

Bebo profundamente, saboreando el gusto afrutado que se filtra a través de mis sentidos embotados por el llanto. Bianca era mi ancla y ya le estaba pidiendo demasiado con solo aguantar mis ausencias.

—Sabes —continuó Bianca, señalándome con su copa—, quizá tengamos que ver esto de otra manera. Más como una oportunidad que como otra cosa.

Frotándome un ojo, bostecé. —¿A qué te refieres?

—Bueno, está claro que Eli tiene una razón extraña y retorcida para hacer esto y, sea cual sea, nos supera a las dos, ¿no?

Asentí.

—Así que, quizá tengas que aprovecharlo. Tu madre está recibiendo el mejor tratamiento posible ahora mismo, lo cual es una bendición para todos. Y él se está haciendo cargo de las facturas, lo

que significa que tienes libertad para ahorrar y devolvérselo. Dejar que se quede allí no puede hacer daño.

—Quizá. ¿Pero qué pasa con lo que quiere a cambio?

—Bueno, de acuerdo, podría pedir cualquier cosa, y dado su historial, no puedo ni empezar a adivinar qué es, pero… —Me cogió la mano y me la apretó—. Tu madre está recibiendo cuidados y él te ha quitado una deuda de encima por ahora.

—¿Así que debería centrarme en lo positivo?

Bianca se encogió de hombros, riendo con sequedad.

—No lo sé, tía, pero puede que sí. Después de todo, ¿qué es lo peor que podría pedirte?

14

CALLIE

Mi plan para encargarme de Eli sufrió un contratiempo inesperado.

Independientemente de lo que yo sintiera por él o por toda la situación, mi madre estaba mejorando en el nuevo centro. Me enviaban informes diarios por mensaje de texto, lo cual era un bonito detalle. Cada mensaje incluía una foto y un parte sobre cómo le iba el día. A los tres días, ya sonreía en las fotos, y al quinto, me llamó ella misma.

Oír su voz pronunciar mi nombre hizo que me derrumbara en mitad de la cocina. Casi había perdido la esperanza de que alguna parte de mi madre pudiera volver a mí de esa manera. Me daba igual que fuera por la nueva medicación o por los excelentes cuidados, porque había pronunciado mi nombre. Me preguntó qué tal el trabajo y también por Bianca.

Los ricos de verdad tenían acceso a una atención médica que era sencillamente alucinante. Desde entonces, me resultó más fácil seguir la última sugerencia de Bianca de dejar que Eli pagara la factura hasta que pidiera algo a cambio. Entonces, mis siguientes pasos dependerían de lo que él quisiera de mí, y, mientras tanto, seguiría reuniendo los ahorros que pudiera para devolverle el dinero.

O tendría que hacerme cargo del coste del centro. Bianca y yo habíamos buscado el importe en Google y era para ponerse mala.

Sin embargo, Eli no pidió nada.

Los días pasaban con una lentitud exasperante y no tuve ni pío de él. Cada correo que recibía me paraba el corazón y cada llamada me hacía dar un respingo, esperando que por fin se pusiera en contacto conmigo. Pero no lo hizo. Sopesé dar yo misma el paso, pero la idea de llamarlo me revolvía el estómago. Así que me acomodé en mi nueva existencia, llena de ansiedad y confusión, y me limité a esperar.

—¿Callie?

La voz de Sawyer me sacó de mis pensamientos. Levanté la vista del escritorio y dejé que el capuchón del bolígrafo, agresivamente mordisqueado, se me cayera de los labios para cogerlo en la palma de la mano mientras lo miraba a los ojos.

—¿Sí?

—¿Puedes venir?

—Mhm. —Mientras me levantaba, él desapareció de nuevo en su despacho. Con solo unos segundos de margen, abrí mi agenda para comprobar si teníamos alguna reunión o algo hoy, pero no había nada programado. Cierto, últimamente había estado un poco distraída, pero, que yo supiera, hoy era un día tranquilo.

Aferrando un bloc de notas contra el abdomen, entré en su despacho.

—Cierra la puerta.

Obedecí y me acerqué a donde estaba Sawyer, sentado en el sofá junto a los grandes ventanales con vistas a la ciudad. La vista era impresionante a esas horas de la tarde, con el sol extendiendo sus dedos dorados alrededor de los edificios en un vano intento de evitar ponerse. Sawyer estaba bañado por el cálido resplandor anaranjado, con los ojos fijos en mí mientras yo permanecía de pie cerca del extremo del sofá.

—Callie.

—¿Sí, señor?

—Estás distraída.

—¿Perdón? —Mi ritmo cardíaco se aceleró ligeramente.

Sawyer enarcó una ceja. —Me he dado cuenta con bastante claridad estos últimos días de que estás distraída y no estás en tu mejor momento. ¿Te preocupa algo?

La necesidad de sincerarme me subió como un vómito por la garganta y los labios me temblaron un poco por lo desesperada que estaba por mantenerlos cerrados. Me repetía una y otra vez que no podía cargar a Sawyer con mis propios errores, pero su voz era tan sorprendentemente amable que la tentación era fuerte. Quería hundirme en sus brazos y llorar. Contárselo todo sobre mi madre y Eli. La deuda. Las facturas. Las jugarretas de Eli.

Pero no podía. Era demasiado y no quería ver la decepción que sentía por mí misma reflejada en la cara de Sawyer.

—Estoy bien —mentí—. En todo caso, estoy cansada. Después de todo, hemos estado muy ocupados.

El rostro de Sawyer no cambió, así que me fue imposible saber si me creía o no. Seguramente solo preguntaba por cortesía, como mínimo. Ya tenía demasiado entre manos con la patente pendiente y con Kane negociando un buen acuerdo para ambos. Era mucho y mi desastrosa vida no era comparable.

—Es solo que estoy centrada en el lanzamiento del nuevo fármaco. De verdad quiero que las cosas salgan bien después de lo duro que ha trabajado, de lo duro que han trabajado todos.

Hablaba para llenar el silencio, ya que Sawyer seguía sin decir ni una palabra. Como guardó silencio por segunda vez, levanté el bloc de notas que tenía en la mano, buscando una distracción que nos alejara de *mí* como tema de conversación.

—De hecho, he estado recopilando los datos de las pruebas en porciones pequeñas para que los accionistas puedan ver los beneficios de un vistazo. Todo, desde el coste hasta el éxito del fármaco, está incluido, e incluso he incluido una sección sobre cómo las personas cubiertas por el seguro de vida que ofrecemos serían una inversión. No hay necesidad de pagar si la gente no está enferma, ¿sabe?

—Siéntate —dijo Sawyer—. ¿Una copa?

Mientras me sentaba, él se levantó y se dirigió al carrito de bebidas ovalado que había junto al mueble de pared. Normalmente,

lo habría rechazado, pero dado el creciente calor del verano, sería refrescante.

—Claro, eh… pero solo agua, gracias.

El hielo tintineó en dos vasos de cristal, luego los llenó ambos con agua de una jarra de cristal y regresó al sofá conmigo. Dejó mi bebida en la mesa que teníamos delante, manteniendo la suya en la mano, y luego giró su cuerpo hacia mí.

Mi siguiente inspiración se llenó de su sexi aroma amaderado y fue suficiente para marearme. Este era el hombre que me había puesto sobre su escritorio y me había follado como a un animal, y estar tan cerca de nuevo y a solas bastaba para encender todo tipo de sentimientos en mi interior.

Un deseo de que me abrazaran. Un deseo de consuelo. De que me tocaran y me calmaran.

—Enséñamelo —dijo Sawyer en voz baja, sosteniéndome la mirada mientras daba un lento sorbo a su agua.

—Claro —asentí rápidamente, apartándome el pelo de la cara mientras inclinaba la libreta hacia él. Juntos, nos pusimos a examinar los datos y lo prometedores que parecían tanto desde el punto de vista empresarial como del consumidor. Sawyer y Kane se dispararían a la cima en cuanto se resolviera todo el asunto legal.

—Las pruebas han sido extraordinarias y creo que incluso los que recibieron un placebo no mostraron ningún efecto, lo que demuestra lo bueno que es el fármaco que tenéis. Además, con la ayuda de Kane en la distribución y con su nuevo plan financiero, asumiremos pérdidas durante seis u ocho meses. Pero —dije con una risita—, debería estabilizarse para finales de año, y estaréis en una buena posición para hacer envíos a todo el mundo.

—Un riesgo —dijo Sawyer en voz baja—. Pero los riesgos son emocionantes.

Cuando levanté la cabeza para responder, los labios de Sawyer se posaron de repente sobre los míos. Estaban fríos por su bebida y el contacto fue una sorpresa. Jadeé ligeramente y entonces la lengua caliente de Sawyer recorrió mi labio inferior, ahuyentando el frío.

—Lo único que oigo —dijo él cuando se interrumpió el beso, dejándome sin aliento— es que estás distraída porque estás

demasiado centrada en el trabajo. Las tareas adicionales que estás asumiendo por iniciativa propia son admirables, pero no a costa de tu tiempo.

—Pero la concentración es buena —murmuro, dejando que la libreta se me escurra de los dedos cuando Sawyer me la quita—. La necesitas.

—Te necesito aquí y presente, así que, francamente, creo que tenemos que romper tu concentración en el proyecto.

Antes de que pudiera responder, sus labios volvieron a posarse sobre los míos y acalló todos los argumentos que surgían en mi mente. Fue egoísta por mi parte dejarme llevar por el beso, pero con todo lo demás que estaba pasando, era la primera vez que mi mente se había calmado desde la excitación en el ascensor con Liam.

Quería aferrarme a eso, así que le devolví el beso con todo el entusiasmo que pude. Sawyer mantuvo un ritmo lento. Su mano me ahuecó la mejilla, luego se deslizó lentamente hasta acunar mi oreja y subir hasta el nacimiento de mi pelo. Sus labios se entrelazaron con los míos, concentrándose más en besar mi labio inferior con cada pasada de su lengua. Le busqué la camisa y la seda se deslizó cálida bajo mis dedos cuando le acaricié el pecho.

El beso terminó. La cara me ardía, pero cuando respiré hondo para calmarme, volvió a besarme y esta vez el frío fue más intenso. Nuestras bocas se unieron y nuestras manos empezaron a vagar. Entonces, pasé la punta de la lengua por la comisura de sus labios y me abrí paso hacia el interior. Fue allí donde me topé con el cubito de hielo que sostenía en la boca, y me lo pasó con un giro de su lengua.

En cuanto lo tuve en la boca, se apartó de mis labios y me besó la mandíbula. Trazó un camino de besos húmedos, fríos y calientes, por mi cuello y la combinación de temperaturas me estaba volviendo loca. A cada cálida presión de sus labios le seguía o bien un fogonazo caliente de su lengua o el toque helado de otro cubito que sostenía en la boca. Cuanto más abajo me besaba, más se enfriaba su lengua y se convertía en una danza de sus labios cálidos y su lengua helada.

Se me puso la piel de gallina cuando llegó al valle de mis pechos. Sawyer no hizo ademán de quitarme la ropa, sino que me besó a través del cuello abierto de la camisa. El corazón se me aceleró y un hormigueo como chispas me recorrió todo el cuerpo, partiendo de cada punto en el que presionaba el hielo y lo dejaba allí. Gotas de agua fría rodaron por mi piel y se depositaron entre mis pechos, desapareciendo con el calor de mi cuerpo.

—Sawyer —gemí suavemente, con la respiración entrecortada. Su espeso pelo se enredó en mis dedos mientras se movía y mi mente se quedó completamente en silencio. Sin preocupaciones ni inquietudes. Extrañamente, estaba en paz, lo que hacía que cada uno de sus roces fuera adictivo. Mi atención se centraba en el calor que se acumulaba entre mis muslos y la tensión que crecía en mi centro.

Para cuando Sawyer me levantó el bajo de la camisa y me besó el cálido abdomen, mi propio cubito de hielo se había derretido y solté un gritito ante el intenso frío del nuevo cubito que tenía en la boca.

—Me encantan los sonidos que haces —dijo Sawyer, manteniendo los labios sobre mi piel, haciendo que su barba me hiciera cosquillas al hablar. Me besó a lo largo del abdomen, metió el cubito de hielo en mi ombligo y luego continuó por debajo de este hasta el borde de mi falda.

Estaba sonrojada, pasando del calor al frío, inquieta por el impulso de moverme, pero las manos de Sawyer se mantenían firmes en mi cintura y luego en mis caderas. No me movería hasta que él me lo permitiera.

Sus rodillas golpearon suavemente el suelo cuando por fin se deslizó y sus labios helados me besaron sobre las rodillas desnudas. Desde ese ángulo, perdí el agarre de su pelo, así que me volví hacia el sofá y me agarré a los cojines sobre mi cabeza. Sawyer fue trazando su camino de calor y frío por la cara interna de mis muslos, subiendo mi falda de tubo al mismo tiempo.

Cada beso enviaba una punzada de deseo a través de mi cuerpo. Cada lametón hacía que mi corazón se acelerara un poco más y, antes de darme cuenta, ya estaba jadeando y gimiendo. Sawyer

besó la delicadísima piel de la parte superior de mi muslo y luego usó su lengua para sujetar el cubito de hielo contra mis bragas.

—¡Oh, Dios! —me impulsé hacia delante, sujeta por sus manos mientras el frío mordaz me quemaba a través de la fina tela y presionaba contra mi coño. Era una sensación tan extraña: un frío agudo contra un calor abrumador.

Casi no podía respirar y un calor antinatural me inundó de la cabeza a los pies. El único frío que quedaba era el del hielo contra mi coño y el hormigueo ocasional de sus besos persistentes.

Sawyer mantuvo el cubito allí hasta que mis bragas quedaron empapadas, luego se apartó ligeramente.

—Siento tu coño palpitando contra mi lengua. ¿Tan hambrienta estás por mí?

—Sí —gemí sin dudarlo, y la tela contra mis dedos empezó a quemar por la fuerza con que la apretaba.

—Buena chica.

Me derretí. Sawyer apartó el borde de mis bragas hacia un lado y presionó el cubito, que se estaba derritiendo, directamente entre mis labios exteriores y contra mi clítoris. Me costó un esfuerzo sobrehumano no gritar ante la sensación que se balanceaba en la delgada línea entre el placer y el dolor. Lo mantuvo allí y, justo cuando el frío empezaba a ser demasiado, su lengua reemplazó al hielo y el calor me invadió.

Era una danza entre su lengua cálida, el hielo frío y mi palpitante centro. Cada lametón, cada beso y cada presión de sus labios me elevaban más y más, y cada vez que me acercaba a mi orgasmo, que se formaba rápidamente, el hielo era suficiente para hacerme retroceder un poco.

Aguanté hasta que el hielo se derritió por completo. Entonces Sawyer formó una pequeña O con sus labios alrededor de mi clítoris y succionó rítmicamente. Eso fue todo lo que necesité para llegar al límite y me corrí intensamente con un grito que ahogué en mi antebrazo.

Sawyer continuó succionando durante las primeras y potentes pulsaciones de mi orgasmo, luego calmó mi dolorido coño con unos cuantos lametones largos y lentos.

Cuando se apartó y me besó la rodilla, su barba brillaba con mis jugos y sus ojos centelleaban con una picardía que nunca antes le había visto.

Me recorrían escalofríos de calor y frío, mis entrañas palpitaban y el pecho me dolía como si acabara de correr una maratón.

Fue... increíble.

—La próxima vez que estés demasiado *concentrada* —dijo Sawyer, besándome la rodilla una vez más—. Ven a verme. Es una orden, no una petición.

15

LIAM

¡—Papi, papi! —Marie daba saltitos en el sitio, balanceando nuestras manos unidas entre nosotros mientras esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde para cruzar la calle con seguridad.

—¿Sí, cariño?

—¿Lo decías en serio? —Dejó de saltar y me miró fijamente.

—¿El qué? —Rápidamente, me estrujé los sesos por si había accedido a comprarle algo a lo que, pensándolo fríamente, ya no quería comprometerme.

—Te oí anoche al teléfono, hablando con el tío Sawyer.

—¿Cuando se suponía que tenías que estar durmiendo? —le pregunté, sonriéndole.

—Estaba durmiendo —insistió, pestañeando inocentemente—. Te oí en mi sueño.

—Claro, claro. —La luz verde del semáforo se encendió con un pitido y apreté con más fuerza la mano de Marie mientras cruzábamos la calle—. Bueno, ¿y qué oíste en tu sueño?

Cuando llegamos al otro lado de la calle, Marie dio un salto en vez de andar los últimos pasos. —Oí que decías que nos vamos a quedar en la ciudad.

Ah.

La conversación con Sawyer había ido en esa línea, ya que el problema anterior con la patente me había obligado a quedarme en Nueva York más tiempo del que pretendía. Aunque no me importaba, con alguien como Callie para mantenerme entretenido. Volver a Nueva York había sido inesperadamente agradable y cuando Sawyer me preguntó si me iba a quedar, me pareció una buena idea.

—¿Te gustaría? —pregunté mientras paseábamos por la calle—. ¿Quedarnos aquí? ¿O preferirías volver a casa?

—¡Quiero quedarme! —Su entusiasmo fue inesperado, pero la sonrisa en su cara dibujó una en mis propios labios—. Me gusta mucho esto.

—¿Qué es lo que te gusta?

—Mmm —se llevó los dedos a la boca mientras caminábamos—. Me gustan los colores y lo rápido que se mueve todo el mundo. ¡Como los superhéroes! Me gusta el ruido y el tío Sawyer, y también me gusta Kane. Es muy divertido.

Escucharla parlotear sobre lo que le gustaba fue realmente lo que me terminó de convencer. Nunca había imaginado volver a la ciudad así, ni volver a la empresa, pero me sentaba bien. Era una verdadera muestra de la bondad de Sawyer el que me mantuviera como director de operaciones a pesar de que me había retirado para criar a Marie. Cada vez que le preguntaba por ello, le quitaba importancia con un gesto.

Ahora se lo agradezco. Había dejado muchas cosas en pausa tras la inesperada llegada de mi hija, pero quizá esto era una señal; una señal de que podía empezar a avanzar de nuevo.

—Bueno —dije con una risita, apretándole la mano cariñosamente—, ¿quizá sea hora de que empiece a buscarte un colegio nuevo, eh?

—¡Sí! —exclamó Marie, y empezó a saltar de nuevo. Entonces vio algo al final de la calle y sus ojos se abrieron como platos—. ¡Callie!

Me dio un vuelco el corazón y seguí la dirección de su mirada. Dos tiendas más allá, Callie salía de una pastelería con una caja en la mano, pero parecía demasiado estresada para ser alguien que acababa de comprar pasteles. Aun así, estaba impresionante.

Marie se soltó de mi mano y corrió hacia Callie, deteniéndose por suerte justo antes de llegar a ella.

—¡Hola! —le dijo Marie con una sonrisa radiante.

Los ojos de Callie se abrieron de par en par, y su hermoso rostro se transformó en una cálida sonrisa mientras miraba a Marie por el lado de la caja.

—¡Marie! Qué agradable sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—¡Vamos al parque! —anunció Marie, y luego me miró—. ¡Mira, papi, es Callie!

—Ya lo veo, sí —dije riendo. Cuando Callie levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron, el corazón me dio otro vuelco y mi propia sonrisa se suavizó.

—Hola, desconocida.

—Hola. —Un rubor tiñó sus mejillas y cambió de postura.

—¿Alguna ocasión especial? —le pregunté, mirando la caja mientras le tendía la mano a Marie, que la cogió y la agarró con fuerza.

—Más o menos. —Callie sopló hacia arriba, intentando apartarse unos mechones de la cara. Cuando los mechones volvieron a caer en su sitio, la irritación se filtró en su sonrisa. Así que me acerqué y le aparté delicadamente los mechones detrás de la oreja.

El sonrojo de Callie se intensificó.

—¿Te apetece contármelo?

—Mañana es el cumpleaños de mi madre —explicó Callie—. Y está pasando por una buena racha, ¿sabes? Sabe quién soy, así que este es el primer cumpleaños en varios años que podremos pasar juntas, pero ¿la residencia en la que está? —Callie negó con la cabeza—. Perdona, no quiero aburrirte.

—Quiero saberlo —dije con firmeza—. Camina con nosotros.

Fue más una orden que una petición, y hubo algo satisfactorio en ver que Callie se ponía a mi lado automáticamente.

—Lo siento. Es que en la residencia donde está no han sido claros sobre lo que está permitido y lo que no. Por un lado, son geniales porque ella está muy bien y me dan informes diarios. Pero por otro, intentar conseguir respuestas sobre cuánto podemos celebrar cuesta un mundo.

Asentí, sin perder de vista a Marie mientras nos dirigíamos al parque.

—Sé que hacen grandes cosas y que su trabajo debe de ser muy duro, solo desearía que fuera más fácil para los familiares de los pacientes entender exactamente cómo cuidan de nuestros padres y cómo pasar tiempo con ellos sin tener que rellenar ocho formularios y cruzar los dedos.

—Dios —musité, y se me encogió el corazón por ella—. Lo siento. Suena mucho más estresante de lo que debería.

—No te haces una idea —gimió Callie y su rostro se ensombreció un poco.

Justo cuando iba a tomar aire para ofrecerle más consuelo, Marie se me adelantó.

—¡Ven al parque! ¡A mí siempre me anima!

Aunque Marie no entendía la mayor parte de lo que Callie decía, era lo bastante lista para darse cuenta de su dolor, y se me enterneció el corazón al ver lo perceptiva que era mi hija.

—Oh, no quiero molestar —dijo Callie con timidez.

—Insistimos —sonreí—. Será divertido.

--

Sentado en un banco de madera con Callie a mi lado y la caja de su tarta entre nosotros, vigilaba con un ojo a Marie mientras se enfrentaba al parque de juegos.

—Marie es adorable —dijo Callie, también con la atención puesta en ella.

—¿A que sí? Aún la estoy conociendo, pero todo lo que descubro de ella es alucinante. ¿Cómo puede caber tanta inteligencia en alguien tan pequeña y joven?

—Los niños son muy observadores —rio Callie por lo bajo—. Aunque a veces eso puede ser malo.

—Y que lo digas —asentí, recordando cuando Marie me había preguntado sin más si nos íbamos a quedar en la ciudad. Aunque no podía quejarme. La habían educado muy bien.

—¿Es raro? —La atención de Callie se desvió hacia mí—. ¿Saber que te has perdido gran parte de su vida?

—Un poco. —El principio de la vida de Marie era un tema difícil de tratar, pero Callie parecía alguien que escucharía y comprendería sin hacer preguntas.

—A veces me preocupa eso en los días en que mi madre tiene lucidez. No quiero que sienta que se ha perdido cosas, pero, por otro lado, si recuerda cuánto tiempo ha pasado, ¿quizás sea inevitable?

—No sé si se puede comparar —respondí con sinceridad—. Pero es un tipo de culpa extraña. Cuando tenía veintisiete años, sufrí un accidente de moto. Siempre fui un estúpido y un temerario con ese tipo de cosas.

—Oh, Dios mío. —Los ojos de Callie se abrieron como platos, y luego sonrió con picardía—. Aunque la idea es excitante. Tú vestido de cuero de motero.

—Gracias —sonreí de oreja a oreja—. Acabé pillado por la enfermera que me cuidó y tuvimos un lío. Más que un rollo de una noche, pero nada del otro mundo. Entonces hizo las maletas, se mudó y nunca más volví a saber de ella. Seguí con mi vida hasta que hace dos años apareció en la puerta de mi casa, enferma y con Marie a cuestas. Mi hija.

Ese día todavía parecía una ensoñación, incluso después de todo este tiempo.

—Lucy se estaba muriendo. Quería asegurarse de que Marie fuera con su padre porque no había nadie más. Fue una transición difícil de vividor a padre, pero lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Tengo suerte de que Marie sea tan bondadosa.

—Pobre cría —musitó Callie—. No me lo puedo ni imaginar.

—Es una niña fuerte. Durante mucho tiempo lo más duro fueron las preguntas que tenía. Por qué Lucy se mantuvo alejada y por qué no me encontró antes, pero todas me parecían… inútiles. No le quedaba mucho tiempo, y yo *no* era un hombre responsable, así que no podía culparla.

—¿Tú? ¿No eres responsable? —rio Callie—. Inaudito.

—Oh, ya lo sé —asentí con seriedad, mezclada con un ligero sarcasmo—. En mi juventud, era un auténtico trasto. De hecho, ¿esa cicatriz que tiene Kane en el ojo derecho?

Callie asintió, con el ceño fruncido mientras pensaba. —¿A ver si lo adivino? Tuvisteis un combate de lucha libre muy masculino y muy importante.

—Qué va. Una pelea de borrachos por ver quién era el ganador del *beer pong*.

Callie soltó una carcajada y el sonido dibujó una amplia sonrisa en mi rostro. Su risa cantarina era preciosa. Contagiosa, de hecho, y no pude evitar sonreírle.

—No me imagino a Kane siendo ese tipo de persona. A ti, desde luego. A Sawyer, quizás. ¿Pero a Kane?

—En aquella época todos éramos unos temerarios y unos estúpidos —hasta que la vida se interpuso—. Kane tuvo que cargar con gran parte del dinero de su familia y ese tipo de responsabilidad hace que un hombre madure rápidamente. La madre de Sawyer murió, así que tuvo que arrimar el hombro con su padre, y yo no era más que el tercero en discordia, temerario y con el corazón roto, ahogado en cerveza hasta que apareció Marie.

—Vaya —respiró Callie, cruzando las piernas y volviendo a dirigir su atención a Marie—. En cierto modo es bonito, ¿no? Que os hayáis vuelto a juntar para este nuevo y brillante proyecto que ayuda a la gente. No sé mucho, pero sí sé que Sawyer está un poco más animado desde que estáis por aquí. Kane también. Es… bonito.

Callie tenía razón. Era bonito. Y ella también lo era.

El viento se levantó, alborotándole el pelo castaño y haciendo que muchos de los mechones reflejaran el sol. Unos tonos ámbar brillaban en su melena, y cuando me miró con una sonrisa, sus ojos marrones parecían de miel.

Ni una sola vez se le ocurrió a Callie que todos éramos más felices gracias a ella. Vio una amistad renovada y ni siquiera se incluyó en la ecuación. Era adorable, y un fuerte impulso de besarla surgió en mi pecho.

Quizá no delante de Marie. Todavía no.

—Ven a cenar.

—¿Qué? —La cabeza de Callie se giró bruscamente.

—Ven a cenar. Me encantaría que vinieras, y sé que a Marie también. —Sin querer darle a Callie la oportunidad de echarse atrás,

me giré y llamé a Marie—. ¿Quieres que Callie venga a cenar?

—¡Sí! —gritó Marie en respuesta, dejándose caer de las barras. Corrió hacia nosotros a toda velocidad—. ¡Por favor, ven! Será divertido y a lo mejor papá no es tan aburrido cuando está fregando los platos.

—¡Oye! —exclamé, cogiendo a Marie en brazos. Se deshizo en risitas y chillidos mientras le hacía cosquillas en los costados y la barriga. La risa de Callie se unió como una música y por unos momentos casi pareció que éramos una familia.

Ese era un pensamiento peligroso. Sabía que no debía albergar ese tipo de sentimientos por Callie, pero no podía evitarlo. Estar cerca de ella me resultaba muy natural.

—¿Ves? —reí, dejando a Marie en el suelo—. No puedes decir que no.

—Vale —rio Callie por lo bajo, con las mejillas de nuevo sonrosadas—. Iré a cenar.

—¡Bien! —Marie se lanzó a los brazos de Callie y por muy poco logré apartar la tarta antes de que ocurriera un desastre.

—Pues vámonos. —Con una inclinación de cabeza, me puse de pie. Con la tarta en una mano y mi hija en la otra, nos dirigimos lentamente hacia la entrada del parque. Mi mente repasaba rápidamente las opciones para la cena; me di cuenta de que quería impresionar a Callie. Aunque solo fuera para que se olvidara de su madre un poco más.

Pero al llegar a la verja, me di cuenta de que el sonido de sus tacones se había apagado un poco. Haciendo pasar a Marie por la verja, miré hacia atrás y vi que Callie se había detenido en medio del camino y estaba mirando su móvil a toda prisa.

Lo que fuese que vio le demudó el rostro drásticamente. La imagen fue como un puñetazo en el corazón, y un dolor agudo me atravesó el pecho. Me puse detrás de Marie, para que no viera la cara de Callie.

Algo iba mal.

Y tenía el terrible presentimiento de que no lo iba a compartir.

16

CALLIE

Un único mensaje de texto había conseguido amargar mi inesperadamente agradable tarde con Liam.

Al salir del parque, Eli Talbot me había enviado un mensaje que me había dejado el corazón desbocado y que hacía que cada respiración me arañara los oídos.

ELI: La llamaré mañana, Callie. Después de que haya celebrado el cumpleaños de su madre. Ya va siendo hora de que hablemos sobre cómo organizar el pago de su deuda.

No debería haberme sorprendido que supiera que era el cumpleaños de mi madre; al fin y al cabo, era lo bastante rico como para saberlo todo sobre mí. Aun así, me produjo un escalofrío y una sensación nauseabunda pensar que pudiera acercarse a ella, e hice lo que pude para apartar esos pensamientos de mi mente. Fue más difícil de lo que esperaba, sobre todo porque Liam se dio cuenta.

Poco después de entrar en su ático, mandó a Marie a lavarse después de haber estado en el parque y me acorraló en la cocina.

—¿Callie?

«¿Mmm?». Estar cerca de él era tan surrealista. Había una extraña desconexión entre mi deseo de estar con él, Kane y Sawyer y en lo que se estaba convirtiendo mi vida por culpa de Eli. Una parte parecía un sueño, pero no sabía si el sueño eran ellos o la

pesadilla era Eli. Despertar supondría arriesgarme a perder una de las dos cosas, y no podía elegir.

—¿Qué pasa?

Le di la espalda y metí la tarta de cumpleaños para mi madre en su frigorífico. —Nada, estoy bien.

—¿Estás segura? —Liam no me tocó, pero su presencia se demoraba a mi espalda, un calor reconfortante en el que quería hundirme, pero no podía. Era demasiado arriesgado.

—Sí, estoy segura. —Esbozando mi mejor sonrisa falsa, cerré la puerta y me di la vuelta—. De verdad.

—No parecías estar bien cuando nos íbamos del parque. Parecía que te habían dado una noticia terrible. —Frunció el ceño y su atractivo juvenil se tornó serio—. ¿Necesitas algo?

Una vez más, las ganas de sincerarme me subieron por la garganta como una arcada. ¿Podría contárselo a Liam? Había tenido un pasado salvaje y había sido imprudente en su juventud. Quizá él lo entendería mejor que Sawyer. Pero, por otro lado, tenía una hija en la que pensar. Marie sería lo primero, y mi verdad sería un pasaje directo al vagón de los locos.

Yo no querría estar cerca de mí misma, y si fuera él, desde luego no querría que mi hija estuviera cerca de alguien que se había ganado la extraña atención de Eli Talbot.

—Solo tengo hambre. —No era una mentira del todo—. Ha sido un día largo, y todo esto de mi madre hace que espere que mañana sea un día *muy* bueno, eso es todo.

Liam no pareció creerme y, aunque finalmente apartó su atención de mí, la preocupación permaneció en sus ojos.

—Si estás segura… —dijo en voz baja—. Sabes que puedes hablar conmigo.

—Lo sé. —Mi sonrisa falsa flaqueó. Él era tan bueno —demasiado bueno— y yo no me lo merecía. En lugar de eso, me centré en la teoría de Bianca de que lo que fuera que Eli pidiera no podía ser tan malo. Quizá incluso sería algo fácil, y entonces los cuidados de mi madre estarían asegurados.

—¡Papá! —La tensión se rompió cuando Marie entró corriendo en la cocina con las mejillas sonrosadas de tanto frotar—. ¡Me muero de

hambre!

Y, así sin más, pasamos a otra cosa.

Preparar la cena fue mucho más divertido de lo que esperaba. Debatimos ligeramente entre nosotros sobre lo que le apetecía a cada uno. Liam era fácil de contentar, mientras que Marie quería lasaña. Por desgracia, una buena lasaña tardaría demasiado en hacerse, así que nos decantamos por algo mucho más fácil: espaguetis con salsa de carne y más queso del que nadie debería poder comer.

Liam se encargó de la salsa de la carne mientras Marie y yo nos ocupábamos de la pasta. Con su permiso, le enseñé a comprobar si la pasta estaba lista lanzándola contra los azulejos blancos de la pared para ver si se pegaba. Acabaron en la pared más espaguetis de los necesarios, pero la risa de Marie hizo que todo mereciera la pena. Más aún cuando le lanzó unos cuantos fideos a su padre y estalló una guerra de comida.

Al final, tuvimos que cocer una segunda tanda de espaguetis, y yo todavía me encontraba fideos en el pelo cuando rallamos una montaña de queso para echarlo por encima.

Había algo tan dulcemente normal en todo aquello que me descubrí deseando más. Mi mente se desbocó, preguntándose cómo sería la vida si no hubiera conocido a Eli. Si pudiera lanzarme a esta extraña relación y disfrutar de verdad de las cosas, entonces quizá mi futuro sería bueno.

Servimos los platos y cenamos en el comedor de planta abierta, que estaba rodeado de ventanales que iban del suelo al techo con vistas a la ciudad. Me recordó a la vista desde el despacho de Sawyer, solo que estábamos mucho más arriba. Todos los coches de abajo parecían hormigas y, si entrecerraba los ojos, incluso los edificios parecían bengalas por el modo en que las luces se difuminaban.

Liam dijo que el piso era de Sawyer, pero que él vivía allí desde que volvieron a la ciudad y que a ambos les encantaba. Después de cenar, Marie me enseñó el ventanal en el que le permitían dibujar con rotuladores de agua. El ventanal estaba cerca de una de las torres de luz que brillaba a través de todos sus dibujos y creaba un

mosaico de colores en el suelo de roble. Era precioso y, tras una breve deliberación, añadí mi propio dibujo a la colección.

Dibujé una tarta, ya que era lo que nos había unido hoy.

Cuando llegó la hora de dormir, Marie estaba casi dormida en mis brazos, así que la llevé en brazos a la cama mientras Liam se encargaba de recoger. La arropé en la cama, le leí un capítulo del libro de cuentos que estaba leyendo y luego le di un beso en la frente.

—Buenas noches —dije en voz baja—. Que tengas los sueños más dulces.

—Espero que ahora te veamos todo el rato —murmuró Marie.

—¿A qué te refieres?

—Papá dice que vamos a vivir aquí —bostezó—. Y como me caes bien, espero que te veamos mucho.

Le di otro beso de buenas noches, salí de la habitación y volví por el pasillo. Liam ya estaba en el salón con dos copas de vino tinto en la mano. En cuanto se fijó en mí, me ofreció una y la acepté con gusto. Volvíamos a estar solos los dos y sentí el deseo de retomar nuestra conversación anterior.

—Marie ha dicho que vas a quedarte aquí permanentemente —pregunté, cambiando de tema inmediatamente para distraerle.

Liam sonrió por encima del borde de su copa. —Estoy sopesándolo, aunque, por lo que parece, ella quiere que sea definitivo.

—Eso es bueno, ¿no? —di unos sorbos—. Contar con su apoyo tiene que ser bueno.

—Lo es —asintió, paseando lentamente delante de los ventanales y mirando a medias hacia fuera—. Quiero lo mejor para ella y, al principio, pensé que eso era mantenerla alejada de la ciudad. Había tenido una casita con su madre y yo quería replicar ese tipo de hogar. ¿Pero ahora? —hinchó las mejillas y sonrió.

—Estar de vuelta aquí tiene algo muy satisfactorio. Volver a mi antigua vida, ver a todos mis amigos de nuevo. Estar en la ciudad y verla a través de sus ojos, verla feliz.

Liam hablaba con tal calidez en la voz que me acerqué, deseando empaparme de parte de esa buena energía.

—Es todo lo que podría pedir. También ayuda que las mujeres sean preciosas —Liam hizo una pausa y se giró para mirarme—. Bueno, una mujer.

Me reí suavemente y sentí que se me calentaban las mejillas. Sus palabras alimentaron mi ávida necesidad de una distracción y el consuelo que me ofrecía.

Era lo perfecto para quitarme a Eli de la cabeza.

—¿Una mujer? —pregunté con coquetería, bebiendo despacio—. Parece interesante. ¿Cómo es?

—Bueno —Liam dejó su copa a un lado y luego me quitó la mía de la mano, demorando las yemas de sus dedos en mi muñeca. Ese roce se convirtió en un ligero agarre que me atrajo hacia él—. Es absolutamente preciosa. Tiene el pelo largo y castaño. Unos ojos impresionantes que parecen dorados al sol. Labios carnosos y rosados. Una piel tersa y suave.

Puntuaba cada frase con un beso. Mis labios. Mi mejilla. La comisura de mi mandíbula.

—Huele a fruta y a vainilla. También a algún tipo de baya. Tiene un cuerpo curvilíneo increíble y, cuando se ríe, siento que puedo comerme el mundo.

Sus besos se desplazaron de mi garganta a mi hombro desnudo, donde sus dientes engancharon el tirante de mi vestido de verano. Me lo deslizó del hombro y luego usó los dedos para hacer lo mismo con el otro tirante.

—Parece… irreal —murmuré sin aliento.

—No tienes ni idea.

Mientras el vestido se deslizaba por mi cuerpo, dejándome en sujetador y bragas negras, Liam me agarró por los hombros y me atrajo hacia él mientras me besaba profundamente. Nuestros labios se deslizaron juntos, entrelazándose mientras nos besábamos y jadeábamos, y luego nos besábamos un poco más. Él se movió y yo me moví hasta que mi espalda quedó presionada contra el cristal frío del ventanal. El contacto fue alarmante contra mi piel acalorada y jadeé.

—Es la mujer más guapa que he visto en mi vida —los dientes de Liam se engancharon en mi labio inferior y tiraron hasta que la

elasticidad de este hizo que se le escapara—. La mujer más guapa que he probado jamás.

Parpadeé y Liam estaba de rodillas, bajándome las bragas y luego deslizándome una pierna por encima de su hombro. Se colocó debajo de mí y me vi obligada a hacer equilibrio sobre la punta del otro pie. Su aliento caliente rozó mi sexo, haciendo que mi centro se contrajera y una oleada de calor húmedo se extendiera hacia el sur.

—Joder —jadeé, luchando por mantener el equilibrio. No tenía nada a lo que agarrarme y, cuando la boca de Liam se hundió en el dulce calor de mi sexo, solo pude arañar el cristal y rezar para no caerme.

Liam gimió profundamente. Su lengua me lamió con potentes pasadas, y cada una me elevaba más y más. Pronto, el cristal frío no fue más que un recuerdo y el dolor de mi gemelo dejó de importar. Me estaba acercando cada vez más al borde con cada lametón, cada beso y cada fuerte succión. Se concentró en cada labio por separado, provocó a mi clítoris con la punta de la lengua y luego la metió dentro de mí. Intentaba saborear mi zona más profunda y yo también lo deseaba.

Los gemidos se escapaban de mis labios entreabiertos en un torrente entrecortado mientras su fuerte agarre en mis muslos dejaba mis piernas palpitando. Estaba cerca.

—Liam —gemí—. Voy a…

Mi orgasmo me robó las palabras con la siguiente respiración. Me corrí tan fuerte que puse los ojos en blanco y los doloridos dedos de los pies se me encogieron aún más. Liam gimió más fuerte y su lengua me lamió a un ritmo febril para guiarme a través de mi placer.

Fue *increíble*, y todavía estaba sin aliento cuando se levantó y me ahuecó la cara con las manos.

—Date la vuelta.

Obedecí sin apenas pensar. Liam me desabrochó el sujetador y me lo quitó mientras yo miraba por el ventanal. El calor de mi cuerpo había dejado una silueta de condensación, una silueta contra la que Liam me apretó mientras su propio cuerpo, ahora desnudo, se deslizaba contra el mío.

Su polla se deslizó entre el calor de mis muslos y Liam me rodeó la cintura para sujetarme. Mientras la cabeza de su miembro rozaba mi sexo hipersensible, me mordisqueó el lóbulo de la oreja y gimió suavemente.

—Quiero que alguien mire hacia arriba. Que alguien mire hacia arriba y vea lo precioso que es tu cuerpo desnudo contra el cristal. Quiero que vean cómo te desmonto.

Liam me separó las piernas de una patada tan rápido que apenas tuve tiempo de tomar aire antes de hundir su polla en mi interior. Apoyé las palmas de las manos en el cristal y gemí.

Entonces empezó a follarme.

Fue increíblemente erótico ver la ciudad extendiéndose ante mí mientras Liam me embestía. Sus gemidos eran agudos. Me apretaba contra el cristal para que no tuviera espacio para moverme. Ver las luces y los edificios extenderse como un mar de piedra era surrealista, sobre todo cuando parecía que el cristal podía ceder en cualquier momento.

Se me revolvió el estómago, el corazón se me aceleró y el sudor hizo que resbalara contra el cristal. Mis pezones rígidos estaban atrapados en su sitio, y solo podía imaginar lo lascivo que parecería aquello a cualquiera que diera un paseo por una azotea a esas horas de la noche.

—Joder —gruñó Liam contra mi hombro entre besos—. Estás tan jodidamente buena. Es como si estuvieras hecha para mí, ¿sabes? Joder. Joder, ¡eres increíble!

—Sí —jadeé, enmarcando mis palabras con gemidos—. Hecha para ti. Estoy hecha para ti. ¡Joder!

Nos corrimos juntos, desbordados por el placer con la ciudad a nuestros pies. Fue el orgasmo más intenso de mi vida, intensificado por el hecho de que, durante unos largos instantes, pareció que flotábamos juntos. Volando sobre la ciudad con el mundo a nuestros pies.

Liam me besó profunda y repetidamente mientras me alejaba del ventanal y nos desplomábamos juntos en el sofá. Las extremidades se enredaron y nuestros cuerpos se hicieron uno mientras el agotamiento se apoderaba de nosotros.

—Debería irme a casa —murmuré contra su pecho—. Entro temprano.

—Pronto —me engatusó Liam en voz baja, acariciándome el pelo —. Descansa primero.

Tenía que irme, pero antes de darme cuenta, las caricias de Liam en mi pelo me mandaron a dormir tan increíblemente rápido que nada más importó.

Me desperté con la luz acuosa de las cuatro de la mañana entrando a raudales en el ático. Habíamos permanecido acurrucados durante la noche, pero Liam se había acomodado contra el respaldo del sofá, por lo que me resultó fácil zafarme de su abrazo y coger mi ropa.

No era de las que echaban un polvo y salían corriendo, pero en cuanto me desperté, los nervios me atenazaron las entrañas. Eli volvió a mis pensamientos con tanta fuerza que no tuve consideración por nada más.

Besé la cara dormida de Liam y luego me escabullí del apartamento, intentando arreglarme para tener un aspecto presentable.

Tenía que enfrentarme a Eli. Hoy quería exigirme algo, y la única forma de mantener el control era plantándole cara yo misma.

Bajo mis propias condiciones.

17

CALLIE

—Mira qué bien está.

Las palabras empalagosas de Eli hicieron que se me erizara la piel, pero no podía negar que eran ciertas. Había llegado al centro de cuidados paliativos de mi madre con la intención de pasar tiempo con ella y luego enfrentarme a Eli, pero, como siempre, él iba un paso por delante de mí.

Cuando llegué, ya estaba dentro, y la ira que sentía al ver que se atrevía a aparecer por allí se desvaneció en cuanto mi madre salió al salón y me saludó por mi nombre. Me reconoció y sabía mi nombre.

Esa oleada de emoción ahogó todo lo que había planeado hacer.

Incluso sabía que era su cumpleaños y el corazón se me rompió de felicidad. No sabría decir si era por la nueva medicación o por los cuidados que estaba recibiendo y, francamente, no me importaba. Mi madre sabía quién era; era la mejor sensación del mundo.

Casi le estaba agradecida a Eli.

Casi.

No fue hasta que desayunamos juntas que me di cuenta de que me había escapado del piso de Liam y me había dejado la tarta, pero al final no importó. Mi madre y yo hablamos durante horas, compartiendo historias y poniéndome al día de todo lo que hacía.

Había empezado a pintar, lo cual era increíble para su movilidad. También demostraba cómo la nueva medicación le había reducido los temblores. Este era el tipo de tratamiento que todo el mundo merecía, independientemente de su nivel de ingresos. Me dio nuevas esperanzas sobre lo que Sawyer estaba intentando conseguir. Si lo conseguía, la gente como Eli perdería. Aunque el nuevo fármaco de Sawyer no podría ayudar a mi madre —estaba en una fase demasiado avanzada—, sin duda ayudaría a otros.

Perfecto.

La abracé, le deseé un feliz cumpleaños y me aparté para que pudiera celebrarlo con los nuevos amigos que había hecho. Fue entonces cuando Eli por fin decidió hablar.

—Lo está —admití con amargura—. Está..., está muy bien.

—En efecto.

Me volví hacia él, entornando los ojos.

—¿Por qué hace esto? Ni siquiera nos conocemos. Si no tiene cuidado, alguien podría confundirlo con verdadera amabilidad.

Eli se encogió de hombros.

—Es más sencillo de lo que te podrías imaginar. —Ladeó la cabeza y se dirigió hacia el jardín. Yo lo seguí. Mantenía un ojo en mi madre mientras la abrumadora necesidad de romper a llorar crecía como un maremoto. Nunca pensé que volvería a oír mi nombre salir de su boca de esa manera. Era casi demasiado.

—¿Y bien? —Fuera, el sol de primera hora de la mañana ya alcanzaba cotas de calor incómodas, así que me quedé a la sombra y me crucé de brazos—. Si quiere que me acueste con usted, ya le digo que le corto la polla en cuanto la vea.

—Por favor —se burló Eli—. Si quisiera follarte, no tendrías nada que decir al respecto.

La bilis me subió por la garganta ante aquella insinuación.

—Es usted un puto asqueroso.

—Y, sin embargo, soy tu salvador. Curioso, ¿verdad?

Su fría sonrisa me heló la sangre y me apreté los brazos contra el pecho. ¿Qué iba a ser? ¿Qué podía darle yo que tuviera algún valor?

—Hace unos meses, me llegó el rumor de que Sawyer estaba metido en algo nuevo, algo grande. Algo tan grande que estaba

encantado de asociarse con otra empresa.

Mientras Eli hablaba, mi corazón empezó a hundirse. ¿Tenía que ver con Sawyer? Ni de coña.

—Sea lo que sea, es grande y, francamente, estoy harto de ser el segundo plato de una empresa de inversiones que se ha convertido en un ángel de la medicina. Puede que Sawyer Crane haya engañado a mucha gente, pero a mí no.

Entorné aún más los ojos.

—¿Engañado? ¿A qué se refiere?

—A este numerito de buen samaritano que monta. Yo lo conozco. Los hombres como él son como yo. Y a los hombres como yo les gusta el dinero y el poder. Puede que finja estar por encima de todo eso, pero yo sé la verdad. El dinero que va a ganar con este nuevo acuerdo es dinero que debería ser mío.

Puse los ojos en blanco. Sabía de primera mano que Sawyer planeaba reinvertir todos los beneficios en ampliar el programa y hacer llegar ese fármaco a todo el que lo necesitara, pero no pensaba decírselo.

—Conseguir entrar fue difícil. Sawyer tiene un chiringuito muy bien montado, pero desde aquella fiesta supe que le gustabas. Así que te deja un poco más de libertad. Te suelta la correa, por así decirlo.

Oh, no.

El corazón se me aceleró y un desagradable escalofrío me recorrió la piel a pesar del calor del sol.

—Me costó un poco averiguar qué es lo que te mueve, Callie. Qué era lo único que necesitabas. Lo único que te importaba por encima de todo. Pensaba presionar ese punto hasta que te quebraras, pero me sorprendió gratamente que fuera algo que podía arreglar extendiendo un cheque.

—Mi madre —dije sin aliento, volviendo a mirar dentro. Mi madre estaba llena de vida, riendo y bailando torpemente con un señor mayor. Era una persona nueva.

—Exacto. —Eli resopló—. No me gusta deberle nada a la gente, Callie, así que no pienses ni por un segundo que esto es una amabilidad. A mí me gusta *poseer* a la gente, y ahora te poseo a ti.

La verdad era repugnante.

—Su madre está recibiendo un tratamiento excelente aquí, y ver la cara que has puesto cuando ha entrado es suficiente para saber que eres mía hasta la médula. Está mejorando y va a poder disfrutar de la vida un poco más de tiempo. ¿Todos esos momentos preciosos con ella que creías haber perdido? Te los he devuelto.

Sentí que los ojos me escocían y no podía apartar la mirada de ella. Tenía razón. Sus terribles intenciones me habían devuelto a mi madre, y eso no tenía precio.

—¿Entonces qué es lo que quiere? —pregunté con voz ronca, ahogada por el dolor.

—Lo único que tienes que hacer es darme la información de la patente de eso nuevo en lo que esté trabajando Sawyer. Solo un archivo. He visto su pequeño anuncio y, si puedo matar dos pájaros de un tiro y acabar con él y con Kane, lo haré. Consígueme ese archivo.

Sentí un nudo en el estómago y el corazón me dio un vuelco.

—N-no puedo.

—Oh, vamos. Da igual quién suministre el fármaco, Callie, y todo eso supera a tu cabecita bonita. A ti no te importa. Nunca te afectará. Un archivo y ¿este lugar? ¿Tu madre? Las cosas que te importan estarán a buen recaudo.

Quería la patente de Sawyer. ¿Cómo no lo había visto venir? Estaba tan cegada por la rabia, tan cegada por la confusión, que no vi lo que tenía delante hasta que fue demasiado tarde.

La mano de Eli se posó en mi hombro, un peso que me desequilibró.

—Vas a robar esa información y a dármela. —Me giró para que lo mirara y me agarró la barbilla, obligándome a levantar la cabeza—. Un archivo. Eso es lo que cuesta la salud de tu madre. Y si se te ocurre ir a ver a Sawyer o volver a llamar a la policía, no solo me aseguraré de que acabes con la deuda de cientos de miles de dólares que le debes a este lugar, sino que me aseguraré de que tu madre se pierda en el sistema y de que no vuelvas a verla jamás.

¿Volver a llamar a la policía?

¿Cómo sabía que había intentado hacerlo? De todas sus amenazas, de alguna manera, esa fue la que más me llamó la atención. Su alcance era ilimitado, y ninguna de mis peticiones de ayuda le pasaría desapercibida. Estaba atrapada en su punto de mira, completamente paralizada.

—No lo haría.

—Vamos, Callie. Sabes que lo haría, y que disfrutaría haciéndolo. Puedo conseguir la patente de otra manera si es necesario, pero así tu madre está a salvo. ¿Qué tienes que perder, eh?

Todo.

Y nada.

Mi madre era lo más importante de mi vida. Significaba más para mí que cualquier otra cosa y me había esforzado mucho por conseguirle buenos cuidados y apoyo. Verla aquí, viviendo una buena vida, era el paraíso. Y la escalofriante amenaza de perderla en el sistema era casi demasiado para soportarla.

No quería que sufriera por mi culpa. No podía permitirlo.

Pero ¿podía traicionar a Sawyer? ¿Lo entendería?

Lo perdería. Perdería también a Kane, a Liam y a Marie.

¿Valía la pena? ¿Sacrificarlos para salvar a mi madre?

Ya sabía la respuesta, incluso mientras los pensamientos se agolpaban en mi mente y las lágrimas se aferraban a mis pestañas. Sabía lo que tenía que hacer, pero me revolvía las entrañas.

Nunca en mi vida me había sentido tan sola, y con la fría mirada de Eli clavada en mi alma, estaba segura de que él ya podía ver mi respuesta.

—Piénsatelo. —Eli me soltó la barbilla y me dio una palmada seca en la mejilla—. Mira a tu madre. Reconoce tu cara. Sabe dónde está. Dame la patente y luego ve con ella. Pasa tiempo con ella antes de que sea demasiado tarde.

18

KANE

—¿Prevé algún problema?

Este era el último obstáculo para cerrar nuestro acuerdo, el último cambio para dejarlo todo bien atado y poder, por fin, seguir adelante con la producción.

Mi abogado, Dennis Troutman, era un hombre mayor, de casi sesenta años, con las gafas de montura de alambre más peculiares que había visto en mi vida. Muchos me habían menospreciado por haber elegido trabajar con un hombre que hacía la mayor parte de su trabajo *pro bono*, pero era precisamente ese tipo de perspectiva vital lo que yo valoraba. Y creé un fondo en su bufete que le permitía llevar múltiples casos sin coste alguno. Solo tenía que llamar y yo recargaba la cuenta.

Siempre ayudando a los más débiles.

Dennis se subió aquellas gafas de alambre por su nariz ligeramente bulbosa y asintió; luego miró a Martin Sticks, el abogado de Sawyer, que asintió también.

—Hemos investigado a fondo —dijo Martin, alternando la mirada entre Sawyer y yo—. Lo que han elegido está asegurado y ya he empezado con los trámites.

—Menos mal —masculló Sawyer desde el sofá, donde estaba recostado saboreando una bebida con hielo—. Empezaba a

preocuparme que estuviéramos en punto muerto cuando descubrieron la infracción de la patente.

—Nunca estuvieron en punto muerto —le aseguró Dennis—. Simplemente tuvimos que enfocar el asunto desde un ángulo distinto. Dada la naturaleza del medicamento, podríamos habernos arriesgado con la patente original y ocuparnos del conflicto más tarde.

—No —intervine de inmediato—. Tenemos que hacer esto bien. En cuanto anunciemos los detalles, todo el mundo intentará sacar tajada, así que tenemos que asegurarnos de que todo esté bien atado.

—Lo está. —Dennis me sonrió, arrugando la nariz y subiéndose las gafas hasta sus pobladas cejas de un modo cómico—. Solo necesitamos sus firmas.

—Y el resto dependerá del Gobierno —añadió Martin.

—No preveo ningún problema en ese aspecto —comentó Sawyer con sarcasmo, lanzándome una mirada divertida.

Puse los ojos en blanco y acepté el bolígrafo de Dennis.

—¿Dónde la necesita?

—Justo aquí. —Deslizó la tableta hacia mí con varias páginas marcadas con pestañas amarillas. Garabateé mi firma en cada una de ellas, cambiando de página con solo pulsar un botón.

Unos pasos apresurados al otro lado de la puerta captaron la atención de todos. Tras un breve toque, Liam entró en el despacho de Sawyer con una leve sonrisa. Tenía el pelo alborotado y un destello de confusión en los ojos.

—Hola, chicos, siento llegar tarde. —Sostenía en las manos una caja de color rosa pálido con el nombre de una pastelería local escrito en el lateral.

—Si has traído dónuts para desayunar, ya hemos terminado —dijo Sawyer, aceptando la tableta que le pasé.

—¿Dónuts? ¡Ah! No, no, esta tarta es de Callie. Se la ha dejado en mi casa y se supone que es para el cumpleaños de su madre, que es hoy, pero no está aquí.

—Sí, se ha tomado la mañana libre —dijo Sawyer, mirando su reloj—. Pero debería volver en breve.

—Joder —murmuró Liam—. He intentado llamarla, pero no contestaba. Me sabe mal que se haya dejado la tarta.

—Debió de tener una buena razón —le repliqué en tono de broma, cruzando la mirada con él.

Él sonrió con suficiencia al instante.

—Puede que perdiera algún sentido que otro. Es que soy así de bueno.

—Dámela. —Sawyer se levantó y extendió las manos para coger la tarta—. La meteré en la nevera mientras estampas tu firma en estos documentos.

—Vale.

Sawyer y Liam se intercambiaron el sitio y Liam empezó a firmar de inmediato, lo que provocó que Dennis se irguiera ligeramente en su silla.

—Eh, señor. ¿No quiere que repasemos algo antes?

—No hace falta —contestó Liam—. Confío en ellos.

Fue inesperado, pero una cálida sensación me inundó el pecho al oír esas palabras. Hacía tanto tiempo que estábamos separados que, en silencio y con dolor, había asumido que las cosas nunca se arreglarían. Seguiríamos siendo socios para siempre.

Y ahí estaba Liam, actuando como en los viejos tiempos, cuando solo éramos tres idiotas con grandes sueños.

El resto de la reunión transcurrió sin problemas y, a primera hora de la tarde, Dennis y Martin se despidieron y se marcharon, dejándolo todo en orden.

Sawyer se quedó junto al carrito de las bebidas, sirviendo otro vaso de agua de una jarra de cristal mientras Liam estaba sentado, sin parar de mover una pierna.

—Todavía no ha vuelto —murmuró Liam, mirando a Sawyer—. ¿Es normal?

Apoyado en la ventana, contemplé la ciudad y disfruté del calor del sol que entraba a través del cristal tintado.

—Es el cumpleaños de su madre —señalé—. Dale un respiro. Probablemente haya perdido la noción del tiempo, sin más.

—No lo digo por eso. —La pierna de Liam seguía moviéndose—. Solo digo que… se fue esta mañana sin despertarme. Anoche lo

pasamos muy bien, pero había algo…

—¿Qué *algo*? —le interrumpió Sawyer de inmediato.

—Pasamos un rato en el parque con Marie y todo era felicidad y alegría, pero luego recibió un mensaje, o un correo, o algo. —Liam entrelazó las manos sobre las rodillas—. Su humor cambió después de eso y, aunque nos divertimos, es raro que se haya ido así sin más.

Cuando me di la vuelta, Sawyer ya tenía el móvil en la mano. Pulsó un botón y se lo llevó a la oreja.

—¿Le preguntaste? —le pregunté a Liam, acercándome a él.

—Claro que sí, pero era una tumba. Quería volver a preguntarle durante el desayuno… —Se interrumpió y suspiró—. Puede que no sea nada, pero no puedo quitarme de encima esta extraña sensación de que algo va mal.

—No coge el teléfono. —La irritación tiñó la voz de Sawyer y miró su móvil, frunciendo sus oscuras cejas.

Se hizo un silencio entre nosotros en el que el mismo pensamiento resonó como un sónar.

¿Le pasaba algo a Callie?

—¿Sabes en qué centro está su madre?

—Sí —respondió Sawyer de inmediato.

--

El edificio parecía bastante acogedor cuando llegamos cuarenta minutos después. Callie seguía sin contestar al teléfono y nos habíamos marchado de Crane Enterprises dejando a otro asistente con la orden estricta de llamar a Sawyer en cuanto llegara Callie.

Lógicamente, sabía que podía haberse quedado sin batería o que podría haber cientos de razones por las que llegaba tarde e ignoraba las llamadas. Nada de eso disipaba la agria preocupación de mis pensamientos.

—Disculpe. —Liam llegó el primero al mostrador y se encontró con una joven alegre que parecía bastante alarmada al verse frente a tres hombres altos.

—¿Puedo ayudarles?

—Sí, buscamos a Callie Everheart y a su madre.

—Everheart... —La mujer se giró hacia su ordenador—. ¿Están alojadas aquí?

—Su madre, Sarah Everheart, es una paciente de este centro —dijo Sawyer.

—¿Sabes el nombre de su madre? —le pregunté en voz baja.

Sawyer me lanzó una mirada. —Lo sé todo sobre ella.

No todo, pensé para mis adentros. Si así fuera, no sería tan difícil encontrarla.

—Lo siento —dijo la mujer, alzando la vista hacia Liam—. No encuentro a ninguna Everheart en el sistema. ¿Están seguros de que este es el lugar correcto?

Tanto Liam como yo miramos significativamente a Sawyer, que dio un paso al frente. —Totalmente. Envié flores aquí el año pasado.

—¿Everheart? —Otra mujer, mucho mayor y con aspecto más estresado que la primera, apareció desde la trastienda—. Ya no reside aquí.

—¿Qué? —Sawyer se enderezó como un resorte—. ¿Qué quiere decir?

—La trasladaron a otro centro a petición del marido de Callie.

¡¿Marido?!



Un silencio incómodo llenó el coche mientras conducíamos hacia la dirección del nuevo centro. Callie seguía sin contestar al teléfono y nuestro deseo de contactar con ella se hacía cada vez más urgente.

—¿Alguna vez mencionó a un...? —pregunté en voz baja desde el asiento trasero.

—No —respondió Sawyer con sequedad, con los nudillos blancos sobre el volante—. Ni una palabra.

—Yo tampoco. —Liam se repantigó en el asiento del copiloto y negó con la cabeza—. Tampoco le vi nunca un anillo.

Callie estaba casada.

¿No era eso un giro de los acontecimientos jodidamente inesperado? No iba a fingir que entendía sus motivos, y no cambiaba

lo mucho que había disfrutado pasando tiempo con ella, pero me había dicho que no pertenecía a nadie.

Esperaba que fuera un matrimonio infeliz. Pero si lo era, ¿por qué él tenía el poder de trasladar a su madre?

El nuevo centro era increíble y la seguridad, infinitamente más estricta. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a usar nuestros nombres y, como no nos permitieron entrar, tuvimos que adivinar si Callie estaba siquiera allí.

—Este sitio parece jodidamente caro —dijo Liam con un silbido ahogado.

Y tanto que lo parecía. Era mucho más de lo que Callie podía permitirse, eso lo sabía. Un lugar como este era para gente con dinero a espuertas, y Callie, desde luego, no lo tenía.

—¿Y ahora qué? —pregunté, inclinándome hacia delante—. ¿Volvemos a la oficina a ver si está allí?

Un plan flojo, pero nos habíamos quedado sin ideas.

O eso creía yo.

—Tiene una mejor amiga —dijo Sawyer, volviendo a ponerse en marcha—. Bianca. A esa chica se lo cuenta todo. ¿Puedes llamarla?

—¿Cómo coño se supone que haga eso? —bufó Liam.

—Con mi móvil. Su número está ahí.

—¿Tienes el número de su mejor amiga? —pregunté, con los ojos como platos.

—¿Tú no? —Sawyer me miró por el retrovisor exterior con una mirada ligeramente desafiante.

Touché.

—Hola, perdona —dijo Liam al teléfono—. No me conoces, pero me llamo Liam Hall. Intento localizar a Callie Everheart y me consta que eres su mejor amiga. No ha venido a trabajar y no contesta al teléfono. Estamos bastante preocupados.

Liam se quedó en silencio mientras la voz al otro lado de la línea zumbaba, y luego hizo varios ruidos para indicar que escuchaba. Sawyer aminoró la velocidad en un cruce y esperamos a ver si Bianca tenía algo que pudiera ayudarnos.

—Eso es genial —dijo Liam finalmente—. Muchísimas gracias.

—¿Y bien? —ladró Sawyer.

—Tío, déjame colgar el puto teléfono. —Liam le devolvió el móvil a Sawyer—. Bianca dice que hay una cafetería a la que a Callie le gusta ir cuando está de bajón. Es el único sitio que se le ocurre al que podría ir si falta al trabajo.

—¿Ha dicho algo más? —pregunté, recostándome en mi asiento mientras Liam introducía la dirección de la cafetería en el GPS.

—Solo que sabía quién era yo y que no iba a preguntar cómo había conseguido su número. Que, por cierto, ¿cómo has conseguido su número? —Liam miró a Sawyer.

Tras un instante de silencio, respondió: —Contacto de emergencia.

—Seguro que eso es una infracción —resoplé divertido.

—Me da igual. —La voz de Sawyer se tensó—. En cuanto sugeriste que le pasaba algo, tomé todas las medidas necesarias para asegurarnos de que tendríamos las mayores posibilidades de encontrarla.

—¿Y también le enviaste flores a su madre el año pasado? —Liam le dio un codazo suave a Sawyer en las costillas—. ¿Desde cuándo estabas colado por esta chica?

—La conoces desde hace cinco minutos —espetó Sawyer—. Y mira lo rápido que te has enamorado de ella. Los dos. ¿De verdad tenéis que preguntar?

Tenía razón. Había una especie de fuerza gravitacional alrededor de Callie que hacía imposible mantenerse alejado. Tan imposible que rompí todas mis costumbres y me la follé en el baño de una discoteca. Normalmente soy un tío de los de invitar a cenar, buen vino y follar sobre sábanas de seda.



La pintoresca cafetería estaba escondida justo al lado de un callejón y muy apartada de todo lo demás. Apenas pasaba gente por allí y estaba seguro de haber pasado por delante varias veces sin haberme fijado nunca en el lugar. Era tranquilo y apacible, con

manteles de tela de color verde claro sobre las mesas y margaritas repartidas en macetas.

Del techo colgaban más flores, y el aroma floral, que se mezclaba con el olor a repostería y a café, me hizo sentir como si nos hubiéramos teletransportado a kilómetros de Nueva York. Estábamos en otro lugar, un lugar apacible y silencioso.

Comprendí por qué venía Callie aquí cuando no se encontraba bien. A pesar de la tranquilidad, todas las mesas estaban ocupadas. Gente que cuchicheaba con las cabezas muy juntas o escribía la historia de su vida en portátiles, con auriculares que ahogaban hasta el más apacible de los ruidos.

Vimos a Callie enseguida. Estaba encorvada sobre su mesa al fondo del local, removiendo distraídamente la bebida que tenía delante. A juzgar por las marcas en el borde de la bebida ya fría, apenas la había probado.

—Callie —dijo Liam cuando llegamos a su altura.

Levantó la cabeza de golpe. Su pelo castaño se derramó sobre su hombro como la seda mientras sus ojos se abrían de par en par y sus labios se entreabrían.

—¿Qué…?

—Ven conmigo, Callie —dijo Sawyer con voz firme.

Aquello no era una petición.

19

CALLIE

Han venido a por mí.

No había perdido la noción del tiempo a propósito, pero con todo lo que estaba pasando, me había sumido en una especie de trance. Me refugié en el único lugar donde me sentía a salvo, una cafetería que nadie conocía, y le di vueltas a lo que Eli me había pedido mientras sopesaba los riesgos para todos los que me rodeaban.

Y para mi corazón.

Todavía no había llegado a ninguna decisión cuando aparecieron Sawyer, Liam y Kane. Todo se volvió infinitamente más difícil en el momento en que los vi. Me localizaron porque estaban muy preocupados por mí y me llevaron directamente al ático de Sawyer, sin hacer caso a mis intentos de disuadirlos.

Era tan impecable como él.

Había superficies relucientes por todas partes, desde la cocina cerca de las escaleras hasta la mesa de centro del salón e incluso en los ventanales con vistas a la ciudad. La decoración en blanco y negro era apropiada para un hombre que parecía tan inquebrantable. ¿Seguiría siéndolo después de que lo traicionara?

¿*Si* lo traicionaba?

Verlos a los tres juntos, por mí, fue más intenso de lo que jamás podría haber imaginado. Sentada en el sofá de cuero blanco de Sawyer, mirándolos a los tres, había algo tan excitante como estresante.

Estaba en un lío. Lo notaba por la firmeza de sus bocas y el ceño fruncido de cada uno.

Entreabrí los labios, con una disculpa en la punta de la lengua, pero antes de que pudiera decir nada, Sawyer se adelantó.

—Callie. Has estado actuando de forma extraña.

Un fuerte impulso de negarlo surgió rápidamente, pero lo reprimí.

—Desde hace unas semanas, de hecho. Pensé que te había dado una vía de escape y una forma de que te relajaras y volvieras a encontrar tu centro, pero parece que me equivoqué. Bueno, creemos que sabemos por qué has estado actuando de forma extraña.

El corazón empezó a latirme con violencia, golpeándome las costillas como si fueran los barrotes de una jaula.

¿Lo sabían? ¿Sabían lo de Eli? ¿Sabían que me estaban obligando a ser una rata para mantener a mi madre a salvo y con buena salud?

Ni siquiera me pregunté cómo se habían enterado y, por mucho que me aterrara, había algo casi aliviador en ello. No tendría que traicionar su confianza si ya lo sabían todo, ¿verdad?

¿Me iban a despedir? ¿A detener?

Joder, ni siquiera había considerado las implicaciones legales si me pillaban revelando secretos de la empresa.

Apreté las manos con fuerza y luché por mantener la atención en los ojos azules de Sawyer.

—Te sientes culpable —dijo Kane.

Asentí sin pensar. —Sí.

—Culpable por acostarte con los tres —dijo Liam.

Espera, ¿qué?

—También estás preocupada por tu madre y el deterioro de su salud —continuó Kane.

No sabían nada. Estaban tan cerca y a la vez tan lejos que la pequeña burbuja de alivio en mi corazón se disolvió lentamente.

—¿Y desde cuándo estás casada? —Sawyer enarcó una ceja.

—¿Casada? —pregunté con voz ronca. Tenían la mitad de la historia, y podría rellenar los huecos fácilmente.

Pero eso acabaría con esto y una parte egoísta de mí lo disfrutaba. Me gustaba que me hubieran buscado juntos y que hubieran venido hasta aquí solo para ver qué me pasaba. No quería que terminara todavía, y no quería romperles el corazón.

Por la forma en que me miraban los tres, sabía que les dolería.

No podía hacerlo.

—Ehm... —Tendría que caminar por la delgada línea entre la verdad y la mentira—. Sí. Estoy preocupada por mi madre. Su salud ha estado empeorando, pero le está yendo tan bien en este nuevo centro que casi no me fío, ¿sabes? Siento que es como prepararme para un desengaño mayor.

Jugueteé con la tela de mi falda mientras hablaba. Liam se dejó caer lentamente en el sillón blanco que tenía cerca mientras que Kane se sentó en el borde de la mesa. Sawyer permaneció de pie, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho y su dura mirada fija en mí.

¿Podía ver las mentiras?

—Y no, no estoy casada.

—Oh, gracias a Dios —murmuró Liam en voz baja.

—Fue un error en el papeleo cuando tuve que pedirle a un... a un amigo que me ayudara con un pago atrasado, y se tramitó antes de que me diera cuenta. —No era una mentira total, al menos—. Y... sí, he estado recelosa porque me lo he pasado bien con vosotros tres. Más que bien. Me gusta veros a todos, pero no sé qué significa. Nunca he hecho algo así y vosotros os lo tomáis con mucha naturalidad. Pero para mí, esto es importante porque si tuviera que elegir, no podría.

—Nunca te lo pediríamos —respondió Sawyer de inmediato—. En todo caso, *elegir* no es una opción porque ninguno de nosotros quiere que esto termine.

—Es verdad —replicó Kane, pasando una mano por su muslo—. Admito que al principio me emocionaba el desafío contra estos dos, porque no es la primera vez que nos quedamos prendados de la

misma mujer. Pero, si me permites la audacia, es la primera vez que disfrutar de ella se ha vuelto más importante que la competición.

—Porque sabes que perderías —Liam le dedicó una sonrisa burlona a Kane. Kane le hizo una peineta de inmediato.

Escucharlos hablar sin juzgarme ni acusarme era casi demasiado para soportarlo. No había considerado que no tendría que elegir, pero ahora hablaban como si esto pudiera ser así para siempre. Puedo tenerlos a los tres, y la posible vida juntos sería increíble.

Si tan solo no fuera una rata.

Las lágrimas me escocían en los lagrimales y agaché la cabeza para ocultarlas. Sawyer me cogió de la barbilla y al instante me la levantó para que lo mirara.

—No podemos resistirnos a ti —dijo con calma.

Oír esas palabras era el sueño de cualquier chica.

—¿No os meteréis en líos? —pregunté, intentando reprimir las lágrimas que amenazaban con desbordarse—. Soy vuestra asistenta.

—Esto quedará entre nosotros cuatro —respondió Sawyer de inmediato, como si ya lo hubiera pensado—. Ninguno de nosotros lo romperá. Y en cuanto dejes de divertirte, Callie, o cambies de opinión, nos apartaremos.

—Sí —convino Kane—. Por supuesto.

—De acuerdo —asintió Liam.

Amenazaron con brotarme más lágrimas y una calidez me envolvió los hombros como una manta. Llevaba tanto tiempo preocupándome por eso en silencio que sentirme tranquilizada fue un alivio. No quería elegir.

Quería esto para siempre.

Porque era una egoísta.

En el fondo, sabía que perdería todo esto en el momento en que cediera a las exigencias de Eli o las revelara. De momento, sin embargo, podía disfrutar de la atención.

¿Verdad?

—Levanta —dijo Sawyer con firmeza, soltándome la barbilla y dando un paso atrás—. Arriba. —Inclinó la cabeza hacia la escalera de metal que subía hacia la oscuridad—. Quiero que te desnudes y estés junto a la cama para cuando yo suba, ¿de acuerdo?

Una oleada de confusión me invadió, pero responderle no era una opción. Fuera lo que fuese que tuviera planeado, decidí que estaba dispuesta a todo.

Me puse de pie, pasé por delante de Sawyer y sentí una caricia afectuosa de cada uno de los tres a mi paso. La presión de su contacto perduró mientras subía las escaleras hacia el dormitorio de Sawyer, donde seguí sus instrucciones y me quité toda la ropa.

Su dormitorio estaba tan impecable como el resto de su apartamento. No había ni una sola cosa fuera de su sitio. A simple vista, parecía una foto de catálogo más que un dormitorio habitado, hasta que me fijé en el marco de fotos de la cómoda y en un único cojín azul enclavado entre las almohadas; pequeños indicios del lado más tierno de Sawyer.

Justo cuando un escalofrío empezaba a recorrerme la piel, subieron todos y me tomaron en sus brazos. Uno a uno, se desnudaron hasta quedar como yo, y entonces Sawyer nos guio a su gran ducha a ras de suelo. Al tocar un botón, el agua caliente empezó a caer sobre nosotros.

Perdí la cuenta de las manos que había sobre mi cuerpo, pues todas se fundieron en una sola que me tocaba por todas partes al mismo tiempo. Me lavaban con delicadeza mientras distintas bocas me besaban los labios y me mordisqueaban el cuello. Estaba rodeada y sostenida por manos fuertes que me amasaban los músculos cansados, me acariciaban las extremidades y me masajeaban el cuero cabelludo hasta el punto de que casi no podía mantenerme en pie.

Fue increíblemente íntimo y excitante. La temperatura subió entre los tres y, cuando uno se apartaba para coger más jabón o champú, otro estaba allí para tomar el relevo. No podía distinguir quién era quién, así que me concentré en el hecho de que estábamos todos allí juntos.

En la seguridad de la ducha, limpia y cuidada, era fácil olvidarse de todo lo demás.

Por fin salimos de la ducha cuando cada centímetro de mi piel había sido frotado, masajeado y besado. Sawyer me llevó a la cama, donde me tumbó sobre unas toallas y empezó a secarme con otra.

Era tan suave que parecía el tacto de una nube, y no podía ni imaginar cuánto costaría algo tan lujoso.

Kane desapareció entre mis muslos húmedos y, en el momento en que su lengua traviesa presionó mi monte de Venus, todo acabó. Perdí todo el control y me estiré hacia él, buscando algo a lo que aferrarme. Sawyer y Liam me lo negaron.

Se concentraron en secarme mientras Kane me comía. Las suaves toallas eran increíblemente delicadas, mientras que la boca de Kane estaba hambrienta. Hacía presión contra mí, lamía cada centímetro sensible a su alcance, y el placer me recorrió como una ola.

Me llevó al orgasmo tan rápido que no podía respirar. El éxtasis se apoderó de mí y me retorcí en la cama, atrapada contra su boca hasta que cada temblor y cada onda de mi cuerpo se hubieron calmado.

Entonces me dieron la vuelta, y Kane me sujetó el muslo izquierdo mientras Liam me sujetaba el derecho.

Era el turno de Sawyer. Se acomodó entre mis piernas y me llenó por completo con sus dedos y un juguete que vibraba con tanta fuerza que casi podía sentirlo en la garganta. Mientras me follaba con el juguete, Kane y Liam se turnaban para azotarme el trasero y preguntarme a quién pertenecía.

Gimoteé sus nombres una y otra vez, y para cuando Sawyer me arrancó un segundo orgasmo, mi culo era un hematoma palpitante y caliente. Me calmaron, como siempre, con besos y caricias —y un poco de aloe—, y luego nos fuimos a la cocina a por algo de comer.

Me estaban cuidando más de lo que nadie me había cuidado en toda mi vida. Me senté en el regazo de Liam, colocada con cuidado mientras mi culo palpitaba. No me dejaban sola; siempre me observaban y me tocaban para mantenerme con los pies en la tierra, y era increíble. Nunca quise que esta noche terminara.

Sawyer cocinó mientras Liam usaba el juguete de antes para llevarme hacia un tercer orgasmo sobre la encimera de la cocina. Llegué al clímax gritando, mientras mis nervios hipersensibles clamaban ante la estimulación. Era demasiado y justo lo suficiente, todo al mismo tiempo.

Comimos pasta y luego la tarta de cumpleaños que habían traído del trabajo, que se suponía que era para mi madre. Lo había olvidado por completo. La cena terminó con Liam lamiéndome el glaseado del cuello y metiéndome los dedos hasta mi último orgasmo de la noche, dejándome hecha un trapo en el sofá.

—¿Lo entiendes ahora? —dijo Sawyer, cerniéndose ligeramente sobre mí mientras yo jadeaba—. La próxima vez que te sientas abrumada por algo, no puedes desaparecer. Tienes que decírnoslo y te ayudaremos.

—¿Esto es ayuda? —Me dolía el coño, me palpitaba el culo y tenía las piernas como gelatina.

—Por supuesto que lo es —sonrió Liam con suficiencia, besándome el hombro desnudo y recreándose en él—. La mejor ayuda que existe.

—Y puedes elegir. —Kane apareció con una manta en los brazos y, antes de que me diera cuenta, estaba envuelta como un burrito en el sofá con los tres holgazaneando a mi alrededor—. Si necesitas ayuda y alguien está ocupado, los demás estarán ahí.

—Sin duda. —Sawyer me dio un ligero beso en la raíz del pelo.

Debería estar feliz. Lo sabía.

Pero a medida que la noche se calmaba y el sueño se apoderaba de cada uno de mis adorados pretendientes, la culpa volvía a ocupar su lugar.

¿Era yo una víbora?

¿Una víbora retorcida y venenosa que engatusaba a estos hombres para poder conseguir los planos de la patente y asegurar que mi madre se mantuviera con buena salud?

¿Justificaba el fin los medios o solo me estaba mintiendo a mí misma?

No sabía qué pensar.

20

CALLIE

—Tía, cuando recibí esa llamada, ¡te juro que creí que me iba a dar un infarto!

Bianca me dio un codazo suave con el hombro mientras caminábamos juntas, detrás de los seis perros que habíamos sacado del refugio para su paseo. Por suerte, el perro de Eli no estaba entre ellos.

—Sinceramente, no tengo ni idea de cómo consiguieron tu número. —Apartándome el pelo de la cara, luché contra el viento para mantener los mechones sueltos detrás de la oreja—. Es bastante impresionante.

—Claro —resopló Bianca—, ¿pero recibir una llamada diciendo que no habías aparecido por el trabajo y que te estaban buscando por todas partes? ¡Creí que iba a verte en las noticias de la noche, descuartizada en una bolsa de basura!

Me eché a reír al ver cómo la cara de Bianca pasaba de la sorpresa a la diversión. —Lo siento, de verdad. Es que todo se me vino encima y sentí que no podía respirar. Sinceramente, cuando me encontraron, pensaba que solo llevaba en la cafetería unos diez minutos, no tres horas.

—Joder, tía. —Bianca chasqueó la lengua e hizo que los tres perros a su cargo se detuvieran—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Eli.

—Mierda.

Me detuve un poco más adelante y me giré para mirarla, luchando contra el tirón de las correas, ya que uno de mis perros quería seguir andando. —Sí.

—Vale, suéltalo todo. —Volvió a caminar—. Quiero todos los detalles.

—Bueno, estaba en la residencia cuando fui a ver a mamá.

—¿Pero qué dices?

—Ya ves, ¿no? Estaba allí y quería hablar. Le dije que nada de esto tenía sentido porque yo no tenía nada de valor que darle, y desde luego no me iba a acostar con él.

—Gracias a Dios —murmuró Bianca—. Te apoyaría, pero eres demasiado valiosa para dárselo a un cabronazo como él.

Al entrar en el parque, nuestro ritmo se aceleró ligeramente.

—No quiere nada de mí, no directamente. Quiere que consiga toda la información sobre el nuevo proyecto en el que hemos estado trabajando y se la dé. Quiere la patente y todo lo que conlleva, supongo.

—¿Esto es por tu jefe?

—No directamente. Son rivales de negocios acérrimos, y Eli se la tiene jurada a Sawyer. Al parecer, me vio como el eslabón débil porque dice que Sawyer tiene debilidad por mí.

—Bueno, eso ya lo sabemos —comentó Bianca. La grava crujía bajo nuestros pies mientras atravesábamos la valla. Los perros empezaron a ladrar, moviendo la cola frenéticamente. Le pasé mis correas a Bianca y luego cerré la puerta tras nosotras.

—Claro, pero él eso no lo sabe. No de verdad. Así que quiere que sea una rata y le robe cosas a Sawyer. Por eso básicamente ha secuestrado a mi madre y la ha metido en esa residencia. Porque si digo que no, le contará a Sawyer a saber qué, y yo no tendré defensa posible. Entonces me quedaré sin trabajo, sin amor y sin forma de cuidar de ella.

—Oh, tía. Lo siento mucho.

—De cualquier forma, pierdo yo. Así que cuando aparecieron todos en la cafetería, estaba totalmente ida. No podía creer que

hubieran venido a buscarme. Juntos.

Ambas nos agachamos, soltamos a cada perro de su correa y luego nos apartamos mientras salían disparados hacia los otros perros que correteaban por el parque canino.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que se preocupaban por mí más allá del sexo, ¿sabes? Se suponía que solo era un poco de diversión, y de repente, ayer, todo se volvió real y no supe qué hacer.

Bianca me cogió de la mano y me llevó a un banco cercano. Nos sentamos en la madera calentada por el sol y suspiré profundamente.

—Ahora estoy aún más confundida.

—Ese cabrón —espetó Bianca, expresando una rabia que yo estaba demasiado cansada para sentir—. ¿Pero quién coño se cree que es? ¡Este tipo de manipulación es una locura! Tienes que ir a la policía ya, sin duda. ¡Una cosa es pagar algunas facturas, pero ahora está intentando chantajearte para que cometas un delito!

—No me hicieron caso la primera vez —le recordé—. Y él lo supo, de alguna manera. Me dijo que si volvía a llamar a la policía, mi madre sufriría. No sé cómo se enteró la primera vez, pero lo supo. Así que no puedo, aunque fuera una buena idea.

Bianca se levantó de repente, llamando por su nombre a uno de los perros cuando su sesión de juegos se volvió demasiado revoltosa.

En ese momento, quise ser un perro. Correr por ahí sin preocupaciones, con el mayor estrés siendo de dónde vendría mi próxima comida. Sin abogados, ni romances, ni chantajes.

Una vez que el perro se calmó, Bianca volvió a sentarse.

—Si no puedes decírselo a la policía, ¿puedes decírselo a tu jefe? Sé que pinta mal, pero seguro que si le explicas la situación y el chantaje, ¿lo entendería?

—No puedo. —Mis manos se retorcían en mi regazo—. Ya les mentí anoche. Se suponía que íbamos a tener una conversación abierta y sincera y yo solté un montón de mentiras, y luego me los follé. Eso me convierte en una persona horrible.

Bianca resopló y se repantigó en el banco, haciendo que la madera crujiera. —Cariño, si fueses un hombre, lo considerarías una conquista.

La risa brotó de mí y una sonrisa muy necesaria se dibujó en mis labios. Cuando el viento arreció, me sujeté el pelo y me lo volví a colocar detrás de las orejas.

—Quizá debería verlo así para no sentirme tan mal. —Sería más fácil—. También hay... otra cosa.

—¿Ah, sí? —Bianca se inclinó hacia delante, jugueteando con las correas que tenía en las manos—. ¿Qué es, tía?

—Bueno... puede que Eli tenga razón.

—¿Perdona? —Sus cejas se dispararon hasta la línea del pelo.

—Mi madre está recibiendo un tratamiento increíble ahora mismo, hasta el punto de que no me puedo creer que haya sido tan fácil. Eso tiene que ser más importante que lo que siento por Sawyer, Liam y Kane. Eli dijo que no importaba quién distribuyera el fármaco, que acabaría en manos del público de todos modos. Que ayudaría a la gente sin importar el nombre en la etiqueta.

—Oh, qué bueno es —masculló Bianca—. Cariño, las dos sabemos que no será lo mismo. Claro que acabará llegando al público, pero con un precio desorbitado para llenarle los bolsillos a Eli.

En el fondo, sabía que tenía razón. Eli subiría el precio y desharía todo el duro trabajo de Sawyer para mantenerlo asequible. Pero había una parte de mí a la que, sencillamente, no le importaba.

—Pienso en ello —asentí, jugueteando con la tela de mis vaqueros—. Pero luego pienso en cómo me sentí cuando fui a ver a mamá y me reconoció. —Recordarlo, incluso ahora, me oprimía el pecho con fuerza y me cortaba la respiración.

—Sabía quién era. Se sabía mi nombre. Vi un claro reconocimiento en sus ojos. Sé que todavía está enferma, pero la medicación que toma ahora ha hecho que vuelva a ser mi madre y eso fue… —La emoción me embargó y tragué saliva—. Sé que es egoísta, pero volví a sentirme como una niña pequeña. Quería acurrucarme y llorar en su regazo, y sabía que me consolaría porque sabía quién era yo.

El rostro de Bianca se suavizó con comprensión y alargó la mano hasta mi muslo, agarrándolo con fuerza.

—Sé lo mucho que ha tenido que significar para ti, tía —dijo con calidez—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Años —dije con voz ronca, conteniendo las lágrimas—. Y eso me convierte en una egoísta, porque lo quiero. Quiero tenerla así todos los años que pueda conseguirle el tratamiento. Aunque sea a costa de Eli, no me importa. Quiero recuperar a mi madre y la he recuperado. Renunciar a eso me parece que no está bien.

—Lo entiendo. —Bianca se encogió de hombros—. Es duro y no puedo imaginar lo que debe de ser estar atrapada entre estas tres cosas: Eli, tu madre y tus hombres. Hagas lo que hagas, te apoyaré. Estoy aquí para lo que necesites, ¿vale?

—Lo sé. —Puse mi mano sobre la suya y la apreté—. Gracias.

—Vaya, ¿así que te ha recordado?

Asentí y sonreí débilmente. —Se sabía mi nombre. Aunque creía que todavía trabajaba en la tienda. Pero cuando le he hablado de mi nuevo trabajo y de mi ascenso de hace seis meses, se ha sentido orgullosa de mí. Muy orgullosa.

Esta vez no pude contener las lágrimas y me reí mientras un par de ellas se deslizaban por mis mejillas.

—No quiero perder eso, así que… me estoy inclinando por hacerle este favor a Eli y luego cortar lazos de algún modo. Mi madre recibirá su tratamiento y todo irá bien.

—¡Exacto! —Bianca asumió sin problema el papel de mi defensora mientras se levantaba y silbaba a los perros para que volvieran—. Además, la gente como Sawyer siempre tiene un plan B, ¿no? Los ricos pierden contra otros ricos todo el tiempo. Solo será otro proyecto fallido.

—¿Crees que iré al infierno? —pregunté, medio en broma, mientras los perros se abalanzaban unos sobre otros, emocionados por volver con nosotras.

—Oh, sin duda —comentó Bianca—. Pero los años con tu madre merecerán la pena.

—Gracias.

—¿Por qué? —Miró por encima del hombro, luego se arrodilló y empezó a enganchar de nuevo las correas a los perros.

—Por no pensar que estoy loca.

—Tía, si tú estás loca, entonces yo soy una demente clínica. La mayoría de la gente habría aceptado el trato del ricachón inmediatamente, lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé. —Cogí de nuevo las correas y guié a mi grupo fuera de la puerta y hacia el camino principal. Se tropezaron unos con otros y, cuando llegamos al camino, utilicé una técnica con premios que Bianca me había enseñado para ponerlos en fila y calmarlos.

Bianca tenía razón. La gente como Sawyer y Kane era lo bastante rica como para encontrar otro proyecto en el que trabajar, otra manera de hacer el bien en el mundo.

Estaba segura de ello.

21

CALLIE

Lo más emocionante de que por fin llegara julio era la celebración del cumpleaños de Sawyer.

Para el resto del personal, era la única época del año en que el jefe tiránico era *agradable*, pero a Sawyer le gustaba usar su cumpleaños como excusa no solo para agradecer a la plantilla su duro trabajo, sino también para recaudar algunas donaciones. A múltiples empresas y gente de la alta sociedad les encantaba que los vieran deseándole un feliz cumpleaños a Sawyer. Así que él usaba eso en su contra y a menudo pedía donaciones para la organización benéfica votada por los miembros del personal. El año pasado, fue una organización benéfica contra el cáncer de mama, y el anterior, una para personas sin hogar.

Todavía estaba por ver cuál sería la de este año, pero la votación actual tenía a una organización benéfica infantil a la cabeza, y su popularidad iba en aumento.

Esta era la única época del año en la que la planificación de eventos se anteponía a mis tareas habituales, pero este año yo llevaba la voz cantante en lugar de ser alguien que solo ayudaba desde la barrera. Las ventajas de ser ahora la asistenta personal de Sawyer.

—No estoy segura de que un bufé de aperitivos sea realmente apropiado —reflexioné, con la vista clavada en los archivos que tenía delante. Varias asistentas de otros departamentos se sentaban a la mesa conmigo, aportando ideas de su personal.

—¿Por qué no? —Hillary, de contabilidad, me miró por encima de sus gafas cuadradas—. Va a ser para una organización benéfica infantil, ¿verdad? Así que los aperitivos son perfectos.

—La organización benéfica aún no se ha elegido, *Hillary* —dijo Amy, de Recursos Humanos—. Así que no podemos basar la comida en la organización benéfica.

—La organización benéfica infantil es la clara ganadora —espetó Hillary.

—Solo dice eso porque su mujer trabaja para ellos —replicó Adam, de Marketing—. No puede intentar amañar esto.

—No estoy *amañando* nada —respondió Hillary—. ¡Los votos hablan por sí solos y mi mujer no tiene nada que ver con esto!

—Su mujer tiene todo que ver —respondió Amy con brusquedad —. ¡No he olvidado el año pasado, cuando se emborrachó tanto que vomitó encima de la fotocopiadora!

Mientras estallaba la discusión entre ellos, me concentré en los detalles que tenía delante. La idea del bufé, extrañamente, me estaba revolviendo el estómago. De hecho, llevaba toda la semana con mal cuerpo y me preguntaba si habría cogido algo en el restaurante al que Bianca y yo habíamos ido a cenar. El marisco de allí tenía un aspecto un poco grisáceo.

La discusión subió de volumen, así que levanté la cabeza y me aparté un mechón de pelo húmedo de la frente. Con las náuseas y el sofoco que me recorría la espalda, no estaba de humor para discusiones.

—Para que lo sepan, Sawyer eligió personalmente las organizaciones benéficas este año, así que eso no tiene nada que ver con Hillary —dije.

La cara de Hillary se tornó engreída.

—Sin embargo, estoy de acuerdo en que basar la comida en la organización benéfica no tiene sentido hasta que tengamos una ganadora. Así que propongo que optemos por un bufé, pero que

dejemos el tema de la comida en segundo plano hasta que haya una ganadora. ¿Qué les parece?

Las cabezas alrededor de la mesa asintieron como esos muñequitos del salpicadero de un coche, y entonces me puse de pie y me metí los papeles bajo el brazo. —Excelente. Les dejo que terminen de concretar la lista de invitados mientras yo localizo una empresa de catering que pueda proporcionar comida temática con poca antelación.

Salí a toda prisa de la sala, inflando las mejillas para intentar refrescarme. Lo último que necesitaba era toda esa charla sobre comida con tanta tensión en el ambiente. De vuelta a mi escritorio, me tiré del cuello de la camisa y gemí. Esta era la segunda camisa que empapaba en sudor y solo era primera hora de la tarde. En esta época del año, siempre traía una de repuesto por cómo el calor de julio achicharraba los escritorios cercanos a las ventanas, pero esto era diferente.

Fuera lo que fuera, esperaba que se me pasara pronto.

De camino a mi mesa, marqué el número de la empresa de catering que habíamos utilizado el año pasado. Eran amables y flexibles, así que volver a contar con ellos me pareció una buena elección. No contestaron cuando llamé, así que dejé mis datos en el contestador automático. La siguiente llamada fue a mi contacto en la prensa para comunicarles la fecha y la hora de la fiesta. El cumpleaños de Sawyer siempre salía en las noticias, pero solo unos pocos periodistas de confianza tenían permiso para entrar.

—¡Callie!

Al girarme, tuve el tiempo justo para agacharme antes de que Marie chocara conmigo y me plantara un conejito de peluche muy suave en la cara.

—¡Marie! —La cogí en brazos y la acomodé en mi cadera con un leve gruñido. Sería pequeña para su edad, pero estaba creciendo muy rápido—. ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! —canturreó—. Este es el señor Pata.

—¿El señor Pata? —Miré al conejo y vi el remiendo azul de su pata trasera—. Oh, no, ¿qué ha pasado?

—Alguien, y no digo quién —rio Liam entre dientes al aparecer—, puede que le diera al señor Conejo unas cuantas vueltas de más en la lavadora, así que ha necesitado un trasplante.

—¡Oh, no! —Me reí, admirando las finas puntadas—. Bueno, está claro que ha tenido un buen médico.

—El mejor —declaró Marie—. ¡Así que le he puesto un nombre nuevo!

—Ooooh. ¿Qué hacéis por aquí?

—Sawyer —sonrió Liam—. Obligaciones de cumpleaños y, esta vez sí que estaré, así que pienso aprovecharlo al máximo. ¿Cómo van las cosas con el... el comité?

Ambos miramos hacia la sala acristalada del pasillo de la que acababa de salir. Hillary estaba de pie, gritando a los demás, y estaba claro que las negociaciones se habían roto una vez más.

—La gente está tan acalorada que parecería que tienen un interés personal en ello —me reí entre dientes, haciendo una mueca mientras una gota de sudor me resbalaba desde la frente. Dejé a Marie en el suelo, me la sequé rápidamente y sonreí.

—Aunque los calificaré a todos de apasionados. Que no se diga que no sé trabajar en equipo.

—Oh, desde luego —rio Liam entre dientes.

El teléfono me llamó la atención al vibrar en mi mano. Esperaba que fuera una respuesta de la empresa de catering.

No tuve tanta suerte.

Se me paró el corazón.

ELI: El tiempo corre, cariño, y si no pagas pronto, puede que la próxima factura de tu madre se pierda.

Mierda.

—¿Va todo bien? —preguntó Liam, con el rostro contraído por la preocupación.

Asentí y me apreté la palma de la mano contra la frente sudorosa. —Sí, estoy bien. Creo que es el calor, ¿sabes? Ehm...

Joder. Me devané los sesos buscando una solución. Eli se estaba impacientando y yo tenía que hacer algo. No podía arriesgarme a que le pasara nada a mi madre y no tenía ni idea de cómo gestionarían los impagos en un centro como ese.

—¿Os importaría echarme una mano?

—¡Sí! —exclamó Marie, poniéndose de puntillas, llena de energía.

—Necesito ideas para la decoración de la fiesta de Sawyer, pero también tengo que ir a hacer una cosa que había olvidado. ¿Os importaría pensar juntos y proponer algunas ideas mientras yo voy un momento a solucionar algo?

Liam pareció un poco reacio, pero, por suerte, Marie estaba de mi parte.

—Sí —chilló ella de alegría y se volvió hacia Liam—. ¿Podemos, papi, porfiii?

—Claro —rio él, cogiéndole la mano—. Nos instalaremos en la cafetería, que necesito un café. ¿Nos vemos allí?

—Sin duda.

Liam se inclinó y me dio un beso rápido en la mejilla; luego, me alejé a toda prisa mientras ellos se adentraban en el pasillo.

Dios. Lo había estado posponiendo porque solo me sentía poderosa en mi mente. Cada noche, antes de dormir, me armaba de valor y ensayaba cómo robarle a Sawyer lo que necesitaba. Esa confianza siempre se desvanecía para cuando llegaba al trabajo por la mañana.

Ahora, no tenía elección.

El despacho de Sawyer estaba vacío.

Había estado aquí cientos de veces, pero, por alguna razón, sentía que era la primera. Cada paso que daba me provocaba un nudo de nervios en el estómago y las náuseas empeoraban. Tragando saliva a la fuerza, llegué al escritorio de Sawyer y dudé.

¿De verdad iba a hacer esto?

Miré el teléfono, que aferraba con fuerza en el puño.

Sí. Tenía que hacerlo.

Sentarme en la silla de Sawyer fue extraño. El cuero estaba amoldado a su culo perfecto y yo encajaba justo en las hendiduras. Era casi como sentarme en su regazo. Su ordenador ya tenía la sesión iniciada e innumerables documentos llenaban la pantalla ante mí.

No tenía ni idea de por dónde mirar. Ni siquiera sabía lo que estaba buscando. Gran parte de esto se mantenía en privado y yo no

tenía acceso a nada más allá de los asuntos legales básicos y lo que Sawyer me había pedido que le enviara a Kane, y viceversa. ¿Lo importante?

No tenía ni la más remota idea.

Cerré varias pestañas y empecé mi búsqueda sin perder de vista la puerta. No tenía ni idea de dónde estaba Sawyer, pero podía aparecer en cualquier momento.

No merecía la pena ni pensar en que me pillaran. Tenía que conseguirlo.

Hice clic en innumerables carpetas y documentos, haciéndome un lío sobre lo que estaba buscando. Cuanto más miraba, más nerviosa me ponía, y me concentré tanto en el ordenador que me olvidé de vigilar la puerta.

Por un retorcido golpe de suerte, al final encontré algo. Hablaba de patentes y del fármaco, y tenía varias firmas. Tenía que ser eso. El corazón me latía tan deprisa que la cabeza me palpitaba y el estómago se me hizo un nudo.

Tardé unos minutos agónicos en enviarme los documentos por correo electrónico, y luego borré todo rastro de pruebas justo cuando la puerta chirrió.

—¿Callie? —La voz de Sawyer llegó hasta mí y casi vomito allí mismo.

Me levanté de golpe y esbocé mi más amplia sonrisa.

—¡Sawyer!

—¿Qué estás haciendo? —Su atención se desvió de mí al monitor mientras se acercaba.

Me quedé helada en el sitio, con el sudor corriéndome por la espalda y la mente en blanco. No se me ocurría ninguna excusa. Apenas podía respirar.

—¿Por qué estás en mi ordenador? —Sawyer se detuvo a un palmo de mí. El olor de su loción para después del afeitado no bastó para calmarme como de costumbre. Bajo su mirada, me sentí cada vez más pequeña mientras los latidos del corazón me retumbaban en el cráneo.

—Ehm... Estaba asegurándome de que su agenda estuviera libre, tonto. —No tenía ni idea de dónde había sacado las fuerzas para

decir esas palabras—. No sería bueno que acabara ocupado el día de su cumpleaños y no quiero que ninguno de mis planes cuidadosamente trazados se vaya al traste porque añada reuniones extra que no necesita.

Contuve la respiración, esperando que la excusa colara. Los ojos de Sawyer se desviaron de mi cara al monitor, pero no había nada sospechoso en la pantalla. Finalmente, sonrió.

—¿Qué haría yo sin ti?

—¿Ehm, perderse todas las cosas divertidas de la vida? —Mi sonrisa se mantuvo fija en mi cara mientras él deslizaba su mano alrededor de mi cintura. Ni siquiera me importó que probablemente pudiera notar lo húmeda que estaba mi blusa. Solo necesitaba que se tragara la mentira.

—Hace calor —dijo Sawyer en voz baja, acercándose a mis labios. Su aliento rozó ligeramente mis labios.

—El calor de julio es seco —susurré, ahuecando un lado de su cuello—. Los descansos son importantes.

—Mmm —Me atrajo hacia su cuerpo. El calor que emanaba de él me abrasó a través de la blusa, quemándome la piel. Su boca se cerró sobre la mía y me besó tan profundamente que, sin aire, mis pulmones seguro que implosionarían.

Me daba vueltas la cabeza y se me revolvió el estómago. La bilis me arañaba la garganta, pero le devolví el beso con desesperación.

De repente, el teléfono de su escritorio sonó con fuerza y nos vimos obligados a separarnos. Sawyer me sostuvo la mirada mientras contestaba al teléfono y se llevaba el auricular a la oreja.

—¿Qué?

Una voz grave zumbó al otro lado de la línea. Sawyer me dio un beso en la nariz y se giró para hablar por el auricular, dándome la espalda.

—Lo siento, Callie, tengo que cogerlo.

No tenía ningún problema con eso. Dedicándole una sonrisa, me zafé de su agarre y salí a toda prisa de su despacho. Tras cerrar la puerta, tuve unos segundos para recuperar el aliento y luego corrí hacia el baño.

Llegué justo a tiempo. La puerta del cubículo traqueteó y tembló cuando la cerré de un portazo a mis espaldas, y luego caí de rodillas con un jadeo.

Empapada en sudor, los restos de mi comida inundaron la taza del váter mientras lo vomitaba todo, incluidos los nervios. Temblando, tuve arcadas y vomité hasta que no quedó nada dentro de mí salvo un doloroso tirón muscular. Entonces me desplomé a un lado y gemí.

—Joder.

Había sido terrorífico y la culpa iba a comerme viva. Pero había valido la pena. Por mi madre.

Con dedos temblorosos, comprobé mi correo electrónico. Ahí estaba, esperando inocentemente en mi bandeja de entrada. Podía borrarlo, fingir que esto nunca había pasado y encontrar otra solución.

¿A quién pretendía engañar? No había otra solución.

Le escribí un mensaje corto a Eli y le di a enviar.

CALLIE: Lo tengo.

22

CALLIE

«Lo he hecho».

Las palabras eran pesadas y huecas, filtrándose en el espacio vacío justo debajo de mis costillas. Como ceniza, me mancharon la lengua y no pude quitarme el sabor ácido de la boca ni siquiera después de la confesión.

—Ay, tía. —La voz apenada de Bianca en mi oído fue la gota que colmó el vaso.

Me detuve en mitad de la calle y me eché a llorar. El dique que se desmoronaba y que había logrado mantener en pie durante el resto de mi turno ya no podía aguantar la presión que sentía tras los ojos. Con las rodillas juntas, una mano apretada contra los ojos y los hombros encorvados, sollocé.

—Callie... —intentó calmarme Bianca, pero no funcionó. La culpa iba a comerme viva, por mucho que me dijera a mí misma que a la larga merecería la pena.

—Yo... —Los sollozos ahogaron mis palabras y mi mano húmeda se deslizó de los ojos a la boca. Las lágrimas corrían a raudales y los transeúntes me miraban con curiosidad. Afortunadamente, a nadie le importó lo suficiente como para detenerse y preguntarme si estaba bien.

—Respira hondo —me calmó Bianca lo mejor que pudo por teléfono—. Venga, respira hondo un par de veces, tía.

Fueron más bien jadeos angustiosos, pero lo hice. Gruesas lágrimas rodaron por mis mejillas encendidas y el labio inferior me temblaba con tanta violencia que cada respiración recordaba a los sollozos húmedos de un niño.

—Lo he hecho —dije entre jadeos, atragantándome un poco—. He robado todo lo que he podido encontrar. Me lo he enviado por correo electrónico y me siento... *fatal*.

—Lo siento, tía. De verdad que lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer? ¿Quieres que te acompañe a ver a Eli?

Apartándome del centro de la acera, me pegué a la pared de una tienda cercana y empecé a caminar de nuevo lentamente.

—No. Tengo que hacer esto sola.

—No tienes por qué. —Bianca suspiró suavemente—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto? Te está consumiendo, tía. No puede ser la única solución.

—¿Qué otra cosa se supone que debo hacer? —lloriqueé—. La alternativa es perderlo todo y mantener a mi madre yo sola mientras adquiero una deuda demencial con Eli, y ambas sabemos que no puedo permitírmelo. Si pudiera, no estaría metida en este lío.

Bianca no tuvo respuesta, y más culpa se amontonó sobre mí por haberle contestado de mala manera. Sorbiendo por la nariz, hice lo posible por secarme las lágrimas mientras caminaba.

—Lo siento, es que... Me siento tan atrapada y asfixiada que no entiendo ni cómo he llegado hasta aquí.

—Lo sé, tía. —Sus palabras rezumaban compasión, como si pudiera atravesar el teléfono y abrazarme fuerte. Eso sí que me habría roto del todo.

—Es que... hago esto y consigo la seguridad que necesito para mi madre y luego todo lo demás, pues... *será*.

—¿Estás segura de que tienes que hacer esto sola? Estoy preocupada por ti.

—Estaré bien. —Con cada paso, las lágrimas disminuían—. Tengo cita con el médico justo después porque el estrés me está poniendo

malísima. Con un poco de suerte, me dará algo que me deje frita, y asunto arreglado.

—Unos cuantos Xanax, quizá. Bueno, pues te recojo del médico después y no acepto un no por respuesta. —Su risa ligera carecía de humor, incapaz de ocultar la preocupación en su tono—. Te quiero, tía. Por favor, ten cuidado.

—Lo tendré.



La cafetería que Eli eligió para quedar era empalagosamente pintoresca. El olor a café y azúcar me revolvió el estómago y las náuseas me subieron por la garganta en cuanto entré. Tuve que tragar saliva continuamente para mantener a raya la bilis, aunque esta subió como una marea creciente cuando mis ojos se posaron en Eli.

Estaba sentado en una mesa en el centro, ladeado con una pierna cruzada sobre la otra. Tenía una taza pequeña en la mano y, cuando nuestras miradas se encontraron, dio un sorbo muy lento a su contenido.

Bajó la taza y una sonrisa asquerosamente agradable se extendió por sus finos labios.

—Vaya, qué alegría para la vista —dijo con suavidad. Sus ojos recorrieron todo mi rostro—. Un ataque de fiebre del heno, ¿eh?

Después de tanto llorar, no quería ni pensar en el aspecto que tenía mi cara, así que ignoré el comentario y me deslicé en la silla de madera frente a él. Sentada en el borde, me apreté el bolso contra el abdomen.

—¿Vamos a hacer esto o qué?

—Directa al grano. —Eli dejó la taza—. ¿Ni una charla trivial? Pensé que sería agradable que nos conociéramos.

—Sé de usted más de lo que jamás me hubiera gustado.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Mis palabras eran tensas, escupidas entre labios mordidos para mantener las náuseas bien hundidas en mis entrañas—. Utiliza

a la gente. La engaña y la manipula hasta arrinconarla donde se siente obligada a tomar una decisión. Pero en realidad, solo hay una opción que tomar.

—¿Y cuál es? —ronroneó Eli, acariciando lentamente el exterior de su taza mientras me observaba.

—Solo existe la opción que usted quiere. Nada más. —Mi voz se alzó lo suficiente como para que algunas personas de las mesas vecinas levantaran la vista, pero Eli no se inmutó en absoluto.

—No se dé tantos aires conmigo, Callie. Usted tiene una opción aquí, y la está tomando. Así que asúmala. Nadie la está obligando.

—Pamplinas —espeté—. Ver cómo la salud de mi madre empeora no es una opción, es un...

—Pero sí que lo es —me interrumpió Eli bruscamente—. Quizá debería haber estado más al día con sus facturas o haber coqueteado con su jefe para conseguir un aumento. Hay una lista infinita de cosas que podría haber hecho para evitar esta situación, pero no las hizo.

Mi frustración aumentó y un calor me erizó la espalda mientras hablaba. ¿Cómo podía sentarse ahí y hablar como si no hubiera orquestado hasta el más mínimo detalle?

—Es usted una serpiente —siseé.

—Y, sin embargo, de todos los hombres de tu vida, soy el único que ha intentado ayudarte a ti y a tu madre. ¿Qué me dices a eso?

La frustración dio paso a la rabia y mi corazón desbocado se convirtió en un torbellino de sensaciones en mi pecho. Si me quedaba allí mucho más tiempo, iba a acabar esposada por una tentativa de homicidio bastante chapucera.

—Como sea. No he venido a charlar con usted.

—¿Y si yo sí? —Los ojos de Eli se entrecerraron—. Si tengo todo el poder que dices, podría retenerte aquí toda la tarde. Toda la noche. Ay, lo bien que podríamos pasárnoslo cuando se ponga el sol.

Podía hacerlo. Ambos lo sabíamos. Mis pensamientos se atropellaban, buscando la manera de conseguir lo que quería y, al mismo tiempo, marcharme de allí lo más rápido posible.

—Por suerte para ti, quizá, tengo un compromiso pendiente. —Eli se inclinó hacia delante y apoyó un codo en la mesa mientras volvía

a coger la taza—. Así que, ¿lo tienes?

Lo tenía. Había descargado los archivos que había robado en un pendrive, y era lo único que hacía que mi bolso pesara como una roca.

—No, usted primero —afirmé con rotundidad. El corazón me latía tan deprisa que me estaba mareando, y los ojos brillantes de Eli se convirtieron en dos afilados alfileres—. Quiero una prueba de que las facturas de mi madre de este mes están pagadas y una prueba por escrito de que se harán cargo de ellas hasta el fin de sus días.

Una parte de mí esperaba que mis exigencias fuesen demasiado y que Eli tuviera que marcharse para conseguir lo que yo quería. Mientras yo hablaba, él dejó la taza y metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, de donde sacó un fajo de papeles enrollado.

Al desenrollarlos, los alisó sobre la mesa.

—Estás pidiendo mucho, ¿sabes? —comentó con suavidad, con voz melosa—. Cualquiera diría que el dinero me sale por las orejas.

—Yo estoy arriesgando mucho —le espeté—. Pero si me está diciendo que algo así le viene grande, pues qué le vamos a hacer. Ese es el precio.

—No he dicho que no pudiera —replicó Eli, mostrando por fin algo que no era una arrogancia rastrera—. Simplemente te estoy advirtiendo de lo que puedes perder si intentas traicionarme.

Puse los ojos en blanco. —Suena a que tiene miedo.

—Al contrario —sonrió Eli con suficiencia—. Tengo un abogado con un anticipo de diez mil dólares, así que, aunque intentaras joderme, Callie, haría que te perdieras en el sistema judicial así como si nada. —Chasqueó los dedos, su sonrisa se volvió gélida y luego deslizó los papeles por la mesa, pasando el azucarero, hasta mi lado.

La verdad es que no sabía qué estaba mirando. Había varias facturas, y la cantidad desorbitada de cada una de las mensualidades del nuevo centro de mi madre fue suficiente para que las náuseas volvieran a aflorar. Yo no ganaba tanto en un año, ni mucho menos en un mes. Había varias firmas, la de Eli y la de quienes supuse que eran sus abogados, por todo el documento. Por las fechas que pude ver, parecía legítimo.

—¿Estás contenta? —preguntó Eli, tamborileando ligeramente con los dedos sobre la mesa.

Quizá debería haber traído a mi propio abogado. Cogí los papeles, hice un rollo con ellos y los metí en el bolso.

—Claro.

—¿Y la patente?

Al sacar el pendrive del bolso, lo sentí pesado, como un pisapapeles de plomo. ¿Cómo podía algo tan pequeño tener tanto poder para hacer daño a tanta gente?

—Aquí tiene. —Con el corazón encogido y la conciencia aún más apesadumbrada, deslicé el pendrive por la mesa hasta la mano expectante de Eli.

Se le iluminó la cara como a un niño en Navidad y jugueteó con el dispositivo. Me observó con atención.

—¿Está aquí todo lo que quiero?

Asentí. —Todo lo que pude encontrar.

Su sonrisa se ensanchó, casi pareciéndose a la de un muñeco por cómo se estiraba de oreja a oreja. —Ha sido un verdadero placer hacer negocios contigo, querida.

Me levanté y me eché el bolso al hombro. —Como sea. No quiero volver a verle en mi vida, ¿entiende?

Eli me miró y se limitó a sonreír.



—¿Puede describirme sus síntomas? —La doctora que tenía delante me puso otro pañuelo de papel en la mano, con el rostro ligeramente contraído por la preocupación.

En cuanto entré en su consulta, el olor a antiséptico y a esterilización me revolvió el estómago, que ya andaba revuelto, y vomité en la papelera. Ella fue muy amable: me dio un poco de agua para enjuagarme la boca y unos cuantos pañuelos para secarme el sudor que se me pegaba a la piel.

—Bueno —grazné, con la garganta ardiéndome a cada palabra—. Están las náuseas. A veces son casi constantes. No paro de tener

sofocos que creía que eran por el calor del verano, pero ahora no estoy tan segura. Orino mucho y a veces siento una gran opresión en el pecho. Creo que es por el estrés.

Ella asentía mientras yo hablaba, tecleando en su ordenador.

Detrás de ella, unas persianas de lamas blancas se movían con la ligera brisa que entraba por la ventana. Cada vez que se movían, vislumbraba el coche de Bianca en el aparcamiento. El simple hecho de verlo me reconfortaba y anhelaba estar en sus brazos. Llorar por todo esto y luego ahogar las penas en vino.

—¿Y sus hábitos alimenticios?

—No muy buenos —murmuré—. Me han dejado de apetecer muchos de mis platos habituales pero, como ya le he dicho, el estrés del trabajo me está pasando factura. —Y mi madre. Y Eli.

Volvió a asentir, tecleando rápidamente. —¿Le importaría que le hiciera unas cuantas pruebas?

—Por supuesto.

Mi atención seguía desviándose hacia el coche de Bianca mientras la doctora me sacaba sangre y me tomaba la temperatura. Fue rápida, y me hizo algunas preguntas más sobre dolores musculares, qué tal dormía y si tenía una vida sexual activa.

Respondí con sinceridad, siempre relacionándolo con el estrés al que estaba sometida. Incluso ahora, mientras estaba sentada viendo cómo mi sangre llenaba esos tubos, un pensamiento doloroso irrumpió en mi mente.

¿Y si estoy realmente enferma? ¿Una enfermedad *terminal* y solo me quedan unos meses de vida?

Ese pensamiento me produjo una extraña sensación de alivio. Librarme del estrés de Eli y de las consecuencias de mi traición. Quizá debería haberme asegurado de que en ese nuevo formulario se incluyera una cláusula de fallecimiento. Para que mi madre siguiera atendida aunque me pasara algo.

—¿Callie? —La voz de la doctora me sacó de mis pensamientos y, cuando la enfoqué, me sonrió cálidamente.

—¿Puede darme algo?

—De momento no —respondió—. Me gustaría tener primero los resultados de los análisis de sangre pero, Callie, por todo lo que me

ha contado y lo que ha descrito, creo que hay otra prueba que podemos hacer que es mucho más rápida.

—¿Ah, sí? —Enarqué una ceja—. ¿Y bien? ¿Qué me pasa?

—Callie, creo que podría estar embarazada.

23

SAWYER

—Mira, lo único que digo es que, si me toca ser el tío guay, entonces eso debería incluir tomar helado a medianoche. —Con una risita, le lancé a Liam una botella de agua fría al pasar—. Y tú no te puedes apuntar porque eres su padre y eso corta todo el rollo.

—¿Que corta el rollo? —Liam echó la cabeza hacia atrás y se rio —. Perdona, ¿en qué año estamos? —La botella crujió ligeramente en su mano cuando la desenroscó y le dio un buen trago—. Entonces, ¿me estás diciendo que no puedo ir con vosotros a tomar helado?

—Nop. —Me dejé caer en el sofá frente a Liam y lo miré—. Lo siento, son las reglas de los tíos guays.

—Joder, qué viejo eres, tío —resopló Liam.

—Oye, que tenemos la misma edad, capullo.

—Hasta final de mes. A ti te salen algunas canas más y yo sigo siendo el padre guay y cañón por lo menos un par de meses más.

Puse los ojos en blanco. —Lo que tú digas. De cualquier forma, no puedes estar ahí cuando Marie y yo compartamos un rato de tío guay. Así que te aguantas y bailas.

—Vale —gruñó Liam de forma dramática.

—Por cierto, ¿dónde está Marie?

—Está con una amiga. Uno de los niños de su antiguo colegio ha venido a la ciudad a pasar el verano, así que sus padres se las llevan al parque de atracciones toda la mañana. Creo que le vendrá bien, ¿sabes? —El rostro de Liam se puso serio—. Empieza en un colegio nuevo el mes que viene y no quiero que sienta que sus amigos la van a olvidar.

—Los colegios de la ciudad son muy diferentes, es verdad. —Asentí, lanzando mi propia botella de agua de una mano a otra—. Pero es una niña genial. Deberías estar orgulloso.

—El mérito no es mío. —Liam se recostó en su asiento—. Su madre hizo un trabajo fantástico criándola.

—Y tú has hecho un trabajo fantástico ayudándola a superar el duelo y criándola desde entonces. No te quites mérito.

—Gracias, tío. —Un destello de calidez llenó los ojos de Liam—. Te lo agradezco.

—Lo sé —sonreí con suficiencia y me señalé a mí mismo—. El tío guay, ¿recuerdas?

—¡Que te jodan! —Liam se rio a carcajadas—. En fin, ¿alguna novedad sobre la patente?

Gruñí para mis adentros, dirigiendo mis pensamientos al trabajo a pesar de que mi atención se desviaba ligeramente hacia el impresionante cielo azul visible a través de los ventanales de la oficina. Tener ventanas del suelo al techo cuando hacía este tiempo tan increíble era una tortura autoinfligida.

—Va bien. Estamos en la última fase, que es básicamente la fase en la que, si esto fuera un libro, estaríamos enviando ejemplares a las librerías, ¿sabes? Los abogados están contentos, Kane está contento. Yo estoy contento. Tú también deberías estarlo. Hemos hecho algo grande aquí.

—Sabes, cuando me escribiste sobre ello, no me podía creer que estuvieras trabajando con Kane. Nunca pensé que los tres volveríamos a estar en la misma habitación. —Liam puso los ojos en blanco con afecto—. Es curioso cómo funcionan las cosas.

—Sin Callie, ni siquiera estoy seguro de que nos hubiéramos quedado en la misma habitación —señalé con una sonrisita, disfrutando del frío de la botella contra el cuello para combatir el

calor—. Pero la verdad es que habría hecho cualquier cosa para que esto funcionara.

—Tan importante es para ti, ¿eh? —Liam enarcó una ceja.

—Sí, pero cuando esto despegue, por fin podré demostrarle a mi padre que sé lo que hago. Todo lo demás no significa una mierda a sus ojos porque lo único que ve es lo mucho que hemos ido a menos.

Liam bufó. —Solo es un declive porque ese gilipollas, sin faltar al respeto, infló los beneficios. Cuando lo único que te importa es el dinero, eso es lo único que cuenta.

—Tienes razón, pero… —suspire. Había una parte de la empresa de la que no me gustaba hablar. Mi padre ya lo hacía suficiente por los dos—. Hemos perdido mucho dinero y seguimos perdiéndolo. Sé que parece que estamos en la cima, pero he estado usando muchos fondos personales para mantener este sitio en funcionamiento.

Liam se inclinó hacia delante y su rostro se contrajo por la preocupación. —¿No se suponía que éramos el rival a batir?

—Técnicamente. Si no miras cuánto nos estamos desangrando cada año. Ahora mismo, mucho depende de esta patente, incluso con la ayuda de Kane para mantener los costes bajos. A primera vista, estamos bien, pero si todavía estuviéramos en el mercado de inversiones, seríamos los posos del fondo de una taza de hace dos semanas.

—Mierda —exhaló Liam lentamente—. No tenía ni idea de que la empresa estuviera en tantos apuros.

—El precio de hacer el bien —mascullé, moviendo la botella al otro lado del cuello—. Así que estaba preparado para hacer todo y cualquier cosa que Kane me pidiera para que esto tuviera éxito...

—Oh, Dios mío. —Callie estaba de pie en la puerta, con los ojos como platos y la boca abierta. Sostenía una carpeta roja en las manos y su mirada iba de mí a Liam.

—¿Callie? —Liam se giró para mirarla.

Se le fue todo el color de la cara. —¿Crane… Crane Enterprises está en apuros?

—Técnicamente —señalé, con el corazón encogido. No me había dado cuenta de que estaba allí y lo último que quería era que oyera

algo que la hiciera dudar de su puesto de trabajo.

—Pero no por mucho tiempo —añadió Liam con una sonrisa—. Con la nueva patente, volveremos a tener números verdes enseguida.

—En cualquier transición, hay aguas revueltas —expliqué mientras Callie se ponía blanca como el papel—. Pasamos de la inversión a la medicina y eso es un cambio difícil, además de mantener a todo el mundo empleado, a nuestros propios accionistas contentos y demás. Puede que hayamos estado perdiendo dinero estos últimos años, pero este acuerdo con Kane… le va a dar la vuelta a todo.

—¿Kane lo sabe? —preguntó Liam, volviendo a mirarme.

—Sabe lo suficiente como para entender lo importante que era que Golden Dove absorbiera los costes de producción durante los primeros dieciocho meses. —No podía apartar los ojos de Callie. Parecía que se iba a caer redonda de un soplido.

—No tenía ni idea —dijo Callie con voz débil—. Creía..., creía que la empresa iba bien. Fuerte. Creía...

—Eh —la interrumpí con suavidad, para que no entrara en barrena—. Su puesto de trabajo está a salvo. Los puestos de todos están a salvo. Es solo que...

Cualquier otra cosa que quisiera decir se me ahogó en la garganta cuando la puerta a espaldas de Callie se abrió de par en par y entró mi padre, Marcus Crane, a grandes zancadas.

—¡Sawyer! —ladró con tanta fuerza que Callie dio un respingo y se encogió contra la pared.

Sentí que el ácido me revolvía las tripas y el corazón empezó a latirme con violencia.

—Padre.

—A mí no me vengas con *padres*. —Mi padre llegó hasta mí a grandes zancadas y se detuvo a un par de metros mientras yo me ponía en pie—. ¿A qué coño crees que estás jugando?

Dado el temperamento de mi padre, había un sinfín de cosas que podría haber hecho para enfurecerlo de esa manera. Mi botella de agua se arrugó bajo la presión de mi mano.

—Tendrás que ser un poco más específico, papá —dije con toda la calma que pude, sin perder de vista a Callie.

—¡Tienes una cara que te la pisas! —Avanzó y apartó a Liam, que se había levantado e intentaba interponerse en su camino—. No solo estás arrastrando por el fango la reputación de esta empresa intentando cerrar un acuerdo enorme basado en una patente robada, sino que, encima, ¿lo sigues haciendo en colaboración con Golden Dove? ¿Es que no tienes vergüenza?

Gritaba cada vez más fuerte, enviando fríos escalofríos por mi espina dorsal y haciendo que me ardieran las mejillas. Me costaba procesar toda su perorata cuando no hacía ni una pausa para respirar.

—Papá...

—Estoy tan *avergonzado* de ti. No creía que pudieras caer más bajo, pero vas de mala decisión en mala decisión, ¡y estoy harto de verte conducir la obra de mi vida directa al puto precipicio!

—¡Papá! ¿Por una vez en tu vida, quieres dar un paso atrás y ver lo bueno que estoy haciendo? ¡Sé lo que hago y lo verías si pudieras sacar la cabeza del culo! —La rabia se apoderó de mí y ya no me importó si alguien nos oía.

—Sawyer...

—No, ahora te toca escuchar a ti. Me he partido el lomo intentando reparar la reputación que tú creaste. He luchado por hacer algo bueno con los beneficios demenciales que amasabas a costa de gente que no se enteraba de nada. ¿Y Kane? ¡Kane es un gran hombre y compartimos una visión!

Los ojos de mi padre se entrecerraron hasta convertirse en dos rendijas, y sus pobladas cejas descendieron tanto que casi le rozaban los pómulos.

—¡Estoy harto de que intentes socavarme solo porque no te gusta con quién elijo trabajar, así que déjame en puto paz!

Mi padre dio un paso adelante.

—¿De verdad estás tan ciego? No puedes ver lo que tienes delante de tus narices porque estás demasiado ocupado intentando demostrar que me equivoco. Tengo décadas de experiencia en este mundo y sé cómo funcionan las cosas —gruñó—. Así que, ¿qué va a

ser, eh? ¿Necesitas más dinero para salir de este lío? Siempre acabas recurriendo al dinero porque vas de víctima por la vida. ¿Necesitas mejores abogados, es eso? Dime qué es y lo arreglaré, una vez más.

—Esta ya no es su empresa —espeté, con el corazón en un puño —. No necesito que arregle nada.

—¡Es mi nombre el que está en el edificio, no el tuyo! —Mi padre se abalanzó hacia adelante y, por un momento, volví a tener diez años.

Estaba en la cocina con los trozos de la maqueta rota de mi padre en las manos. Se había roto mientras jugaba con ella y, temiendo su ira, había hecho todo lo posible por recomponerla. Solo que la había reparado mal, así que mi padre me obligó a mirar cómo hacía añicos las maquetas de barcos y me echaba la culpa por haberlas roto.

Había gritado tan fuerte que me zumbaron los oídos durante días y me había pegado con tal dureza que tuve que decirle a una profesora que me había caído por las escaleras.

En el momento en que se abalanzó sobre mí en mi despacho, volví a sentirme como aquel niño pequeño y no pude moverme. El brazo de mi padre se alzó y se me paró el corazón.

Entonces, de repente, Liam se interpuso entre nosotros y apartó a mi padre de un empujón.

—Aléjese de una puta vez —le espetó—. Y déjese de hablar con rodeos, vejestorio. ¿A qué coño se refiere con que estamos trabajando con una patente robada?

Liam mantuvo un brazo extendido hacia mí, sin llegar a tocarme, pero fue suficiente para reconfortarme brevemente. Tras poner mis ideas en orden, me di cuenta de que habíamos pasado por alto ese punto durante la discusión.

Mi padre soltó una carcajada sin humor, impasible ante Liam.

—¿No hablarás en serio? —Su afilada mirada se deslizó hacia mí —. No es un abogado nuevo lo que necesitas, sino un puto cerebro nuevo.

—¡Explíquese! —soltó Liam, tajante.

—Poned las noticias —gruñó mi padre—. ¿Esa idea de negocio tan novedosa que se os ha ocurrido? Es robada. PRISM ha

presentado una patente para lo mismo, y la suya es anterior a la vuestra. Si vuestro plan era hacer trizas todo lo que es importante para mí... entonces, enhorabuena.

Empezó a aplaudir lentamente.

—Crane Enterprises no sobrevivirá a esto.

Era casi demasiado para procesarlo todo a la vez. ¿PRISM? ¿El puto Eli Talbot ha solicitado la misma patente? ¿Cómo era posible?

¿Y cómo demonios era la suya anterior a la nuestra?

Mientras abría la boca para exigir más explicaciones, un fuerte estrépito sonó a espaldas de mi padre y todos desviamos la atención hacia Callie, que se desplomaba junto a la puerta.

24

CALLIE

—Estoy bien, de verdad que estoy bien.

Mis palabras de consuelo no parecieron importarle a Liam, que mantuvo un brazo alrededor de mi cintura mientras subíamos las escaleras hacia mi piso.

—No, no lo estás. La gente no se desmaya así como así.

—¿Con este calor? —entrecerré los ojos para mirarlo a través de unos mechones de pelo—. Es fácil que pase. Sobre todo porque he estado muy ocupada, y no había bebido mucho hoy, así que ha sido por mi culpa.

Una verdad a medias. Se me estaban dando bien. No podía decirle a Liam que mi mundo se había venido abajo por la abrumadora culpa de saber que Eli no solo ya había seguido adelante con lo que yo robé, sino que Crane Enterprises necesitaba esta victoria más de lo que yo jamás podría haber imaginado.

Creía que estaban bien. Se suponía que los rumores sobre la necesidad de una fusión no eran más que eso: rumores. En cambio, escondían una verdad que nunca podría haber previsto.

—Callie. —Liam se detuvo cuando llegamos a mi puerta—. Voy a cuidarte, por el bien de todos, ¿vale? Te has desmayado e, incluso si es por el calor, no voy a dejarte sola hasta que esté seguro, sin ninguna duda, de que vas a estar bien.

En cualquier otra situación, esto habría sido un sueño. Me habría hundido en sus brazos y habría aceptado con entusiasmo cada gota de atención que quisiera darme. Ahora mismo, sin embargo, no me sentía digna, pero él no iba a aceptar un no por respuesta.

Tenía que fingir un poco más.

—Vale —cedí, entregándole las llaves de mi piso.

—¿Seguro que no quieres que te vea un médico?

—No. —Entré detrás de él y mi respuesta fue un poco cortante. No necesitaba que me viera un médico, ya que estaba esperando la llamada de uno.

Sin embargo, el posible embarazo era lo último en lo que pensaba ahora mismo. Fingir estar bien por Liam me estaba consumiendo toda la energía y ni siquiera me importaba que fuera la primera vez que veía mi piso.

—Vale, escucha. —Liam me cogió la mano en el pasillo y me tomó la mejilla con la palma. Sus preciosos ojos iban y venían de los suyos a los míos. Conteniendo las lágrimas, le sonreí con toda la fuerza que pude.

—Quiero que vayas y te des una ducha fresca. No fría, pero te ayudará a refrescarte. Tienes las mejillas muy sonrosadas.

Su sonrisa era dulce y el calor que me subió a las mejillas aumentó con su comentario, lo que ayudó a mantener la mentira.

—Luego voy a registrar tu cocina y a encontrarte algo para reponer líquidos poco a poco, ¿de acuerdo?

—Buena suerte para encontrar algo que merezca la pena en mi cocina —reí débilmente—. Hace días que no hago la compra.

—Soy un hombre de muchos talentos —sonrió Liam. Luego se inclinó y me besó suavemente.

Por un momento, fue lo único que importó. La suavidad de sus labios, el aroma afrutado de su loción para después del afeitado y la calidez de sus manos. Podría quedarme en este momento para siempre, atrapada solo por sus labios en una pequeña burbuja temporal.

Lamentablemente, no me concedieron ese lujo. El beso se rompió y Liam frunció ligeramente el ceño.

—¿Seguro que estás bien?

—Segurísima. —Forcé una amplia sonrisa—. Te lo prometo.

—Vale. Ahora, ve a ducharte. —Depositó un casto beso en el nacimiento de mi pelo, luego me aparté y me dirigí a mi dormitorio. Liam no me quitó los ojos de encima hasta que cerré la puerta, entonces me dejé caer contra la madera y me tapé la boca con una mano mientras se me escapaba un sollozo de dolor.

¿Cómo he podido causar tanto daño? Todo por lo que Sawyer había trabajado, todo por lo que Kane y Liam habían trabajado, iba a desmoronarse por mi culpa. Marie estaba a punto de empezar en un nuevo colegio, una nueva vida con Liam aquí, gracias a Crane Enterprises.

Dios.

¿Qué he hecho?

La ducha apenas me calmó. Siguiendo las instrucciones de Liam, empecé con una ducha fresca, luego subí la temperatura y me empapé con agua hirviendo, salida directamente del infierno. Me adormeció por fuera, pero no hizo nada para calmar la aguda y corrosiva culpa que me palpitaba en el pecho.

Piensa, Callie, piensa.

¿Había alguna forma de arreglar esto? Incluso si confesara, no había nada que pudiera detener a Eli ahora que había empezado. Sabía que tampoco ayudaría a respaldar mi historia. Esa serpiente era buena para no dejar rastro; con la suerte que tenía, encontraría la forma de salir de rositas.

Los hombres que me importaban serían los únicos que sufrirían.

Me quedé en la ducha hasta que me quedé sin agua caliente, luego salí arrastrando los pies y me puse ropa más cómoda. Todo lo que tenía que hacer era parecer sana y feliz, entonces Liam se iría y podría llorar a gusto.

Estaba desesperada. La presión que se acumulaba tras mis ojos estaba llegando a su límite, y sabía que si lloraba delante de Liam, nunca me lo quitaría de encima.

—¡Eh! —Liam me sonrió radiante cuando entré en la cocina. Señaló la única silla de mi pequeña mesa, donde un cuenco de sopa humeante estaba junto a una cuchara.

—¿Tenía sopa? —levanté una ceja, sin saber cuándo podría haber comprado tal cosa.

Liam rio suavemente. —No. He pedido comida a domicilio cuando me he dado cuenta de que mis limitados talentos culinarios no podían hacer nada con las galletas saladas, el helado y las tres botellas de vino que quedaban en tu nevera.

—Creía que podías cocinar cualquier cosa —lo desafié con ligereza.

—No soy mago. —Como no había otra silla donde sentarse, Liam se apoyó en la nevera y me observó—. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho. —Cogí la cuchara, tomé unos sorbos de la sopa y me sorprendió lo buena que estaba.

—Si estás deshidratada, la sopa es una buena forma de rehidratarse lentamente sin empeorar el desequilibrio de sales —explicó Liam, sin apartar los ojos de mí.

—¿Hablas por experiencia?

—Un poco. —Su sonrisa era natural—. Solía beber muchísimo. Sé cómo rehidratarse en un abrir y cerrar de ojos.

—Anotado. —Unas cuantas cucharadas más y, a pesar de todo, empecé a sentirme más tranquila. Sin embargo, eso no hizo más que aumentar mi sentimiento de culpa, y la mano me empezó a temblar.

—Callie, sé que ya te hemos preguntado esto antes y que siempre das la misma respuesta, pero no estoy seguro de creerte cuando dices que todo va bien. —La tranquilidad desapareció del rostro de Liam—. Todos nos hemos dado cuenta de que has estado un poco rara esta última semana. Muy rara, en realidad.

—¿Te he dado algún motivo para no confiar en mí? —pregunté con firmeza por encima de la cuchara.

—No —respondió Liam con sinceridad—. Pero a veces las palabras no se corresponden con los hechos.

—Es verdad —asentí—. Creo que es que nunca me habíais visto estresada, eso es todo. Por eso os parece que algo no va bien.

Liam asintió, aunque su rostro permaneció impasible, así que no tenía ni idea de si se lo estaba tragando o no.

—De verdad que solo es estrés —le aseguré, y busqué rápidamente un cambio de tema. Sin embargo, tenía una pregunta que me quemaba por dentro, dolorosa pero necesaria—: ¿Qué va a pasar ahora que parece que le hemos robado la patente a PRISM?

El rostro de Liam se endureció. —Sinceramente, no tengo ni idea. Primero, Sawyer tiene que sobrevivir a su padre. Después de eso, todo son suposiciones.

Se me revolvió el estómago y la sopa se me agrió en la boca.

—Hablando de eso… —Liam bajó la vista hacia su móvil, luego se apartó de la nevera y se acercó—. Lo siento mucho, pero tengo que ir a recoger a Marie. Kane viene a sustituirme, así que, por favor, no te duermas ni hagas nada hasta que llegue.

—No necesito una niñera —espeté. Lo último que necesitaba era tener a otro aquí para aumentar mi culpabilidad.

—Me da igual —dijo Liam, besándome la coronilla al pasar—. Sawyer quiere que te tomes el resto del día y mañana para descansar también.

—Vale —mascullé, sabiendo ya que no lo haría—. Gracias por la sopa.

—Cuando quieras. Cómetela despacio. —Su mano se demoró en mi nuca y luego se fue. Me quedé sentada hasta que la puerta principal se cerró con un clic; entonces, me puse de pie con el móvil en la mano. Con las prisas por marcar el número de Bianca y las emociones a flor de piel, acepté por accidente una llamada que entró justo cuando tocaba la pantalla.

Mierda.

—¿Diga?

—¿Señorita Everheart?

—¿Sí?

—Hola. La llamo de la clínica en relación con la cita que tuvo con nosotros hace unos días.

Oh, no.

—Claro. —Se me paró el corazón—. ¿Ocurre algo?

—Como recordará, la prueba de embarazo que se hizo dio positivo, pero quise esperar a los resultados del análisis de sangre antes de hablar de sus opciones. Sus resultados han llegado hoy, y

me complace confirmarle que, efectivamente, está usted embarazada…

Todo lo demás que dijo la doctora no atravesó la niebla que se cernió sobre mí. Las piernas me flaquearon y caí al suelo con un gruñido. Su voz zumbaba en mi oído, pero ninguna de las palabras sonaba a español.

—Lo siento mucho. ¿Puedo volver a llamarla? —Sin esperar su respuesta, colgué y me quedé mirando el móvil, anonadada. Poco a poco, la pantalla empezó a mancharse con las lágrimas que por fin se habían liberado.

¿Un bebé? ¿Ahora? Era el peor momento posible. Llevaba tomando la píldora desde los dieciocho, pero claro, existía la posibilidad de que hubiera dejado de funcionar por el estrés.

¿Qué demonios iba a hacer? Uno de esos tres hombres a los que adoraba iba a ser el padre, y estaba segura de que nunca más podría volver a mirar a ninguno de ellos a los ojos.

Las lágrimas que caían eran silenciosas, a pesar del dolor en el pecho que me oprimía los pulmones con cada respiración. Mi deseo de derrumbarme y sollozar fue sustituido por una pena silenciosa que me invadió como una ola.

Parpadeé y más lágrimas mancharon la pantalla, emborronando el nombre de Bianca. Entonces pulsé para llamar.

Sonó tres veces.

—¿Callie? Hola, tía, ¿cómo estás?

—Bianca… —grazné su nombre.

—¿Callie? —Su tono se inundó al instante de preocupación—. Callie, ¿qué pasa?

—Se está desmoronando todo. Pensé que todo iría bien. Pensé que estaba tomando la mejor decisión con todo esto, pero me equivoqué. Eli tiene la patente y la ha hecho pública. No sé cómo, pero está haciendo que parezca que Sawyer le ha robado. —Las lágrimas seguían cayendo, deslizándose por mi cara como una cascada.

—¿Y Sawyer? Su empresa está en una situación peligrosa. Pensaba que estaban bien, pero me equivoqué. Este acuerdo era decisivo y ahora… Ahora estoy embarazada y no sé qué hacer.

—¡¿Embarazada?! ¡Oh, Dios mío! —Bianca guardó silencio unos instantes—. Voy para allá, ¿vale? No te muevas, no vayas a ninguna parte, quédate ahí, ¿de acuerdo?

—Vale —respondí débilmente—. Lo siento, no sé cómo se ha jodido tanto todo.

—No te preocupes, tía. Lo arreglaremos. No sé cómo, pero lo haremos, ¿vale? Estaré allí lo antes que pueda.

—Vale.

La llamada terminó cuando el jefe de Bianca la llamó para que volviera al trabajo y yo me quedé desplomada en el suelo, mirando distraídamente el mosaico de las baldosas.

¿Cómo había llegado a esto? Todo lo que quería era conseguir el mejor cuidado para mi madre.

Todo lo que quería era aferrarme al hecho de que se acordaba de mí.

Ahora parecía que, al hacerlo, había destruido las vidas de los tres hombres que tanto me importaban. Y había un bebé dentro de mí.

Perdí la noción del tiempo que pasé en el suelo, completamente paralizada. Para cuando sonó el timbre, mis lágrimas se habían secado y mi corazón se había endurecido. No veía ninguna salida, pero si Bianca tenía alguna idea, estaba dispuesta a escucharla.

Avancé por el pasillo, me sequé la cara y sorbí por la nariz; luego abrí la puerta, esperando ver a Bianca allí.

No era ella, era Kane.

Frunció sus oscuras cejas en el momento en que nuestras miradas se cruzaron, pero antes de que pudiera hablar, lo agarré por las solapas de la chaqueta de su traje y lo arrastré hacia mí para besarlo.

25

CALLIE

No hubo más conversación que el gruñido de sorpresa de Kane cuando lo arrastré al salón.

Tenía la mente en blanco, completamente vacía de pensamientos. Solo quería sentir, solo quería actuar y fue pura suerte que Kane estuviera dispuesto a seguirme el rollo.

Nuestras bocas chocaron en besos mordaces, y pasé las yemas de mis dedos por los ásperos mechones de su pelo. Luego, lo empujé por los hombros hasta que cayó de espaldas en el sofá.

Antes de que pudiera hablar, ya estaba sentada en su regazo, restregando mis caderas contra las suyas. Sus manos me calentaron las caderas a través de la camiseta mientras yo le agarraba la suya y le arrancaba los botones a la tela. Interrumpí el beso y bajé a besarle el pecho desnudo. Le pasé la lengua por los oscuros pezones sin dejar de mover las caderas sobre él hasta que su polla se irguió bajo mi cuerpo y rozó mi sexo.

—Joder —gruñó Kane, y me apretó las caderas con más fuerza.

Estaba insaciable. Le mordisqueé un pezón hasta que jadeó y volví a subir hasta su boca a base de besos mientras buscaba entre mis piernas. Pelear con su cinturón fue solo un poco frustrante, pero al final el cuero cedió y pude agarrarle la polla y liberarla de la ropa.

Me puse de rodillas y me bajé los pantalones de chándal todo lo que pude desde esa posición. Kane me ayudó, y luego deslizó las manos por debajo de mi camiseta y me acarició la espalda. Una felicidad absoluta me invadió mientras me hundía en su polla.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí, absorbiendo cómo me llenaba y la satisfactoria sensación de tenerlo dentro de mí. Una sola embestida y ya estaba muy cerca. El pulso se me aceleró y contraje todos mis músculos alrededor de la polla de Kane.

A él se le escapó un gemido ahogado, como si lo hubieran herido, y entonces le rodeé el cuello con las manos y lo besé con fuerza. A partir de ahí, lo cabalgué con cada gramo de fuerza y determinación que tenía. No nos separamos, compartiendo el aliento mientras nos devorábamos las bocas. Sus uñas me arañaron la espalda, provocándome escalofríos por todo el cuerpo. Le succioné el grueso labio inferior, le acaricié el pelo y el cuello, y luego le agarré los hombros con fuerza mientras rebotaba repetidamente sobre su polla.

Era lo único que me apetecía. Lo único que ansiaba en ese momento.

De repente, el brazo de Kane me rodeó, atrayéndome hacia su pecho. La posición no detuvo mis movimientos, pero me proporcionó un ángulo ligeramente mejor. El placer creció, ardiente y rápido, y cuando me corrí, fue con un grito que me desgarró la garganta seca.

Cabalgué a Kane hasta su propio orgasmo y luego le llené la mandíbula de besos. Solo cuando su polla empezó a ablandarse, me deslicé a un lado y me dejé caer en el sofá, sin aliento.

—Joder —jadeó Kane—. ¿A qué ha venido eso?

—No lo sé —reconocí, encogiéndome de hombros, intentando aferrarme un poco más a la paz que me había traído el orgasmo. Por desgracia, se desvaneció demasiado rápido, y me quedé con el mismo vacío que antes—. Estaba cachonda y ya.

—Cuando Liam ha dicho que estaba preocupado por ti, no ha mencionado esto. —Kane se inclinó hacia delante y se abrochó de nuevo la camisa—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —le espeté, y luego respiré hondo—. Lo siento. La gente no para de preguntármelo y tengo la sensación de que no me

creen cuando respondo.

—Bueno, te desmayaste en el trabajo —señaló Kane con delicadeza—. Eso nos ha preocupado a todos.

—Fue deshidratación, nada más. Solo estoy… preocupada por la empresa y por todos los implicados.

La preocupación desapareció del rostro de Kane y asintió, luego su mirada se endureció. —Entiendo. Aquí hay gato encerrado y voy a llegar al fondo del asunto.

A pesar del resplandor postcoital, habría jurado que había algo casi acusador en su mirada. Podría haber sido la culpa hablando, pero no podía arriesgarme. No podía estar cerca de él, o acabaría cantándolo todo.

—Tienes que irte.

—No puedo —dijo Kane, tajante—. Estoy aquí para cuidarte.

Me levanté del sofá y me incliné hacia la puerta. —Va a venir Bianca y lo está pasando muy mal. Me necesita de verdad, así que no puedes estar aquí cuando llegue.

—Ah. —Las cejas de Kane se movieron con sorpresa—. Vale. Lo entiendo, ¿espero que esté bien?

—Está bien. Es que… son muchas cosas.

Cuanto más se acercaba Kane, más sentía que iba a explotar de rabia y disgusto. Casi echaba de menos el entumecimiento de antes de que llegara. Se suponía que el sexo debía hacerme sentir bien, no reavivar sensaciones en mi corazón.

—¿Así que si pudieras...? —ladeé la cabeza, y luego me detuve cuando Kane me sujetó la barbilla entre sus dedos.

—Llámame antes de irte a la cama.

—¿Por qué? —lo miré, entornando los ojos.

—Para saber que estás bien. No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy diciendo.

Un cálido escalofrío me recorrió la espalda y le dediqué una sonrisa. —Lo haré.

Se suponía que debía esperar a Bianca. Quizás debería haberlo hecho.

El problema era que estar sola en mi apartamento después de que Kane se marchara me estaba volviendo loca. La culpa me consumía por completo y no dejaba de subirme por la garganta como la bilis. Hasta que el vómito de verdad me hizo correr al baño tres veces.

Estaba sudando y el corazón me iba a mil por hora. No había nada que pudiera hacer para calmarme, así que al final me he vuelto a vestir y he regresado a la oficina.

No podía vivir así. Necesitaba sincerarme y contárselo todo a Sawyer. Ya no me importaba lo que me pasara y me aferraba a la esperanza de que los papeles que conseguí de Eli bastaran para proteger a mi madre. Si no, encontraría otra forma. Vendería un riñón si hiciera falta; me daba igual.

No podía seguir guardándomelo.

Al llegar a la oficina, me he sobresaltado al toparme con Liam justo al salir del ascensor.

—¿Callie? —Me ha agarrado del brazo y ha fruncido el ceño—. ¿Qué haces aquí? Se supone que tenías que estar descansando con Kane.

—Lo he echado —he respondido—. Creía que estabas con Marie.

—Y lo estaba. Está en la sala de descanso con Hillary. Voy a la cafetería a por algo de comer para ella. —No ha parecido que a Liam le gustara la velada acusación, pero en mi pecho ya no cabía más culpa. Había llegado a mi límite.

Mientras nos sosteníamos la mirada, me he dado cuenta de que me odiarían en cuanto le confesara todo a Sawyer. No volvería a verlos nunca más, al menos no con amor en sus miradas, y, de algún modo, eso dolía más que ninguna otra cosa.

Puede que esta fuera la última vez que Liam pudiera siquiera soportar mirarme.

Qué coño.

Sin pensármelo dos veces, lo he agarrado del cuello de la camiseta y he tirado de él para besarlo. Ha aceptado el beso con un sonido de sorpresa, deslizando un brazo alrededor de mi cintura.

—Necesito que me folles —he jadeado contra sus labios.

A Liam se le ha subido el color a las mejillas. —¿Ahora mismo?

—Ahora mismo —he jadeado contra sus labios.

—Pero Marie...

—A no ser que no puedas con ello.

—Ah, encanto. —Liam se ha lanzado al beso y la victoria ha inundado mi corazón. Su tacto, sus besos y el duro contacto de su cuerpo han bastado otra vez para aplacar la tensión en mi pecho y, como una adicta, estaba enganchada.

Lo he arrastrado hacia el baño y lo he metido dentro de un empujón, cerrando la puerta de una patada detrás de mí. Entonces me ha pegado contra ella, besándome con fuerza mientras sus manos recorrían todo mi cuerpo. Ardía de deseo y con cada mordisquito de sus dientes y cada arañazo de sus uñas, mi mente se iba calmando.

Lo físico era la cura para mi angustia mental, y lo necesitaba. Lo anhelaba. Las manos han rasgado la ropa y, de repente, el pecho desnudo de Liam se apretaba contra el mío. Sus gemidos, como suaves notas musicales, me han envuelto y, en el momento en que su polla se ha deslizado dentro de mí, la paz ha descendido sobre mí.

—Joder, sí —he jadeado, enganchando una pierna alrededor de su cadera mientras me apretaba con fuerza contra la pared—. ¡Fóllame!

—Oh, lo haré. —Liam me ha silenciado con un beso y ha empezado a follarme con una fuerza que no sabía que poseía. Perdí todo el equilibrio, pero él me ha sujetado con un agarre firme y yo me he dejado llevar.

Si esta iba a ser la última vez que lo hacíamos, iba a ser increíble.

Y lo fue. Las manos y la boca de Liam estaban por todas partes, provocándome y acariciándome mientras me abrazaba y se aseguraba de que no me cayera. Cada embestida de su polla llegaba muy profundo y, como ya estaba sensible por lo de Kane, mi orgasmo ha llegado mucho más rápido de lo que esperaba. Justo

cuando estaba a punto, gimiendo desesperada y perdiendo el agarre de Liam, de repente se ha salido de mí.

Antes de que pudiera preguntar qué estaba haciendo, me ha girado hacia el lavabo y me ha inclinado sobre él, para luego volver a entrar en mi coño por detrás. Me he aferrado a la fría porcelana y he gemido con desesperación. Liam me ha agarrado un puñado de pelo y me ha levantado la cabeza, obligándome a mirarme en el espejo mientras me follaba.

—Mírate —ha jadeado en mi oído—. Mira lo jodidamente desesperada que estás por esto.

No podía mirarme, así que me he centrado en Liam. La mandíbula fuerte, las suaves líneas de su atractivo rostro y la forma en que se le arrugaba el rabillo del ojo cuando fruncía la nariz.

Era guapísimo y verlo follarme era muy erótico. Mi orgasmo se ha recuperado rápidamente y me ha invadido casi sin previo aviso. Me he corrido con un grito que he ahogado mordiéndome el labio y, mientras me contraía alrededor de la polla palpitante de Liam, él ha llegado a su fin dentro de mí en cuestión de minutos.

Ha sido perfecto. Él era perfecto. Una calma feliz se ha posado de nuevo sobre mí como una manta y me he aferrado a ella mientras nos separábamos y nos vestíamos.

—Eso ha sido fantástico —ha sonreído Liam con aire de suficiencia—. ¿Pero a qué ha venido? Siempre has parecido más de cena y cortejo antes del sexo. No de un polvo rápido en el baño.

—¿Qué quieres que te diga? —le he sonreído con pereza mientras la calma empezaba a desvanecerse—. Eres irresistible.

—Oh. —Liam se ha llevado una mano al pecho—. A mi ego le encanta oír eso.

Mientras reíamos, el sonido de voces alteradas ha llegado a través de la puerta y Liam ha fruncido el ceño. Después de vestirnos, hemos salido a toda prisa del baño.

Kane y Sawyer estaban a un par de centímetros de distancia, gritándose el uno al otro. Estaban a punto de saltarse a la yugular y no necesitaba una bola de cristal para saber por qué.

26

CALLIE

—¡Teníamos un trato! —ruge Kane, y nunca le había oído alzar la voz hasta ese punto. Pasaba lo mismo con Sawyer, nunca le había oído gritar y ahora ambos estaban a segundos de empezar una pelea en mitad del pasillo.

—Un trato en el que me has jodido —gruñó Sawyer—. Nunca pensé que llegaría el día en que mi padre tuviera razón, pero aquí estamos. Debería haber sabido que no podía confiar en un Lewis. Solo os importa el dinero.

—¿Me estás jodiendo? Tu empresa es una puta mierda y no solo no podías esperar a exprimirme hasta el último céntimo, sino que tuviste que ir y vender lo único que te quedaba. ¡Espero que el puto dinero valiera la pena! ¡Sabía que los métodos empresariales sanguinarios de tu padre eran demasiado buenos como para que los dejaras pasar! —Los hombros de Kane subían y bajaban con dificultad—. ¡Solo te importa el dinero, igual que a tu queridísimo papá! ¿Cuánto te ha pagado PRISM, eh?

El puño de Sawyer impactó contra la cara de Kane con tanta fuerza que este retrocedió tambaleándose con un grito. Un zapato se le enganchó en la áspera moqueta y tropezó. Habría caído al suelo si Liam no se hubiera lanzado a sujetarlo.

—Sawyer, por favor...

—No —espetó Sawyer, sacudiéndose la mano con la que había golpeado a Kane—. No te *atrevas*.

Liam tuvo el buen juicio de empezar a arrastrar a Kane, forcejeando con él para meterlo en el ascensor y alejarlo de la pelea. Se estaban destrozando entre ellos, todos buscando a un traidor y ninguno miraba en la dirección correcta. Ninguno me miraba a mí.

Una oleada de retortijones me apuñaló el abdomen y tragué saliva con dificultad para deshacer el nudo que se me formaba en la garganta. Esto iba a terminar fatal, ya podía preverlo.

Tenía que confesar antes de que alguien más pagara el pato por mis actos.

—¿Sawyer? —Me acerqué a él lentamente, con la verdad en la punta de la lengua.

Su atención se centró de golpe en mí, y sus ojos estaban tan llenos de ira que me dejaron sin aliento. ¿Haría esa ira que arremetiera contra mí cuando le dijera la verdad?

—¿Qué coño haces aquí? —espetó Sawyer—. ¿No te dije que te tomaras un par de días?

—Sí —asentí, temblorosa—. Pero he vuelto porque..., bueno, con todo lo que está pasando, no podía dejar que os destrozarais así.

Sawyer puso los ojos en blanco bruscamente y regresó a su despacho a grandes zancadas. Lo seguí, cerrando la puerta tras nosotros para tener algo de intimidad.

—¿Existe la posibilidad de que te equivoques? —pregunté, girándome para mirarlo.

La boca de Sawyer chocó contra la mía en un instante. Sus dientes se arrastraron por mi labio inferior, mordiendo con la fuerza suficiente para que un destello de dolor lo recorriera. Cuando su lengua siguió, aliviando el mordisco, todo pensamiento de dolor se desvaneció de mi mente. Hasta que enroscó una mano en mi pelo y agarró los mechones con el puño. Un dolor ardiente me recorrió el cuero cabelludo y jadeé, lo que le dio a su lengua fácil acceso a mi boca. Me besó con fuerza y profundidad, usando el agarre en mi pelo para atraerme contra su cuerpo.

El calor que irradiaba era embriagador y todo pensamiento de confesión se desvaneció de mi mente. Había probado a Kane. Había

tenido a Liam. Ahora era el turno de Sawyer.

Una despedida por todo lo alto.

Me dije a mí misma que le contaría la verdad más tarde, pero ese pensamiento se derritió con el calor que crecía en mi interior. Un fuego ardía en mi pecho mientras mi corazón se aceleraba. El calor se extendió hacia el sur y se acumuló de forma casi dolorosa entre mis muslos. Mi centro palpitaba y una poderosa ola de *deseo* me arrolló.

El trasero de Sawyer chocó contra la mesa. Solo entonces rompió el beso con otro mordisco brusco en mi labio inferior. El dolor brotó, así que metí los labios en la boca para aliviar el mordisco con mi propia lengua. Los ojos de Sawyer eran tan oscuros que me estaba perdiendo en ellos, como si me ahogara en un lago sin fondo con solo la luz de la luna para guiarme.

Me puso una mano pesada en el hombro e inmediatamente caí de rodillas ante él. La saliva me inundó la boca, obligándome a tragar de forma audible, y un suave gruñido escapó de Sawyer.

—Te dije que te fueras a casa y no me hiciste caso. Parece que nadie sabe seguir una puta orden, ¿verdad?

—Yo sí sé —jadeé, colocando las manos en sus fuertes muslos. Su músculo se tensó bajo mi palma y, cuando se desabrochó los pantalones, su polla dura quedó libre en segundos—. Es que no podía dejarte así.

—Cállate —espetó—. No quiero excusas. Abre la puta boca.

Nunca antes me habían hablado así. Nunca Sawyer se había mostrado tan acalorado ni tan autoritario, y eso me estaba poniendo tan cachonda que me moría por tocarme. La presión que se acumulaba en mi centro era abrumadora y apretar los muslos no era suficiente para satisfacer la punzada. Quería que me tocaran. Quería que me follaran.

Quería que me usara para desahogar sus sentimientos una última vez y luego le diría la verdad.

Una parte de mí quería que me castigara. Como si sus actos pudieran hacer algo para mitigar mi culpa.

Así que abrí la boca y Sawyer me metió su polla de una sola y suave embestida. Su almizcle llenó mis sentidos y mis párpados se

agitaron mientras él se hundía tan profundo como podía. Ambas manos terminaron en mi pelo, arrastrando mi boca sobre su polla hasta que la cabeza de terciopelo golpeó el fondo de mi garganta.

Tuve una arcada de inmediato, pero él no se retiró, no al principio. Sawyer se mantuvo ahí durante un largo momento, luego se deslizó hacia atrás y me permitió tomar una bocanada de aire. Su ritmo se volvió castigador. Me aferré a su muslo con una mano y envolví la otra alrededor de su polla, masturbando lo que no cabía en mi boca.

Sus caderas embestían hacia delante, forzando su polla cada vez más adentro de mi garganta con cada estocada. Las lágrimas me inundaron los ojos, pero no podía apartar la vista de él mientras me miraba. Solo su mirada bastaba para clavarme en el sitio, y no podía mirar a otro lado. Ahuequé las mejillas y chupé con todo el entusiasmo que pude, pero era difícil encontrar un ritmo en la potencia de sus embestidas. Me follaba la boca con determinación y pronto mi mano ya no fue necesaria.

Tenía toda su polla metida en la garganta y mis arcadas parecían excitarlo aún más. Sawyer se mantuvo ahí hasta que empecé a notar un ardor en la garganta y mi necesidad de aire se hizo insoportable. Le di un empujón en los muslos y él se retiró de inmediato, dejándome boqueando en busca de aire.

La falta de aire y luego la bocanada de oxígeno fueron estimulantes y, a pesar del mareo, mi sexo palpitaba de necesidad. Lo deseaba desesperadamente.

—Sawyer —grazné.

Agarrándome del pelo, tiró de mí hacia arriba y nuestras bocas chocaron. Habría sido una pelea si no fuera porque yo estaba completa y absolutamente dispuesta a cederle el control. Lo anhelaba más que nunca.

Su lengua se deslizó junto a la mía, mezclándose con el sabor que su líquido preseminal había dejado en mi boca. El beso se rompió y Sawyer me empujó sobre su escritorio, haciendo que las patas de metal chirriaran en señal de protesta. Los bolígrafos y el material de oficina se desparramaron por la mesa mientras yo los apartaba. Sawyer me subió la falda y me bajó las bragas con el

mismo movimiento. El corazón me latía con fuerza, el sudor hacía que la ropa se me pegara a la piel y mi sexo *gritaba* pidiendo atención.

—Estás jodidamente empapada —gruñó Sawyer. Su polla me penetró rápidamente y un gemido necesitado y desesperado se escapó de mis labios.

—Por favor —jadeé, curvando los dedos contra el cristal—. ¡Te necesito!

Sawyer empezó a follarme duro y rápido, sujetándome la cintura con ambas manos. Unos cuantos gemidos fuertes después, se inclinó y me tapó la boca con una mano. Mis gemidos se convirtieron en quejidos y jadeos contra sus dedos, obligada a guardar silencio a pesar del placer que me invadía con cada embestida. El ángulo era perfecto; la altura del escritorio hacía que mi trasero se arqueara ligeramente y su polla daba en todos los puntos clave dentro de mí.

La otra mano de Sawyer permaneció en la parte baja de mi espalda, manteniéndome pegada al escritorio incluso mientras me embestía. Rápido y duro, luego profundo y lento; no había ritmo en su cadencia, así que no podía anticipar lo que haría a continuación. Me mantenía al borde constantemente. Entonces, sus dedos se deslizaron en mi boca y los chupé instintivamente.

Sawyer gruñó sobre mí y sus embestidas se convirtieron en un torbellino de poder. Luego, con un grito que sonó como si se lo hubieran arrancado del pecho, se corrió. Un calor me inundó por dentro, calentando mis músculos bien follados, y yo seguí chupándole los dedos. Sawyer siguió follándome durante cada espasmo de su propio orgasmo hasta que el mío llegó a la cima. Me corrí con un grito ahogado, temblando por todas partes mientras mi deseo por fin se veía satisfecho.

Cuando Sawyer sacó su polla blanda de mi coño, fue como si se hubiera pulsado un interruptor. Sus caricias fueron suaves mientras me ayudaba a levantarme, me apartaba un mechón de pelo de la oreja y luego me acunaba la cara.

—¿Estás bien?

Asentí, todavía jadeando, y me pasé la lengua por el mordisco del labio. —Estoy de maravilla.

—¿Seguro? —Aunque sus ojos todavía albergaban rabia, también había una tierna preocupación.

Le agarré la muñeca con suavidad y asentí contra la palma de su mano. —Te lo prometo.

—Tienes que irte a casa. Descansa.

—Puedo quedarme aquí contigo. —La realidad volvía a imponerse mientras nos vestíamos y la verdad tenía que salir a la luz—. En realidad hay algo...

—No, Callie. —Sawyer se subió la cremallera de los pantalones y volvió a acunarme la cara—. Necesito que te vayas. Tengo que llamar a los abogados y tomar la delantera antes de que Kane me joda aún más.

—Pero...

—No. Ahora mismo solo eres una distracción..., una muy hermosa, pero, por favor, necesito saber que estás descansando. Te has desmayado y no deberías estar aquí. Ni siquiera debería haber... —Se interrumpió y me miró.

Cruzándome de brazos, fruncí el ceño. —¿No deberías haber qué, follado conmigo? Es un poco tarde para empezar a arrepentirte.

—Eh —me reprendió Sawyer bruscamente—. No me arrepiento. Pero necesito que me escuches. Vete a casa. Descansa. Necesito centrarme en esto.

Quería hablar, decirle la verdad y acabar con esto de una vez por todas, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. ¿Por qué? ¿Por qué no le decía la verdad y ya está? El deseo de hablar debía de reflejarse en toda mi cara porque Sawyer me señaló cuando llegó al otro lado de su escritorio.

—No. Vete a casa.

Mi casa era el último lugar al que quería ir, pero obedecí su petición aunque solo fuera para que dejara de reñirme. Tenía su punto, a su manera, pero a medida que el subidón postorgásmico empezaba a desvanecerse, supe que solo me aferraba a eso como una distracción. Usaba el sexo para ganar más tiempo con unos hombres que me detestarían en el momento en que supieran la verdad.

Llegué al vestíbulo y me detuve. No podía huir de esto. Lo sabía. Estaba siendo una cobarde.

Pero tenía miedo..., miedo de lo que me pasaría cuando confesara. ¿Podría soportar mirar a los ojos que me profesaban tanto amor y ver cómo se transformaban en una ira fría y dura?

Debatí conmigo misma durante más de una hora, merodeando por el vestíbulo mientras la tarde oscurecía y terminaban los turnos de la gente. Multitudes de personas pasaban a mi lado, saludándome o demasiado absortas en conversaciones sobre la explosiva discusión de Sawyer como para fijarse en mí.

Justo cuando tomé una decisión y consideré que había pasado suficiente tiempo para que Sawyer estuviera más tranquilo, sonó mi móvil. El nombre de Bianca apareció en la pantalla y dudé si contestar. Sin embargo, iba a necesitar su ayuda después, así que decidí responder.

—Hola, Bianca. No te imaginas lo que...

—¡Callie! —sollozó Bianca, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Bianca? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Es horrible —sollozó Bianca con la voz rota—. ¡Todo se ha ido a la mierda!

27

CALLIE

¡Bianca!

Corriendo desde la parada del autobús, me detuve justo al pie de las escaleras de mi piso sin aliento. Había corrido tanto que me dolía el pecho, pero el dolor por la falta de aire no era nada comparado con el de ver a mi mejor amiga acurrucada al final de la escalera, apoyada en mi puerta mientras las lágrimas le corrían por la cara.

—Oh, Bianca, ¿estás bien? —le pregunté, subiendo los escalones de dos en dos—. ¿Qué ha pasado? —Al llegar a su lado, me agaché hasta ponerme a su altura y le cogí las manos, que tenía hechas un puño y aferraban unos pañuelos de papel arrugados.

—Callie —gimió Bianca, alzando sus ojos enrojecidos hacia mí—. Ay, Dios, ha sido horrible, tía.

—¿El qué? Cuéntamelo, ¿qué ha pasado?

—¡Me han despedido! —soltó Bianca, y una nueva oleada de lágrimas le bañó las mejillas—. Alguien... alguien se quejó de que había maltratado a su perro y de que no era la primera vez que pasaba. ¡Me despidieron en el acto!

Bianca apartó las manos y hundió la cara en los pañuelos arrugados, sollozando con fuerza.

Todos mis pensamientos sobre Sawyer y los demás se desvanecieron. Mi única prioridad era Bianca. ¿Cómo era posible? Bianca era la persona más dulce y genuina que había conocido en mi vida. Apenas levantaba la voz, y mucho menos se le pasaría por la cabeza hacerle daño a un animal. Ni siquiera necesité preguntarle si era verdad, porque la conocía. Esa acusación era una sarta de mentiras.

—Venga, entremos —la abracé y aproveché para ayudarla a levantarse. Entre mantener a Bianca cerca y hacer malabares con las llaves para meterla en casa, conseguí que entrara. Al poco rato, estaba sentada en mi cocina con un montón de pañuelos nuevos para llorar mientras yo me afanaba en prepararle un té.

Té sin leche, ya que el cartón había caducado hacía tiempo. Vaya...

—Lo siento —lloriqueó Bianca, haciendo trizas los pañuelos que tenía en las manos.

—No lo sientas —contesté al instante, poniendo a hervir el agua y buscando el azúcar—. Solo cuéntame qué ha pasado.

—Bueno, llegué al trabajo hoy y todo era normal, ¿sabes? Les di de comer a todos los animales, asistí a una operación de un perro viejito adorable como siempre y luego saqué a cinco a pasear. Era un día normal y mi jefe estaba contento conmigo. Estaba preocupada por ti, eso sí.

Bianca me miró y un sentimiento de culpa me oprimió el corazón mientras vertía el agua caliente.

—Pero no le hice daño a ninguno. Quiero a todos los perros de allí y adoro mi trabajo. Jamás les haría daño. Tienes que creerme. —Una nueva oleada de dolor la invadió y se desplomó sobre la mesa.

—Te creo —dije con firmeza, dejándole con cuidado una taza de té caliente delante y frotándole la espalda—. Tiene que haber algún error, porque te conozco. Sé que no serías capaz de hacerle daño ni a una mosca.

Las manos de Bianca rodearon la taza caliente y la acunó contra sí misma, sin importarle que las lágrimas le gotearan desde la barbilla hasta caer en el líquido.

—Me nombraron a mí —gimió, mirándome con los ojos brillantes —. Dijeron que había sido yo específicamente y que tenían pruebas suficientes como para que mi jefe no quisiera escucharme. Me despidió en el acto y le dio igual todo lo que yo tuviera que decir.

Se me rompió el corazón por ella. Deslicé la mano desde su espalda hasta el hombro opuesto y la abracé con fuerza mientras otra oleada de sollozos la superaba.

—Lo siento mucho, Bianca. Arreglaremos esto. Te lo prometo.

Sinceramente, no tenía ni idea de cómo, pero sí sabía que no iba a dejar que luchara sola contra esto. Le di un beso en la coronilla y luego volví a la encimera para coger mi propia taza. Justo cuando mis dedos se cerraban sobre la porcelana caliente, entró una llamada en mi móvil que tenía toda la intención de ignorar, hasta que vi el nombre en la pantalla.

Eli.

¿Qué coño quería?

Hablar con él era lo último que me apetecía, sobre todo con Bianca tan disgustada, pero sabía que no era el tipo de hombre al que podía ignorar.

—Lo siento mucho, Bianca. ¿Me das dos segundos?

Estaba demasiado afectada para hacer otra cosa que no fuera agitar un pañuelo empapado en mi dirección. Me fui hacia la puerta, contesté a la llamada y me encogí sobre el móvil para intentar ocultar el ruido de sus llantos.

—¿Qué?

—Maldita *zorra* rastrera y retorcida —ladró Eli por teléfono.

Un escalofrío nauseabundo me recorrió la espalda y se me puso la piel de gallina. —¿Perdona?

—¿De verdad creías que no me daría cuenta? ¿De verdad pensabas que podías intentar estafarme y salirte con la tuya, eh? Zorra de mierda. Te advertí de lo que pasaría si me traicionabas, pero no has escuchado.

—Eli, no tengo ni idea de lo que...

—No hables —siseó con voz sombría—. Escucha, por una vez en tu miserable existencia. No sé si ha sido por un exceso de confianza

o si es que estabas enferma de tanta polla que te da Sawyer, pero, sea como sea, te has metido con el cabrón equivocado.

Cada palabra chorreaba veneno y la confusión en mi pecho acabó dando paso a un miedo gélido.

—¿Creías que tu vida era miserable antes de mí? Cuando acabe contigo, tu vida de antes te va a parecer el puto paraíso. ¿Me entiendes, zorra? Bianca ha sido la primera. Un aperitivo de lo que soy capaz de hacer. Tu madre es la siguiente. Espero que haya merecido la pena, Callie, porque, cuando termine, no va a quedar nada de ti.

La llamada terminó, dejando un silencio vacuo resonando en mis oídos mientras luchaba por procesar todo lo que me había gritado en treinta segundos.

¿Bianca había sido la primera?

Lentamente, me volví hacia Bianca, que seguía llorando sobre su té. No había bebido ni un sorbo, pero no importaba. Se lo había preparado principalmente para que entrara en calor.

¿Acaso… Eli había hecho que despidieran a Bianca? Pero ¿por qué? Ella no formaba parte de esto. No formaba parte de nada. Era solo mi mejor amiga.

Quizá ese era su delito. La había herido porque sabía que me heriría a mí, y desde luego tenía el dinero y la influencia para soltar Dios sabe cuántas mentiras para salirse con la suya.

Despacio, le escribí un mensaje a Eli pidiéndole que me lo aclarara, porque no tenía ni idea de qué demonios estaba hablando. Hice todo lo que me pidió, ¿no?

Lo hice todo.

Justo cuando la desesperanza se hinchaba dentro de mí como un globo, Bianca soltó un sollozo más fuerte que me llamó la atención. Corrí hacia ella y la rodeé con mis brazos en un fuerte abrazo.

Primero, Bianca. De esto sí tenía el control. Podía consolarla y cuidarla. Todo lo demás vendría después.

—Escúchame, Bianca. Sabemos que tiene que haber algún tipo de error. Tiene que haberlo —le aseguré con dulzura, acariciándole el pelo con la mano—. Sé que ahora mismo tienes el corazón roto,

pero llegaré al fondo de esto, te lo prometo. Y haré que te devuelvan el trabajo. Te lo juro, ¿vale?

—¿Cómo? —lloriqueó Bianca, volviendo su rostro bañado en lágrimas hacia mí—. ¿Cómo vas a arreglarlo? Las cosas que dijeron que le hice a su pobre perro… No puedo ni *pensar* en ello.

—Ahora mismo no tengo la respuesta, pero no me voy a rendir, ¿vale? Esto no ha acabado. Vas a recuperar tu trabajo, te lo juro.

Bianca no me creyó, y no podía culparla. Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas que derramar, y entonces pude guiarla desde la silla hasta mi dormitorio. Mandarla a casa no era la mejor idea y no quería que se quedara sin algún tipo de consuelo. Se dejó hacer mientras la guiaba hasta la cama. Cuando se tumbó, le di un beso en la frente y le subí las sábanas hasta el cuello, y luego la arropé bien. Sorbió por la nariz y me miró con los ojos vacíos.

—Lo siento.

—No lo sientas —la tranquilicé en voz baja—. Tú descansa un poco, ¿vale? Las cosas se verán de otra manera por la mañana. Te lo prometo.

Me quedé con ella hasta que se durmió, luego la dejé descansando y volví a la cocina. Un entumecimiento me oprimía el pecho, y me senté de golpe, con la mirada fija en el té ya frío que había dejado Bianca. Hacía ya unas horas que le había escrito a Eli, pero no había respondido. Fuera, el mundo estaba tan oscuro y silencioso como mi cocina, y la calma del silencio se rompía de vez en cuando con el creciente zumbido de mi nevera.

Me quedé mirando el mensaje de Eli hasta que se me nubló la vista, repasando sus amenazas una y otra vez en mi mente.

Hice *todo* lo que me pidió y, sin embargo, hablaba como si lo hubiera traicionado. Sí, había planeado contarle la verdad a Sawyer, pero nada debería haber cambiado, ya que nunca lo llevé a cabo. ¿Se habían enterado de alguna otra manera?

Quizá Sawyer pudo ver cómo se copiaban los archivos en su ordenador, o quizá alguien más me vio e informó de ello. Un montón de teorías inútiles daban vueltas en mi cabeza a medida que la noche avanzaba y, para cuando un tinte rosado se extendió por el cielo, seguía sin estar más cerca de entenderlo.

Mi mejor amiga había sido el blanco de sus ataques y ahora tenía el corazón roto y no tenía trabajo. Eli afirmaba que mi madre era la siguiente y, viendo lo furioso que estaba, no tenía motivos para dudarlo. Encima, me había chivado de los hombres de los que me he enamorado, y ahora tengo un bebé dentro de mí que crecerá sin padre por mi culpa.

Quizá incluso sin madre, si la rabia de Eli era un indicio de lo que me deparaba el futuro.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer?

Lo repasé todo en mi cabeza una y otra vez, hasta que los detalles empezaron a desdibujarse por culpa de mi propio agotamiento. Pero no podía dormir. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y la culpa me estaba carcomiendo.

Con todo fuera de control, para cuando el primer canto de los pájaros de la mañana llenó el aire, ya había tomado una decisión.

Era una mala decisión, pero era lo único sobre lo que aún tenía control. Es lo único de lo que he estado escondiéndome, lo único que he temido que me destrozara la vida.

La verdad.

Pero si Eli está empeñado en destruir todo y a todos los que me importan, lo único que puedo hacer para protegerlos es sincerarme. Decir la verdad podría ser la única forma de adelantármele y salvar a mi madre antes de que acabe como Bianca.

Angustiada y sola.

Fui al salón, cogí mi portátil y empecé a escribir un correo electrónico rápido para Sawyer. También incluí a Liam y a Kane en el mensaje. Si me quedaba algo de suerte en este mundo, quizá esto sería suficiente para que se olvidaran del odio fuera de lugar que sentían el uno por el otro y se centraran en el verdadero enemigo.

Yo.

Mi carta de dimisión fue breve y directa. Le di las gracias a Sawyer por todo lo que había hecho por mí. Como ya no formaba parte de la empresa, podrían arreglar las cosas. Luego les pedí que no me juzgaran con demasiada dureza por lo que estaba a punto de suceder y que supieran que, cuando les dijera la verdad, lo único que pedía era un poco de comprensión.

Firmé el correo con una última petición. Les supliqué que ayudaran a mi mejor amiga. Lo que a mí me falta de poder e influencia, a ellos les sobra y, aunque sé que es mucho pedir después de lo que he hecho, rezo para que encuentren en sus corazones la voluntad de ayudarla.

Al fin y al cabo, ella es inocente.

Al contrario que yo.

28

LIAM

—¡¿Qué demonios quiere decir con que *dimite*?!

A estas horas de la mañana, esperaba estar hasta el cuello de papeleo de los abogados, no recibir un correo de Callie en el que comunicaba que presentaba su dimisión.

¿Cómo? ¿Por qué? No tenía ningún sentido. Ayer, cuando vino a la oficina y nos divertimos un poco en el baño, nos despedimos en buenos términos. Yo *creía* que se llevaba bien con todo el mundo, pero, por lo visto, se me había escapado algo.

—Que dimite —dijo Sawyer en voz baja, de pie junto a la ventana, contemplando cómo la ciudad se despertaba bajo el cálido sol.

—Ya sé que ha dimitido —espeté—. Pero no entiendo por qué lo ha hecho. ¿Tú qué has hecho?

—Yo no he hecho nada. —Sawyer ni siquiera se giró para mirarme. Siguió contemplando la ciudad, inmóvil.

—Algo habrás hecho, porque yo no he hecho nada. —Hice una pausa y volví a leer su correo—. Al menos, no creo que haya hecho nada. Estaba contenta. ¿A ti no te lo pareció?

—Parecía… —Sawyer suspiró profundamente y se giró para mirarme—. Creo que hemos estado distraídos. Con la patente, el

negocio y ahora esta demanda. Creo que hemos pasado por alto algo importante y ahora Callie se ha ido.

—No se ha ido —dije con incredulidad—. Solo ha dimitido. Pero no se ha ido… ¿verdad? —No nos dejaría, ¿o sí? Lo de la empresa podría entenderlo, con lo tensas que habían estado las cosas. La demanda no inspiraba precisamente confianza en nuestras capacidades, pero en cuanto a nuestra relación, las cosas habían ido bien.

Estaba seguro de que sí.

Mirando por encima del hombro, vi a través del cristal a Marie, sentada en el escritorio de Callie con la cara metida en la tableta, totalmente concentrada en sus dibujos animados. Adoraba a Callie tanto como yo. Si Callie se había ido de verdad, ¿cómo iba a darle la noticia?

Me había arriesgado a presentárselas como era debido, pero en ese momento me pareció lo correcto. Todo lo relacionado con Callie me parecía correcto. ¿Cómo podía simplemente… haberse ido?

—Creo que está intentando irse —dijo Sawyer, cruzando la estancia hacia su escritorio. Con un movimiento fluido, cogió la chaqueta del traje y se la puso—. Pero no voy a dejar que lo haga.

Una gota de esperanza brotó en mi pecho, así que me concentré en ella en lugar de en el incipiente malestar que se anudaba justo debajo de mis costillas. Estábamos perdiendo la patente y no quería perder a Callie también. Ella era lo único normal en mi vida que era brillante y cálido.

La necesitaba. La amaba.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a encontrarla —dijo Sawyer, como si fuera lo más obvio del mundo. Quizá debería serlo, pero mi mente seguía enredada con demandas, abogados y robos—. Tengo que encontrarla. Lo estaba pasando mal. Lo vi y acepté sus excusas porque estaba distraído. Debería haber insistido más. Debería haberla obligado a decirme la verdad.

Su voz se quebró ligeramente y una mano se le cerró en un puño. Entonces me di cuenta de lo que Sawyer quería decir en

realidad. Le gustaba. Le gustaba mucho y se estaba castigando por no haber prestado más atención.

—Te gusta —dije lentamente—. No es solo una diversión para ti. De verdad te gusta.

Sawyer puso los ojos en blanco. —A ti también, o no estarías aquí preocupado por haber metido en la vida de tu hija a una mujer a la que quieres conservar.

Fue tan directo y certero que casi me dejó sin aliento. Era demasiado fácil olvidar lo observador que podía llegar a ser Sawyer cuando se lo proponía. Así que a los dos nos gustaba…, más que gustarnos. Saber que podría no volver a verla jamás me oprimía el pecho como si algo pesado me aplastara la caja torácica.

—Entonces, vamos a por ella.

—¿Vamos? Pero tenemos una llamada con los abogados en veint…

—Liam. —Sawyer se puso delante de mí y me clavó su mirada tranquilizadora—. ¿Quieres quedarte aquí a charlar con los abogados o quieres venir conmigo a encontrar a Callie y solucionar esta mierda de una vez por todas?

—A por Callie —respondí de inmediato—. Pero Marie está conmigo. No voy a abandonarla sin más.

—Tráela. —Sawyer se dirigió a la puerta—. Podría ayudar. Cuanta más gente que la quiere vea Callie, más posibilidades tendremos de llegar a la verdad.

—Vale. Llamaré a Bianca. Sea lo que sea que esté pasando, Callie quiere que la ayudemos por alguna razón.

—Un buen punto de partida. —Sawyer salió de su despacho y fue directo al escritorio de Callie mientras yo sacaba el móvil y marcaba el número de Bianca. Vi a Marie levantar la cabeza y sonreírle a su tío, luego se bajó de la silla y dejó la tableta mientras asentía enérgicamente.

Por desgracia, Bianca no contestó para cuando llegamos al ascensor, así que le envié un mensaje de texto para preguntarle si podíamos vernos, que era urgente.

Para cuando llegamos a la planta baja, Bianca respondió con una disculpa, diciendo que se estaba duchando cuando la llamé y por

eso no había podido contestar.

—¿Tío Sawyer? —dijo Marie, cogiéndole de la mano y balanceándola hacia delante y hacia atrás mientras caminábamos.

—¿Sí, cariño?

—¿Crees que es posible que los elefantes vuelen?

—¿Volar?

—Sí, tienen esas orejas enormes y los abejorros pueden volar con un trasero grande, así que, ¿por qué los elefantes no? —preguntó Marie inocentemente.

Resoplé divertido, a medio escribir una respuesta para Bianca, cuando me choqué con la espalda de Sawyer. Con un gruñido, retrocedí trastabillando y reprimí la maldición que se me subía a la garganta.

—¿Sawyer?

Al asomarme por encima de su hombro, volví a sentir una opresión en el pecho. Kane estaba de pie frente a nosotros, con una berlina negra aparcada a su espalda. No había pensado mucho en él con lo rápido que nos habíamos ido de la oficina, pero lo habían incluido en el correo. Era lógico que él también estuviera preocupado.

—Sawyer. —Los ojos de Kane se desviaron hacia Marie y, de repente, sentí un alivio aún mayor de que estuviera allí. No se enzarzarían en una pelea de gallos delante de mi hija.

—Kane.

—Habéis recibido el correo, ¿supongo? —Las palabras de Kane tenían un ligero toque de nerviosismo, como si esperara que lo despacháramos. Si fuera cualquier otra situación, puede que así fuera, pero eso sería demasiado egoísta por nuestra parte. Callie apreciaba a Kane y no podíamos decidir eso por ella.

—Sí —contesté antes de que Sawyer pudiera añadir algo sarcástico—. Vamos a reunirnos con Bianca para enterarnos de lo que pasa.

—¡Callie necesita ayuda! —declaró Marie, completamente ajena a la tensión que había entre los tres—. ¿Tú también vienes?

Kane alzó la vista hacia Sawyer con una pregunta silenciosa en sus ojos oscuros. Contuve la respiración, rezando para que Sawyer

no dejara que su ego se interpusiera esta vez.

—Sí —respondió Sawyer finalmente—. Kane también viene.

—Podemos ir en mi coche. —Kane entró en acción de repente y abrió la puerta de la berlina que tenía detrás—. Solo tiene que decirle al conductor adónde quiere ir.

Le dediqué una pequeña sonrisa al pasar a su lado y le solté la dirección de la clínica veterinaria de Bianca. Nos había pedido que nos reuniéramos allí y yo había aceptado, ya que no estaba lejos.

La tensión en el coche se podía cortar con un cuchillo, incluso con Marie tarareando para sus adentros mientras jugaba con los mandos de las ventanillas. La vigilaba con un ojo para asegurarme de que ningún dedito se quedara atascado donde no debía.

—¿Sabemos qué ha pasado? —preguntó Kane, sentado muy erguido con las manos sobre las rodillas. Tenía un buen moratón oscuro en la mandíbula del puñetazo que le había dado Sawyer el día anterior.

—No —replicó Sawyer—. Tenemos el correo, eso es todo. De hecho, yo… —Sawyer suspiró suavemente—. Asumo la culpa. Sabía que no me estaba diciendo la verdad, pero no insistí porque estaba distraído. Pensé que aguantaría hasta después de que solucionáramos lo de la patente y que entonces podría enfrentarme a ella, pero me… me equivoqué.

—¿He oído bien? —resoplé en voz baja—. ¿Sawyer admite que se equivoca?

Sawyer me lanzó una mirada fulminante.

—Yo… creo que puede que todos nos hayamos equivocado un poco y tengamos parte de la culpa —dijo Kane en voz baja—. En realidad, he venido aquí con dos intenciones. La primera era Callie, por supuesto. Y la segunda era… —Kane hizo una pausa y miró a Marie.

—No pasa nada —le aseguré, moviendo una mano a la pierna de Marie—. Te diré que te calles si creo que esto se sale del territorio apto para niños.

—Bueno, pues investigué un poco la contrademanda presentada por PRISM. Sé que se perdió mucha información durante las

reacciones iniciales, pero después de irme ayer, lo revisé todo con lupa y me di cuenta de algo bastante evidente.

Sawyer observaba en silencio, esperando que Kane continuara.

—PRISM nos está demandando con la patente equivocada.

Enarqué las cejas. —¿Qué?

—PRISM está usando la patente antigua, la que finalmente abandonamos por su similitud con algo que ya había en el mercado. Así que, quienquiera que filtrara la patente a PRISM, filtró nuestros archivos antiguos del proyecto abandonado, no los actuales que realmente presentamos.

La frente de Sawyer se arrugó. —Eso es… inesperado. ¿Lo saben los abogados?

—Sí. —Kane asintió—. Les informé en cuanto me di cuenta y, antes de acostarme, me enteré de que el caso se va a desestimar. PRISM va a quedar como una auténtica idiota, pero no solo eso, sino que ahora se enfrentará a una demanda de la empresa original de la patente que dice que es suya.

—A ver si lo he entendido bien. PRISM se hizo con una patente que creía que era nuestra, mintió y la reclamó como propia, e intentó demandarnos. Fracasaron porque esa patente no tiene nada que ver con nosotros. ¿Y ahora el propietario original de esa patente los demandará a ellos?

—Sí —resopló Kane suavemente y una pequeña sonrisa asomó en la comisura de sus labios—. Y mientras PRISM está metida en ese lío, nosotros podremos asegurar nuestra patente y sacarla al mercado sin complicaciones.

Sawyer permaneció en silencio, con el ceño fruncido, sumido en sus pensamientos. No reaccionó, ni siquiera cuando Kane todavía se refirió al acuerdo como *nuestra* patente y se percibía una nota de esperanza en su voz de que, ya que estaba claro que ninguno de ellos era el topo, quizá el trato seguía en pie.

—Alguien robó los archivos antiguos —reflexionó Sawyer—. Curioso, ¿no?

Al llegar a la clínica veterinaria, vi a Bianca en los escalones. Tenía el rostro demacrado y los ojos cargados de pesar cuando se

levantó para recibirnos. Sin soltar la mano de Marie, le dediqué una sonrisa.

—Marie, esta es Bianca, la amiga de Callie.

—¡Hola! —Marie saludó enérgicamente con la mano y una pequeña sonrisa apareció en el rostro de Bianca.

—Hola, encantada de conocerte. Lo siento, no os esperaba a todos. —Se alisó las manos sobre los vaqueros y nos miró a los cuatro—. Vaya.

—¿Has visto a Callie esta mañana? —preguntó Sawyer, acercándose a ella.

—No. Me quedé en su casa anoche, pero cuando me he despertado ya se había ido. Aunque me había dejado una nota, diciéndome que Kane haría que me devolvieran el trabajo.

—¿Yo? —Kane enarcó una ceja, rodeándome—. ¿Cómo iba a poder hacer yo eso?

—Yo… —Bianca se juntó las manos sobre el abdomen y se retorció los dedos—. Me despidieron ayer por las quejas de un cliente que decía que había maltratado a su animal. Lo cual, te juro por mi vida, no es verdad. Adoro a los animales de aquí y nunca les haría daño.

Sawyer y yo intercambiamos una mirada mientras Kane se acercaba a Bianca. ¿Qué tiene que ver esto con Callie? Tenía la clara sensación de que una pieza del puzle estaba justo fuera de nuestro alcance.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté a Sawyer en voz baja mientras seguíamos a Bianca y Kane al interior.

—Creo que hemos estado ciegos —respondió Sawyer—. Creo que… di por sentada a Callie y no la presioné lo suficiente porque una parte de mí estaba segura de que no habría vuelta atrás una vez que cruzara esa línea. Tendría que admitir que estoy enamorado de ella y no estaba preparado para hacerlo. Así que la mantuve a distancia y ahora…

Creo que nunca había oído a Sawyer sincerarse tanto, así que le apreté el hombro con la mano que tenía libre y le dediqué una sonrisa de ánimo.

—Tranquilo. Llegaremos al fondo de todo esto y ayudaremos a Callie con lo que sea que esté pasando en realidad. Y entonces todo irá bien.

—Siempre eres tan positivo.

—Claro que lo soy —me reí entre dientes—. ¿Os habéis visto a ti y a Kane? Alguien tiene que rebajar tanto dramatismo.

—¿Este es el informe? —preguntó Kane, que estaba al otro lado del mostrador con un expediente en la mano. Bianca estaba a su lado, asintiendo, mientras que un hombre que supuse que era su jefe se encontraba al otro.

—Sí, señor —respondió el hombre—. Todo está ahí.

Kane recorrió las hojas con la mirada y, de repente, se quedó helado.

—¿Qué pasa? —exigió Sawyer de inmediato.

—¿Eli Talbot es quien asegura que Bianca maltrató a su perro?

—Sí —dijo Bianca—. Pero te juro que nunca he hecho daño a ningún animal.

¿Eli? ¿El director ejecutivo de PRISM tenía a su perro aquí?

Miré a Sawyer, que a su vez me miró a mí en el mismo instante. Mis propios pensamientos se reflejaban en sus ojos.

¿Por qué iba a estar Eli aquí? Por no hablar de que Callie nos había pedido a todos que viniéramos a ayudar a Bianca a recuperar su trabajo.

—Puedo decirte ahora mismo que es una soberana gilipollez —soltó Kane de sopetón.

—¡Kane! —le ladré, tirando de Marie hacia mi pierna y tapándole los oídos—. ¡Esa boca!

—Lo siento. Este informe es una farsa. Cualquier buen abogado le haría pagar por despido improcedente, ¿lo sabe? —Kane golpeó con el expediente en el pecho del jefe.

Al ver cómo se desencajaba su rostro y la esperanza iluminaba los ojos de Bianca, de repente todo encajó en mi cabeza.

Eli. ¿Era por eso por lo que Callie había estado tan rara? ¿Eli había estado merodeando en sus círculos?

Por lo visto, Sawyer llegó a la misma conclusión, porque dio un paso al frente y apoyó una mano en el mostrador.

—Bianca.

—¿Mmm? —Ella levantó la vista hacia él y se mordisqueó el labio inferior, nerviosa.

—¿Sabes quién es el *amigo* que pagó el tratamiento médico de la madre de Callie?

29

SAWYER

«No sé qué es más impresionante —murmuró Liam mientras pasábamos por la recepción y nos adentrábamos en la residencia donde vivía la madre de Callie—. Que Kane haya conseguido que le devolvieran el trabajo a Bianca o que hayas asustado tanto al vigilante de la entrada que nos esté dejando pasar sin más».

—No he *asustado* al vigilante —repliqué bruscamente—. Simplemente le expuse mi plan, muy claro, de cómo usaría mis millones para desmantelar este lugar pieza por pieza y echarle toda la culpa a él si no me dejaba entrar.

—¿Porque eso no da miedo? —resopló Kane—. Además, es fácil desacreditar a una cucaracha como Eli. Bianca nunca debería haber perdido su trabajo, para empezar, y yo tengo más pasta que ese cabrón.

—Aun así —reflexionó Liam—. Ha sido impresionante. Callie lo agradecería si pudiéramos encontrarla. ¿Creéis que Marie estará bien con Bianca?

—Callie confía en ella —contesté—. Eso es todo lo que necesito saber sobre su carácter.

Nos detuvimos cerca de un arco que conducía a las profundidades de la residencia. Delante de nosotros, varias personas

mayores pululaban por allí, entretenidas con diversas actividades, desde puzles hasta manualidades. Las puertas dobles de cristal del fondo daban a un hermoso jardín y odiaba admitir que estaba impresionado. Cuando Bianca reveló que Eli era el «amigo» de Callie que ayudaba a pagar la estancia de su madre, no me había esperado un lugar tan decente.

Sabía cómo manipular a la gente, ¿verdad?

—¿Puedo ayudarlos? —Una mujer con el pelo muy rizado y un vestido azul marino apareció a nuestro lado. Nos dedicó a todos la misma sonrisa fina y educada—. ¿Vienen a ver a un familiar?

—En realidad, esperaba poder hacerle unas cuantas preguntas. —Liam le cogió el codo con delicadeza y la apartó de mí. Mientras él y Kane captaban su atención con preguntas, me deslicé hacia el interior de la sala de actividades y me dirigí hacia una mujer a la que reconocía, pero que nunca había conocido. Callie tenía una foto de su madre en el escritorio y, aunque no hablaba mucho de ella, me resultó fácil distinguirla entre la multitud.

Estaba sentada en un gran sillón junto a la ventana, contemplando el vasto y colorido jardín y bebiendo de un vaso de plástico rosa.

—¿Sarah? ¿Sarah Everheart?

Se volvió hacia mí y una sonrisa radiante se extendió por su rostro arrugado. —¿Sí? ¡Oh, pero qué guapo es usted! ¡Dios mío!, ¿cuándo han empezado a contratar a hombres como usted? —Soltó una risita suave, pero a pesar de la ligereza de su voz y de la amplitud de su sonrisa, había algo distante en sus ojos.

Con razón Callie se había tomado el proyecto de trabajo de una forma tan personal.

—Hola, encantado de conocerla. —Le tendí una mano y luego le estreché su mano temblorosa cuando ella me la ofreció—. Me llamo Sawyer. Sawyer Crane.

—¡Crane! —exclamó Sarah, llevándose unos dedos temblorosos a los labios—. Oh, mi hija conoce a un Crane. Aunque no recuerdo su nombre.

Un aleteo inesperado me revolvió el corazón. ¿Callie le había hablado de mí a su madre? Eso era extrañamente adorable.

—En realidad, quería hacerle un par de preguntas sobre su hija, si no le importa.

Tomando asiento frente a Sarah, observé cómo la confusión empañaba sus facciones por un momento. —¿Mi hija? Mi... ¡oh, Callie! Oh, es una chica tan buena. Tan buena. Me cuida muy bien, sí que lo hace.

Sarah asintió con firmeza.

—Lo sé. Es una persona muy atenta. Aunque se guarda muchos de sus sentimientos. ¿La ha visto hace poco?

—¿A Callie? Oh, sí, ha estado aquí esta mañana, pero estaba hecha un lío —dijo Sarah con un suave reproche—. Creo que se ha peleado con su marido.

¿Su marido? Callie había insistido en que no estaba casada. ¿Su marido era el mismo que su «amigo»? —¿Se han peleado?

—No lo sé. Estaba tan triste, pobrecita. Tan triste esta mañana, pero no ha querido decirme por qué. No paraba de disculparse, pero... no sé por qué.

—¿Dijo algo que pudiera...? —A pesar de mi deseo de obtener respuestas, me callé. La atención de Sarah volvió a la ventana y esa triste niebla cubrió su rostro una vez más. Sospeché que la ventana de claridad que acababa de presenciar se había cerrado.

—¿Sarah?

Sus ojos volvieron a posarse en mí. —¡Caramba! ¿Es usted nuevo? Qué guapo es.

—Gracias. Quería preguntarle por su hija. —¿Valía la pena volver a intentarlo? No estaba seguro. Esta vez, la niebla permaneció alrededor de Sarah y ella negó con la cabeza lentamente.

—¿Mi hija?

—Sí, su hija. ¿Callie? —Me dolía el corazón al verla así, aunque apenas la conocía. No podía imaginar lo que debía de ser para Callie sentarse aquí una y otra vez y no ver más que un vacío en los ojos de su madre.

—¡Oh, mi hija! —Una luz brilló tras los ojos de Sarah y suspiró con nostalgia—. Ojalá viniera a verme. Hace tanto que no la veo y, como no tenga cuidado, la clase empezará sin ella.

¿La clase? Enseguida supe que no debía insistir más. En lugar de eso, me incliné y usé la jarra para rellenarle la bebida. Sarah me sonrió cálidamente.

—Es usted nuevo, ¿verdad, cielo?

En poco tiempo, fui testigo de cómo era la vida de Callie con su madre, y eso con el increíble tratamiento que le proporcionaban. No la culpaba en absoluto por querer aferrarse a ello. Recuperar hasta la más mínima conexión con su madre debía de ser embriagador.

—Sí, soy nuevo —sonreí con amabilidad—. Solo quería ver cómo estaba.

—Oh, eres un chico amable —sonrió Sarah—. Un chico muy amable.

Entablé una pequeña charla trivial antes de levantarme de la silla. Por desgracia, no llegué muy lejos antes de que una enfermera se dirigiera directa hacia mí desde el otro lado de la sala y me detuviera a pocos metros de la salida.

—¿Quién es usted? —siseó, agarrándome del codo—. ¿Qué se cree que hace, hablando con los pacientes?

Una parte de mí comprendía que simplemente estaba haciendo su trabajo, pero me encendió. Las cosas que había descubierto que Callie me había estado ocultando no hicieron más que avivar el fuego para encontrarla y asegurarme de que estaba bien. Fuera cual fuera el resultado real de este lío, la ayudaríamos a solucionarlo.

—No me toque —espeté, manteniendo la voz baja—. Por qué estoy aquí y qué estoy haciendo no es asunto suyo, pero quizá pueda ayudarme con algo. Es una vergüenza lo que he tardado en poder entrar a ver a mi madre.

—¿Su madre? —levantó una ceja—. ¿Quién?

—Sarah Everheart —solté una pequeña mentira—. Se supone que mi hermana se encarga de todo y, en lugar de eso, me veo inundado constantemente de llamadas y mensajes sobre facturas y novedades que no he pedido. Se suponía que todo esto ya estaba arreglado.

—Lo siento mucho...

—Se supone que Callie se encarga de todo, ¡pero tengo que estar aquí porque llevan un negocio tan chapucero!

—Señor, lo siento. Su hermana, Callie, estuvo aquí hoy y estaba algo angustiada por la situación económica, pero le dije que lo que pedía era imposible.

—¿Y qué era? ¿A ella se lo puede decir, pero yo solo recibo llamadas molestas? Pensaba que habíamos acordado que todo pasaría por mí y, sin embargo, ahora me entero de que Callie está al cargo.

—Bueno, señor, su nombre es el que figura en la cuenta, y su marido nunca mencionó a nadie más. Ni siquiera sabía que tenía un hermano.

—Eso suena a un fallo en sus registros —espeté—. ¿De qué estuvo hablando? Más le vale no haber deshecho lo que tanto me costó conseguir —la sarta de mentiras fluyó con rapidez, pillando a la enfermera con la guardia baja. Por suerte para mí, no le dio más vueltas y siguió hablando.

—Quería ver si le condonábamos la tarifa de cancelación. Solo trasladó a su madre aquí hace unos meses, pero como le dije, un cambio así es terriblemente perjudicial para los pacientes y no podemos responsabilizarnos de ningún cambio en la salud de Sarah debido a otro traslado. Ya le había explicado todo esto también a su marido.

—¿Su marido?

—Sí, Eli —la enfermera entrecerró un poco los ojos—. ¿Es que no hablan entre ustedes? Creo que esto se trataría mejor en una reunión familiar que aquí, en la sala de recreo.

Ah. Eli. Esa pequeña rata escurridiza se había colado en sus registros como su *marido*. Fui un estúpido por no haberlo visto antes. Con mis sospechas confirmadas, forcé una sonrisa.

—Gracias por la información. Aunque debería vigilar mejor quién tiene acceso a los pacientes —con un gesto de asentimiento, crucé la sala a grandes zancadas y volví a pasar bajo el arco.

Liam y Kane seguían ocupados en el mostrador, pero al verme, se despidieron y salimos juntos.

—¿Y bien? —preguntó Kane, poniéndose a mi altura mientras volvíamos al coche—. ¿Estaba aquí?

—¿Ha dicho algo su madre? —preguntó Liam.

—Sé cómo parece todo esto —empecé, mirándolos a ambos—. Callie es una mujer honesta y ahora mismo parece que es ella quien filtró la información. Con Eli tan metido en su vida, no creo que lo hiciera voluntariamente.

—¿Cómo se nos ha pasado esto? —preguntó Liam, con el ceño cada vez más fruncido—. Creía que confiaba en nosotros. Creía que podía hablar con nosotros.

—Callie es muy reservada —señaló Kane—. Se acostó con todos nosotros sin que los demás lo supiéramos. No digo que eso sea malo, pero guarda secretos.

Al llegar al coche, Kane nos abrió la puerta y nos metimos dentro. Me dejé caer hacia atrás contra la puerta opuesta, dándole vueltas a todo en mi cabeza.

—Eli es la clave —decidí—. Solo que no sé cómo, exactamente. Tenemos pistas e ideas, pero no lo sabremos con seguridad a menos que encontremos a Callie. La manipuló, pero al mismo tiempo su madre está en un centro excelente. Entiendo por qué querría mantenerlo.

—No pensarás que de verdad eran amigos, ¿verdad? —preguntó Liam—. Ella sabe que no debe fiarse. Quiero decir, mira lo que le hizo a Bianca.

—Como he dicho —lo miré fijamente—, solo conocemos la mitad de la historia.

—Bueno, repasemos lo que sí sabemos —Kane suspiró profundamente, frotándose el puente de la nariz—. Eli es el director ejecutivo de PRISM. PRISM se hizo con nuestra patente, pero era el diseño antiguo que nunca seguimos adelante porque era una pesadilla legal.

—Lo que significa que fue robado de mi ordenador —añadí—, ya que todos los detalles del nuevo diseño los guardabas tú.

—Sí —asintió Kane—. Eli va a la clínica veterinaria de Bianca y luego consigue que la despidan por una acusación falsa.

—Y según Bianca, Eli siempre fue amable con ella, así que no me parece un ataque personal. Entonces, ¿lo hizo para hacerle daño a Callie?

—¿Pero por qué? —insistió Kane—. Tiene la patente y cree que ha ganado.

—Trasladó a su madre y usó su fortuna para que nadie pestañeara, pero según la enfermera, Callie había estado preguntando por el coste de trasladarla de vuelta —apreté los labios y gemí—. Debe de haber estado hecha un lío.

—¿Crees que está usando a su madre en su contra? —preguntó Liam, cuya pierna empezó a moverse de un lado a otro—. ¿Haciéndose pasar por un salvador al conseguirle ayuda y luego usándolo para tener algo con lo que presionar a Callie?

—Eso creo.

—Oh, joder —dijo Kane de repente y ambos lo miramos—. La contrademanda por la patente era con la versión antigua y no era viable. Y nuestros abogados se lo habrían hecho saber a sus abogados ayer, cuando me di cuenta. Así que Eli no cree que haya ganado.

Un escalofrío me recorrió los hombros, y la revelación me golpeó con fuerza en el pecho. —Cree que le han tendido una trampa. Pensará que Callie le ha tendido una trampa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Liam—. ¡Tenemos que encontrar a Callie!

30

CALLIE

El edificio de Crane Enterprises se alza ante mí como una estatua gigantesca, del todo impasible mientras me acerco. Durante años fue un símbolo de tranquilidad. La señal de que pronto estaría sentada a mi mesa, comiéndome con los ojos desde la distancia a mi jefe macizo. Nunca habría podido soñar entonces que acabaría así.

Nunca soñé que llegaría a saber a qué sabían sus labios. Cómo se sentía su polla. Tampoco pensé jamás que me ligaría a otros dos hombres increíblemente atractivos que también estaban interesados en mí y que no tendría que elegir con cuál quería estar. Semejante aceptación era algo glorioso.

Cada paso que daba hacia él estaba lastrado por la certeza de que esta sería la última vez que cruzaría esas puertas. La última vez que pensaría en esta empresa, o en esos hombres, con cariño en mi corazón. Tenía que ignorar el amor que florecía en mi corazón e ignorar el dolor agudo que, lentamente, estaba ocupando su lugar.

En cuanto Sawyer leyera mi carta, todo se habría acabado.

Se acabarían las sonrisas secretas. Se acabarían los besos y las caricias. Se acabaría el amor.

Rezaba para que Bianca estuviera bien. Los hombres a los que amaba tenían buen corazón y estaba segura de que harían algo para

ayudarla, aunque solo fuera por fastidiar a Eli. En parte sentía curiosidad por si Bianca acabaría contándoles todo, pero, al final, estaba segura de que no importaría.

Ya me había despedido de mi madre, y la última parte de mi carta, manchada de lágrimas, era una súplica para que intentaran ayudarla. Si Eli la castigaba para hacerme daño, ella no tendría ni idea de lo que estaba pasando. No merecía sufrir por eso.

Iba a ir a la cárcel, ¿verdad? Lo que había hecho era sin duda ilegal y no me extrañaría que Sawyer hiciera todo lo posible por verme encerrada por filtrar secretos de la empresa. Creo que siempre lo había sabido, en el fondo de mi mente. Simplemente no me había importado.

Mi miedo a Eli y mi deseo de proteger a mi madre siempre habían sido más fuertes.

Mi intento actual de hacer lo correcto llegaba demasiado poco y demasiado tarde. Pero no podía seguir callada, no cuando Eli estaba atacando a las personas inocentes de mi vida.

En cuanto al bebé... tampoco tenía ni idea de qué hacer con eso. Dejé esa parte fuera de la carta. Confesar mi amor por Sawyer y los demás es el último dolor que puedo infligirles. Pasaron de ser mis amores platónicos a convertirse en pilares de apoyo fundamentales en mi vida, cuidándome de formas que nunca había experimentado.

Decirles que estoy embarazada me parecía demasiado, así que ese secreto me lo guardaré.

Por ahora.

El edificio se acerca y mis pasos vacilan. Cada uno es más lento que el anterior y la parte posterior de mis muslos empieza a temblar. Mi vida, tal y como la conocía, estaba a punto de terminar.

De repente, algo sólido chocó contra la parte de atrás de mi cabeza, haciéndome caer de bruces sobre las manos y las rodillas. Un grito de dolor se me escapó de la garganta, pero cuando intenté tomar aire para serenarme, me taparon la nariz y la boca con algo áspero.

Mi siguiente inspiración la tomé a través del trapo, y el dolor que me abrasaba la nuca se atenuó al instante. Los guijarros afilados

que se me clavaban en las palmas de las manos se convirtieron en un dolor sordo y la oscuridad me envolvió en segundos.



La consciencia volvió a mí lentamente. La presión alrededor de mis muñecas fue lo primero que me alertó de forma alarmante cuando intenté levantar un brazo para apartarme el pelo de la cara. No pude. Algo me sujetaba ambos brazos. Apreté los puños e intenté de nuevo, pero la presión aumentó a la par de mis esfuerzos. La confusión se abrió paso en mi mente aturdida y luché por abrir los ojos.

Una luz brillante y cegadora me deslumbró, así que cerré los párpados de golpe y gemí. El dolor punzante en la nuca se fue haciendo notar poco a poco y, con él, una náusea seca que sentí como si algo me estuviera forzando a abrir la garganta.

Iba a vomitar. Joder, iba a...

Una palma chocó bruscamente con mi cara, haciendo que mi cabeza se echara hacia arriba y hacia atrás. Abrí los ojos de golpe, que me ardían por la luz brillante de la habitación, pero la bofetada fue más que suficiente para espabilarme al instante.

Estaba sentada, atada a una silla en una habitación de hotel con persianas de lamas verticales en las ventanas y una cama con dosel en la esquina más alejada. Las paredes de color marrón turbio y la moqueta de color canela no daban una sensación de lujo, lo cual era una sorpresa dado que Eli Talbot estaba sentado frente a mí.

—¿Eli?

—Ya era puta hora de que te despertaras —gruñó Eli, y cerró el puño. Lanzó el puñetazo en dirección a mi cuerpo y un terror helado se apoderó de mí.

—¡Espera! ¡Estoy embarazada! —grité, intentando encogerme en la silla para proteger mi cuerpo.

Eli se detuvo, con el puño a unos centímetros de mi cuerpo, y luego se rio. Fue un sonido frío y seco, como una ráfaga de viento a través de una bolsa de papel. —¿De verdad?

—Sí —jadeé, con lágrimas asomando a mis ojos—. Lo estoy. Por favor, por favor, no... por favor.

—Joder, pues esto ya es la puta guinda del pastel. —Algo impedía a Eli continuar con el puñetazo. No esperaba que me tuviera tanto respeto en ese sentido, pero incluso hombres crueles como él parecían tener sus límites.

—No lo entiendo. ¿Qué hago aquí? ¿Pero qué estás haciendo?

—¡¿Yo?! —Eli se levantó tan rápido que tiró su propia silla hacia atrás. Cayó con estrépito y la apartó de una patada—. ¡Hay que tener mucha cara para atreverte a preguntarme eso cuando has sido tú la que me ha jodido, pequeña zorra!

—¿Qué? —Mierda, ¿qué he hecho? No he hecho nada, ¿o sí? ¿Habrá encontrado la carta para Sawyer?

—¡No te hagas la inocente! —En cuestión de segundos, Eli se me echó encima, me agarró un puñado de pelo y me echó la cabeza tan hacia atrás que se me tensó la garganta. La respiración se me volvió ronca cuando me sujetó la mandíbula con la otra mano y me apretó la articulación.

—Víbora de mierda. Resulta que no eres solo la cara bonita y tonta que te gusta aparentar, ¿eh?

—Por favor —sollocé con debilidad, a pesar de su agarre—. No sé de qué hablas.

—¡Claro que lo sabes! —me rugió, y las gotas de su saliva me quemaron la piel. Apretó con tanta fuerza que, por un segundo, temí que fuera a desencajarme la mandíbula.

—Por favor…

—Han rechazado mi patente. ¿Lo sabías? ¿Te reíste de ello con los tíos con los que te acuestas? ¿Para ti todo esto no era más que una puta broma? Pues déjame decirte una cosa: cuando termine de destrozarte la vida, ¡el que se reirá seré yo!

—¡No… tengo ni idea de qué hablas! —Logré decir entre jadeos desesperados por respirar, mirándolo a sus ojos llenos de odio mientras gemía.

Eli gruñó y me soltó. La cabeza se me cayó hacia delante, con la barbilla pegada al pecho, y rompí a llorar.

—Resulta que robaste un puto diseño antiguo que Sawyer ya había archivado después de que Kane señalara sus similitudes con un viejo proyecto de otra persona —espetó Eli—. ¡Le encantó contármelo anoche!

Eli se paseaba por la habitación delante de mí, pasándose la mano por el pelo una y otra vez.

—Así que ahora PRISM parece idiota por intentar demandar con un diseño antiguo que ni siquiera usaron, y yo me enfrento a una demanda del verdadero fabricante del diseño que robaste. ¿Tienes idea del daño que has causado?

Terminó gritándome en la cara y su palma chocó contra mi mejilla una vez más.

—Por favor —jadeé mientras un sabor a cobre se extendía por el interior de mi boca—. No lo sabía. Robé lo que me pediste que robara. ¡No sabía que era el equivocado!

—¡No te creo! —Eli me agarró por la parte delantera de la camisa y tiró de mí hacia arriba, silla incluida. Las ataduras de mis muñecas y tobillos se me clavaron en la carne por el peso de la silla, y sollocé con más fuerza.

—¡¿Dónde está?!

—¡No lo tengo! No lo tengo, por favor. No sé dónde está, no sé lo que necesitas, por favor, lo siento. ¡Por favor, por favor!

Eli me soltó con un gruñido de asco y aterricé con estrépito. La silla se inclinó peligrosamente hacia un lado, pero por instinto conseguí mantenerme erguida. El corazón me retumbaba en los oídos y cada respiración me quemaba la garganta por los restos de productos químicos que aún había en mi interior.

¿Había robado lo que no era? ¿Cómo era posible?

—Bien. Eres una puta inútil, así que supongo que tendré que hacerlo yo mismo. —Eli se acercó a la mesa de madera junto a la ventana y cogió un teléfono.

Mi teléfono.

—Cuando haga desaparecer a tu madre, haré que Sawyer me dé la patente.

—¿Qué? —Levanté la cabeza e intenté secarme las lágrimas parpadeando rápidamente—. ¡No, no puedes! ¡Ella no ha hecho

nada!

—¡Y tú tampoco, zorra de mierda! —gritó Eli—. ¡Si lo hubieras hecho, nadie más tendría que sufrir!

—¡Por favor! No puedes hacer esto. No puedes hacerle daño. ¡Joder, qué coño te pasa! —Mi terror dio paso a la ira y tiré con fuerza de las ataduras. La silla se balanceó y grité, furiosa porque incluso ahora recurría a las amenazas. No había forma de que yo hubiera sabido que le había conseguido el archivo equivocado.

¡Joder!

Entonces, empecé a gritar. Era lo único que se me ocurría, ya que estábamos en un hotel y, si tenía suerte, alguien me oiría y vendría a ver qué pasaba. Un destello de furia candente cruzó el rostro de Eli y agarró otra cosa de la mesa. Se me acercó y se convirtió en una batalla: yo gritaba más fuerte mientras él me hacía una llave y me tapaba la boca con cinta adhesiva. La cinta me rodeó la cabeza, enganchándose en mi pelo, pero apenas noté el dolor.

Mis gritos se apagaron. Las lágrimas me dificultaban la respiración por la nariz. En lugar de eso, todo lo que podía hacer era fulminar con la mirada a Eli mientras volvía a mi teléfono y marcaba un número.

¿Estaba llamando a la residencia? ¿Iba a hacer que se la llevaran a algún sitio donde no la volvería a ver jamás? Lo odiaba. Lo odiaba con todo mi ser y volqué todo ese odio en mi mirada mientras él se alisaba el pelo y se enderezaba la corbata plateada.

—Vaya, hola. —La voz de Eli se había vuelto mucho más tranquila de repente—. ¿Callie? Oh, no te preocupes, Sawyer. Está aquí mismo, conmigo.

¿Sawyer? ¿Por qué lo llamaba a él? Tomando todo el aire que pude, grité tan fuerte como me fue posible a través de la cinta, pero el efecto fue mínimo. Apenas hice ruido y, desde luego, no lo suficiente como para que se oyera por el teléfono.

Eli me dedicó una fría sonrisa de suficiencia.

—¿Para hablar? Sí, creo que sería una gran idea si quieres volver a verla con vida. Reúnete conmigo junto al río. Y ven solo.

31

KANE

—Deberíamos llamar a la policía, ¿no? —Liam estaba de pie cerca del escritorio de Sawyer, meciéndose ligeramente—. Sería lo correcto. Lo sensato. Tendrán protocolos para este tipo de cosas, ¿verdad?

Nuestra búsqueda de Callie nos había traído de vuelta a la oficina de Sawyer, cerrando el círculo, y no había ni rastro de ella. No respondía al teléfono, ni siquiera cuando la llamó Bianca. Era como si se hubiera desvanecido en el aire después de ver a su madre, y no sabíamos por dónde empezar a buscar.

Hasta que Eli nos llamó desde el teléfono de ella.

La tenía él. Y su amenaza había sido clara. Sawyer tenía que reunirse con él, a solas. A saber qué le pasaría a Callie si no obedecíamos, pero en cuanto esas palabras salieron de la boca de Sawyer, supe que no iba a dejar que fuera solo a ninguna parte.

—No —respondió Sawyer tras unos largos segundos de reflexión. Sentado en su silla, tenía el ceño muy fruncido y tamborileaba rítmicamente con los dedos sobre el escritorio—. Nada de policía.

—¿Y por qué demonios no? —espetó Liam—. ¡Ese psicópata ha secuestrado a nuestra chica! Me importa una mierda todo lo demás. ¡No me importa la patente, ni el robo, ni toda esa mierda! ¡Ella es lo que me importa!

—¡Y a mí también! —Sawyer levantó la cabeza de golpe y le lanzó a Liam una mirada firme—. A mí también, Liam. Y cuando le ponga las manos encima a ese cabrón, no habrá ningún policía cerca para ayudarlo.

—Estoy de acuerdo. —Mis palabras fueron más suaves, pero captaron la atención de ambos. Ninguno de nosotros lo diría directamente, por si algo salía mal, pero estaba de acuerdo. Nada de policía. Las cosas que quería hacerle a Eli era mejor hacerlas sin que la policía estuviera implicada. Sin testigos. Esa víbora asquerosa no se iba a escapar esta vez.

—Ah… —La comprensión se reflejó en el rostro de Liam—. Entonces, nada de policía. —Nos miró a Sawyer y a mí—. Entonces, ¿qué?, ¿vamos al río y le obligamos a decirnos dónde está Callie?

—Esa es la idea. —Sawyer se pasó una mano por el pelo—. Cuando acabe con él, tendrá suerte si es capaz de decírnoslo. Con que pueda escribirlo me conformo.

Liam asintió lentamente, luego se dio la vuelta y salió de la oficina. Toda la preocupación que se aferraba a sus facciones se desvaneció cuando corrió hacia Marie. Estaba jugando con Bianca en el escritorio de Callie y, por suerte, Bianca había accedido a cuidarla todo el tiempo que necesitáramos.

Me volví hacia Sawyer.

—¿Te ha dicho cuándo?

—En unas horas.

—¿Crees que está viva? —Era la pregunta que más fuerte resonaba en mi cabeza y, por mucho que intentara ignorarla, simplemente no podía. Eli ya había llegado a extremos insospechados y ahora estaba entre la espada y la pared. No me atrevía a imaginar de lo que era capaz.

La mirada de Sawyer estaba baja, con el pelo cayéndole sobre la frente. Había desaparecido el aspecto impecable que tanto le gustaba.

—Como le haya hecho daño —dijo Sawyer lentamente, levantando la vista hacia mí—, lo mataré.

~

La espera hasta que anocheció fue insufrible. Cada hora se arrastraba como si fueran uñas arañando una pizarra y ni siquiera las llamadas de nuestros abogados consiguieron distraernos. A pesar del lento paso del tiempo, la última hora pareció volar, y salimos a toda prisa de la oficina para dirigirnos al río. Liam fue el último. Dejar a Marie por segunda vez hoy fue duro para él, aunque ella estaba de buen humor.

Volvería con ella en nada de tiempo.

Eso esperaba.

El lugar que Eli había elegido estaba bastante apartado. Un tramo del río escondido detrás de un antiguo bistró que había cerrado sus puertas hacía más de seis meses. El agua oscura brillaba ominosamente a la luz de la luna mientras nos acercábamos. El callejón desembocaba en otro más sucio con una pequeña escalera que conducía a una plataforma más elevada.

Allí, Eli estaba de pie con una sonrisa retorcida en la cara. Sus facciones parecían hundidas bajo la tenue luz de la única farola. Esa sonrisa se ensanchó al ver a Sawyer, y luego vaciló cuando Liam y yo aparecimos.

—Bueno, no debería sorprenderme —comentó Eli, metiéndose una mano en el bolsillo de la chaqueta del traje—. ¿Incapaz de cumplir ni siquiera una simple petición? Tal vez Callie te importa incluso menos de lo que pensaba.

Necesité cada gramo de mi autocontrol para no abalanzarme sobre Eli y tirarlo por las escaleras de piedra. Contenerme fue un desafío, y todos los músculos me ardían de lo mucho que me estaba tensando. Reaccionar de forma tan repentina no ayudaría en nada a Callie.

—No soy estúpido —espetó Sawyer—. Querías hablar. Pues habla.

—¿Directo al grano? —La sonrisa de Eli regresó—. De acuerdo. Dame la patente.

—Vale —respondió Sawyer tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de sorprenderme—. Dime por qué.

—¿Por qué? Porque estás sentado sobre una mina de oro y lo sabes.

—Para ti —comentó Liam con amargura—. Si lo que quieres es inflar los precios y matar gente para sacar tajada, claro.

—Quieto, perrito —se burló Eli—. Si quiero tu opinión, será sobre cómo emborracharme hasta perder el conocimiento. Hasta entonces, cállate.

Las manos de Liam se cerraron en puños apretados, y sus dientes castañetearon cuando cerró la mandíbula de golpe.

Gilipollas.

—Estoy harto de ti, Sawyer. Estoy harto de matarme a trabajar solo para tener que agachar la cabeza y quedar en segundo plano frente a la puta Crane Enterprises porque tu cambio de imagen te puso justo en mi punto de mira. Me ha dolido, ¿sabes?, que ni siquiera me llamaras para avisarme de que ibas a desbancarme. Ni una cesta de regalo.

Sawyer permaneció estoico, con el rostro impasible. —Una bota no se toma el té con una hormiga antes de aplastarla —comentó—. Si hubieras sido un competidor de verdad, no te habrías doblegado tan fácilmente.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Quise alargar la mano y advertirle a Sawyer de que no provocara al gilipollas, pero no pude. Parecía que Sawyer tenía un plan y confiar en él era mi única opción. Aparte de placar a Eli y tirarlo al río, pero el resultado de esa fantasía no era muy significativo.

—Mide tus palabras —espetó Eli—. Has pasado por encima de todo con tus putas botas, me has hecho a un lado y yo siempre he tenido que hacer malabares para seguirte el ritmo. ¿Y por qué? La gente estaba cegada por esa falsa brújula moral tuya que pregonabas a los cuatro vientos. No me lo creí ni por un segundo. ¡Y tú!

Los ojos rasgados de Eli se deslizaron hacia mí.

—Ni de coña iba a quedar en segundo plano frente a Golden Dov, una empresa dirigida por un hombre con más dinero que cerebro.

—A pesar de eso —salté, incapaz de permanecer callado un segundo más—, sigo estando por encima de ti. Y nunca vas a ponerle las manos encima a esa patente porque no sabrías qué hacer con ella ni aunque te *cayera* en bandeja.

—Puedes quedarte con la patente —me interrumpió Sawyer, silenciándome de golpe—. ¿Dónde está Callie?

Entonces caí en la cuenta de que, en todas nuestras horas de espera a que anocheciera, deberíamos haber acordado un plan de ataque. En realidad, yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar a Callie, pero el juego de provocar a Eli solo lo conocía Sawyer. Siguiendo el ejemplo de Liam, me callé y apreté los dientes mientras la suficiencia se dibujaba en la cara de Eli.

—De verdad te preocupas por ella, ¿eh? —dijo Eli lentamente—. ¿O es simplemente un deseo de castigarla por traicionarte? No me puedo ni imaginar lo que debiste de sentir, al enterarte de que fue ella quien te jodió.

—¿Ah, sí? —Sawyer ladeó ligeramente la cabeza—. Te dio la patente equivocada. Parece que no fui yo el jodido.

La mandíbula de Eli se tensó, afilándose como una cuchilla. —Como sea. No te voy a decir dónde está. No soy *estúpido*.

—Sin Callie, no hay trato —replicó Sawyer, y sus hombros se elevaron un centímetro.

—La tendrás —comentó Eli—. *Después* de que nuestro acuerdo esté firmado y fechado, y esa patente sea mía. No soy tan estúpido como para darte mi única moneda de cambio. En cuanto la tengas, no firmarás una mierda. Así que me la quedo hasta que mi nombre esté en la línea de puntos.

Joder. Nuestras ya limitadas opciones seguían disminuyendo y, sin ninguna pista sobre el estado en que se encontraba Callie, ¿acaso estábamos perdidos?

Siendo realistas, ¿qué podíamos hacerle? Una amenaza a Eli era una amenaza a Callie.

—Una mierda —espeté—. No vas a conseguir nada hasta que sepamos que Callie está a salvo. Hasta que uno de nosotros lo haya comprobado por sí mismo.

—¿Por qué? ¿Acaso crees que voy por ahí con su cadáver para usarlo como una marioneta? —resopló Eli.

Un escalofrío me atenazó el corazón y, a mi izquierda, Liam cambió el peso de un pie a otro. La idea de que Callie estuviera muerta era demasiado para soportarla, incluso como amenaza, y me acerqué más.

Sawyer, al parecer, compartía la misma angustia. —Cuanto más tiempo nos la ocultes, más grande será el *infierno* que se desatará sobre tu patética cabecita. ¿Has olvidado que tenemos el dinero? Tenemos el poder, tenemos la patente y tenemos la *motivación*. Y tú, puta serpiente rastrera, estás completamente solo con nosotros.

Por primera vez, la aprensión cruzó por la cara de Eli. Aunque se enderezó y levantó ligeramente la barbilla, sus ojos se detuvieron en la boca del callejón.

—¿De verdad creías que vendríamos aquí y nos rendiríamos ante ti sin más? —espetó Liam.

—Olvidas una cosa —se burló Eli, y dio medio paso hacia atrás.

—¿Y qué es? —exigí saber.

—Yo tengo la sartén por el mango. Estáis aquí para proteger a Callie y a su bebé, así que, sea lo que sea que queráis hacerme, no podéis, porque soy la única persona que sabe dónde está.

Espera... ¿ha dicho *bebé*?

¿Callie estaba embarazada? ¿Desde cuándo?

—¡No te acercarás a ella ni de lejos porqu…!

Sus amenazas se ahogaron en un grito estrangulado cuando Sawyer se lanzó hacia delante y embistió a Eli con un rugido. Enredados, ambos cayeron de la plataforma y rodaron por los escalones de piedra, atrapados el uno en el agarre del otro.

Miré a Liam. Mi propia confusión se reflejaba en sus ojos.

Callie estaba embarazada. El cómo era obvio, pero ¿desde cuándo? ¿Y de quién?

Todo eran preguntas que podían esperar, dada la intención asesina de Sawyer. Ambos aterrizaron en un montón al final de los escalones. Sawyer no tardó en ponerse encima y lanzar el primer puñetazo. El golpe hizo que la cabeza de Eli se girara hacia un lado

con un grito, y entonces él le dio un codazo en el estómago a Sawyer y lo hizo retroceder.

—¡¿Dónde está?! —rugió Sawyer, volviendo a levantarse y subiéndose encima de Eli—. ¡¿Dónde coño está?! —Golpe tras golpe llovió sobre Eli hasta que la rata consiguió darle a Sawyer un puñetazo en plena cara. Mientras Sawyer caía, Eli se arrastró hacia arriba con un jadeo entrecortado, pero inmediatamente se encontró con mi puño.

—No vas a ninguna parte.

—¡No podéis hacer esto! —gritó Eli, y luego soltó un gruñido cuando le di un puñetazo en el estómago. Se dobló sobre sí mismo y la rodilla de Liam se levantó rápidamente, estrellándose contra su cara.

Golpe tras golpe aterrizaron hasta que tuve a Eli cogido por el cuello. Lo arrastré hasta la boca del callejón y lo arrojé junto a un contenedor. El hedor a basura hacía llorar los ojos.

—Tuviste una oportunidad —gruñí, apoyando mi pie sobre su mano. Eli gimió y trató de agarrarme el tobillo, pero con la cara ensangrentada y un ojo hinchándose rápidamente hasta cerrarse, no tenía nada que hacer. Unos zapatos se arrastraron por el suelo mientras Liam y Sawyer se colocaban detrás de mí.

—Piensa en millones —siseé, echando el peso de mi cuerpo sobre la mano atrapada de Eli—. No tardaré mucho en averiguar cada movimiento que has hecho hoy, y la rastrearé. No te necesito vivo para hacerlo y, francamente, estoy harto de ti.

—Has hecho daño a la mujer que amamos —masculló Sawyer detrás de mí—. A la mierda la patente. Esto dejó de ser un negocio en el momento en que amenazaste a Callie.

—¿Y el pestazo que hay aquí? —se burló Liam—. Nadie te olerá hasta que no seas más que un saco de huesos.

—¡Vale! —gorgoteó Eli a través de la sangre en su boca—. Joder… joder. ¡Vale!

Una oleada de alivio me inundó el pecho y me eché hacia atrás mientras una sensación como de electricidad estática me subía por la garganta. No era un hombre violento y nunca antes le había hecho daño a nadie así, y mucho menos matarlo. Pero en esos

pocos segundos, cuando Eli amenazó a Callie y a su bebé, comprendí de lo que era capaz.

Lo que haría por Callie.

—Sois todos unos putos psicópatas —tosió Eli. Le manaba sangre de la nariz y de varias brechas que tenía en la cara.

—¡¿Dónde está?! —rugió Sawyer, inclinándose de repente por delante de mí y golpeando la pared a un pelo de la cara de Eli.

—¡Está cerca! —chilló—. Está en un hotel cercano. ¡Lo juro!

32

CALLIE

Eli llevaba tanto tiempo fuera que la habitación se había vuelto tan oscura como el mundo exterior. La única luz provenía del reloj digital del aparador, pero no servía más que como un faro que iluminaba lo jodida que estaba en realidad.

Mis forcejeos de antes, en cuanto se fue Eli, habían tirado la silla de espaldas y yo era incapaz de enderezarme o de rodar hacia un lado. Hacía tiempo que mis brazos se habían quedado fríos y entumecidos por estar atados y atrapados en los listones de madera. El dolor me abrasó el hombro izquierdo durante la primera hora, más o menos, pero al final hasta eso se me durmió.

Eli fue a reunirse con Sawyer y no regresó.

No tenía ni idea de si eso era bueno o malo, pero, con mis pensamientos como única compañía, estaba cayendo en una espiral de oscuridad de la que no podía escapar. Mi mente iba por libre, atormentándome con horrores. ¿Y si a Eli lo había atropellado un coche y se había muerto sin llegar a ver a Sawyer? Nadie sabría que yo estaba aquí. ¿Vendría el servicio de limpieza a buscarme o les habrían pagado para que no se acercaran?

¿Y si me quedaba atrapada aquí para siempre y me dejaban morir? ¿Y si Eli había conseguido lo que quería y me había abandonado aquí?

Al final, recurrí a hacer lo único sobre lo que tenía poder. Grité. Grité tan fuerte y con tanta rabia como pude a través de la cinta, con todo el aire que logré meter en mis pulmones.

Nadie vino.

Grité toda mi rabia y mi dolor, grité mi frustración y grité hasta que sentí la garganta en carne viva. Grité hasta que no me quedó aire dentro y solo entonces, por algún golpe de suerte, alguien entró por fin en la habitación.

En la oscuridad, era difícil seguir a la sombra que irrumpió en la habitación, recortada por la pálida luz amarilla que entraba desde el pasillo. Sonó un interruptor y una pequeña lámpara inundó la estancia de calidez. Entonces dos manos me agarraron por los hombros y me levantaron de un tirón junto con la silla.

Entre lágrimas de alivio, respiré con fuerza por la nariz y busqué a mi rescatador.

Solo que no era mi rescatador.

Sus ojos no fueron lo primero que vi con claridad. En su lugar, vi un cordón con el logo de PRISM estampado en la esquina inferior derecha. No era alguien del hotel. Era alguien que trabajaba para Eli.

—Gracias a Dios —dijo con un gruñido, dándome una palmadita en la mejilla—. No parabas de gritar, joder, me estabas volviendo *loco*. Sabes que no hay nadie más aquí, ¿verdad? Eli ha reservado la planta entera, así que le estás gritando a nadie. Solo a mí, y a mí me importa una mierda.

Sus ojos de un verde oscuro brillaban divertidos mientras me palmeaba la mejilla. Lo único que pude hacer fue fulminarlo con la mirada, escupiendo maldiciones ahogadas tras la cinta que me impedía hablar. Justo cuando maldecía a toda su estirpe, un dolor candente me recorrió ambos brazos y me atraganté. Echando la cabeza hacia atrás, me retorcí en el asiento y solté un chillido cuando el fuego me abrasó desde los hombros hasta la punta de los dedos. Un calor insoportable se acumuló en mi interior, seguido del hormigueo más doloroso que había sentido en mi vida mientras la sangre volvía a mis brazos entumecidos.

—¿Qué coño te pasa ahora? —El hombre me agarró la mandíbula, me empujó la cabeza hacia delante y me miró a los ojos

—. Nada de lo que hagas hará que te desate, ¿entiendes? Estás aquí hasta que vuelva el jefe. Sinceramente, no sé qué has hecho, pero… —Se encogió de hombros y me soltó, enderezándose con un resoplido—. Está *cabreadísimo*. ¡Y no te conviene…!

De repente, el desconocido desapareció, arrancado de mi vista por un borrón. Parpadeé y me esforcé por ver, a través de las lágrimas, qué demonios acababa de pasar. Oí unos gruñidos y, de pronto, una palma cálida me ahuecó la cara.

Alcé la vista y Liam estaba justo delante de mí.

¿Pero qué coño?

—Hola, desconocida —sonrió de una forma tan amplia y cálida que el corazón me dio un puñetazo doloroso en la garganta y no pude tomar aire suficiente para sollozar.

Estaba aquí. Estaba, de alguna manera, aquí mismo.

—Necesito que te estés quieta, ¿vale? Voy a intentar quitarte la cinta.

No podía apartar los ojos de él. Cada detalle de su atractivo rostro era la perfección más absoluta e intenté con todas mis fuerzas no parpadear para que aquel espejismo no se desvaneciera. La mano de Liam en mi mejilla era tan delicada que las lágrimas me anegaron los ojos. Lo observé todo lo que pude mientras él empezaba a desenrollar lentamente la cinta de mi boca.

—Joder, si hasta la tiene en el pelo —murmuró Liam mientras se movía a mi alrededor. A pesar del escozor inicial de los pelos sueltos que se enganchaban en la cinta, el dolor se desvaneció cuando Liam se apartó y Sawyer se materializó ante mí.

El corazón se me encogió en el pecho cuando una banda apretada me oprimió las costillas. Sawyer estaba aquí.

Miré a mi derecha y Kane estaba en el suelo; al parecer, había dejado inconsciente al guardia de uno o dos puñetazos.

Estaban todos aquí.

Oh, Dios mío.

Entonces Liam volvió a ponerse frente a mí y la última tira de cinta fue arrancada dolorosamente de mi boca.

Jadeé con la boca abierta, sin saber qué dedos delicados estaban deshaciendo las cuerdas de mis muñecas y tobillos.

—Estás aquí —grazné, estudiando de nuevo cada detalle del rostro de Liam—. No lo entiendo. Estáis todos aquí. ¿Cómo es que estáis todos aquí?

La emoción me embargó el pecho y no pude contener los sollozos. En el momento en que me liberaron las manos, me las llevé a la boca y miré de Liam a Sawyer. Unos temblores incontrolables me recorrieron los brazos y las piernas, y con lo apretado que tenía el pecho, no podía hacer más que dar pequeñas bocanadas de aire.

—Claro que estamos aquí —dijo Liam.

El guardia del suelo gruñó y se movió mientras Kane se levantaba, así que este se giró y le dio otro puñetazo rápido y certero en la cara.

—Joder —jadeé—, eso ha sido bastante sexi. Creo que esto podría ser un sueño.

—No es un sueño —dijo Sawyer mientras los fuertes brazos de Liam me levantaban en volandas—. No es un sueño en absoluto.

En cuanto me encontré con su mirada, una nueva oleada de lágrimas me consumió y un sinfín de disculpas, la mayoría incoherentes, brotaron de mis labios. Estaba asustada, agotada y confusa; la mezcla de todo aquello con el alivio fue un elixir increíble en mi cabeza que desdibujó los contornos de mi mundo.

—Luego —dijo Sawyer, acercándose y posando la mano en mi brazo—. Hablaremos más tarde. Primero tenemos que llevarte a un hospital.

~

Recién salida del hospital tras un chequeo de cuatro horas, estaba sentada en mi apartamento, envuelta en una bata de felpa dos tallas más grande, cortesía de Liam. Liam estaba sentado a mi izquierda; Kane, a mi derecha, y Sawyer permanecía de pie en el centro. No se habían separado de mí desde el rescate, negándose a hablar de nada hasta que me hubiera visto un médico.

Los tres se habían mostrado reacios a dejarme sola cuando el médico pidió privacidad, pero al final cedieron. Estaba prácticamente

ilesa. Tenía algunos moratones y cortes y un feo chichón con forma de huevo en la nuca, pero, en general, físicamente, estaba bien.

¿Mentalmente? Eso estaba por ver.

—Simplemente... apareció un día. No entendía muy bien lo que pasaba y, hasta cierto punto, sigo sin entenderlo. En un momento estaba en la clínica de Bianca y, al siguiente, pagando mi factura pendiente, y no supe qué hacer. No tenía dinero para devolvérselo y, al final, se me olvidó. Culpa mía, lo sé.

Un sonido ahogado escapó de Sawyer, pero permaneció en silencio.

—Luego la trasladó. Simplemente... se la llevó y a nadie pareció importarle. Fue un completo accidente que lo registraran como mi marido, pero nadie del personal me escuchó. Incluso llamé a la policía, pero me hicieron sentir tan estúpida y tan... tan humillada que cedí. No tenía ni idea de qué hacer; estaba entre la espada y la pared, y yo solo...

Mi atención se desvió hacia las grandes mangas que cubrían mis manos. Empecé a juguetear con la pelusa, disfrutando de la suavidad tanto como me irritaba el hecho de no merecer amabilidad ni delicadeza en ese momento.

—Y entonces... —Se me hizo un nudo en la garganta y tragué saliva—. Entonces descubrí que estaba embarazada y no tenía ni idea de lo que iba a hacer. Todo era tan real. Demasiado real. Pensé que solo estaba enferma por el estrés porque Eli tenía a mi madre y me exigía que robara todas esas cosas, así que lo hice. —Las lágrimas me escocían en los ojos—. Lo robé porque mi madre se acordó de mí y fue una sensación tan buena... Fui egoísta y me aferré a esa sensación con todas mis fuerzas porque necesitaba que me reconociera. Pero luego resultó que me había equivocado de objeto e intenté decíroslo. Pero estabais discutiendo, y todo era culpa mía, y entonces Bianca perdió su trabajo, y yo...

Me sequé a toda prisa unas cuantas lágrimas rebeldes. —Así que iba a entregarme. Os escribí una carta a todos, y luego iba a entregarme a la policía cuando Eli me secuestró. Pensé que iba a matarme. Estaba furioso.

Mientras sorbía por la nariz, más pelusa de la bata se desprendió de mis dedos y cayó al suelo, esparciéndose alrededor de mis pies descalzos.

—Así que eso es todo. Todo. Y estoy preparada, así que, si... si queréis llevarme vosotros mismos a la policía o que vuestros abogados se encarguen de mí, estoy lista. De verdad.

—Callie. —La cálida mano de Kane se deslizó de repente sobre la mía y entrelazó nuestros dedos para que no pudiera seguir arrancando la pelusa de la manga. Me agarró con una fuerza tan reconfortante que el corazón me dio un vuelco y me sentí un poco mareada.

¿Cómo podía soportar tocarme después de lo que había hecho? ¿Cómo era posible que no me odiaran?

—Lo siento —susurré, manteniendo la cabeza gacha. Me habían rescatado y me habían conseguido atención médica, pero seguía teniendo tanto miedo de levantar la vista y ver el odio en sus ojos...

—¿De cuánto estás? —preguntó Liam en voz baja—. ¿Del embarazo?

—Eh... —Fruncí el ceño y me encogí de hombros—. Unos dos meses, creo. Por el tiempo que llevo con náuseas y eso. Tenía otra cita, pero no he tenido tiempo. Teniendo en cuenta cómo hemos estado todos... —Negué con la cabeza y finalmente levanté la vista —. Uno de vosotros es el padre, pero no tenía ni idea de quién. Siento mucho que la píldora no funcionara. Os juro que no ha sido intencionado.

Sawyer por fin se separó de la pared. Se detuvo justo delante de mí y se puso en cuclillas para que estuviéramos a la altura de los ojos.

—No nos importa quién es el padre —dijo Sawyer. Por suerte, siguió hablando antes de que mi mente pudiera caer en una espiral pesimista y rellenar los huecos—. Nos importas tú. Muchísimo. Y el bebé. A nivel individual, no importa ante la salud del bebé. Es... una noticia increíble. —Una cálida sonrisa se dibujó en sus labios—. Tampoco nos importa la patente. Creo que ha sido un golpe de suerte que robaras la equivocada. No estamos en problemas, en absoluto.

—Bianca ha recuperado su trabajo —dijo Kane, apretándome la mano.

—Y de momento nos estamos haciendo cargo de las facturas de tu madre —dijo Liam—. En última instancia, su cuidado depende de ti, pero hasta que estés lista para tomar esa decisión, nosotros nos encargaremos de todos los pagos.

—No lo entiendo —susurré, mirando a los tres—. ¿Por qué no me odiáis?

—¿Por qué? —preguntó Sawyer, atrayendo mi atención de nuevo hacia él—. ¿Por tener miedo? ¿Por hacer lo que era mejor para tu madre? Creo que hablo por todos cuando digo que lo único que nos duele es que no pudieras venir a hablar con nosotros. Ya sea porque no fuimos lo suficientemente abiertos o porque necesitamos ganarnos más tu confianza; sea cual sea la razón, trabajaremos en ello.

—Porque nos importas, Callie —dijo Liam—. Joder, y mucho.

—En cuanto a Eli —suspiró Kane—, también te cubrimos las espaldas si deseas presentar cargos contra él.

—Yo... no. No, no creo que quiera hacer eso. —Negué con la cabeza. Eso me pondría en el punto de mira y le daría a Eli la oportunidad de echarme la culpa de todo lo malo que he hecho—. Lo siento. No quiero tener nada más que ver con él. Ni lo más mínimo.

—Es tu decisión —respondió Sawyer suavemente.

—Entonces..., ¿vais a hacer que me detengan? —pregunté con cautela, secándome otras cuantas lágrimas—. ¿Por lo que robé?

—No —rio Liam—. Lo que hiciste... bueno, todos hemos hecho locuras por nuestra familia y, como ha dicho Sawyer, solo queremos que confíes en nosotros y que entiendas lo mucho que te queremos.

Las palabras se deslizaron de sus labios, y entonces un rubor rosado de lo más adorable le tiñó las mejillas. El corazón me dio un vuelco en el pecho y la boca se me quedó increíblemente seca.

—¿Querer? —repetí con voz ronca—. ¿Me *queréis*?

El rubor en las mejillas de Liam se intensificó, incluso mientras se erguía y se aclaraba la garganta. —Sí —dijo—. Desde hace un tiempo, pero admitirlo me parecía... imposible.

—Admitirlo es como exponer una parte de nosotros que queríamos proteger, porque quererte tan profundamente significaba que el rechazo sería devastador —dijo Kane en voz baja, atrayendo mi atención hacia él—. Pero quererte es lo más fácil del mundo. Lo supe durante mucho tiempo, pero no fui consciente de ello hasta que Eli amenazó con alejarte de mí para siempre.

—Creo que he estado enamorado de ti desde el momento en que te conocí —dijo Sawyer, posando las manos con delicadeza sobre mis rodillas—. Lo supe en el momento en que te caíste en mi despacho y tenías la sonrisa más dulce en la cara, incluso estando tirada de espaldas. Simplemente, no veía la manera de hacerte mía. Hasta que pensé que iba a perderte. Amarte es como respirar. No puedo vivir sin ello.

—¿Incluso después de lo que hice? —susurré, sin fuerzas para hablar bien—. ¿Incluso después de que casi arruinara vuestro negocio?

Sawyer me acunó la mejilla con la mano y me pasó el pulgar por debajo del ojo para secarme las lágrimas.

—Perderte me destrozaría *a mí* —dijo—. Lo que quieras, lo que necesites. Estamos aquí.

—Lo que sea que quieras hacer con tu bebé —dijo Liam, pasando su brazo por mi espalda—. Estamos aquí para ti.

—Solo, por favor —añadió Kane con voz ronca—. No nos eches.

Esto no podía ser real. A lo mejor morí en aquella habitación y este sueño es el más allá. No estaban enfadados conmigo; me *querían* a pesar de lo que había hecho. Lo que dolía, sorprendentemente, era que todos parecían entender también por qué lo hice. Ojalá les hubiera tendido la mano y les hubiera dicho la verdad antes.

—Nunca podría echaros —lloriqueé en voz baja, asimilando su presencia—. Porque yo también os quiero. A todos. Por eso tenía tanto miedo de que cualquier cosa que hiciera os llevara a odiarme. Pero os quiero. A todos y creo que…

Humedeciéndome los labios con un rápido movimiento de la lengua, sorbí por la nariz suavemente.

—Creo que quiero tener este bebé.

33

CALLIE

—¡Joder..., oh, joder, Liam!

La somnolencia se desvaneció, reemplazada por el placer abrumador de un orgasmo mañanero cortesía de Liam, hundido entre mis piernas. Mi vientre se contrajo y vibró mientras oleada tras oleada de un placer cálido y hormigueante se extendía desde mi interior, alcanzando cada rincón de mi cuerpo.

Estaba en el paraíso.

Los labios de Liam besaron mi sensible clítoris una última vez, luego se incorporó y empezó a mordisquear un suave camino por la curva de mi cadera. Abrí los ojos, giré la cabeza y vi cómo Sawyer se metía en la boca un trozo de tortita del desayuno.

—Si te preguntara quién es mejor —preguntó Sawyer—, ¿serías sincera?

—Estaría encantada de organizar una competición —murmuré, recuperando el aliento. Liam me besó hasta el ombligo y luego su aliento me hizo cosquillas en la piel mientras se reía.

—Siento decírtelo, Sawyer, pero de todas las cosas en las que destacas, no puedes ganarme en el sexo oral.

Sawyer enarcó una ceja. —¿Ah, sí? ¿Y quién lo dice?

—Lo dice cada chica que ha gritado mi nombre. —Liam me guiñó un ojo mientras se deslizaba hasta quedar cara a cara conmigo y

luego me plantó un beso firme en los labios—. Hora de la ducha.

Luego se fue, dejándonos a Sawyer y a mí solos en la cama. Lentamente, me giré de lado para mirarlo, pero justo cuando me acomodaba, se colocó sobre mí y apoyó un brazo con firmeza en la cama, detrás de mí. Con el otro, inclinó la botella de sirope y solté un sonido de indignación cuando el sirope pegajoso y frío aterrizó en mi pecho desnudo.

—¡Oye!

Mi queja murió en mi garganta cuando la boca de Sawyer calentó el sirope con su aliento y luego lo lamió de una sola y suave pasada con la lengua.

—Tan dulce —murmuró—. Como tú.

Se convirtió en un juego perezoso. Sawyer dejaba caer gotas de sirope por todo mi pecho y luego las lamía muy despacio. Mi piel se calentó bajo su lengua y, cuando sus dedos por fin se deslizaron en mi coño, estaba tan excitada que casi me corrí sobre ellos al instante.

Por suerte, abandonó el sirope y se conformó con besarme. Sus dedos trabajaban sin descanso entre mis piernas, su lengua bailaba en mi boca compartiendo el dulzor del sirope y su suave barba me rozaba ligeramente la barbilla; era el paraíso. Le acaricié los hombros, le pasé la mano por el cuello y luego le agarré el pelo con fuerza mientras me arrancaba otro orgasmo en un tiempo récord.

—Entonces, ¿quién ha sido mejor? —susurró Sawyer contra mis labios mientras yo jadeaba contra él.

—No ha sido una competición justa —respondí con una sonrisa perezosa—. Pero seguro que podemos organizar algo oficial.

Liam volvió de la ducha, chorreando y guapísimo, y entonces me tocó a mí. Solo que mi ducha rápida matutina para ir a trabajar se convirtió en Kane apretándome contra los azulejos y comiéndome el coño hasta llevarme a otro orgasmo que me dejó rápidamente al borde de la hipersensibilidad.

No podíamos quitarnos las manos de encima y yo no lo quería de otra manera. Este nuevo e insaciable aumento del deseo tenía que estar relacionado con mi embarazo, pero iba a disfrutarlo todo el tiempo que pudiera. Estaba enamorada, y ellos hablaban en serio

cuando decían que estaban ahí para mí. Necesitara lo que necesitara, solo tenía que pedirlo.

Este tipo de vida era una buena vida y, por primera vez en meses, sentía que podía volver a respirar.

Acomodada en el asiento trasero del coche de Sawyer de camino al trabajo, hice una videollamada por FaceTime a mi madre. Su sonrisa era tan radiante como siempre y me contó alegremente cuáles eran sus planes para el día. Algunos días eran buenos y otros no, pero estaba aprendiendo a equilibrar lo bueno con lo malo. No daba por sentados sus días buenos, así que era más fácil superar los malos, en los que yo no era más que una desconocida.

Pero me quería. Me lo dijo ella misma y rompí a llorar en cuanto terminó la llamada. Algo tan simple como el amor de una madre. Había estado tanto tiempo sin él que había perdido la esperanza, pero cuando le dije que estaba embarazada, me dijo que me quería y supe que las cosas iban a ir bien.

Después de la llamada, marqué el número de Bianca y el sonido de su voz me dibujó una sonrisa inmediata en la cara.

—¡Dios mío, tía! ¡Me has salvado de un baño antipulgas, nunca te he estado tan agradecida!

—¿A estas horas de la mañana? —me reí—. De nada.

—Llevo aquí desde las seis de la mañana. No todas podemos permitirnos el lujo de holgazanear con tres hombres muy sexis, ¿sabes?

—No sé yo —reflexioné en broma—. Deberías probarlo alguna vez.

—¿Es eso lo que estás haciendo ahora, eh? —se rio Bianca—. ¿Yéndote a algún retiro sexual increíble o algo así?

Puse los ojos en blanco. —Ojalá. Solo un día normal de trabajo. Liam va a dejar a Marie en un club de lectura por la mañana y luego nos espera un día duro con los abogados. Aunque… —Al callarme, miré para ver si Kane o Sawyer estaban escuchando, pero ambos estaban enfrascados en una conversación en la parte delantera del coche.

—¿Aunque…? —me animó Bianca.

—¡Me han ofrecido un nuevo puesto!

—¡¿Qué?! —chilló Bianca—. ¡Eso es increíble! Mejor sueldo, ¿verdad?

—Sí —me reí—. Mucho mejor sueldo y algunas responsabilidades diferentes. Los detalles están un poco en el aire ahora mismo, pero hará que mi relación con Liam y Sawyer sea mucho menos problemática. Ya no trabajaré para ellos.

—Solo vivirás *debajo* de ellos —bromeó Bianca.

—Exacto. Oye, ¿quieres que vayamos a comer algo después del trabajo?

—¡Por supuesto! Uf, me llama mi jefe. Vuelvo a los baños antipulgas. Te quiero, tía.

—¡Yo también te quiero!

La vida era buena. Por primera vez en mucho tiempo, podía decir sin miedo que era feliz.

Al llegar a la oficina, Sawyer y Kane salieron primero del coche y luego los seguí yo. Yo le había señalado que el simple hecho de que me vieran en el coche de Sawyer daría que hablar, pero a él no le importó. Se negaban a dejarme coger más el autobús y, sinceramente, estaba encantada de que me llevaran. Era un pequeño lujo y, con un bebé creciendo en mi vientre, era sin duda más seguro.

Mi feliz y dichosa burbuja duró hasta que las puertas del ascensor se abrieron en la planta de la oficina y se desató el infierno.

Había un ambiente tenso en la oficina mientras nos dirigíamos a nuestros escritorios. Nadie nos miraba, lo que era normal cuando se trataba de Sawyer y Kane. Pero tampoco nadie me miraba a mí. Normalmente, me saludaban con la mano y me dedicaban algunas sonrisas de buenos días, pero hoy no.

Hoy, todo el mundo estaba tenso, con la cabeza gacha y la mirada esquiva. Cuando llegamos al despacho de Sawyer, vimos por qué.

El padre de Sawyer, Marcus, estaba de pie junto al escritorio, de espaldas a nosotros. Solo con verlo, se me cayó el alma a los pies y un calambre se me retorció bajo el ombligo. Marcus nunca era una buena señal.

—¿Padre? —dijo Sawyer, tomando la iniciativa y dando un paso adelante para saludarlo.

Marcus se giró en redondo, con el rostro desfigurado por la rabia, y le lanzó un enorme periódico directamente a la cara a Sawyer.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —rugió, haciendo que Kane y yo diéramos un respingo—. ¡¿Que has dejado embarazada a esa zorra?!

Se me heló la sangre. Nuestra relación debía permanecer en secreto hasta que yo consiguiera mi nuevo puesto, pero cuando Sawyer le dio la vuelta al periódico que tenía en las manos, vi la verdad estampada en la portada.

El CEO Sawyer Crane deja embarazada a una empleada.

Yo. Yo soy la empleada.

Joder.

Los dedos de Kane me rozaron el codo, y su agarre se volvió firme para mantenerme en pie.

—Eres noticia de portada, muchacho —gritó Marcus—. ¡Porque no has podido tener la puta polla quieta en los pantalones! ¡Y encima, la vi con Liam, así que no solo has dejado embarazada a una empleada, sino a una puta!

Sentí que me ardían las mejillas como si me hubieran abofeteado, y la humillación me consumió como un infierno voraz. Un «lo siento» como un resorte se me quedó en la punta de la lengua, pero no tuve la oportunidad de hablar.

—No me importa —espetó Sawyer, devolviéndole el periódico a su padre—. No son más que chismes. ¿Desde cuándo nos ha importado lo que publican de nosotros en la prensa?

—Los chismes arruinan vidas —siseó Marcus, golpeando la mesa con el periódico.

—Solo si la gente les hace caso. Y yo no lo haré, porque no es asunto de nadie.

—¡¿No lo niegas?! —Marcus echó la cabeza hacia atrás con los ojos desorbitados—. ¡No son chismes si es verdad, idiota!

Sawyer ladeó ligeramente la cabeza, buscó la mirada de Kane y, de repente, me vi guiada fuera del despacho. La puerta se cerró de golpe y justo cuando llegaba Liam estalló una discusión explosiva en

el interior. Su sonrisa se torció de inmediato en una mueca de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Liam, cogiéndome del otro brazo a pesar de mis protestas. Me llevaron a mi escritorio y Kane me convenció para que me sentara.

—El embarazo de Callie está en todas las noticias, asociado al nombre de Sawyer.

—Mierda —resopló Liam—. ¿Cómo demonios se han enterado?

—Lo siento —dije con voz débil—. Debería haber tenido más cuidado.

—No, esto no ha sido por ti —dijo Kane con un tono cortante—. El puto Eli. Ni siquiera cuando está de capa caída sabe perder con elegancia.

—¿Crees que lo ha filtrado él? —Liam me puso la mano en el hombro y me lo apretó suavemente.

—¿Quién si no? —Kane puso los ojos en blanco.

A medida que la discusión subía de tono, le cogí la mano a Liam. —Sawyer no debería estar solo con él. Ya sabes cómo es.

Un destello de comprensión cruzó el rostro de Liam, y luego se lanzó a través de la sala y entró en el despacho.

—El padre de Sawyer es….

—Un monstruo —observé con amargura—. He visto cómo se comporta Sawyer a su lado y he visto cómo lo trata. Ese hombre no es más que odio envuelto en un lazo amargo.

—Vaya —resopló Kane en voz baja—. Parece que atraemos a ese tipo de gente, ¿no?

No podía apartar los ojos de la puerta, preocupada por el resultado de una pelea tan terrible, cuando se me ocurrió una idea. —Si ha sido Eli… ¿crees que intentará algo más? ¿Algo peor?

—No dejaré que se te acerque —dijo Kane con firmeza, apoyándose en mi escritorio y cogiéndome la mano—. Sus amenazas no significan nada. No ha cambiado nada entre nosotros y esto solo es su último y desesperado intento de desacreditar públicamente a Sawyer. Sabes que los buitres se le echarán encima a Sawyer por acostarse con una empleada.

Aparté la vista de la puerta y miré a Kane. —¿Se meterá en problemas?

Kane hizo una mueca y negó con la cabeza. —Sinceramente, no lo sé. Pero sea lo que sea que él quiera hacer, como quiera que quiera abordar esto, lo apoyaremos.

Las voces altas se calmaron de repente y la puerta del despacho de Sawyer se abrió de par en par. Salió de allí, con las mejillas ligeramente enrojecidas por la discusión, y se dirigió hacia nosotros, seguido de cerca por Liam.

Marcus permaneció en el despacho, pero por la mirada de Sawyer estaba claro que la pelea había terminado. Cuando se detuvo a mi lado, sentí un cosquilleo en las manos por el impulso de alargar el brazo y consolarlo, pero no podía. Todas las miradas curiosas de la oficina estaban fijas en nosotros y, ahora que sabía que todos habían visto el periódico, no podía empeorar las cosas.

—¿Estás bien? —le pregunté, examinándolo rápidamente con la mirada.

Me miró a los ojos y una pequeña sonrisa asomó a sus labios. —Estoy bien.

—Kane.

—¿Sí? —Kane se apartó de mi escritorio y se enderezó.

—Creo que tengo una nueva propuesta para ti.

34

CALLIE

—¡Feliz cumpleaños!

Parecía que habían pasado años desde que empezamos a planear la celebración del cumpleaños de Sawyer, sobre todo con todo lo que había ocurrido en las semanas intermedias. Por fin había llegado el día y la fiesta estaba en pleno apogeo. Las bebidas corrían, la comida se compartía y todos los regalos estaban apilados bajo el emparrado de la azotea ajardinada. La música flotaba en el aire del atardecer y el cielo rosado daba paso lentamente a la oscuridad que, por suerte, hacía descender las sofocantes temperaturas.

—Voy a enseñarte cómo conseguirle una galleta extra a papá —susurró Marie. Estaba sentada en mi regazo, hablándole despacio a la creciente curva de mi tripa—. Podemos tener bicis a juego y, si tenemos mucha suerte... —Marie me miró, luego se inclinó muy cerca de mi vientre y habló en voz baja y suave—. ¡Quizá tengamos un perro!

—¿Quieres una mascota? —me reí entre dientes, pasándole los dedos por el pelo mientras se reincorporaba.

—¡Sí! Pero papá siempre dice que no porque viajamos mucho.

—Mmm —musité en voz baja—. Pero ya no viajáis, ¿verdad? Te gusta estar aquí. Tienes una casa nueva y el mes que viene

empiezas en un colegio nuevo. Eso suena a que no vais a viajar más.

A Marie se le iluminaron los ojos, luego se deslizó de mi regazo y corrió entre la multitud, probablemente en busca de su padre. Me recliné en la silla, sorbí mi limonada helada y sonreí.

La vida era *buena*.

No solo era la fiesta de cumpleaños de Sawyer, sino también una celebración por el cambio de marca oficial de Golden Dove. Después de una reunión muy corta en el ascensor hacía unas semanas, Kane y Sawyer decidieron disolver sus empresas y fusionarlas en una compañía totalmente nueva controlada por ellos. Esto eliminó a Marcus de la ecuación —y de la vida de Sawyer— y les dio a ambos una participación equitativa en esta nueva creación, con Liam, por supuesto.

Y conmigo. Me habían creado un puesto para que me centrara en lo que me apasiona: asegurarme de que las familias se mantuvieran informadas en lo que respecta a los cuidados paliativos de sus seres queridos. Mi papel principal también se centraba en el cuidado y apoyo a los enfermos y ancianos. Y con la patente del medicamento para el alzhéimer y la distribución todavía a nombre de Kane, se convirtió en el comienzo de un lanzamiento exitoso para *Heaven's Roost*.

El último obstáculo era la prensa que pululaba en torno a Sawyer y mi embarazo, así que Kane dio un paso al frente una vez más y reclamó públicamente la paternidad de mi hijo. No era más que una simple desinformación, pero mi relación, y mi hijo, era con él. Esto acabó con todos los rumores de que Sawyer había dejado embarazada a una empleada y, técnicamente, podría incluso ser cierto. No lo sabríamos hasta que naciera el bebé y, para entonces, ya no importaría.

Teníamos una nueva empresa, yo tenía un nuevo trabajo y la vida por fin iba por el buen camino.

—¡Hola, tía! —Bianca se sentó en la silla de enfrente y me dio un golpecito en la rodilla—. ¿Cómo llevas el calor?

—Ahí voy —me reí entre dientes, persiguiendo unas gotas de condensación por mi vaso—. ¿Estás disfrutando de la fiesta?

—¡Es increíble! —El pelo de Bianca estaba adornado con espumillón y su cara resplandecía de emoción—. ¡Enhorabuena por el lanzamiento de la empresa! Sabes, si alguna vez necesitas una asistente, por favor, llámame. O sea, me encanta mi trabajo, pero es un poco difícil estar a gusto cuando sientes que estás a una llamada de que te despidan otra vez.

¿Trabajar junto a mi mejor amiga? No podría pedir nada mejor.

—Bueno, ¿y por qué no lo haces? —le ofrecí con una sonrisa.

Bianca se metió una cereza en la boca y luego frunció el ceño. —¿Por qué no hago el qué?

—Ven a trabajar conmigo. Seré sincera. No sé cómo funciona mucho de esto, pero estoy bastante segura de que podríamos encontrar algo. Es decir, piensa en toda la gente que llegará a centros como en el que está mi madre con mascotas que ya no pueden cuidar. Creo que podría haber algo ahí.

—¿Lo dices en serio? ¡No me tomes el pelo, tía!

—Claro que lo digo en serio —me reí, inclinándome hacia delante y cogiéndole la mano—. Me encantaría que vinieras a trabajar conmigo.

—¡Dios mío! —chilló Bianca y me rodeó los hombros con los brazos en un fuerte abrazo—. ¡Esto es increíble!

Sus vítores me alegraron el corazón y me arrancaron una dulce lágrima que duró hasta que la noche empezó a decaer y sacaron la tarta. Se alzó un coro de «Cumpleaños feliz».

Mientras deambulaba por la fiesta, hablando y charlando con los invitados, vi a Liam junto al balcón, inmerso en una conversación con Marie. Curiosa por si se trataba del perro, me acerqué.

—¿Qué te parece que Callie se quede con nosotros mucho más tiempo? —preguntó Liam.

—Tiene que hacerlo, tonto —respondió Marie con un suspiro—. ¿De qué otro modo va a tener al bebé? ¿Quieres que se vaya a la luna?

—No —rio Liam entre dientes—. Pero sabes que la quiero, ¿verdad?

—Sí.

—Y quiero saber qué te parece a ti.

Me detuve, de repente consciente de que probablemente no debía oír esta conversación.

—Estabas triste —dijo Marie—. Todo el tiempo. Incluso cuando sonreías, estabas triste. Luego vinimos aquí y ahora eres feliz. Así que yo soy feliz.

Los ojos de Liam brillaron con lágrimas a la luz, luego atrajo a Marie en un abrazo de oso hasta que ella chilló para que la soltara.

—Te quiero, pequeña.

—¡Yo también te quiero, ahora suéltame!

Con una suave risa, me di la vuelta y acabé en los brazos de Kane. Me ahuecó la cara con la palma de la mano y me dio un beso dulce y suave.

—Desde hace dos minutos, el nuevo logo de Harvest Roost está colocado oficialmente en el edificio —sonrió—. Ahora, somos oficialmente un hogar para todos.

—Qué cursi eres —me reí entre dientes.

Sentí unos labios en la parte de atrás de mi hombro. Incliné la cabeza y vislumbré a Sawyer.

—Pero ser cursi es bueno, ¿no? —preguntó Sawyer, rodeándome para que no tuviera que forzar el cuello.

—Ser cursi puede ser bueno —decidí.

—Me lo tomo como permiso para contar chistes de padre —se oyó la voz de Liam, y apareció a mi otro lado. Me rodearon con sus brazos, atrapándome suavemente, y nos movimos despacio al compás de la música.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sawyer, besándome con parsimonia la parte superior del brazo.

—Bueno, ya sabes —me reí—. Las cosas se pusieron bastante feas por un momento con lo de la patente y el secuestro, y luego el anuncio de mi embarazo se hizo viral antes incluso de que hubiera decidido qué iba a hacer realmente a largo plazo. ¿Pero ahora?

Los miré a cada uno por turnos.

—Ahora tengo a tres hombres a los que quiero a mi lado, una niñita adorable desesperada por pasar tiempo conmigo y un bebé en camino, todo mientras empiezo en un nuevo y flamante puesto en esta nueva y flamante empresa. Y el sexo con cada uno de ellos es

tan bueno que estoy pensando en empezar una competición para que ninguno se duerma en los laureles. —Sonreí tan ampliamente que empezó a dolerme la mandíbula.

—¡Yo las ganaré todas! —dijo Sawyer con picardía.

—Así que diría que estoy de maravilla. —Una calidez me envolvió y sentí el corazón más ligero que nunca.

—Excelente —sonrió Liam con suficiencia, y capturó mis labios en un beso lento.

—Tengo una noticia buenísima, perfecta para mi cumpleaños —dijo Sawyer.

—¿Ah, sí? —Enarqué una ceja. ¿Una sorpresa?

—PRISM ha entrado en liquidación después de su terrible metedura de pata con las patentes falsas. Eli pasará mucho tiempo entre rejas y ha dejado de ser una mancha en el mundo.

—¡Dios mío, eso es increíble! —Me reí a carcajadas y tiré de Sawyer por el cuello de la camisa para darle un beso profundo. Él me correspondió con un gruñido y un juguetón roce de su lengua antes de que nos separáramos. Varias manos se deslizaron sobre mi abdomen, acariciando mi creciente barriguita, y mi corazón se disparó.

Eli era el último cabo suelto que había que atar. Ahora que iba a pasar sus años entre rejas, ya no era una amenaza. Liam se quedaba en Nueva York para formar parte de nuestra familia. Sawyer ya no estaba atado a su terrible padre, y Kane estaba al mando de su propia empresa, construida sobre sus propios ideales, donde podía usar su propio dinero para sus propios objetivos.

Todos íbamos a querer a mi bebé y a Marie con todo nuestro corazón. Estaba a salvo, me sentía querida y protegida.

Juntos, íbamos a hacer el mundo un poco más brillante, una familia cada vez.

Espero que hayas disfrutado de la lectura de esta historia. Mi próximo lanzamiento, **“His to Protect”**, ya está disponible. Consigue tu ejemplar **¡AQUÍ!**